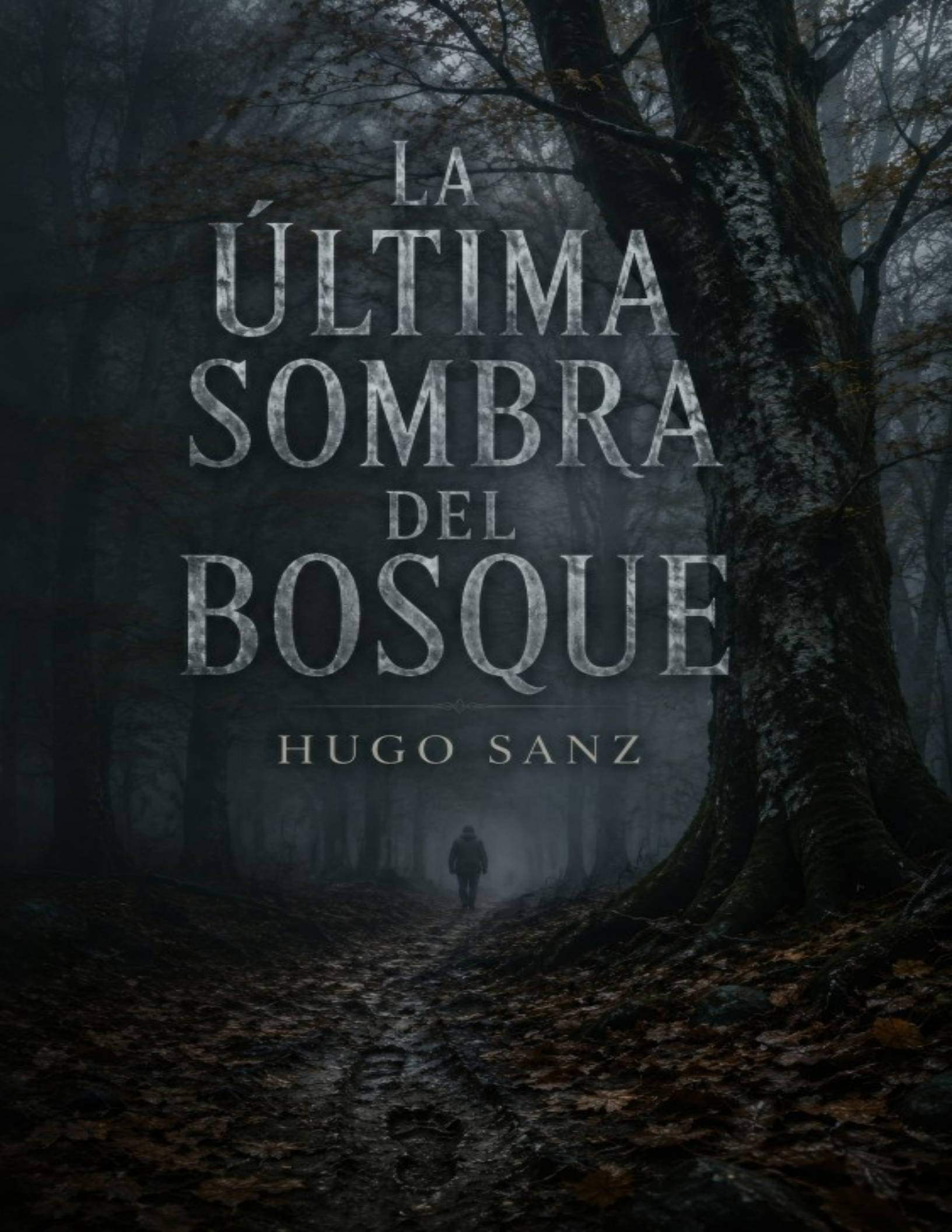

LA
ÚLTIMA
SOMBRA
DEL
BOSQUE
HUGO SANZ

COPYRIGHT

La última sombra del bosque

Donde la naturaleza guarda memoria, la justicia solo encuentra rastros.

Copyright © 2026 por Hugo Sanz

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición digital: junio de 2026

Publicado por: Hugo Sanz, España

DEDICATORIA

Para quienes, ante la inmensidad del silencio y la niebla, mantienen la mirada fija en el suelo, buscando la verdad en lo que otros han decidido olvidar. A los que saben que el rastro nunca desaparece del todo, solo espera a ser encontrado por quien tenga la paciencia de leerlo.

Tabla de contenido

Capítulo 1
  La frontera de la niebla
Capítulo 2
  La primera astilla
Capítulo 3
  El sargento y el barro
Capítulo 4
  Las manos del ermitaño
Capítulo 5
  El señor de la casona
Capítulo 6
  La botánica del subsuelo
Capítulo 7
  El lenguaje de las hayas
Capítulo 8
  La herida de los Pirineos
Capítulo 9
  Tierra removida
Capítulo 10
  La autopsia del tiempo
Capítulo 11
  El peso del apellido
Capítulo 12
  La orden de retirada
Capítulo 13
  Pacto en la penumbra
Capítulo 14
  La veta tratada
Capítulo 15
  El mapa de las sombras
Capítulo 16

La marca del capataz
Capítulo 17
El barranco que ruge
Capítulo 18
La boca del pozo
Capítulo 19
El agua en los talones
Capítulo 20
Descenso al olvido
Capítulo 21
La corriente del laberinto
Capítulo 22
El eco de los noventa
Capítulo 23
La última corriente
Capítulo 24
La luz de la superficie
Capítulo 25
El hayedo en calma

Capítulo 1

La frontera de la niebla

Las escobillas del limpiaparabrisas chirrían sobre el cristal con un compás mecánico, incapaces de barrer la cortina de agua que se desploma sobre el capó del todoterreno. Clara Montes mantiene la vista fija en la línea blanca de la calzada, o en lo que queda de ella bajo el fango que empieza a escurrirse desde las laderas. El temporal de otoño, catalogado como el peor de la década, ha transformado el puerto de montaña en un embudo de asfalto y roca desmoronada.

A cada kilómetro, la altitud devora la señal de radio hasta dejar solo estática. Clara estira los dedos de la mano derecha, entumecidos tras cuatro horas de curvas ciegas, y apaga el aparato. El silencio cae de golpe en el habitáculo, roto únicamente por el martilleo del agua contra la chapa y el rugido sordo del motor en segunda marcha.

En la pantalla del salpicadero, el mapa del navegador integrado se congela. Un círculo de carga da vueltas sobre un fondo gris neutro antes de mostrar un recuadro parpadeante en la esquina superior: «Sin señal GPS». Clara espira despacio, empañando brevemente el cristal lateral. No necesita el satélite para orientarse. El indicador de altitud del cuadro de mandos marca ochocientos metros; el descenso hacia el valle de Aranzo debería comenzar tras la siguiente horquilla.

Un destello blanco recorta la silueta del bosque a su izquierda. Dos segundos después, el trueno sacude el chasis del vehículo con una vibración que reverbera en la base de su cráneo.

Al doblar la curva, los faros halógenos descubren un desprendimiento de tierra arcillosa y pizarra que ocupa la mitad derecha de la calzada. Ramas de haya, desgajadas por el peso del lodo, se extienden sobre el asfalto. Clara dosifica la presión sobre el

pedal de freno para evitar que los neumáticos deslicen en la película de agua y lodo. El todoterreno avanza unos centímetros de lado y se detiene por completo.

A través de la ventanilla, el abismo es una fosa negra de la que asciende el rugido de un torrente invisible. Clara mete la primera marcha y maniobra con lentitud, esquivando las piedras más grandes. Los bajos del coche golpean contra un fragmento de roca calcárea; el crujido metálico resuena en el habitáculo, pero ella no se detiene a comprobar los daños. Detenerse en esta carretera, bajo este volumen de agua, equivale a quedar expuesta al siguiente desprendimiento.

Mientras estabiliza el rumbo, la rigidez en la nuca le recuerda el peso de su traslado. Aranzo. Un destino presentado como una jefatura de distrito en el norte, pero que en los pasillos de Madrid todos llamaban destierro. El castigo por haber seguido el protocolo al pie de la letra en los Pirineos, por haber esperado a que la geolocalización satelital de la central confirmara las coordenadas de un senderista antes de movilizar a las patrullas de a pie bajo la ventisca. Aquellas horas de rigor burocrático costaron una vida, y la posterior investigación interna sepultó su carrera bajo un expediente disciplinario y este traslado forzoso.

La llamada del sargento Martín Olmedo la había alcanzado en la autovía y la obligó a desviar la ruta antes de pisar su nuevo despacho. La voz del sargento, áspera y distorsionada por la mala cobertura, aún resuena en su cabeza: «Elena Alvia. Veintitrés años. Salió a hacer un muestreo botánico en el hayedo ayer por la mañana. Su coche ha aparecido junto a la pista forestal, pero ella no está». Olmedo no había empleado el tono de urgencia que dictan los manuales para las primeras setenta y dos horas; en sus palabras latía una resignación rústica, la fatiga del que conoce la montaña y sabe que el bosque rara vez devuelve lo que se traga bajo un temporal.

El coche supera la cota del puerto y comienza el descenso. Aquí, la niebla se compacta en una masa gris que se adhiere al parabrisas y reduce la visibilidad a escasos metros. Los pinos

dispersos dan paso a hayas monumentales de ramas entrelazadas, un túnel natural que clausura la última luz de la tarde. El hayedo de Aranzo estrecha el asfalto a cada paso.

Clara reduce la velocidad. Sus ojos, entrenados para buscar patrones en escenas del crimen, intentan descifrar el contorno de la calzada entre las volutas de vapor. La tecnología forense del maletín servirá de poco si el agua continúa lavando el terreno con esa violencia. En la montaña húmeda, la lluvia borra rodadas, disuelve rastros orgánicos y destruye los indicios en cuestión de horas. La cuenta atrás avanza bajo un clima que juega a favor del aislamiento.

Una curva cerrada y la niebla se abre sobre el fondo del valle.

Allí abajo, encajonadas entre las laderas de piedra oscura y el límite del bosque, parpadean las primeras luces de Aranzo. Son bombillas mortecinas que tiemblan detrás de las cortinas de agua como luciérnagas atrapadas. Las calles de pizarra están desiertas; el pueblo se repliega bajo los tejados negros para protegerse de la tormenta.

Clara suelta el volante con una mano para frotarse las sienes, aliviando la punzada de una migraña incipiente. Al mirar de nuevo hacia el parabrisas, la silueta del hayedo se cierra sobre las luces de la aldea como un cepo. El temporal no dará tregua; la búsqueda de la joven desaparecida se librará contra el propio bosque.

Horas antes de que la tormenta alcance su plenitud sobre el valle, el denso dosel del hayedo resguarda a Elena Alvia de las primeras gotas de lluvia. Desvía con una mano una rama baja de haya para evitar que el goteo constante emborrone la tinta de su cuaderno. El papel satinado de la libreta de campo, diseñado para resistir la intemperie, ya muestra motas oscuras allí donde el agua logra burlar la copa de los árboles. Con el dorso del antebrazo, cubierto por el tejido sintético naranja de su chubasquero, se limpia la humedad de la frente e inclina de nuevo la cabeza sobre la cuadrícula.

Cada anotación en el margen derecho de la hoja registra una coordenada precisa y una estimación de altitud basada en su

altímetro de muñeca. Elena desliza la yema del dedo por el envés de una fronde de helecho. El crecimiento resulta desproporcionado para la época del año y la altitud de la loma norte. Los folíolos muestran un verde oscuro, casi negro, con una turgencia que delata la sobrealimentación química del suelo. Un exceso de nitrógeno.

—Cuadrante 4-B —escribe con trazo rápido, mientras aprieta el bolígrafo de tinta de gel para que la humedad no corte el trazo—. Densidad anómala de helecho común y brotes incipientes de *Urtica dioica* en un radio de tres metros. Ausencia de hojarasca descompuesta en el núcleo de la anomalía. Suelo inusualmente blando.

Hinca la punta de la paleta de muestreo en el sustrato. El metal penetra sin resistencia y se hunde en un barro denso, de un tono arcilloso que contrasta con la tierra caliza que predomina en la ladera. Al extraer la herramienta, un olor dulzón y amoniacal sube desde la incisión. Elena arruga la nariz. El ciclo del nitrógeno en esta sección del hayedo está alterado por un foco subterráneo concentrado.

El viento del norte, que hasta hace unos minutos solo era un silbido lejano entre las copas altas, desciende por la vaguada en una ráfaga helada. Un crujido unísono de madera vieja reverbera en el suelo arcilloso. La temperatura cae con rapidez; el vaho de su respiración forma una nube blanca que empaña el cristal de las gafas protectoras.

Elena se pone en pie con lentitud, con las rodillas entumecidas tras media hora en cuclillas. Se ajusta la capucha del chubasquero. El naranja de la prenda, un empeño de su padre para que fuera visible desde el aire, destaca en mitad de la penumbra grisácea que devora el bosque. Tomás Alvia siempre insiste en las medidas de seguridad, aunque su verdadera molestia es el empeño de ella en realizar mediciones botánicas en esa zona específica: las tierras colindantes con la Casona, las parcelas prohibidas.

Guarda la paleta en el bolsillo lateral de la mochila y asegura el cuaderno bajo la solapa impermeable. Al levantar la cabeza para

orientarse, un sonido se filtra bajo el murmullo de la lluvia. No es el roce de las hojas secas que arrastra el viento, sino un chasquido seco. Madera verde que se quiebra bajo una presión vertical y constante.

Elena se queda inmóvil, con la mano apoyada en el tronco rugoso de un haya joven. El pulso se le acelera contra las costillas. Apoya la espalda contra la madera para reducir su silueta. A unos veinte metros, la niebla empieza a reptar entre los troncos y desdibuja las formas de las raíces expuestas. Apaga la linterna frontal con un clic que suena alarmantemente ruidoso.

La penumbra del bosque la envuelve de golpe, rota únicamente por la pálida luz gris que se filtra a través del follaje. Elena contiene la respiración, con la boca entreabierta para amortiguar el aire en sus pulmones. Entonces llega el sonido. No es el viento. Son pasos: un patrón rítmico, pesado, que se hunde en el barro con una cadencia deliberada. El crujido del lodo al succionar una bota de caña alta. Alguien camina por la parte alta de la ladera, justo por encima de la vaguada.

Elena estira el cuello milímetro a milímetro. A través de la cortina de agua y la niebla incipiente, distingue una silueta. Un bulto oscuro, macizo, que se mueve sin la prisa de quien busca refugio de la tormenta. El intruso avanza despacio, deteniéndose a intervalos regulares, como si rastreara el terreno. No hay cazadores autorizados en este sector durante el temporal, y la firmeza de las pisadas no encaja con la de un excursionista perdido. Ese caminar es demasiado seguro, demasiado conocedor de los desniveles de la ladera.

Da un paso hacia atrás, apoyando primero el talón para no hacer ruido sobre la hojarasca mojada. Su bota resbala ligeramente en la arcilla roja, pero recupera el equilibrio al apoyar la mano en una roca cubierta de musgo gélido. La pista forestal donde ha dejado el coche queda a unos doscientos metros hacia el sur, ascendiendo por la loma lateral.

Se da la vuelta con sigilo y camina entre las hayas, manteniendo el cuerpo agachado. La niebla se cierra a gran velocidad, empujada por la tormenta ladera abajo. En pocos segundos, la visibilidad se reduce a poco más de tres metros. Las siluetas de los árboles, antes familiares en sus mapas botánicos, se transforman en columnas idénticas que surgen de la nada gris.

Elena se detiene. Saca el teléfono móvil del bolsillo estanco del chubasquero. La pantalla ilumina con un brillo azulado las gotas de agua de su rostro. Sin servicio. El indicador de batería parpadea en rojo, afectado por el frío. La pantalla táctil, humedecida por la lluvia, no responde a sus dedos temblorosos. El cursor de posición da vueltas sin rumbo, incapaz de fijar un satélite bajo la densidad del follaje y la tormenta.

Guarda el aparato con una exhalación contenida. La brújula magnética prendida de la mochila oscila de un lado a otro, afectada por las mineralizaciones de hierro del subsuelo de Aranzo, una anomalía geológica que ya ha registrado en sus notas de campo. La aguja apunta al noreste, luego vira hacia el oeste, errática.

Un nuevo crujido, mucho más cercano y a su derecha, la hace agazaparse detrás del tocón de un haya caída. El olor a madera podrida y tierra húmeda le llena los pulmones. A través de la niebla, a menos de diez metros, una silueta se detiene. Sin linterna, la figura se recorta inmóvil contra el gris difuso. Se mueve en la penumbra con una familiaridad absoluta, como si siguiera un mapa invisible. El crujido de las botas sobre las ramas caídas se reanuda, directo hacia el tocón donde ella se oculta. Elena aprieta el cuaderno contra su pecho, sintiendo el frío del plástico a través del chubasquero mientras la silueta se detiene justo al otro lado del tronco.

Cuando la tormenta de otoño se cierra sobre el valle de Aranzo y la oscuridad devora las laderas, Clara Montes aferra el volante del todoterreno. Se obliga a destensar los dedos, uno a uno, contra el cuero frío de los guantes.

Apaga el motor. El limpiaparabrisas se detiene con un quejido seco a mitad del cristal empañado. Ajusta la carpeta de nailon bajo el brazo, abre la portezuela y recibe la embestida del viento. La lluvia horizontal le golpea el rostro mientras cruza a zancadas el asfalto agrietado hacia el soportal de piedra del ayuntamiento. Empuja la hoja de roble, cuyo crujido queda sepultado por el fragor del torrente al fondo del valle, y accede al zaguán de sillería que conduce a la antigua oficina de turismo, reconvertida en retén de coordinación.

El ambiente en el interior es denso. La humedad satura las paredes de piedra caliza y un vaho espeso asciende de la cafetera de goteo arrinconada sobre una mesa auxiliar. Huele a gasoil de estufa, a café quemado y a lana mojada.

El murmullo cesa al cruzar el umbral. Los hombres congregados alrededor del tablero principal —cuatro guardias civiles y dos operarios forestales con chaquetones reflectantes— detienen las tazas a medio camino. Sus miradas, esquivas y hostiles, se clavan en el impermeable oscuro de Clara. La evalúan de arriba abajo, sopesando la pulcritud de su equipo técnico. Para ellos, es la inspectora de Madrid, la forastera enviada para mediar con la familia Alvia y evitar que el fango salpique las laderas de la Casona.

Clara ignora el escrutinio. Se acerca a la mesa de pino, donde los planos catastrales desgastados muestran cercos de grasa y manchas de café. Sin mediar palabra, abre la carpeta y despliega tres mapas topográficos a escala 1:25.000, limpios y plastificados, cubriendo los papeles anteriores con un golpe seco.

—Quiero la cronología exacta de Elena Alvia —dice, fijando la mirada en el hombre que ocupa la cabecera. Su voz corta el siseo del radiador de hierro—. Desde la última señal registrada por el repetidor hasta la hora en que localizaron su vehículo en la pista forestal. Minuto a minuto.

El sargento Martín Olmedo, de hombros anchos y rostro curtido, levanta la vista. Sus ojos grises, apagados por un cansancio antiguo, recorren las líneas de nivel de los mapas nuevos antes de

detenerse en ella. A su lado, un cabo de facciones angulosas suelta una risa contenida.

—Con este temporal, inspectora, la cronología la dicta el monte, no el reloj —interviene el cabo, cruzando los brazos—. Las pistas del hayedo alto son un lodazal. Entrar ahora es arriesgarse a tener que rescatar también a las patrullas. La chica conoce el terreno; se habrá refugiado en alguna borda a esperar que amaine.

Clara no parpadea. Sostiene la mirada del cabo hasta que este la desvía hacia la estufa de gas.

—Elena Alvia lleva desaparecida treinta y cuatro horas —replica Clara—. A ochocientos metros de altitud, bajo una lluvia constante y con temperaturas que rozan los cuatro grados, el cuerpo agota sus reservas térmicas en menos de diez horas si la ropa está mojada. La hipotermia severa anula la capacidad de juicio mucho antes de que el corazón se detenga. No buscamos a una excursionista prudente. Estamos en la ventana crítica de las setenta y dos horas, y ya hemos consumido casi la mitad.

Olmedo tamborilea con sus dedos nudosos sobre el borde de madera. Sus uñas muestran restos de arcilla de un tono rojizo muy denso, un detalle que Clara registra de inmediato.

—Su manual de Madrid es impecable, inspectora —comenta el sargento—. Pero esas cuadrículas ignoran que el hayedo de Aranzo no tiene suelo firme. La lluvia ha transformado las escorrentías en torrentes de pizarra suelta. El barro de la loma norte es arcilla roja; si mete el pie ahí, se hundirá hasta la rodilla antes de dar el siguiente paso. Además, las brújulas oscilan por el hierro del subsuelo y la señal de radio no supera las laderas. La tecnología no va a encontrar un rastro que el agua borra a veinte litros por metro cuadrado cada hora.

La advertencia sobre los fallos tecnológicos resuena en Clara. El recuerdo de los Pirineos, de las horas perdidas esperando una señal de satélite que nunca llegó a tiempo para salvar a aquel senderista, late tras sus sienes. Aprieta los puños dentro de los

bolsillos del abrigo. No permitirá que la inacción se disfrace de prudencia rural.

—La tecnología es un recurso, sargento; el método es lo que salva vidas —responde—. Si la joven realizaba un muestreo botánico, habrá registrado su ruta de forma sistemática. Los científicos no caminan al azar. Necesito su diario de campo o sus últimas notas de laboratorio.

Olmedo intercambia una mirada con el cabo. Un silencio espeso, el primer muro de la resistencia local, se asienta en la oficina.

—Tomás Alvia no ha querido entregar el cuaderno de su hija —dice el sargento—. Ha llamado dos veces desde la Casona. Dice que las pertenencias de Elena son privadas y que sus propios guardas forestales ya están peinando las laderas de su propiedad. No quiere patrullas husmeando en sus lindes sin una orden judicial por escrito.

La rigidez en la nuca de Clara se acentúa. El apellido Alvia es la ley no escrita en este valle, pero ella no ha venido a Aranzo a pedir permiso.

—La dirección de esta búsqueda es competencia exclusiva de las fuerzas de seguridad —afirma Clara, apoyando ambas manos sobre la mesa y obligando a Olmedo a sostenerle la mirada—. Y la ley de enjuiciamiento criminal no se detiene ante las vallas de la Casona. Si el coche de Elena apareció junto a la pista forestal, sus últimas horas transcurrieron en ese sector. Mañana al amanecer comenzaremos el rastreo de la loma norte. Con o sin la colaboración de Tomás Alvia.

Olmedo la estudia en silencio mientras el zumbido de la tormenta golpea los cristales. Al final, asiente despacio.

—Está bien, inspectora. Pero si entramos en el hayedo con esta niebla, nos moveremos en parejas y con radios de onda corta. Los teléfonos allí arriba no sirven para nada.

Clara consulta su reloj de pulsera. La esfera analógica marca las seis y cuarto de la tarde. La oscuridad exterior es absoluta, y el

rugido del temporal contra los ventanales del ayuntamiento marca el avance implacable de la cuenta atrás.

Capítulo 2

La primera astilla

La lluvia racheada golpea el rostro de Clara con la fuerza de perdigones de hielo. Apenas son las ocho de la mañana, pero bajo la densa cúpula del hayedo alto la luz se reduce a una penumbra cenicienta que aplana los relieves del terreno. El viento ruge en las copas de los árboles; es un crujido continuo de madera sometida a una tensión extrema que camufla el sonido de sus propios pasos sobre la hojarasca.

Clara clava la puntera de la bota en la pendiente de la loma norte, buscando apoyo en la red de raíces expuestas. El lodo, una mezcla saturada de materia orgánica y arcilla roja, cede bajo su peso con un chasquido húmedo que amenaza con descalzarla. A su izquierda, a unos diez metros, un operario forestal de Aranzo llamado Santos avanza con la cabeza hundida entre los hombros, embozado en un chubasquero de plástico verde que gotea sin cesar. A la derecha, guardando la misma distancia de rastreo, un vecino joven barre el suelo con el haz trémulo de una linterna de mano.

La batida en línea, el protocolo que Clara ha impuesto a pesar de las reticencias de la alcaldía, avanza a un ritmo lento. La inclinación de la ladera, con desniveles que superan los treinta y cinco grados, exige una atención constante para evitar un resbalón ladera abajo.

Clara se detiene junto al tronco de un haya joven para recuperar el aliento. Saca el terminal GPS del bolsillo interior de su chaqueta impermeable. La pantalla de cristal líquido parpadea dos veces, emitiendo un pitido débil, antes de mostrar una cuadrícula vacía. Un aviso de batería crítica cruza el visor y la pantalla se apaga, vencida por el frío húmedo que se filtra por las costuras del aparato. Guarda el dispositivo con un gesto seco. Su mano derecha busca el chaleco interior, palpando el contorno metálico del reloj de

bolsillo de su mentor. El contacto con el acero templado detiene la agitación de su pulso. El tiempo real, el de la ventana de supervivencia de Elena Alvia, no depende de los satélites.

—¡Mantengan la línea! —grita hacia los flancos, ahuecando la mano alrededor de la boca. Su voz apenas recorre unos metros antes de ser devorada por el vendaval—. ¡No se adelanten! Si encuentran algo, no lo toquen. Den la voz de inmediato.

Santos asiente sin levantar los ojos del suelo, con esa fijeza hermética que los de Aranzo reservan a los extraños. Cada instrucción de la inspectora resbala sobre ellos como el agua sobre el capote, ajenos a cualquier autoridad que no sea la del propio monte.

Clara reanuda la marcha. Apoya la palma de la mano en la corteza rugosa de un haya centenaria para estabilizarse. El musgo que recubre la cara norte del tronco está empapado, frío como la piedra de un pozo. Sus ojos escudriñan el espacio entre las raíces, buscando cualquier elemento que rompa la monotonía orgánica del bosque: un jirón de nailon naranja del chubasquero de Elena, una rama desgajada con un ángulo artificial o la marca de una suela de goma que la tromba de agua aún no haya borrado.

A unos quince metros por delante, un saliente de caliza gris interrumpe la pendiente de la loma. El agua se desliza por la roca formando una cortina líquida que golpea con fuerza la base de la pared. Sin embargo, en la zona media del saliente, protegida por una visera natural de piedra y la base de una raíz retorcida de haya, el suelo permanece a resguardo de la escorrentía directa.

Clara clava la mirada en ese punto.

Entre la acumulación de hojas pardas y el gris oscuro de la caliza húmeda, destaca una pequeña cuña de un tono amarillento muy pálido, casi blanco. Es una geometría regular que contrasta con el desorden natural del sotobosque; un vértice limpio que refleja la escasa luz que se filtra por las copas.

Clara desciende dos pasos con rapidez, resbalando sobre la arcilla roja hasta que la rodilla derecha choca contra una roca oculta

bajo el manto de hojarasca. Se apoya sobre ambas manos, ignora el golpe en la rótula y se desliza hasta quedar de rodillas frente a la raíz protegida por el saliente de piedra.

—Santos, deténgase —ordena con voz firme, sin apartar la vista del hueco—. Quédese donde está. Que nadie dé un paso más.

El operario se detiene a la distancia indicada, con el cuerpo tenso. El haz de su linterna se clava en la espalda de Clara, recortando su silueta contra la roca húmeda.

Clara extrae del bolsillo estanco un par de guantes de nitrilo azul y se los calza con movimientos rápidos. El chasquido del plástico al ajustarse a sus muñecas rompe por un instante la cadencia del viento. Se inclina sobre la oquedad y protege el espacio con su propio cuerpo para evitar que las gotas que caen de las ramas alcancen el hallazgo.

En la base de la raíz, colocada sobre una superficie plana de tierra apisonada que ha sido limpiada previamente de hojarasca, descansa una pequeña figura de madera tallada a mano. Tiene apenas diez centímetros de alto. La madera, de un tono ocre claro que contrasta con el entorno descompuesto del suelo forestal, está completamente seca. El agua que escurre por el saliente rocoso pasa a escasos milímetros del objeto, pero no llega a tocarlo. Ha sido dispuesta allí con una precisión minuciosa, protegida de los elementos.

Clara aproxima su linterna de mano. La luz blanca revela los detalles del objeto: es una figura esquemática, con cortes rectos y limpios que definen una silueta reconocible. No hay rastro de desgaste por el tiempo, ni hongos, ni la decoloración grisácea que adquiere la madera expuesta a la intemperie del bosque de Aranzo. Las virutas minúsculas que aún quedan adheridas a las incisiones más profundas muestran la frescura del corte.

La hipótesis del accidente de montaña —el resbalón fortuito en la loma que el sargento Olmedo y la familia Alvia sostenían en el retén— se desmorona ante la precisión de los cortes.

Clara contiene la respiración. Alarga los dedos enguantados hacia la madera, deteniéndose a un milímetro de la superficie lisa de la talla, sin llegar a tocarla para preservar cualquier microfibra.

Luego se pone en pie con lentitud, sintiendo el frío del barro calar a través del pantalón técnico. Contempla la pequeña talla de boj bajo el haz de la linterna, se gira hacia los voluntarios y, con un gesto que interrumpe cualquier pregunta, inicia el regreso.

Cada paso de vuelta por la loma norte exige una fijeza de plomo en el relieve del barro. Clara avanza con la mano apoyada en el bolsillo de la chaqueta impermeable, donde la caja de muestras resguarda la pequeña figura de boj recién recuperada del abrigo de la roca. Detrás de ella, Santos y el vecino descienden con un ritmo acompasado; llevan las cabezas hundidas en las capuchas y las linternas barren el lodo arcilloso para evitar una caída en la pendiente de treinta y cinco grados.

Nadie habla durante la media hora de marcha cuesta abajo. Los hombres de Aranzo caminan con los ojos fijos en sus propias botas, esquivando las raíces expuestas con la inercia de quienes conocen el peligro de un mal apoyo en el hayedo. Clara mantiene la presión sobre el costado; el relieve rígido del contenedor contra su cadera destaca como un testigo seco en mitad de la inundación.

La carpa de campaña, instalada junto a la pista forestal donde apareció el todoterreno de Elena Alvia, vibra bajo las ráfagas de viento. Es un habitáculo estrecho de lona verde oliva, iluminado por la luz mortecina de un tubo fluorescente conectado a un generador de gasolina que ratea en el exterior. Al cruzar el umbral, el fragor del torrente se amortigua, sustituido por el zumbido constante del calefactor y el olor denso a lona húmeda y gasoil.

Clara se despoja del chubasquero, rígido por el frío, y lo cuelga en el armazón metálico de la entrada. El agua escurre sobre el suelo de planchas plásticas y forma un charco grisáceo que se extiende hacia el centro de la estancia. Se acerca a la mesa plegable de aluminio, se calza unos guantes de nitrilo y abre la caja de muestras con movimientos precisos.

Deposita la figura sobre un paño de fieltro negro para evitar reflejos. Enciende el flexo portátil y dirige el haz de luz blanca sobre el objeto. Con la lupa de mano de diez aumentos, se inclina hasta que el cristal casi roza la madera.

La lente revela la topografía exacta de las incisiones.

—*Buxus sempervirens* —murmura Clara ante la densidad extrema del grano.

La madera de boj, de un amarillo pálido, presenta una fibra tan apretada que apenas muestra poros. Es un material pesado y tenaz, idóneo para el grabado y las piezas de precisión destinadas a soportar el desgaste. El contorno de la figura, de apenas diez centímetros, dibuja una silueta femenina esquemática. Carece de rostro, de ojos, de boca; es solo la insinuación de un cuerpo que emerge de un bloque cuadrangular, como si la madera se negara a liberar la forma que contiene en su interior.

Clara desliza la lupa por la hendidura que delimita el hombro izquierdo de la talla. Los bordes del corte son limpios, de una precisión geométrica que descarta cualquier herramienta improvisada.

—Una gubia de cañón —dice a media voz, al identificar la sección cóncava de la incisión—. Punta curva de unos cuatro milímetros. El filo estaba recién asentado; no hay fibras aplastadas ni desgarros en la contraveta.

Ajusta el enfoque de la lupa hacia los recovecos donde el brazo simulado se une al torso. En el fondo de la ranura, casi invisible a simple vista, descansa un cúmulo de virutas espirales, delgadas como hilos de seda. Con unas pinzas metálicas de su maletín forense, extrae una de las briznas con extremo cuidado. Al depositarla sobre el fieltro negro, la viruta mantiene su curvatura elástica, sin desmoronarse.

La humedad de la tormenta, que satura cada rincón del hayedo con persistencia asfixiante, no ha tocado la pieza.

Clara se incorpora; una punzada de rigidez le recorre la zona lumbar. Observa la figura con los brazos cruzados. Si la madera

hubiera permanecido en la oquedad del haya durante un solo día de lluvia, la naturaleza higroscópica del boj habría provocado que las fibras expuestas absorbieran el vapor de agua. Los bordes de los cortes habrían comenzado a hincharse, perdiendo la nitidez del bisel, y el serrín del fondo de las incisiones se habría apelmazado en una pasta grisácea.

Sin embargo, las aristas permanecen tan afiladas que podrían cortar la yema de un dedo. El boj está seco, firme, con la temperatura neutra de un objeto resguardado en un ambiente controlado.

La cremallera de la carpa chirría. El sargento Martín Olmedo entra con la cabeza agachada para no golpear el bastidor, el sombrero de agua en la mano y el rostro encendido por el frío del monte. Se detiene a un par de metros de la mesa, con la mirada fija en las herramientas de Clara y en la pequeña figura iluminada por el flexo.

—¿Qué busca con tanta insistencia, inspectora? —pregunta Olmedo, con esa voz áspera que arrastra la grava del camino—. Los forestales dicen que el temporal empieza a desgajar las ramas grandes en la loma alta. Si no movemos las patrullas hacia el fondo del valle ahora, quedarán aisladas antes del mediodía.

Clara no responde de inmediato. Señala con el extremo de las pinzas la superficie de la talla.

—Mire esto, sargento.

Olmedo se inclina, con las manos apoyadas en el cinturón de servicio. Examina la mesa con los párpados entornados, fijos en la madera.

—Es una talla de boj —dice el sargento, encogiéndose de hombros—. En estas tierras, cualquiera con un cortaplumas hace figuritas para pasar las horas muertas. El boj abunda en las laderas bajas, cerca del barranco.

—No con este nivel de acabado —replica Clara, acercando la lupa—. Y, desde luego, no sin que la madera reaccione a la humedad ambiente. El suelo donde la encontramos estaba saturado de agua

arcillosa y el musgo del tronco chorreaba. Pero esta pieza está seca. Las virutas del interior del corte siguen sueltas y elásticas.

Olmedo frunce el ceño; una rigidez tensa la línea de su boca. Se endereza despacio y desvía la vista hacia la lona de la carpa, donde la lluvia golpea con un tamborileo sordo. El silencio se prolonga, roto solo por el zumbido del generador.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta el sargento, con voz contenida.

—Que no es un objeto que Elena Alvia perdiera durante su muestreo —afirma Clara—. Tampoco llevaba semanas olvidada en esa raíz. Quien la dejó allí lo hizo pocas horas antes de que pasáramos con la batida. Quizás esta misma madrugada, bajo la lluvia, mientras organizábamos el retén en el ayuntamiento.

El sargento guarda silencio. Sus dedos gruesos tamborilean sobre la funda de la defensa. Mira la silueta sin rostro de la figura y luego a Clara, con una expresión que pierde el habitual escepticismo rústico para volverse opaca.

—La loma norte está cerrada por el desprendimiento de la carretera —señala Olmedo, midiendo las palabras—. Nadie del pueblo subiría allí arriba con la que está cayendo solo para dejar un trozo de madera en un árbol. No tiene sentido.

—Tiene sentido si es un mensaje —dice Clara. Deja las pinzas sobre la mesa de aluminio y sostiene la mirada del sargento—. Un indicador de posición. O un desafío. Quien se llevara a Elena Alvia sabía qué cuadrante íbamos a peinar primero. Conocía el protocolo de búsqueda y se adelantó para dejar esto en nuestro camino.

Olmedo niega con la cabeza, sin apartar los ojos de la talla. Una rigidez que va más allá del frío del temporal se marca en sus facciones.

—Eso es suponer demasiado, inspectora. En Aranzo la gente no juega a estas cosas. Si la chica no está en el coche ni se ha refugiado en una borda, es que el monte se la ha llevado. El barro de la loma es traicionero; un mal paso y terminas en el fondo de una torrentera antes de poder gritar.

—El barro no talla madera de boj con gubias de precisión, sargento —zanja Clara, y apaga el flexo con un clic seco.

La penumbra regresa de golpe, rota solo por la luz mortecina del fluorescente. Clara guarda la pieza en la caja de muestras, a resguardo del aire húmedo, mientras el silencio se asienta en el habitáculo.

A tres kilómetros de la carpa de campaña, ladera abajo, el destello azul de los rotativos de las patrullas se proyecta contra el doble cristal de la cocina. Santiago sigue el parpadeo eléctrico con la mirada fija, inmóvil ante el marco de madera desgastada.

La luz, amortiguada por la niebla que se descuelga desde el puerto, viaja barranco abajo hacia el fondo del valle. Atraviesa las copas de los avellanos, resbala por los tejados de pizarra negra de la calle Mayor y termina por lamer el azulejo blanco de la cocina. El reflejo violáceo cruza las baldosas de gres y se detiene en la taza de porcelana desportillada donde el café de achicoria, ya frío, conserva una fina película de grasa en la superficie.

Santiago permanece a oscuras, con la bombilla del techo apagada. Mantiene las palmas de las manos apoyadas en el borde de formica de la encimera, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. La condensación del vaho en el cristal empaña la silueta del monte, pero él no limpia la superficie; observa el exterior a través de las estrías que el agua dibuja en su lento descenso por el vidrio.

Al lado del hornillo de gas, el siseo de un viejo receptor analógico de onda corta llena el espacio con un zumbido de estática gris. La transmisión de la Guardia Civil se corta a intervalos regulares, afectada por las mineralizaciones de la loma. Una voz distorsionada por el relieve de la montaña pronuncia las palabras «talla» y «madera» entrecortadamente, antes de perderse en el ruido de fondo.

Santiago alarga la mano hacia el dial de baquelita. Sus dedos rozan la superficie fría del aparato y giran la rueda con un movimiento seco. El siseo se apaga de golpe. El silencio regresa a la

estancia, ocupado únicamente por el repiqueteo rítmico de la lluvia contra la claraboya de zinc del patio interior.

Hace apenas una hora, antes de que la tormenta obligara a los vecinos a atrancar las puertas de sus casas, el operario Santos se había detenido bajo su ventana. Llevaba el chubasquero verde chorreando agua y se limitó a golpear el cristal con el nudillo para susurrarle tres palabras a través de la reja de hierro: —Hay otra figura. Santos no esperó respuesta; dio media vuelta y sus botas de caña alta resonaron sobre las losas mojadas de la calle hasta que el murmullo del agua de las escorrentías sepultó sus pasos en la oscuridad.

Santiago se aparta de la ventana con un movimiento pausado. Su rodilla derecha, castigada por los años de marchas bajo la humedad del bosque, cruje de manera sorda. Camina por el pasillo estrecho y arrastra ligeramente el pie. La pálida claridad que se filtra desde el tragaluz apenas alcanza a iluminar el aparador de castaño oscuro que preside la entrada de la vivienda. El ambiente huele a cera de abejas, a alcanfor y a la humedad persistente de la lana guardada en los armarios. En la percha metálica junto a la puerta del sótano, su viejo uniforme verde de guarda forestal conserva el escudo de latón, ahora oscurecido por una pátina grisácea.

Santiago introduce la mano en el bolsillo de su pantalón de pana y extrae un llavero de metal oxidado. Busca al tacto la llave de paletón gastado, la única que mantiene libre de herrumbre, y la introduce en la cerradura del cajón inferior del aparador. El mecanismo cede con un chasquido metálico que resuena en las paredes desnudas del pasillo.

Bajo un fajo de mapas topográficos del año setenta y ocho, cuyas dobleces muestran la fragilidad del papel reseco por el paso del tiempo, descansa un sobre de color marrón, rígido y plano. Santiago lo extrae con los dedos índice y pulgar, mientras evita presionar las esquinas. Desliza el contenido hacia la tenue luz que entra por la rendija de la puerta.

Es un recorte de prensa de *La Voz de la Montaña*, fechado el catorce de octubre de mil novecientos noventa y cuatro. El papel, amarillento y quebradizo en los bordes, conserva el titular de molde con la tinta negra y pesada de la época: «Continúa la búsqueda de Marta Beltrán en el hayedo de Aranzo». Al lado de las columnas de texto, la fotografía tramada muestra el rostro de una muchacha de veintiún años, con el cabello claro cortado por encima de los hombros y una expresión que se desvanece bajo el grano grueso de la impresión de hace tres décadas.

Santiago recorre el contorno del recorte con la yema del pulgar. Sus dedos tiemblan al llegar al margen superior izquierdo. Allí, escrito con su propia caligrafía de juventud en tinta azul descolorida, se lee una única anotación: «Talla de boj recuperada en el sector de la loma. Madera seca».

Su mirada viaja del papel hacia la ventana del pasillo, donde el reflejo lejano de los rotativos insiste contra la niebla. Sus uñas se clavan levemente en el cartón del sobre marrón. Esas muescas en la madera, la misma firma que el pueblo intentó sepultar hace tres décadas, vuelven a estar expuestas ante unos agentes de fuera que avanzan a ciegas por el monte. Su respiración se vuelve más ruidosa en el pasillo vacío mientras sostiene el papel a pocos centímetros de sus ojos, fijos en la tinta desvaída.

Fuera, el viento golpea las ramas altas de las hayas contra los aleros del tejado. Las vigas de madera de la casa crujen bajo la presión de la ráfaga, un sonido seco que recorre la estructura hasta el suelo de piedra.

Santiago dobla el recorte siguiendo las marcas del pliegue original, con movimientos lentos. Lo introduce de nuevo en el sobre de papel grueso, lo deposita bajo los planos del setenta y ocho y empuja el cajón del aparador hasta que encaja. Gira la llave de latón hacia la izquierda, la extrae y la guarda de nuevo en el bolsillo de la pana.

Al regresar a la cocina, el destello azul de las patrullas se ha desvanecido en la entrada de la pista alta, devorado por la masa gris

de la niebla que desciende del puerto. Santiago apoya la frente contra el cristal frío de la ventana, contemplando cómo el hayedo de Aranzo se cierra sobre el valle como una muralla de sombras.

Capítulo 3

El sargento y el barro

Clara Montes

La pantalla del portátil proyectaba una cuadrícula azulada sobre el rostro de Clara, atenuando la penumbra del retén. En el mapa digitalizado de Aranzo, el software de emergencias había dividido la ladera norte del hayedo en sectores de cincuenta por cincuenta metros. Bloques simétricos, inmunes a la tormenta que golpeaba los cristales de sillería con la fuerza de un ariete.

Clara deslizó el dedo sobre el panel táctil. Marcó con un círculo rojo el punto donde el todoterreno de Elena Alvia había sido localizado y trazó tres vectores de dispersión teórica basados en la pendiente media y el último registro de telefonía. El algoritmo calculaba una probabilidad de localización del setenta por ciento dentro de las primeras seis cuadrículas.

Una sombra pesada se interpuso entre el haz del proyector y la pared. El sargento Martín Olmedo se apoyó en el borde de la mesa de pino, trayendo consigo un olor a tabaco rancio y plástico húmedo. Observó la pantalla con los ojos entornados antes de soltar un resoplido que empañó el monitor.

—Esa máquina no sabe lo que es el puerto de Aranzo en noviembre, inspectora —dijo Olmedo, señalando con un dedo grueso las líneas del programa—. Esos cuadrados suyos son muy estéticos, pero el monte no entiende de escuadra y cartabón.

Clara no apartó la vista de los datos. Tecleó una línea de comandos para recalcular la deriva por escorrentía.

—El protocolo de búsqueda exige una delimitación sistemática del terreno, sargento. Si no asignamos sectores específicos a cada patrulla, cubriremos la misma loma tres veces y dejaremos zonas ciegas. Es matemática básica.

—La matemática se ahoga en el barro —replicó Olmedo. Se sacó del bolsillo un pañuelo arrugado para limpiarse las manos, que aún conservaban trazas de la arcilla rojiza de la loma norte—. Mire esa cuadrícula. La que ha marcado como sector B-3. Ahí tiene una pendiente teórica de veinte grados. Lo que su ordenador no le dice es que hace tres años hubo un desprendimiento de pizarra y ese tramo ahora es un embudo de piedra suelta. Si mete a cuatro voluntarios allí con esta lluvia, los recogerá en el fondo del barranco antes de que puedan dar las coordenadas por radio.

—Por eso el mapa incluye una estimación de riesgo —respondió Clara, señalando el gradiente de color que iba del verde al naranja—. El personal técnico avanzará con arneses y cuerdas de seguridad. No voy a suspender el rastreo de un cuadrante porque la orografía sea hostil. Elena Alvia sigue ahí fuera.

Olmedo se enderezó despacio. Sus hombros anchos parecían empequeñecer el retén, donde la humedad de la piedra caliza competía con el calor seco de la estufa de gasoil. Caminó hacia el rincón del perchero de hierro y regresó con un plano catastral de los años ochenta, arrugado y de bordes gastados. Lo desplegó sobre el teclado de Clara y sepultó la pantalla bajo el papel amarillento.

—Este es el plano real —dijo, golpeando el papel con el reverso de la mano—. Aquí no hay píxeles. Hay curvas de nivel dibujadas a pie.

Clara observó el mapa antiguo, lleno de anotaciones a lápiz, nombres locales en caligrafía apretada y flechas que indicaban pasos de ganado extintos.

—Es una cartografía obsoleta, sargento. No tiene georreferenciación.

—Tiene algo mejor, inspectora: memoria. —Olmedo se inclinó sobre la mesa, apoyando los puños. Sus ojos grises se clavaron en los de ella—. El hayedo de Aranzo tiene sus propias leyes de drenaje. Cuando cae la del pulpo, como hoy, el agua de la loma norte no sigue la pendiente directa. Busca las antiguas sendas de pastoreo, las que los paisanos llamamos «las venas». Senderos

hundidos, cubiertos por el follaje, que actúan como canales naturales. Si la chica intentó bajar del coche buscando refugio, no caminó campo a través cortando las curvas de nivel. Siguió la línea de menor resistencia. Siguió el camino de las ovejas.

Una punzada de rigidez le recorrió la nuca. El recuerdo del Pirineo, de la señal de satélite que marcaba una posición errónea mientras el senderista se congelaba en una grieta oculta que ningún mapa digital registraba, vibró tras sus sienes. Su mano derecha descendió hacia el chaleco interior, buscando la forma circular del reloj de bolsillo de su mentor. El metal frío contra las yemas la devolvió al presente.

—Aunque su hipótesis sobre las sendas sea correcta —dijo Clara, modulando la voz—, necesitamos un registro sistemático y auditable para evitar contaminar la escena. Si actuamos por intuición, no justificaremos el despliegue ante la Jefatura ni ante la familia Alvia. Tomás Alvia busca cualquier resquicio legal para apartarnos de sus tierras. Si pisamos fuera de las zonas autorizadas sin una orden de búsqueda sistemática, nos paralizará la investigación.

Olmedo soltó una carcajada seca.

—A Tomás Alvia le importa un bledo su orden, inspectora. Lo que no quiere es que encontremos algo que no debamos. Pero si prefiere tener un informe impecable en su despacho de Madrid antes que a la chica respirando, adelante. Siga mandando a los muchachos a hundirse en el lodo de la loma alta mientras el agua arrastra cualquier rastro hacia las torrenteras del norte. Sin conocer la lógica de los viejos senderos de pastoreo, solo conseguiremos perder a más hombres en el fango.

—No simplifique mi trabajo, sargento —replicó Clara, levantándose de la silla y sosteniéndole la mirada—. La meticulosidad no es burocracia. Es lo que impide que un equipo de rescate se convierta en una segunda lista de víctimas. Si entramos en ese bosque sin un control estricto de quién está en cada cuadrante, la niebla nos devorará. Usted mismo lo dijo ayer: la señal

de radio no supera las laderas. Si perdemos la comunicación con un grupo, ¿cómo los localizo en su mapa del ochenta?

Olmedo guardó silencio. Sus dedos tamborilearon sobre el plano catastral, justo encima del sector donde el coche de Elena había sido hallado.

—Conozco cada árbol de esa loma, Clara —su voz bajó un tono—. Sé qué hayas tienen el tronco hueco y cuáles retienen el agua en las raíces. Si la tormenta sigue a este ritmo, para el mediodía el barranco de las Sombras estará impracticable. El puente viejo de madera ya debe de estar tiritando. Si sus cuadrículas nos obligan a dar la vuelta por el este, perderemos cuatro horas de luz. Cuatro horas que la chica no tiene.

Clara contempló el plano de papel. Sus ojos viajaron de las anotaciones a lápiz de Olmedo a la esquina de la pantalla del portátil, donde el software de emergencias seguía parpadeando, ajeno a la arcilla y al agua que se acumulaba en el exterior. El tic-tac del reloj de bolsillo en su chaleco parecía acelerarse. La rigidez del protocolo chocaba contra el peso del papel amarillento.

—Haremos una cosa —dijo Clara, cruzando los brazos—. Mantendremos la división por cuadrículas en el sistema para la coordinación de los voluntarios de protección civil. Ellos no conocen el monte y necesitan límites claros. Pero usted y yo peinaremos la línea de las escorrentías que propone. Las «venas».

Olmedo la estudió con detenimiento antes de asentir con una leve inclinación de cabeza.

—Es un comienzo, inspectora. Pero deje las botas de repuesto en el retén. Donde vamos hoy, el barro le va a llegar a las rodillas antes de que hayamos caminado un kilómetro.

Clara cerró la tapa del portátil con un golpe seco. La pantalla azul se apagó, dejando el despacho sumido en la luz grisácea que se filtraba por el ventanal húmedo. Fuera, el viento del norte trajo el crujido de una rama rota en el parque del ayuntamiento.

La lluvia racheada golpeó el rostro de Clara al empujar la hoja de roble del retén. El frío avivó la punzada de la migraña tras sus

sienes. Cruzó el soportal a zancadas, sin esperar a que Olmedo guardara el plano catastral, y subió al asiento del copiloto del Nissan Patrol de la Guardia Civil.

El sargento se acomodó tras el volante, exhalando un olor a tabaco rancio y chubasquero húmedo. El motor de gasoil arrancó con un traqueteo bronco que hizo vibrar la palanca de cambios y el salpicadero agrietado. Olmedo metió primera, soltó el embrague y el todoterreno se adentró en la penumbra gris que devoraba las últimas casas de Aranzo.

La pista forestal hacia la loma norte discurrió en un silencio tenso. El limpiaparabrisas barría el cristal empañado con un chirrido rítmico, un metrónomo que medía la cuenta atrás. Al otro lado de la ventanilla, el hayedo se cerraba sobre el camino: un muro de troncos plateados y ramas desnudas que se retorcían bajo el azote del viento.

Clara miró el salpicadero. El terminal GPS parpadeó dos veces; la brújula digital giró sin rumbo y la pantalla quedó en blanco. La señal moría en aquel embudo de roca.

—Se lo advertí, inspectora —dijo Olmedo, con la vista fija en la pista, convertida ya en un canal de agua arcillosa—. Aquí arriba la tecnología es un adorno caro. El monte tiene su propio blindaje.

Clara no respondió. Palpó el relieve del reloj de bolsillo de su mentor a través del chaleco técnico. El frío del acero templado la ancló al presente. No necesitaba satélites para leer el barro.

El Patrol redujo la marcha en una curva donde la pendiente se suavizaba en un ensanchamiento de la pista. Cruzado ante ellos, encajado contra un talud de pizarra y arcilla roja, descansaba el SUV de Elena Alvia.

La carrocería gris mostraba salpicaduras de barro seco en el techo y surcos limpios por la lluvia en los flancos. Sobre el capó y el parabrisas se acumulaba una capa de hojas podridas.

Clara abrió la portezuela antes de que el motor se detuviera. El suelo, una pasta densa de arcilla, succionó su bota derecha con un chasquido húmedo; tuvo que apoyarse en el marco de la cabina

para no caer. Se calzó los guantes de nitrilo azul con movimientos mecánicos mientras la lluvia le empapaba el pelo bajo la capucha.

Se acercó al coche por el flanco del conductor con la vista fija en el suelo.

—Mire la orientación, sargento —señaló con el índice enguantado las ruedas delanteras del SUV.

Olmedo dejó caer el paraguas de lona verde que acababa de abrir y se inclinó a su lado. Sus botas se hundieron en el fango.

—Están giradas al límite hacia la izquierda —observó—. Apuntan directo al talud.

—Exacto. Y no hay marcas de frenada en la aproximación —añadió Clara, agachándose junto al paso de rueda—. Con esta cantidad de agua, un frenazo de emergencia habría dejado un surco simétrico, desplazando el lodo hacia los lados antes de que actuara el ABS. El dibujo de la rodada es limpio hasta el impacto. Ella no frenó por sorpresa.

—Quiso dar la vuelta —concluyó Olmedo, enderezándose—. Intentó un giro en tres tiempos en un tramo de apenas cuatro metros de ancho. Una temeridad con este suelo.

—O una desesperación —corrigió Clara. Se puso en pie; el frío del barro le calaba las rodillas a través del pantalón técnico—. Nadie intenta un giro aquí a menos que la salida esté bloqueada y retroceder sea la única opción para escapar.

Olmedo no respondió. Dio la espalda al coche y examinó el límite de la vegetación. Recorrió la línea de avellanos y acebos bajo las hayas hasta detenerse en un punto concreto. Se internó en el sotobosque esquivando las zarzas.

—Inspectora, deje el coche y venga a ver esto.

Clara cruzó la escorrentía de la pista pisando sobre las piedras sueltas para no resbalar. Se detuvo junto a Olmedo, que sostenía una rama de avellano de unos tres centímetros de diámetro.

La rama no estaba partida por el viento. Presentaba una torsión limpia, doblada a casi noventa grados, con la corteza verde

desgarrada y la fibra interior expuesta, de un tono amarillento pálido. El raspón quedaba a metro y medio de altura.

—El viento de la tormenta desgaja las copas o rompe las ramas secas —dijo Olmedo—. Esto es una torsión lateral. Mire más abajo.

Clara se inclinó. En la base del arbusto, el musgo sobre la piedra caliza había sido arrancado, dejando una marca gris. Tres metros más a la izquierda, otra rama de avellano mostraba el mismo desgarro a la misma altura.

—Un chasis alto —murmuró Clara, midiendo la distancia entre ambos impactos—. Un vehículo de gran tamaño maniobró aquí.

—Un todoterreno pesado o un tractor forestal con defensa metálica —precisó el sargento, soltando la rama, que regresó con un latigazo sordo—. Entró marcha atrás desde la pista, metiendo la zaga en el sotobosque para maniobrar. Quien conducía conocía este claro; sabía que es el único punto de la loma norte donde cruzar un coche para cortar el paso.

Clara contempló las ramas dobladas y la alineación del SUV. Las trayectorias se cruzaban en una geometría exacta.

—Ella subía —dijo Clara, señalando la pendiente—. Al llegar a la curva, se encontró con el otro vehículo cruzado. Intentó dar la vuelta, metió marcha atrás, pero el barro y la inclinación la hicieron deslizar hacia el talud. Quedó encajada.

Olmedo asintió, con la vista fija en el fango.

—Y no pudo salir por su puerta; el coche quedó pegado a la tierra —añadió el sargento, señalando la chapa contra el talud—. Tuvo que salir por el lado del copiloto. O la sacaron.

Clara regresó hacia el SUV. La hipótesis del accidente de montaña se disolvía bajo la lluvia de la loma norte. No buscaban a una bióloga perdida.

—Hay que abrir el habitáculo, sargento —dijo Clara ante la ventanilla del conductor, donde la lluvia lavaba el cristal empañado

—. Su diario de campo o lo que dejara dentro nos dirá si tuvo tiempo de reaccionar.

Olmedo se acercó y extrajo una herramienta multiusos del cinturón de servicio. Miró a Clara; ella asintió. El bosque empezaba a revelar sus marcas, y el segundero del reloj de bolsillo seguía corriendo en el pecho de la inspectora.

El sargento encajó la punta plana de la herramienta multiusos en la junta de goma de la ventanilla del copiloto. El metal chirrió contra el vidrio templado; la lluvia horizontal amortiguó el sonido de inmediato. Olmedo presionó con el talón de la mano, mientras buscaba el fiador del cierre interno con la paciencia de quien está habituado a forzar vehículos bloqueados en mitad del monte.

Clara mantuvo el haz de la linterna fijo en la ranura y protegió la lente con la palma de la mano. El agua le corría por las muñecas, empapando los puños de neopreno de su chaqueta técnica.

—Un segundo más —gruñó Olmedo.

El mecanismo interior cedió con un chasquido seco. El sargento tiró de la manilla y la portezuela se abrió con un quejido de bisagras húmedas. Una bocanada de aire atrapado golpeó el rostro de Clara: una mezcla densa de tapicería fría, el aroma químico de un ambientador de pino gastado y la humedad ácida de lana mojada.

Clara no entró de inmediato. Se apoyó en el marco de la puerta y proyectó la luz blanca por el habitáculo de forma sistemática. El interior del todoterreno estaba ordenado, sin signos de lucha ni objetos dispersos. En el asiento del copiloto, un bolso de lona azul impermeable yacía volcado sobre el respaldo, con la cremallera abierta a la mitad.

Con movimientos medidos para no rozar el marco exterior, Clara se introdujo en la cabina. Apoyó la rodilla en el borde del asiento y extendió la mano para coger el bolso. El tejido exterior estaba seco; las ventanillas y las puertas habían permanecido cerradas desde el impacto contra el talud.

Extrajo el contenido sobre el asiento: una cartera de cuero gastado, un juego de llaves con un llavero de resina que contenía

una hoja de haya prensada, un paquete de pañuelos de papel y un estuche de gafas de sol. Abrió la cartera con dos dedos. Los documentos de identidad de Elena Alvia estaban en su compartimento de plástico transparente, junto a tres billetes de veinte euros y varias tarjetas bancarias.

—La documentación está intacta —dijo Clara—. El móvil no está aquí, pero el bolso de mano no ha sido saqueado. Descartamos el robo común. Quien se la llevó no buscaba dinero.

—Nadie sube a la loma norte a robar carteras, inspectora —la voz de Olmedo llegó distorsionada por el repiqueteo de la lluvia en el techo de chapa—. Aquí arriba los únicos que se cruzan en el camino son los guardas de la Casona o los forestales.

Clara devolvió los objetos al bolso con precisión y lo colocó en una bolsa de plástico transparente para pruebas. Luego, giró el cuerpo hacia el espacio del conductor.

Enfocó la linterna hacia los pedales.

El suelo del todoterreno estaba protegido por alfombrillas de goma negra con un relieve de canales para retener el agua y el barro. En la del conductor, la acumulación de sedimento era notable. Clara se inclinó más, casi tocando el volante con el hombro, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros de los pedales de aluminio.

—Sargento, acerque la linterna de repuesto. Necesito un ángulo de luz rasante.

Olmedo se inclinó por el hueco de la puerta y proyectó un haz amarillo que recortó las sombras del suelo del coche.

La alfombrilla mostraba dos depósitos claramente diferenciados. El primero, una capa fina de lodo grisáceo con restos de hojas de haya y agujas de pino, coincidía con el suelo de la pista exterior. Presentaba marcas difusas de una suela de montaña ligera, el calzado de Elena.

Pero sobre el pedal del embrague y en la zona de apoyo del talón izquierdo había algo más.

Era un sedimento denso, una pasta de barro arcilloso rojizo, casi granate, secado en los bordes de la goma en una costra agrietada. No contenía restos orgánicos ni arena. Era arcilla pura, compacta, con un brillo metálico bajo la luz de la linterna.

Clara extrajo una espátula de plástico estéril de su maletín de mano. Raspó con suavidad una porción de la costra roja del pedal del embrague. El material se desgajó en escamas densas, sin desmoronarse. Al presionarlo ligeramente, la textura se mostró grasienta y pesada.

—Esta arcilla no es de la loma norte —dijo Clara, mientras mostraba la espátula a Olmedo—. El suelo exterior es arcilla lavada con pizarra. Esto es greda ferruginosa, un sedimento con una concentración de óxido de hierro muy superior.

Olmedo frunció el ceño y acercó el rostro al plástico. Su respiración pesada empañó por un instante el haz de la linterna.

—Es greda de la escombrera —dijo el sargento, con una lentitud sorda—. Ese color solo se da en un sitio en todo el término de Aranzo. En la loma alta, en las terrazas de decantación de las antiguas minas de carbón.

—¿A qué distancia?

—A seis kilómetros por la pista de la cumbre. Pero esa pista está cerrada al tráfico desde el derrumbe del noventa y seis —explicó Olmedo, mientras se enderezaba despacio—. Solo los pastores y los que conocen los pasos antiguos suben allí a pie. Esa arcilla roja se pega a las botas como el pegamento; si pisas las balsas de decantación de la mina San José, necesitas un cepillo de alambre para limpiarte las suelas.

Clara analizó la muestra en silencio. La hipótesis de las ramas rotas tomaba forma en el suelo del habitáculo.

—Elena Alvia realizó su muestreo en las parcelas bajas de la Casona —dijo Clara, con la mirada fija en el pedal del embrague—. Su diario de ruta no contemplaba la zona de las minas para el día de ayer. Ella vestía botas de senderismo ligeras, limpias de esa greda.

—Entonces el barro no es suyo —concluyó Olmedo.

—No. Alguien con calzado contaminado con arcilla de las minas altas subió a este coche. Y no lo hizo como pasajero. Las marcas principales están concentradas en el embrague y en el freno. Quien conducía este todoterreno cuando encajó contra el talud de pizarra no fue Elena.

Clara se deslizó hacia fuera del habitáculo y pisó con cuidado el estribo metálico para no alterar las rodadas exteriores. La lluvia seguía golpeando su impermeable con un ritmo monótono.

—El vehículo fue conducido hasta aquí por otra persona —explicó Clara, de pie junto a Olmedo, bajo el amparo de la portezuela abierta—. Bloquearon el paso de Elena en la curva, la obligaron a salir por el lado del copiloto y alguien se sentó al volante. Al maniobrar marcha atrás para encajar el coche contra el talud, las botas cubiertas de arcilla dejaron el rastro en los pedales. Después, se marchó a pie o en otro vehículo.

—¿Andar con tanto rodeo? —preguntó Olmedo—. Si quería hacerla desaparecer, habría sido más fácil dejar el SUV en la carretera general o despeñarlo por el barranco.

—Porque es una escena manipulada —respondió Clara—. Un coche encajado en una pista forestal secundaria durante la peor tormenta de la década sugiere un accidente de montaña. Una conductora nerviosa que intenta dar la vuelta, patina y se interna a pie en el hayedo buscando refugio. Justo lo que ustedes pensaron en el retén. El plan buscaba que perdiéramos las primeras veinticuatro horas peinando las torrenteras de la loma norte.

Olmedo observó la masa oscura del hayedo que se elevaba por encima de ellos. La niebla flotaba entre los troncos como jirones de gasa sucia, ocultaba las copas y reducía el mundo a un espacio circular de apenas diez metros alrededor del vehículo.

—Las minas de la loma alta están abandonadas desde hace treinta años, inspectora —dijo el sargento, con una lentitud pesada —. Los pozos están inundados y las galerías de acceso tienen los

puntales podridos. Nadie del pueblo va allí arriba. Es una zona muerta.

Clara cerró la portezuela del SUV de Elena con un golpe seco que resonó en la penumbra del claro. Introdujo la muestra de arcilla en el bolsillo estanco de su chaleco, junto a la figura de madera de boj que aún permanecía en su caja. Consultó de reojo el reloj de bolsillo de su mentor; las manecillas no daban tregua. El bosque no solo ocultaba a Elena; el rastro de barro rojo abría una vía directa hacia el subsuelo de Aranzo.

Capítulo 4

Las manos del ermitaño

El Patrol se había quedado atrás, con el eje delantero encajado en una rodera de arcilla de la que no pudo salir ni con la reductora. A partir de la bifurcación del barranco, la pista forestal se reducía a un sendero de herradura que ascendía entre las hayas, devorado por escorrentías de pizarra y raíces desnudas que el temporal lavaba sin tregua.

Clara clavó la puntera de su bota en el lodo grisáceo y buscó el apoyo de una roca firme antes de impulsarse. El agua helada le corría por el cuello y resbalaba bajo el tejido impermeable de su chaqueta técnica hasta humedecer la camiseta térmica. En su muñeca izquierda, la pantalla del reloj con altímetro permanecía apagada, con el indicador de batería parpadeando antes de quedar completamente en negro. Sin referencias digitales, la montaña volvía a su estado original: una masa vertical de sombras plateadas y viento racheado entre las copas desnudas.

Dos metros por delante, el sargento Martín Olmedo avanzaba con regularidad mecánica. Sus hombros anchos, cubiertos por el capote verde oliva de la Guardia Civil, cortaban la niebla que ascendía del fondo del valle. Sin bastones ni linterna, caminaba con la cabeza baja, la vista fija en el suelo y las manos en los bolsillos. Sabía exactamente dónde pisar para evitar las placas de arcilla roja que Clara, a pesar de su disciplina de montaña, no siempre esquivaba.

—Falta poco —dijo Olmedo, sin volverse. Su voz llegó amortiguada por el estruendo del agua que bajaba por los barrancos laterales—. La cabaña de Braulio está detrás de esa loma de acebos. Si el viejo no ha bajado al pueblo por la tormenta, estará seco junto a la lumbre.

Clara no respondió. Guardó el aliento para el último repecho, donde la pendiente superaba los treinta grados de inclinación. La rodilla derecha le dolió con una punzada sorda, un recordatorio del desgaste acumulado en las batidas del Pirineo, pero la ignoró. Su mente seguía fija en el pedal del embrague del coche de Elena Alvia y en aquella costra de greda roja ferruginosa que ahora llevaba protegida en un tubo de ensayo dentro de su chaleco, junto a la caja con la figura de boj. La ventana de supervivencia de la joven se estrechaba con cada hora de lluvia.

Al superar la barrera de acebos, el viento del norte los golpeó con violencia. En mitad de un pequeño rellano de roca caliza, casi mimetizada con el entorno gris de la ladera, se alzaba la cabaña de Braulio. Era una construcción baja, con muros de mampostería y un tejado de losas de pizarra negra que brillaban bajo el agua. De la chimenea de piedra no salía humo, pero el olor a resina quemada y madera húmeda flotaba en el aire, denso.

Alrededor de la vivienda se acumulaban decenas de troncos cortados. Había secciones de haya de un metro de diámetro, apiladas con simetría, y ramas más delgadas de fresno y castaño apoyadas contra la fachada. Al lado del cobertizo lateral, varias lonas de plástico azul, desgastadas por el sol y sujetas con piedras de río, cubrían montones de virutas de madera. El viento hacía restallar las esquinas del plástico y revelaba la fibra amarillenta y seca que se amontonaba debajo, inmune a la tempestad exterior.

Clara se detuvo un instante a observar las virutas que habían escapado de la protección. Eran cintas finas, rizadas sobre sí mismas, limpias de moho. Se agachó, cogió una con los dedos enguantados y comprobó que el tacto era elástico: madera de boj recién trabajada.

Olmedo subió los dos peldaños de piedra del porche y golpeó la hoja de roble de la puerta con los nudillos. El sonido fue seco, sordo, sin eco.

—¡Braulio! —gritó el sargento—. ¡Abre! Soy Olmedo.

No hubo respuesta inmediata. Dentro de la cabaña no se escuchaban pasos, pero Clara detectó un leve crujido de madera, el roce de una suela contra el suelo de losas interiores. Se colocó a un lado del marco de la puerta, con la mano derecha apoyada en el borde de su cinturón, cerca del cierre de la funda de servicio.

La puerta se abrió despacio, apenas unos centímetros. En la penumbra rojiza del fondo, donde agonizaban las brasas de un hogar, se recortó la silueta de un hombre bajo, de espaldas anchas y encorvadas. Vestía un jersey de lana gris, deshilachado en los puños, y un delantal de cuero grueso manchado de cera y aceite mineral.

Braulio no los saludó. En su mano derecha sostenía un hacha de mango corto de fresno y hoja de acero pulida que reflejaba la pálida luz del exterior. Sus dedos, nudosos y deformados por la artrosis, se apretaban con fuerza alrededor de la madera. Sus ojos, hundidos bajo unas cejas pobladas y canosas, recorrieron el uniforme de Olmedo antes de detenerse en Clara.

—No quiero gente de la ley en mi terreno —dijo el viejo. Su voz era áspera, rota por el desuso—. El monte está cerrado. Ya se lo dije a los guardas de la Casona.

—Baja el hierro, Braulio —dijo Olmedo, dando un paso al frente sin prisa—. Nadie viene a buscar problemas. Esta es la inspectora Montes. Viene de Madrid para llevar la búsqueda de la chica de los Alvia.

El artesano no movió el hacha. Su mirada se desvió hacia la mochila de Clara, fija en los parches técnicos y el material policial.

—La chica de Alvia no está aquí —replicó Braulio—. Que busquen en las torrenteras del río. El agua siempre arrastra lo que se cae al monte.

—No creemos que se haya caído, Braulio —intervino Clara. Dio un paso adelante, lo justo para quedar bajo el alero del porche, fuera del alcance del agua de lluvia—. Hemos encontrado una talla de boj en la loma norte. Pequeña. Sin rostro.

Sus hombros se tensaron y la hoja del hacha descendió unos centímetros, apuntando hacia el suelo. Sus dedos nudosos se aflojaron levemente sobre el mango de fresno, revelando las cicatrices blanquecinas que cruzaban la palma de su mano, marcas antiguas de cortes de gubia.

—Aquí arriba todo el mundo trabaja la madera —dijo el artesano, esquivando la mirada de Clara—. Preguntad en el pueblo. Santos, el de la serrería, o cualquiera de los pastores. Todos saben dar cuatro cortes a una rama de avellano para entretener las horas de niebla.

—Nadie en toda la comarca corta el boj como tú, Braulio —dijo Olmedo, suavizando el tono—. Y tú lo sabes. Déjanos entrar. Hace un frío del demonio y la inspectora solo quiere que le eche un vistazo a la pieza. No es una acusación. Es una consulta.

Braulio permaneció inmóvil bajo el goteo monótono del tejado. Finalmente, soltó un resoplido áspero, dio medio paso atrás y empujó la puerta de roble. Se dio la vuelta y caminó hacia el fondo del taller, arrastrando ligeramente el pie izquierdo.

Clara entró en primer lugar, seguida por Olmedo, que cerró la pesada puerta tras de sí y aisló el rumor del viento.

El taller era una estancia alargada, fría, con el suelo cubierto por una capa densa de virutas secas que amortiguaban los pasos. En las paredes de piedra vista se alineaban estantes con tacos de madera clasificados por su densidad y grado de secado. El aire, denso, olía a resina de pino, cera de abejas y al rastro acre del aceite de linaza.

En el centro destacaba un banco de carpintero de roble macizo, surcado por marcas de sierra y manchas oscuras de grasa. En el extremo derecho, un candil de queroseno proyectaba una luz trémula sobre las herramientas ordenadas con precisión.

Clara se acercó al banco despacio, con las manos a la vista. En el panel de la pared colgaban formones, escofinas, mazos de haya y una hilera de gubias alineadas en un soporte de cuero.

Recorrió las puntas de acero templado: planas, de esquina y de cañón, de sección semicircular. Se detuvo en una de ellas, situada en la mitad del soporte. El mango de madera de olivo estaba oscurecido por el uso, pero el filo curvo de la hoja brillaba bajo la luz del candil, limpio de óxido. Cuatro milímetros de anchura, estimó a ojo. La misma medida de las incisiones que había analizado bajo la lupa en la carpa de campaña.

Braulio dejó el hacha sobre un tocón de madera y se sentó despacio, con un quejido sordo. Apoyó las manos nudosas sobre el delantal de cuero y siguió cada movimiento de Clara con fijeza.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Dónde está esa madera de la que habláis?

Clara no apartó la vista de las manos de Braulio mientras extraía del bolsillo estanco de su chaleco técnico la pequeña caja de cartón rígido. El siseo del nailon precedió al silbido del viento contra las pizarras del tejado. Con movimientos medidos, retiró la tapa y depositó la figura de madera sobre el retazo de fieltro verde que el artesano utilizaba para proteger el filo de sus gubias.

La luz trémula del candil de queroseno recortó la silueta pálida del boj. Era una talla tosca, desprovista de rostro, pero dotada de una simetría fría que contrastaba con las virutas oscuras esparcidas por el suelo del taller.

Braulio aproximó la mano derecha. Sus dedos, engrosados por la artrosis y ennegrecidos por una mezcla de hollín y aceite de linaza, se detuvieron a un milímetro de la madera. El aroma rancio y vegetal del aceite, empleado para nutrir los mangos de fresno, se intensificó en el espacio que separaba sus yemas de la pieza. Finalmente, la aferró. Sus palmas ásperas la envolvieron con una delicadeza inesperada. Al contacto con el residuo graso de sus dedos, el boj seco absorbió la humedad y adquirió un brillo ambarino en las aristas.

La mandíbula del artesano se tensó bajo la barba descuidada. Sus cejas canosas se juntaron en una contracción rígida y sus ojos fijos delataron una inmovilidad absoluta. Dio medio paso atrás y

apartó el torso del banco de trabajo como si el peso de la madera se hubiera multiplicado.

—Yo no he hecho esto —dijo Braulio. Su voz, antes áspera, sonó desprovista de la hostilidad defensiva con la que los había recibido—. No he tocado este boj.

—Pero reconoce la factura —replicó Clara, mientras daba un paso hacia el banco y observaba la rigidez en los hombros del hombre—. El tipo de gubia, la profundidad del trazo.

Braulio giró la figura bajo la claridad amarilla de la llama. Su uña, agrietada por el trabajo, se detuvo en la curva del hombro de la silueta.

—Mire aquí, inspectora —murmuró, mientras señalaba unas microestrías paralelas—. El que haya hecho esto no ha seguido la veta. Ha cortado a contraveta.

Clara fijó la vista en la marca y registró la anomalía física.

—¿Qué implica eso en una madera como esta?

—El boj es traicionero —explicó Braulio, y por un instante la gravedad de su tono adquirió el rigor del oficio—. Sus fibras crecen apretadas, retorcidas por el frío de las laderas calcáreas. Si entras con la gubia a favor de la fibra, la madera cede y se deja moldear. Pero si cortas a contraveta, el acero se clava, desgarra el tejido y astilla la pieza. Arruinas el trabajo en un solo movimiento. Para lograr esto... —el viejo levantó la figura y expuso el flanco donde los cortes mostraban una limpieza quirúrgica— se necesita un control absoluto, casi obsesivo, de la presión y el ángulo de incidencia. El pulso no puede oscilar una sola micra. Quien talló esto no buscaba la facilidad del grano; buscaba el límite del material. Es un desafío directo a la resistencia de la madera.

—Un trabajo de precisión —observó Clara, mientras asociaba mentalmente la regularidad de los cortes con la meticulosidad de un patrón sistemático—. Casi patológico.

Braulio asintió despacio. Devolvió la figura al fieltro verde y retiró las manos con rapidez; se las frotó contra el pantalón de pana,

como si intentara limpiarse el rastro del aceite de linaza.

—¿De quién es esa mano, Braulio? —preguntó Olmedo desde la penumbra del taller. El sargento se había despojado de la gorra de servicio, lo que dejaba ver una frente surcada de arrugas—. En Aranzo no hay tres personas capaces de domar el boj de esa manera.

El artesano dirigió una mirada rápida hacia la puerta trancada, donde el viento siseaba a través de las rendijas de la madera vieja. Luego, volvió a fijar los ojos en la pequeña silueta pálida.

—Es el mismo estilo —dijo, mientras reducía la voz a un hilo áspero—. Es idéntico a las figuras que aparecieron en el noventa y cuatro. Junto al cuerpo de la chica de los Beltrán. Y las otras dos que encontramos después en el barranco. Las que tallaba el viejo carbonero.

Olmedo dio un paso al frente e hizo crujir las tablas del suelo. Su rostro quedó bajo el haz de luz del candil.

—Eso es imposible, Braulio. El viejo carbonero murió en el penal de Herrera de la Mancha hace casi veinte años. El caso quedó cerrado y archivado.

—Yo no discuto dónde murió, Martín —replicó Braulio, sin levantar la vista—. Solo le digo que la forma de morder la madera es la suya. Esas curvas en la caída de los hombros, el ángulo exacto de la gubia de cañón... es su marca de identidad. Alguien está cortando el boj tal y como él lo hacía.

—Un imitador —concluyó Clara, mientras analizaba la correlación temporal—. Alguien que tuvo acceso a sus piezas o que asimiló su técnica de manera directa.

Braulio regresó a su taburete de pino con una pesadez física que parecía hundir sus hombros.

—O algo peor, inspectora —murmuró, mientras apoyaba los codos en las rodillas—. El bosque no olvida dónde se entierran las cosas.

El viento del norte golpeó con fuerza el exterior e hizo restallar la lona plástica del cobertizo contra el muro de mampostería. En el interior del taller, el silencio se volvió denso, impregnado de la humedad que se filtraba por el umbral y del olor persistente a aceite de linaza que aún brillaba en las yemas del artesano. Clara contempló la figura sobre el fieltro verde, mientras registraba la geometría de los cortes y la conexión física con los archivos del noventa y cuatro.

Clara devolvió la figura de boj a la caja de cartón y encajó la tapa con un chasquido sordo. El sonido rompió el letargo de Braulio, quien permanecía inmóvil en su taburete. El artesano ni siquiera levantó la cabeza cuando ella guardó el estuche en el bolsillo estanco del chaleco técnico, junto al tubo de ensayo con la muestra de arcilla roja.

—Gracias, Braulio —dijo Clara.

El hombre no respondió. Sus dedos nudosos volvieron a apoyarse en el mango de fresno del hacha de mano.

Martín cabeceó hacia la salida. Al abrir la puerta de roble, una ráfaga de lluvia racheada barrió el taller y dispersó un puñado de virutas por el suelo de caliza; la hoja se cerró tras ellos, devolviéndolos a la intemperie.

La ladera de acebos era un tobogán de fango y hojas deshechas. Sin la tracción del Patrol, encajado un kilómetro más abajo en la bifurcación, el descenso exigía una tensión constante. La rodilla derecha de Clara protestó con un latigazo agudo cada vez que apoyaba el talón en las lajas de pizarra lavadas por el agua. Su reloj de pulsera, apagado, reflejaba en el cristal la negrura de las copas de las hayas que se agitaban sobre sus cabezas.

—Cuidado ahí —advirtió Martín, señalando un escalón de piedra que se desmoronaba bajo la escorrentía—. Busque el nacimiento de la raíz; es lo único que aguanta el peso con este caudal.

Clara pisó donde el sargento indicaba. La bota encontró el relieve nudoso de una raíz de haya. Se aferró a una rama baja de

avellano para equilibrarse. El agua corría por sus mangas y enfriaba las muñecas bajo el neopreno.

—Braulio no mentía —dijo Clara, alzando la voz para superar el fragor del torrente que crecía al fondo del barranco—. No ha reaccionado para defenderse, sino por pánico.

Martín se detuvo bajo el amparo de una roca saliente. Su capote chorreaba agua arcillosa. Se pasó una mano por la cara para apartarse el pelo mojado y miró ladera abajo.

—El viejo conoció bien a las chicas que se llevó el carbonero —respondió el sargento, con la voz apagada—. Estuvo en las batidas del noventa y cuatro. Cuando encontramos a Marta Beltrán, Braulio identificó la madera de la primera figura. Boj seco. Dijo lo mismo que hoy: el corte de la gubia era demasiado limpio para un aficionado.

Clara apoyó la espalda contra la roca húmeda para aliviar la rodilla.

—Si el viejo carbonero murió en prisión hace veinte años, no nos enfrentamos a un imitador común —dijo Clara—. Un imitador copia lo que ve: la forma, la ausencia de rostro, la escala. Pero no aprende solo a cortar a contraveta con esa precisión sobre una madera tan traicionera como el boj. Eso exige años de oficio o una transmisión directa del método.

—¿Un discípulo? —preguntó Martín—. El carbonero vivía aislado en las chozas de la loma alta. Sin familia. Nadie subía excepto para comprar carbón o alguna talla barata.

—O un cómplice que nunca fue identificado —replicó Clara—. Alguien que compartió su técnica, su territorio y, posiblemente, su impunidad.

La lluvia repicaba sobre la capucha. Clara apretó los puños dentro de los guantes de nitrilo. La desaparición de Elena Alvia ya no era un extravío por desorientación en mitad del temporal, ni un accidente fortuito. Las marcas en los avellanos, el coche cruzado en la pista, la greda ferruginosa en los pedales y la figura de boj

depositada bajo el saliente de la loma norte respondían a una planificación fría.

—Es un ritual —murmuró Clara—. El secuestrador no improvisa. Ejecuta un guion escrito hace treinta años. Las figuras son los marcadores de su avance. Si el patrón es idéntico, el desenlace también lo será si no rompemos la cronología de inmediato.

—Marta Beltrán duró tres días —dijo Martín, con la vista fija en la niebla que ascendía por el desfiladero—. Tres días desde que el coche apareció vacío hasta que encontramos la figura. Después, el agua del barranco nos entregó el cuerpo.

Una punzada fría recorrió la nuca de Clara. El recuerdo de los Pirineos, de las horas perdidas esperando una señal de satélite en la grieta, presionó tras sus sienes. No permitiría que el reloj de arena se vaciara de nuevo mientras se limitaban a reaccionar.

—¿Dónde están los expedientes del noventa y cuatro, sargento? —preguntó Clara. Su tono recuperó la rigidez de la autoridad.

—En el cuartel de la comandancia no hay gran cosa, inspectora. Al cerrarse el caso, Jefatura lo archivó todo. Lo que queda de la instrucción, las actas de levantamiento y las declaraciones deben de estar en el archivo histórico de la comisaría provincial, bajo sello de custodia.

—Pues nos vamos de inmediato —dijo Clara, y reanudó la marcha ladera abajo. Sus botas se hundieron en el fango—. Necesito cada folio de esa investigación. Las fotografías de las tallas, las coordenadas de los hallazgos y la autopsia de Marta Beltrán. Si el asesino juega con las mismas reglas, la solución no está en lo que el bosque muestra hoy, sino en lo que ocultó entonces.

—La carretera del puerto se está cerrando por los desprendimientos, Clara —advirtió Martín a su espalda—. Con esta tormenta, llegar a la capital nos llevará más de dos horas. Perderemos el día de búsqueda en el terreno.

—En el terreno solo pisamos donde él quiere —replicó ella, deteniéndose para mirarlo sobre el hombro. El agua le resbalaba por las mejillas—. Si nos quedamos dando vueltas en el barro, Elena Alvia acabará como Marta Beltrán. Necesito esos archivos antes de que la tormenta destruya las pocas pruebas que quedan. Nos vamos a la provincial.

El Patrol apareció entre la bruma, con los faros encendidos y el motor diésel al ralentí bajo el talud de pizarra. Clara abrió la portezuela y se dejó caer en el asiento. Se quitó la capucha mojada y sacó el reloj de bolsillo de su mentor. El cristal estaba frío. Al abrir la tapa, el segundero avanzaba con un ritmo que competía con el golpeteo de la lluvia contra la chapa.

Antes de que Martín engranara la primera marcha, la radio del salpicadero carrasqueó con una descarga de estática. La voz del cabo de guardia del retén entró entrecortada.

—¿Sargento? ¿Inspectora? ¿Me reciben? Cambio.

Martín descolgó el micro.

—Aquí Olmedo. Te oigo con parásitos, habla despacio. ¿Qué pasa?

—Tienen que volver al pueblo —dijo el cabo; de fondo llegaba un murmullo de voces—. Tomás Alvia se ha enterado de la batida en la loma norte. Ha llamado al subdelegado del Gobierno y al coronel de la comandancia. Protesta por lo que llama una intromisión ilegal en sus tierras.

Clara se inclinó hacia el salpicadero.

—Dígale a Alvia que investigamos una desaparición bajo riesgo inminente —intervino—. La ley nos ampara para realizar batidas de emergencia.

—Ya no es solo eso, inspectora —la voz del cabo vaciló—. El abogado de los Alvia está en el ayuntamiento con una notificación formal. Exigen paralizar cualquier movimiento que no supervise su propia seguridad. El sargento de la comandancia me ha dado órdenes estrictas: deben presentarse en la Casona de inmediato. Si

no van, Alvia bloqueará el paso por las pistas del norte con sus guardas forestales.

Martín soltó el micrófono y miró a Clara. A través del parabrisas empañado, el destello de unos faros halógenos recortó la niebla de la pista inferior. Un todoterreno negro, con el emblema de la familia Alvia en las puertas, se cruzó en mitad del camino, bloqueando la salida hacia la carretera provincial.

Dos hombres con chaquetas de caza impermeables permanecían inmóviles junto al vehículo, con la vista fija en el Patrol.

Clara guardó el reloj de bolsillo. La urgencia por llegar a la comisaría provincial chocaba contra el control del valle. No irían a la capital, no todavía. El Patrol enfiló la pista de acceso este, flanqueado por el todoterreno negro. Iban directos a la Casona.

Capítulo 5

El señor de la casona

El Nissan Patrol enfiló la avenida de castaños centenarios que conducía a la propiedad de los Alvia. El todoterreno negro de los guardas forestales abría la marcha y levantaba a su paso una estela de lodo y hojas descompuestas que golpeaba el parabrisas del coche policial. A través del cristal empañado, la Casona se recortó contra la falda de la montaña como un bloque monolítico de sillería gris. Era una edificación de tres plantas, rematada por un tejado de losas de pizarra que brillaba bajo la lluvia. Vigas de roble, ennegrecidas por la humedad y el hollín, sostenían los aleros del porche principal y otorgaban al edificio un aire de fortaleza que dominaba el valle de Aranzo.

Martín detuvo el motor junto a la escalinata de piedra caliza. El silencio del habitáculo dejó paso al rugido del viento entre las copas de los castaños.

—Juegan en casa, inspectora —dijo Martín, con la mano apoyada en la llave de contacto—. Tenga cuidado en este sitio. Los Alvia no están acostumbrados a dar explicaciones en su propio salón.

Clara no respondió. Se ajustó el cuello de la chaqueta técnica y abrió la portezuela. El aire gélido la golpeó con olor a tierra mojada y a la resina rancia del hayedo. Subió los peldaños de piedra con paso firme, ignorando la punzada en su rodilla derecha.

Antes de que pudiera llamar, la puerta de roble se abrió. Una mujer de moño tirante y delantal oscuro los recibió en el umbral. Sus manos enrojecidas se apretaban contra la tela. Evitó mirarlos a los ojos; su vista permaneció fija en las botas embarradas de Clara y en el uniforme húmedo de Martín.

—Pasen —dijo con un hilo de voz áspero—. El señor los espera en el despacho.

El vestíbulo era amplio y frío, bajo techos altos cruzados por viguetas que exhalaban un aroma rancio a cera y humedad. El suelo de tarima de castaño crujió bajo las pisadas. En las paredes de piedra, retratos al óleo de rostros severos y marcos dorados colgaban de los muros. La mujer los guio por un pasillo flanqueado por trofeos de caza y armas antiguas, hasta detenerse ante una doble puerta de nogal.

Llamó suavemente con los nudillos y, tras recibir una respuesta inaudible, empujó las hojas para permitirles el paso.

El despacho de Tomás Alvia era una estancia sobria, dominada por un gran ventanal de cuarterones abierto al hayedo, sepultado bajo una masa de niebla densa. Tras un escritorio de nogal cubierto de planos catastrales, esperaba Tomás Alvia.

El patriarca vestía una chaqueta de caza de lana verde abrochada hasta el cuello. Mantenía una postura rígida, el cabello canoso peinado hacia atrás y el rostro curtido en una calma gélida. A su derecha, junto a una librería de tomos encuadernados en cuero, un hombre con traje gris marengo sostenía un maletín de piel.

—Inspectora Montes, sargento Olmedo —dijo Tomás Alvia—. Esperaba que su presencia en este valle sirviera para encontrar a mi hija, no para entorpecer el funcionamiento de mis fincas.

Clara se detuvo a dos metros del escritorio. Martín permaneció detrás, con la gorra bajo el brazo.

—Señor Alvia —dijo Clara—. Ejecutamos un protocolo de búsqueda de emergencia. Cada hora reduce las posibilidades de localizar a Elena con vida.

—¿Por qué pierden el tiempo en la loma norte? —intervino el hombre del traje gris, mientras daba un paso al frente—. Soy Valdés, asesor jurídico de la familia Alvia. Mi cliente tiene informes de que sus patrullas invaden parcelas privadas de explotación forestal sin autorización.

Clara miró al abogado antes de volver a dirigirse a Tomás.

—Hemos localizado el todoterreno de Elena. No patinó en la pista, señor Alvia. Fue embestido por un vehículo pesado y empujado contra el talud. El conductor calzaba botas cubiertas de greda roja, una arcilla que solo se encuentra en las balsas de decantación de las minas de la loma alta.

Tomás Alvia no pestañeó. Solo una contracción en la comisura de los labios alteró su semblante.

—Esa zona está clausurada desde el noventa y seis —respondió, apoyando las palmas en el nogal—. Solo hay escombros y pozos inundados. Mi hija tomaba muestras en el valle. Si el coche está en la pista norte, se desorientó por la tormenta.

—La greda en los pedales demuestra que Elena no conducía —replicó Clara—. Y en la senda encontramos una figura de madera de boj recién tallada. Idéntica a las de los crímenes de los noventa.

El silencio solo lo rompió el repiqueteo de la lluvia contra los cristales. Martín se removió a su lado y el cuero del correaje crujió.

Tomás Alvia se enderezó.

—Ese asunto quedó resuelto hace veinte años con la muerte de aquel hombre en prisión —dijo con lentitud—. No permitiré que use la desaparición de mi hija para resucitar fantasmas que dañen el nombre de mi familia. El viejo carbonero pagó por lo que hizo.

—El análisis de la talla sugiere lo contrario —dijo Clara—. El corte de la madera es idéntico. Necesitamos registrar sus propiedades forestales en la loma alta, incluidas las inmediaciones de las minas.

Valdés extrajo un documento de su maletín y lo dejó sobre la mesa.

—Es una notificación formal presentada ante la subdelegación del Gobierno y el juzgado de guardia —dijo con una sonrisa profesional—. Exigimos la suspensión de cualquier registro en las propiedades de la familia Alvia sin una orden judicial específica.

Desviar recursos a zonas industriales abandonadas por unas figuras de madera es una negligencia que pone en peligro a Elena.

Clara observó el papel. La firma del subdelegado era reciente; la burocracia provincial se había movido de noche con una rapidez inusual.

—La vida de su hija está en juego —dijo Clara—. Si bloquean el acceso al norte, retrasan los indicios antes de que expiren las setenta y dos horas. La tormenta está borrando el terreno.

—La Guardia Civil y los retenes locales saben dónde buscar —replicó Tomás Alvia—. En las torrenteras bajas, en el cauce del río. No en mis propiedades. No toleraré que una inspectora forastera venga a remover la tierra de mis antepasados.

El patriarca hizo un gesto con la mano. Valdés recogió el maletín y se colocó junto a la puerta.

El metal frío del reloj de su mentor presionó contra su pecho, bajo el chaleco técnico. La rigidez de la Casona era un muro de pizarra. En el rostro de Tomás Alvia no había dolor, sino una tensión rígida. La mención de las minas altas y la greda roja había alterado la inmovilidad de sus hombros.

—Nos retiramos, señor Alvia —dijo Clara—. Pero recuerde que el bosque no entiende de notificaciones judiciales. Si la tormenta borra el rastro de su hija, la responsabilidad no será de esta inspección.

Tomás Alvia no respondió. Volvió a sentarse tras el escritorio, con la vista fija en el ventanal donde la niebla devoraba el hayedo.

Clara cruzó el despacho seguida por Martín. En el vestíbulo, la sirvienta esperaba con la mirada baja. Tras ellos, el teléfono del despacho comenzó a sonar con un timbre estridente, seguido por la voz del patriarca al responder.

La voz de Tomás Alvia, filtrada por la madera de nogal del despacho, se elevó áspera e imperativa. El timbre del teléfono acababa de enmudecer, sucedido por una ráfaga de exigencias dirigidas al subdelegado del Gobierno.

Clara se detuvo a mitad del vestíbulo. Martín la miró de reojo, atento a su postura. A pocos metros, el abogado Valdés, que salía tras ellos, frenó al escuchar los gritos de su cliente y retrocedió hacia el umbral del despacho. Clara aprovechó ese instante de distracción. Hizo una seña imperceptible a Martín para que custodiara la entrada y, con paso rápido, siguió el rastro de la sirvienta, que se internaba por el pasillo de servicio con una bandeja de plata vacía entre las manos.

El corredor, pavimentado con baldosas de arcilla cocida, amortiguaba sus pisadas, a diferencia de la ruidosa tarima de castaño del salón. El olor a cera y humedad rancia se disolvió en un aire más cálido, impregnado de ceniza de leña y cobre limpio. Al fondo, la mujer se adentró en una cocina de techos abovedados donde una gran estructura de hierro fundido conservaba el rescoldo.

La mujer depositó la bandeja sobre la mesa de pino, blanqueada por la lejía. Al percibir los pasos de Clara, dio un respingo; una cucharilla de plata resbaló y golpeó las baldosas con un tintineo agudo. Se inclinó de inmediato para recogerla, con las mejillas encendidas.

Clara se anticipó. Recogió la pieza de metal y se la tendió por el mango.

—Adela, ¿verdad? —preguntó Clara en un susurro. Fuera, la tormenta azotaba los ventanales traseros con violencia rítmica.

La mujer asintió sin levantar la vista, apretando la cucharilla contra el delantal oscuro. Sus manos, hinchadas y enrojecidas por el agua fría, temblaban.

—Solo soy la cocinera, inspectora —murmuró, con un hilo de voz áspero y la mirada fija en el suelo—. Yo no sé nada de las tierras ni de los papeles del señor.

—No vengo por los papeles de su señor —respondió Clara, apartándose para dejarle espacio—. Le pregunto por Elena. Usted la vio crecer.

Los hombros de Adela, rígidos bajo el chal de lana gris, cedieron un milímetro.

—La niña... —Adela desvió los ojos hacia la penumbra del pasillo—. Ella no es como su padre. No tiene esa dureza.

—Elena está en el bosque, Adela. Bajo esta tormenta. Lleva más de treinta y seis horas a la intemperie y el agua empieza a inundar los barrancos del norte. Si sabe algo, por pequeño que sea, dígamelo. No por mí, sino por ella.

Adela tragó saliva. El azote del agua contra los cristales arreció. Se frotó las palmas nudosas contra el delantal.

—Hubo una discusión —confesó, con un hilo de voz que apenas superaba el siseo de la cocina de hierro—. Muy fuerte. La noche antes de que desapareciera.

Clara dio un paso hacia ella.

—¿El lunes por la noche?

—Sí. El señor estaba en el despacho. Elena entró con sus libretas y unos botes de cristal del invernadero. Estaba muy alterada, inspectora. Nunca le había hablado así a su padre. Insistía en que debía subir a la loma alta, a las parcelas del hayedo que el señor tiene cerradas bajo llave.

—¿Las tierras colindantes con las viejas minas? —Clara recordó la greda ferruginosa adherida a los pedales del coche de la joven.

—Esas mismas. El señor las tiene prohibidas. Ni los pastores de Aranzo entran allí. Pero la niña decía que sus análisis no cuadraban. Hablaba de mediciones, de niveles de nitrógeno extraños en la tierra. Decía que el bosque ocultaba algo que no debía estar allí.

Clara contuvo el aliento. Nitrógeno anómalo en el suelo de un hayedo privado. Una alteración química compatible con la descomposición de materia orgánica.

—¿Qué le respondió su padre?

—Se enfureció —Adela abrió los ojos, fijos en un punto invisible—. Dio un golpe en la mesa que resonó hasta aquí. Le gritó que no volviera a pisar esas parcelas, que eran peligrosas y que no

tenía derecho a hurgar en la historia de la familia. Le ordenó que entregara las muestras y que se olvidara del asunto.

—¿Elena obedeció?

Adela negó con la cabeza.

—Es terca, inspectora. Tiene la misma sangre que los Alvia, aunque su corazón sea distinto. No entregó nada. Salió del despacho llorando de rabia y se encerró en el invernadero. A la mañana siguiente, cogió el todoterreno antes del amanecer. Dijo que iba a terminar el trabajo en las parcelas bajas, pero yo sé que pretendía subir a la loma alta. Llevaba la mochila grande y las herramientas de excavación.

El crujido de una suela sobre la tarima del pasillo interrumpió el relato. Adela retrocedió un paso, metió las manos en el agua jabonosa de la pila y comenzó a fregar con brusquedad una fuente de loza limpia.

Clara se giró despacio. Martín ocupaba el umbral de la cocina, con la mano derecha apoyada en la hebilla del correaje.

—Inspectora —dijo el sargento en voz baja—. Alvia ha colgado. El abogado viene hacia aquí. Hay que moverse.

Clara asintió. Observó la espalda encorvada de la cocinera, que seguía frotando la loza sin volverse.

—Gracias, Adela —dijo.

Salió de la cocina junto a Martín. Mientras recorrían el pasillo de servicio de vuelta al vestíbulo, el estruendo de la lluvia redobló contra los muros de sillería de la Casona. La discusión de la víspera, la prohibición de Tomás Alvia sobre las parcelas del hayedo, el nitrógeno anómalo y la arcilla ferruginosa en los pedales del todoterreno. El bosque no solo resguardaba a la joven; ocultaba algo que la familia Alvia protegía bajo llave.

El roce áspero del estropajo contra la fuente de loza cesó en cuanto las pisadas de la inspectora y el sargento se disolvieron en la tarima del vestíbulo. Adela soltó la pieza en el agua jabonosa, que ya perdía su calor, y se secó las manos con el delantal de algodón

oscuro. La sarga áspera le escocía en las yemas agrietadas por el frío y la sosa. En la cocina abovedada, solo quedaba el siseo de las brasas en la estructura de hierro fundido y el azote de la lluvia racheada contra los ventanales del patio trasero.

Caminó hacia la entrada de servicio, arrastrando las zapatillas de paño sobre las baldosas de arcilla. El pasillo, en penumbra, recibía el reflejo grisáceo de la tormenta a través del porche cubierto. Al llegar a la puerta trasera, apoyó la frente contra el marco frío de madera. A través de la esquina limpia del ventanillo de vidrio esmerilado, divisó el camino de grava que rodeaba la fachada este de la Casona.

El Nissan Patrol de la Guardia Civil arrancó con un traqueteo ronco que hizo vibrar los cimientos de piedra. Los faros amarillos cortaron la niebla que ya lamía los escalones de la entrada. Detrás, el todoterreno negro de los guardas de don Tomás se situó a su zaga, escoltándolo con la precisión de un perro pastor que vigila que la fiera no se desvíe del sendero permitido.

Adela vio cómo el coche de los agentes enfilaba la avenida de los castaños y se hundía en el túnel de ramas desnudas y bruma gris. Una opresión fría se le instaló en el pecho, más densa que la humedad que calaba los muros de sillería. Se limpió con un dedo deformado por la artrosis la lágrima que le resbalaba por la mejilla.

Debería haber hablado. Debería haberle dicho a la inspectora lo que ocultaba el invernadero de Elena la tarde anterior a su desaparición.

Al otro lado del cristal, tras los arbustos de boj y los esqueletos de los rosales, la estructura de hierro y vidrio del invernadero se recortaba bajo el aguacero. Allí dentro, lejos del rigor de don Tomás, el aire conservaba el olor dulce de la turba y los brotes de montaña que la muchacha traía de sus excursiones de campo.

La última vez que le llevó el termo de caldo, Elena trabajaba encorvada bajo un flexo de pinza. Tenía las yemas oscurecidas por una tierra densa, distinta al mantillo habitual del jardín. Sobre el

mostrador de azulejos, los frascos de reactivos burbujeaban al contacto con las muestras de suelo.

—Es de la loma alta, Adela —le había susurrado Elena, sin apartar los ojos de las muestras—. El suelo allí está enfermo. Tiene compuestos que no corresponden a un bosque sano. Es como si la tierra estuviera digiriendo algo... algo enorme.

Sin entender de química forestal, Adela reconoció aquel tono. Era el mismo que había recorrido las cocinas de Aranzo en el otoño del noventa y cuatro, cuando las batidas de los guardas y los lamentos de los Beltrán ocuparon el valle.

Pero guardó silencio ante la inspectora Montes. El crujido de la tarima exterior, que delataba los pasos del abogado Valdés, le había sellado los labios. En la Casona, las paredes escuchaban, y la influencia de don Tomás Alvia se extendía mucho más allá de sus lindes catastrales.

Conocía a Tomás Alvia desde su juventud. Sabía de lo que era capaz para proteger el apellido y mantener limpia la piedra de su fachada. En Aranzo, don Tomás gobernaba las voluntades con la misma precisión con la que sus capataces talaban las parcelas de hayas. Un ademán suyo bastaba para denegar el crédito del taller de su sobrino o revocar la licencia de pastos de su hermano en las lomas comunales. El silencio no era una virtud en el valle; era el precio de la supervivencia.

Si delataba lo que Elena ocultaba en el invernadero, la Casona la expulsaría sin contemplaciones. En un valle de inviernos de seis meses y escasez de jornales, el rechazo de los Alvia equivalía a convertirse en un fantasma.

Se santiguó en silencio mientras el rumor del todoterreno se extinguía en la distancia, sustituido por el silbido del viento en las rendijas de la puerta de servicio.

Solo restaba confiar en que la inspectora forastera, con su rigidez meticulosa, no se limitara a los informes judiciales o a las evasivas de don Tomás. Elena carecía de la dureza de su padre, pero su obstinación la había empujado al corazón del hayedo proscrito.

Las pruebas de esa terquedad seguían allí, en el invernadero, bajo las bandejas de cultivo y las libretas que aún no habían sido destruidas.

Un trueno lejano hizo vibrar los cristales, un eco sordo desde las viejas minas de carbón de la loma norte, sepultadas bajo el barro rojo. Adela dio media vuelta y regresó a la cocina, donde el agua del fregadero se enfriaba, gris como la ceniza.

Capítulo 6

La botánica del subsuelo

Clara Montes

La lluvia azotaba los cristales de la oficina de coordinación con la fuerza de un chorro de arena. En el piso superior del ayuntamiento de Aranzo, las vigas de roble crujían bajo el empuje de las ráfagas que bajaban del puerto. La luz del único fluorescente activo parpadeaba, proyectando sombras sobre el mapa topográfico militar y el plano catastral de los años ochenta, extendidos sobre la mesa de pino.

Clara Montes apoyó las palmas sobre el papel húmedo. Sus yemas, frías por el regreso desde la Casona, dejaron dos huellas de vapor sobre la cuadrícula del sector norte. A su lado, el sargento Martín Olmedo vertía café en una taza de loza desportillada. El olor a requemado y a impermeables mojados llenaba la estancia.

—El subdelegado no tardará en llamar para confirmar la suspensión —dijo Martín, mientras dejaba la cafetera sobre la placa apagada—. El abogado de Alvia sabe qué resortes tocar en Jefatura. Si nos quedamos aquí parados, nos retirarán la competencia antes de que amanezca.

Clara no levantó la vista. Sus ojos seguían la línea discontinua que representaba el antiguo camino de herradura de la loma alta.

—No nos vamos a quedar parados, sargento. Mire esto.

Señaló el papel térmico junto a los mapas: el registro de la última conexión del móvil de Elena Alvia, obtenido antes de que la tormenta derribara el enlace con la comandancia. Filas de datos alfanuméricos detallaban los intentos de registro del dispositivo en las antenas del valle.

—La última señal activa se registró a las nueve y catorce del martes —Clara deslizó un bolígrafo sobre la tabla—. El informe

preliminar sugería que se quedó sin batería. Es la conclusión estándar en montaña.

—¿Y no es así? —Martín se acercó con la taza entre las manos; el cansancio de doce horas de batida estaba marcado en sus ojeras.

—No. Si la batería se agota, el protocolo de la red móvil registra un aviso de desconexión progresiva. El teléfono envía un último paquete de control para indicar que se apaga. Aquí no existe ese registro. La conexión se interrumpió a mitad de una ráfaga de datos, mientras el terminal intentaba sincronizar una carga de archivos de localización.

Clara cruzó los datos de cobertura con el mapa topográfico. Trazó un vector desde el repetidor de la peña de Aranzo hacia la loma norte.

—El ángulo de la señal corta exactamente aquí —hundió la punta del bolígrafo en una depresión del terreno, un vacío entre parcelas forestales—. No fue un fallo de energía. El teléfono entró en zona de sombra absoluta. Un obstáculo físico se interpuso con la antena al instante.

Martín se inclinó sobre el mapa, entornando los ojos bajo la luz titilante. Su dedo grueso, marcado por cicatrices de antiguas rozaduras de cable, siguió la curva de nivel que Clara acababa de marcar.

—La Hoya de la Vieja —murmuró Martín. Su voz perdió la aspereza habitual, apagada por una gravedad sorda.

—¿Qué hay ahí? —Clara notó la pausa en su respiración.

—Una depresión cárstica, de unos ochenta metros de diámetro, oculta por el hayedo. El terreno cede por el desgaste de la caliza subterránea. Los pastores no meten el ganado ahí ni en verano; los flancos son casi verticales, de pizarra desmoronada y arcilla. Si caes dentro, no sales sin cuerdas. Y con esta lluvia...

Martín dejó la taza sobre la mesa. El café se agitó, reflejando el parpadeo del fluorescente.

—Con este caudal, la Hoya es un embudo —continuó el sargento, mirando de reojo a Clara—. Toda la escorrentía de la loma norte va a parar a ese agujero. El agua drena hacia el subsuelo por las grietas de la roca. Si Elena bajó a tomar muestras o se desorientó con la niebla, estará atrapada en el fondo. O sepultada por un desprendimiento.

El recuerdo de los Pirineos, del senderista cuyo rastro se desvaneció en una fractura de granito mientras ella esperaba una triangulación satelital inútil, regresó con la nitidez de un golpe físico. Clara se llevó la mano al pecho, palpando a través del tejido estanco el contorno del reloj de bolsillo de su mentor. El metal frío le devolvió el centro.

—Adela confirmó que Elena subió con herramientas de excavación buscando una anomalía de nitrógeno en las parcelas altas —señaló Clara—. Si esa alteración química ocurre en la loma norte, los lixiviados y la materia orgánica se acumulan por gravedad en el punto más bajo del relieve. En esa hoya.

—Bajar a la Hoya con esta tormenta es una temeridad —Martín dio un paso atrás—. La pizarra se exfolia con el agua y el suelo está saturado. Un paso en falso en el borde de la dolina provocará un alud de lodo que nos enterrará a los dos. Hay que esperar al amanecer y pedir un equipo de rescate con arneses y anclajes.

—No tenemos hasta el amanecer, sargento —la voz de Clara sonó cortante—. Elena lleva más de treinta y seis horas desaparecida. Si está en esa depresión, la escorrentía la alcanzará antes de que despegue un helicóptero de la capital. El nivel sube a cada minuto.

Martín apretó los puños, metiendo las manos en los bolsillos de su capote húmedo.

—Es una locura procedimental. Si nos pasa algo ahí abajo, nadie sabrá dónde buscarnos. ¿No venía a seguir el protocolo? El rigor, las normas, las competencias.

—El protocolo exige agotar los indicios viables dentro del plazo de supervivencia —Clara lo sostuvo con la mirada—. La Hoya es el único punto que concuerda con el corte de señal y la ruta de Elena. No es una corazonada. Es física y topografía.

Se dio la vuelta y descolgó el chubasquero de la silla. La prenda aún goteaba sobre las baldosas. Se la puso con movimientos rápidos, ajustando las tancas de la capucha y subiendo la cremallera hasta la barbilla.

Martín miró el mapa, donde la Hoya parecía un ojo negro rodeado de curvas de nivel, y luego a Clara, que ya comprobaba la carga de su linterna.

—La senda de acceso está cerrada a vehículos —cedió el sargento—. Dejaremos el Patrol en la barrera de la Casona y subiremos a pie las dos últimas lomas. Tres kilómetros de ascenso con el fango a la rodilla.

—Empecemos a caminar de inmediato —dijo Clara.

Apagó el interruptor. La estancia quedó en una penumbra gris, rota por el destello de los relámpagos sobre el hayedo. Clara cruzó el umbral y bajó los peldaños de piedra del ayuntamiento, sintiendo el latigazo sordo en su rodilla derecha. Fuera, el motor diésel del Patrol aguardaba bajo la tormenta, listo para enfilar la pista del norte.

El portazo del Nissan Patrol amortiguó el rugido del viento, pero no el frío que se colaba bajo las costuras del chaleco técnico de Clara. Martín engranó la primera. El todoterreno avanzó por la pista ascendente; los neumáticos traseros patinaron en la greda suelta antes de morder el terreno. Los faros halógenos apenas cortaban la cortina de agua que se desplomaba sobre el capó y transformaba el camino en un cauce de pizarra y lodo.

Nadie habló durante los diez minutos de trayecto hasta la barrera de la Casona. Una cadena de hierro grueso, tendida entre dos postes de hormigón, brillaba bajo el agua. Martín detuvo el motor al ralentí y apagó las luces de carretera.

—A partir de aquí es senda de cabras —dijo Martín, mientras se ajustaba la gorra impermeable—. Si metemos el Patrol, un desprendimiento nos dejará encajados. Toca andar.

Clara asintió. Sacó el receptor GPS y pulsó el encendido. La pantalla parpadeó, pixelada y sin curvas de nivel, antes de mostrar el aviso de falta de señal. La densidad del hayedo y la humedad saturada anulaban la antena. Guardó el aparato con un chasquido seco y cogió el bastón de trekking del asiento trasero.

—La brújula tampoco servirá cerca de las vetas de hierro de la loma —añadió Martín, mientras apuntaba con la linterna hacia la senda—. Habrá que confiar en los ojos. Y en las piernas.

Clara abrió la portezuela. El aire de la montaña la golpeó de frente, cargado de un olor penetrante a tierra batida y hojarasca en descomposición. Se ajustó las correas de la mochila y apoyó el peso en el bastón. Su rodilla derecha emitió un crujido sordo. Ignoró el aviso y dio el primer paso en el fango.

La subida exigió un equilibrio constante. La lluvia racheada les golpeaba el rostro y los obligaba a avanzar con la cabeza baja. El bosque de hayas se cerraba sobre ellos; los troncos grises y retorcidos se alzaban como columnas de una catedral en ruinas, mientras el dosel de ramas desnudas gemía bajo el vendaval.

Un crujido agudo, similar al disparo de un fusil, resonó a la izquierda.

—¡Cuidado! —Martín la empujó por el hombro hacia el talud.

Una rama de haya se desgajó de la copa y cayó con estrépito sobre la senda; levantó una salpicadura de barro y astillas a escasos metros. El impacto vibró en el suelo saturado. Clara recuperó el equilibrio, con el corazón desbocado, y se limpió el agua de la visera.

—El temporal está descalzando las copas viejas —jadeó el sargento—. No podemos entretenernos.

Siguieron ascendiendo por la ladera norte en un silencio roto solo por sus respiraciones y el azote del agua contra el nailon de las

chaquetas. El lodo arcilloso, de un rojo encendido por la greda, se adhería a las suelas y triplicaba el peso de cada zancada.

Tras media hora de marcha, la pendiente cedió. El terreno se abrió en una meseta boscosa que se hundía de forma abrupta. Habían llegado al borde de la Hoya de la Vieja.

Desde el límite del talud, la depresión cárstica parecía un embudo de sombras devorado por la niebla. El agua de escorrentía descendía por las paredes de la dolina en riachuelos improvisados que arrastraban piedras y hojas muertas. Abajo, el aire era aún más frío y denso.

—La pendiente es de casi cuarenta grados en este flanco —dijo Martín, mientras enfocaba la linterna hacia el abismo—. Si resbalamos, no habrá dónde agarrarse.

—Elena bajó por aquí —respondió Clara. Señaló una hendidura reciente en la arcilla, donde la tierra desplazada dejaba al descubierto la raíz desnuda de un arbusto—. No tenía equipo de escalada, pero llevaba la paleta de muestreo. Buscaba el punto más bajo.

Clara inició el descenso de espaldas al vacío. Clavó la puntera de las botas en la arcilla y buscó el apoyo de las lajas de pizarra. Cada paso requería una comprobación previa con el bastón; la piedra se exfoliaba bajo la presión y se desmoronaba en un tintineo sordo hacia la penumbra de la Hoya.

El agua corría por el interior de sus guantes y le entumecía las manos. A mitad de la bajada, un bloque de pizarra se soltó bajo su bota derecha. Clara cayó de rodillas y se aferró a una raíz de haya expuesta por la erosión. El dolor en la articulación la obligó a cerrar los ojos y apretar los dientes. La madera mojada y áspera bajo sus dedos era el único anclaje entre ella y el fondo de la vaguada.

—¡Clara! —la voz de Martín llegó amortiguada por el viento.

—¡Estoy bien! —respondió ella, mientras respiraba despacio —. Siga bajando.

Se puso en pie con lentitud, con la humedad calándole los pantalones. Al alcanzar el fondo de la Hoya, pisaron un suelo circular cubierto por un manto de hojas descompuestas que cedía como una esponja saturada. En el centro, el agua acumulada formaba un charco turbio que giraba antes de filtrarse por una grieta de la caliza con un siseo rítmico.

Clara recorrió el perímetro y barrió el suelo con la linterna. El agua había excavado cárcavas de medio metro en la arcilla roja, dejando al descubierto el esqueleto de raíces del hayedo. No quedaban huellas legibles; la escorrentía había lavado cualquier marca horas atrás.

—Por aquí no hay nada, inspectora —dijo Martín, mientras apuntaba a la pared opuesta—. Si estuvo aquí, el agua ya habrá arrastrado sus pertenencias al sumidero.

Clara no respondió. Se detuvo frente a un haya centenaria alzada en la zona menos castigada por la corriente, sobre una elevación de caliza que había resistido el empuje del agua. El tronco, de un gris casi blanco, se elevaba colosal, con raíces retorcidas como tendones sobre la piedra.

En la base del tronco, a sotavento, la corteza se abría en una cavidad profunda, formada por la pérdida de una rama principal décadas atrás. El propio saliente del árbol protegía el hueco de la lluvia directa.

Clara se arrodilló sobre las raíces mojadas. Introdujo la mano en la abertura y apartó un puñado de hojas secas y telarañas. Sus dedos rozaron una superficie artificial, fría y deslizante, que contrastaba con la rugosidad de la madera.

Tiró con cuidado.

Extrajo una bolsa de plástico grueso con autocierre, empañada por la condensación interna. Dentro, a salvo de la humedad, se apreciaba el contorno de un cuaderno de tapas naranjas y un bolígrafo sujeto a la espiral metálica.

—La terca de Elena —murmuró Clara, mientras limpiaba el barro del plástico con el dorso del guante.

Martín se acercó y enfocó la linterna. La luz reveló el nombre escrito con rotulador permanente en la esquina del plástico: *Elena Alvia. Campaña de campo*.

Clara abrió la cremallera de su chaqueta y guardó la bolsa contra el pecho, donde el relieve rígido del cuaderno presionó su camiseta térmica. El frío de la tormenta persistía, pero bajo el nailon, el plástico frío del envoltorio marcaba el primer rastro firme.

Clara presionó el bulto contra su pecho, bajo el tejido impermeable, mientras el fango de la Hoya de la Vieja le cubría los tobillos. El agua del sumidero central giraba con un siseo agudo. Martín la sujetó por el codo para ayudarla a incorporarse sobre las raíces mojadas del haya.

La ascensión por la ladera de la dolina requirió un esfuerzo ciego. Sin más apoyo que el bastón de trekking y las lajas de pizarra que se desmoronaban bajo sus botas, Clara buscó los nudos de las raíces expuestas para no deslizarse hacia el fondo. Su rodilla derecha protestó con un latigazo sordo en cada apoyo; apretó los dientes bajo la capucha empapada y siguió subiendo.

En el borde superior, al enfilar el camino de herradura, la tormenta se adueñó del hayedo. Las copas de los árboles gemían bajo el empuje del viento del norte, desprendiendo ramas y hojas deshechas que les golpeaban el rostro. Los tres kilómetros de regreso hasta la barrera de la Casona se convirtieron en una marcha ciega a través del barro arcilloso, guiados por el haz titilante de la linterna de Martín.

El Nissan Patrol emergió de la niebla como un bloque oscuro bajo la lluvia. Clara abrió la portezuela del copiloto y se dejó caer en el asiento; las mangas de neopreno mojado le pesaban como el plomo. Martín subió al lado del conductor, cerró de un portazo que amortiguó el rugido del vendaval y giró la llave de contacto. El motor diésel arrancó con un traqueteo ronco que hizo vibrar la chapa fría del salpicadero.

—La calefacción tardará en calentar, inspectora —dijo Martín, mientras pasaba un trapo de algodón por el parabrisas empañado—.

Si se queda fría ahora, esa rodilla no la va a dejar caminar mañana.

Clara no respondió. Con los dedos entumecidos por el esfuerzo, deslizó la cremallera del chaleco técnico y extrajo la bolsa plástica. El cierre hermético había protegido el cuaderno de la tromba de agua, aunque las tapas naranjas mostraban una ligera curvatura por la condensación. Apoyó el lomo sobre la guantera y encendió la luz de lectura del techo. El haz amarillento recortó sus manos sucias de arcilla sobre la cartulina húmeda.

La primera página mostraba una caligrafía limpia, de trazo rápido y firme: «Elena Alvia. Proyecto de fin de grado: Dinámica de nutrientes en el horizonte orgánico del hayedo de Aranzo».

Clara pasó las hojas. Estaban repletas de tablas de datos, mediciones de pH, porcentajes de arcilla y esquemas botánicos dibujados a lápiz con minuciosidad. Había ilustraciones detalladas de hojas de haya y muestras de musgo. En los márgenes, Elena había anotado fechas y horas con precisión milimétrica.

A partir de la tercera semana de registros, el orden del diario se fragmentaba. Clara se detuvo en una página fechada el doce de octubre. El dibujo de un helecho común ocupaba el centro, pero bajo él las anotaciones ya no seguían la cuadrícula del papel.

—Mire esto, sargento —murmuró, inclinando el cuaderno hacia la luz del cuadro de mandos.

Martín dejó el trapo sobre el salpicadero y se inclinó, apoyando los antebrazos en el volante. Su respiración, con un rastro de café frío, rozó el hombro de la inspectora.

—¿Qué busca?

—La anomalía de la que habló la cocinera.

Señaló con la uña un párrafo escrito con un bolígrafo de tinta negra, de trazo más grueso.

«Punto de muestreo L-14. Presencia masiva de Urtica dioica en un claro de hayas jóvenes. Anomalía: el nitrógeno total en el suelo supera los 4.8 gramos por kilo. Es un valor aberrante para este tipo de sustrato, casi cuatro veces superior a la media de la loma. El

fósforo orgánico también muestra picos inexplicables. No hay escorrentía agrícola en esta cota. Tampoco restos de ganado. La vegetación presenta un gigantismo foliar que solo se explica por una fertilización localizada y profunda».

—Ortigas —dijo Martín, entornando los ojos—. El bosque está lleno de ellas en las zonas bajas, donde los pastores dejan las ovejas. Pero en la loma alta no hay pastos. Es todo piedra y sombra.

—Las ortigas son plantas nitrófilas, Martín. Necesitan suelos ricos en nitratos y fosfatos para prosperar —Clara pasó la página, recorriendo las líneas con rapidez forense—. En un entorno forestal cerrado, un pico de nitrógeno orgánico tan localizado solo tiene una explicación plausible: materia orgánica compleja en descomposición. Un cuerpo.

El sargento permaneció inmóvil. El reflejo de la luz del cuadro de mandos dibujaba sombras en las arrugas de sus ojos.

—El suelo de un bosque tarda décadas en asimilar un cuerpo —continuó Clara, con tono analítico—. Pero el nitrógeno permanece atrapado en la red de raíces durante generaciones. Cambia la química de la tierra, altera las especies que crecen encima. Elena no solo hacía un mapa de nutrientes. Estaba registrando, sin saberlo, la huella química de enterramientos antiguos.

Pasó varias páginas. Los esquemas botánicos habían dado paso a anotaciones apresuradas, coordenadas geográficas escritas a lápiz y comparaciones de datos que se interrumpían bruscamente. No había mapas, solo una acumulación febril de mediciones de campo.

Junto a una de las últimas columnas de datos, la caligrafía de la joven se volvía errática, casi ilegible.

«Papá se enfureció cuando le mencioné los análisis del sector norte. Insiste en que son residuos de las antiguas balsas de decantación de las minas de San José, que la greda roja altera las mediciones. Pero los residuos mineros contienen metales pesados y sulfuros, no nitrógeno orgánico. He revisado los viejos diarios locales sobre las búsquedas del noventa y cuatro. Las lomas que

mencionaban coinciden a grandes rasgos con estos picos de nitrógeno que estoy detectando. No son variaciones del suelo. Son fosas».

El silencio en el habitáculo se volvió denso, roto por el siseo del ventilador. Martín estiró la mano y rozó el borde del cuaderno, como si temiera que el papel pudiera deshacerse bajo sus dedos curtidos.

—El asesino de aquellos años... —comenzó el sargento, pero su voz se apagó en un susurro áspero.

—Sigue habiendo marcas recientes en el bosque, Martín —replicó Clara. Se frotó las sienes, todavía frías por el agua de la Hoya —. Lea la última página.

La hoja estaba fechada el lunes por la noche, pocas horas antes de que el todoterreno de Elena fuera localizado contra el talud. El trazo era tembloroso; los caracteres se amontonaban contra el margen derecho.

«Alguien ha estado en las parcelas altas. He encontrado una marca en la corteza de un haya: un corte limpio, hecho con una herramienta de filo curvo. No es una señal forestal. Mañana subiré a tomar más muestras de control en el límite de la propiedad antes de que empiece la tormenta. Siento que me vigilan desde el espesor. Escucho pasos sobre las hojas secas cuando me detengo, pero al mirar atrás solo está la niebla».

Clara cerró el cuaderno con un golpe seco. El sonido restalló en el habitáculo.

—No se perdió —dijo, mirando fijamente a través del parabrisas hacia la negrura del hayedo—. Elena localizó las fosas del noventa y cuatro usando la botánica del terreno. Y cuando subió a confirmar sus sospechas, el asesino ya la estaba esperando. La vio registrar su territorio. La vio descubrir el cementerio.

Martín soltó el volante. Se pasó las manos por el rostro mojado, exhalando un suspiro largo que volvió a empañar el cristal.

—Si descubrió una de esas fosas... —el sargento la miró con los ojos muy abiertos, sin rastro de su habitual resignación—. Significa que el peligro sigue ahí arriba. Que nunca se fue del todo.

—Significa que Elena sigue viva porque él necesita saber qué ha descubierto y qué ha dejado escrito —concluyó Clara. Su mano derecha bajó hacia el chaleco, buscando el relieve del reloj de bolsillo de su mentor. El metal frío marcó el ritmo de la prisa—. El secuestro no es un fin, Martín. Es una contención de daños. El captor preparó el escenario del accidente para ganar tiempo y limpiar lo que ella tuviera en la Casona. Pero no contaba con que Elena hubiera ocultado el diario en la Hoya de la Vieja antes de ser interceptada.

Guardó el cuaderno naranja en la bolsa estanca y cerró el precinto con un movimiento firme.

—Tenemos que volcar estos datos y mapear cada una de estas coordenadas de muestreo.

Capítulo 7

El lenguaje de las hayas

El zumbido rítmico y pesado del generador diésel, instalado en el patio trasero del ayuntamiento, vibraba a través de las suelas de las botas de Clara. La red eléctrica de Aranzo había caído dos horas antes, cuando un pino centenario se desplomó sobre el tendido del puerto, y ahora la oficina se reducía al círculo de luz que proyectaba un flexo de pinza acoplado a la estantería. El olor a gasoil quemado se filtraba por las rendijas de la ventana junto con el frío húmedo de la tormenta.

Clara estiró la pierna derecha bajo la mesa de pino. Un pinchazo agudo en la rótula le recordó la bajada a la Hoya de la Vieja. Frente a ella, el diario de tapas naranjas de Elena Alvia permanecía abierto, sujeto por las esquinas con dos tinteros de bronce para evitar que el papel, combado por la humedad, se curvara sobre sí mismo.

A su lado, Martín Olmedo sostenía un lápiz de carpintero. El sargento se había quitado el capote húmedo, dejando ver los tirantes oscuros sobre la camisa de sarga verde de la Guardia Civil. Sus dedos, con arcilla roja incrustada bajo las uñas, tamborileaban sobre el plano catastral de los años ochenta.

—Mire aquí, sargento —dijo Clara, señalando con el reverso de un bolígrafo una de las tablas manuscritas de Elena—. No es una simple lista de especies. Es un inventario de bioindicadores.

Martín se inclinó, entornando los ojos bajo la luz mortecina.

—Para mí son solo nombres en latín, inspectora. Ortigas y musgo. El monte está lleno de eso. Si tuviéramos que buscar donde hay ortigas en este valle, necesitaríamos un regimiento.

—No cualquier ortiga, y no en cualquier abundancia —Clara pasó el dedo sobre una columna donde Elena había anotado valores

de densidad por metro cuadrado—. *Urtica dioica*. Es una especie nitrófila estricta. Su presencia masiva en el sotobosque del hayedo, donde el suelo suele ser ácido y lavado, requiere una fuente externa de nitrógeno orgánico que se filtre desde el subsuelo. Pero Elena fue más meticulosa. Cruzó la presencia de las ortigas con la degradación del musgo.

—¿El musgo? —Martín frunció el ceño, dejando el lápiz sobre la mesa.

—El musgo de los troncos, en concreto las comunidades de *Hypnum* que crecen en la base norte de las hayas —Clara deslizó el plano catastral hacia el centro de la mesa, bajo el flexo—. Absorben los nutrientes y la humedad directamente de la atmósfera y de la corteza. Sin embargo, en las zonas que Elena marcó con un círculo rojo, el musgo presenta una decoloración amarillenta y un adelgazamiento de la lámina foliar. Anotó que se debía a la evaporación de compuestos amoniacales volátiles; gases de descomposición que ascienden por capilaridad a través de los canales de la corteza del árbol.

Martín guardó silencio. El viento golpeó los cristales de la oficina, haciendo temblar el marco de madera de la ventana. Un trueno sordo, lejano, rodó por el valle, apagando por un instante el zumbido del generador.

—Un cadáver —murmuró el sargento—. Modifica el terreno.

—Cambia la firma química del suelo durante décadas —afirmó Clara—. Las raíces de las hayas absorben esos nitratos y los incorporan a su ciclo. La vegetación de la superficie se convierte en un mapa visible para quien sabe interpretarlo. La anomalía botánica de la loma norte no era un hecho aislado, ni una balsa de decantación de las minas, como pretendía hacerle creer su padre.

Clara cogió un juego de fichas con las coordenadas UTM que Elena había registrado en las últimas páginas de su diario. Eran anotaciones apresuradas, algunas corregidas a lápiz sobre el papel rugoso.

—Vamos a trasladar estas lecturas al plano físico, sargento. El GPS de la comandancia sigue sin señal y no podemos permitirnos esperar a que restablezcan el repetidor. Utilizaremos el catastro.

Martín asintió. Cogió la regla metálica y la alineó con la cuadrícula de la loma norte, tomando como referencia el cruce de la pista forestal donde habían localizado el SUV de la joven.

—Dígame la primera —dijo el sargento, apoyando la punta del lápiz en el papel amarillento.

—Treinta y dos, T, cuatro, cuatro, uno, cero, cincuenta —leyó Clara, con voz monótona, precisa—. Norte: cuatro, siete, seis, dos, ochocientos.

Martín deslizó la regla, calculó la intersección con la destreza de quien ha patrullado esas lomas durante un cuarto de siglo y presionó la mina de grafito. Un punto negro quedó marcado en la ladera este del Barranco de las Sombras.

—La siguiente.

—Cuatro, cuatro, uno, dos, idéntico. Norte: cuatro, siete, seis, dos, novecientos cincuenta.

Otro punto. El grafito crujió levemente al hundirse en la celulosa del plano antiguo.

A medida que Clara desgranaba las cifras del diario, la mano de Martín dibujaba una constelación de marcas negras sobre el papel. Clara observaba el proceso sin parpadear, con la barbilla apoyada en los nudillos. Los puntos negros no se dispersaban al azar; trazaban una línea que su mirada unía antes de que el sargento apoyara el lápiz.

—Espere —dijo Clara, deteniendo la mano de Martín con un gesto suave pero firme—. No siga. Mire la distribución.

Martín se apartó unos centímetros, entornando los ojos.

Los puntos de grafito no se dispersaban de manera errática por la loma alta. No seguían las curvas de nivel ni se concentraban en las vaguadas húmedas donde el agua se acumulaba por gravedad. Formaban un arco regular, una línea poligonal que

ascendía desde el Barranco de las Sombras, bordeaba la cresta de la loma norte y descendía de nuevo hacia el límite de la vegetación forestal.

Clara cogió un rotulador rojo de punta fina. Con pulso firme, unió los puntos de grafito uno a uno. El trazo rojo recortó la ladera del hayedo como una sutura sobre el mapa catastral.

—No es una búsqueda aleatoria —dijo Clara—. Es un perímetro.

Martín se inclinó tanto que su sombra cubrió la mitad inferior del plano. Su dedo índice, grueso y marcado por los años de servicio en la montaña, se posó justo en el espacio vacío que quedaba encerrado dentro del semicírculo rojo. Un espacio parcelado con líneas discontinuas que representaban muros de piedra y cierres de espino.

—La linde de la Casona —dijo Martín—. El arco rodea exactamente los límites de la propiedad privada de los Alvia. Las tierras que don Tomás mantiene cerradas bajo llave.

Clara recorrió con la mirada el trazado rojo. Cada anomalía botánica registrada por Elena se situaba a menos de cincuenta metros de la valla de espino de la familia Alvia, en el terreno comunal que pertenecía al municipio, pero siempre bordeando el límite de la casona solariega.

—El asesino no enterraba dentro de la propiedad —dijo Clara —. Sabía que un registro de la Guardia Civil o una inspección rutinaria de los guardas forestales dentro de los límites de los Alvia levantaría sospechas inmediatas. Utilizó el terreno público adyacente, el hayedo común, pero usó la linde de la Casona como su línea de referencia. Una guía física en mitad de la niebla.

Martín se enderezó con lentitud, con la mandíbula tensa.

—Elena no estaba haciendo un trabajo de clase, inspectora. Estaba cercando a su propia familia. Estaba dibujando el mapa de las tumbas que rodean su casa.

—Y su padre lo sabía —añadió Clara. Sacó el reloj de bolsillo de su mentor del interior del chaleco y acarició la tapa metálica fría con el pulgar—. Adela nos dijo que discutieron por las muestras de la loma alta. Tomás Alvia intentó detenerla; sabía lo que ocultaba la química del suelo. No quería que la forastera de la capital o los agentes del retén metieran las palas en esa linde.

—Si el subdelegado firma la suspensión mañana por la mañana... —Martín miró la ventana, tras la cual la tormenta seguía desgajando ramas en la oscuridad—. No podremos acercarnos a ese perímetro con un equipo de excavación. Valdés presentará la orden antes de que las patrullas arranquen.

Clara cerró el diario de Elena con un golpe seco que levantó una brizna de polvo bajo la luz del flexo.

—Entonces no esperaremos a mañana, sargento. Elena nos dejó las coordenadas exactas de la alteración más reciente antes de que la interceptaran. El punto donde encontró la marca en la corteza.

Se puso en pie, ignorando el dolor punzante que le recorrió la rodilla derecha. Se ajustó el ceñidor del arma bajo el chaleco y miró a Martín, que seguía con los ojos fijos en el trazo rojo del mapa.

—Prepare las linternas auxiliares y las palas de mano —dijo Clara—. Vamos a comprobar qué hay bajo las ortigas antes de que el barro se lo trague todo.

El portazo metálico en la planta baja del ayuntamiento y el golpe de las palas al ser cargadas en el Patrol cruzaron la plaza vacía, amortiguados por el torrente de agua que bajaba de los canalones de zinc. Santiago no apartó los dedos del cristal empañado. Vio cómo los faros amarillos del todoterreno se encendían bajo el aguacero, recortando la silueta de la inspectora Montes y del sargento Olmedo antes de que el vehículo iniciara la marcha hacia la pista de la loma norte.

Se marchaban hacia arriba, allí donde la pista forestal moría en el barro arcilloso.

Santiago retiró la mano del vidrio, dejando un surco limpio en la condensación que volvió a empañarse casi de inmediato. En la taberna de Aranzo no quedaba nadie más. El aire conservaba el olor espeso a gasoil de la calefacción, a orujo barato y a la lana mojada de su propia pelliza. Detrás del mostrador, el tabernero pasaba un paño gris por un vaso de tubo y repetía el mismo movimiento circular con la parsimonia de quien mide el paso de las horas por el desgaste de la loza. El siseo azul de la estufa de butano en una esquina y el azote rítmico de la lluvia contra la pizarra del tejado eran los únicos sonidos en el local.

Santiago se llevó a los labios el vaso de solera. El licor le quemó la garganta, áspero y amargo. Sus dedos, entumecidos por el frío, buscaron el bolsillo de su pantalón de pana. Allí dentro, el metal de la llave pequeña que abría el cajón de su escritorio se sentía como un trozo de hielo contra el muslo. El recorte de prensa de 1994 seguía bajo los mapas antiguos del hayedo, oculto bajo las anotaciones topográficas que nadie más comprendía.

El tabernero dejó el vaso sobre el estante con un golpe seco.

—Van hacia arriba —dijo, sin mirar a Santiago—. Con esta agua, la greda de la loma es un jabón.

Santiago no se volvió. Siguió con la vista fija en la penumbra exterior.

—La de la capital lleva palas —añadió el tabernero, bajando la voz—. Como si hubiera algo que desenterrar.

Santiago dio un trago corto al vaso. El comentario flotó en el aire húmedo de la taberna sin encontrar réplica. En Aranzo, las preguntas directas morían solas si no encontraban eco. El silencio no era una virtud en el valle; era el precio que se pagaba por mantener las cosas en su sitio. Un susurro fuera de tono y la leña para el invierno se volvía el doble de cara, o las licencias de pasto en los puertos comunales se denegaban en la Casona antes de que terminara el mes.

Su memoria retrocedió al otoño del noventa y cuatro. Recordó al cabo de la comandancia que había subido decidido a peinar la

loma alta tras la desaparición de Marta Beltrán. Santiago, que entonces vestía el uniforme de la guardería forestal, los había guiado por los senderos de herradura, sorteando los desprendimientos de pizarra que el temporal intentaba borrar. Habían avanzado siguiendo un rastro de pisadas profundas hasta llegar justo al límite catastral de la Casona de los Alvia.

El cabo primero había plantado la bota sobre el sillar del muro de piedra, dispuesto a saltar, cuando la radio de banda corta del Patrol emitió un zumbido sordo. Una orden directa de la Jefatura Provincial obligó a suspender el rastreo en ese sector y desviar las patrullas hacia los barrancos del sur, a kilómetros de allí. Al día siguiente, el cabo fue trasladado a un puesto administrativo en la costa y las lomas del norte quedaron custodiadas únicamente por los guardas privados de don Tomás.

Aún veía la silueta de Tomás Alvia, joven entonces, observando la retirada de la Guardia Civil desde el porche de su casa, con un rifle de caza apoyado en el brazo y su abogado Valdés susurrándole al oído. Luego vino la detención del viejo carbonero, una resolución rápida que cerró el caso ante los periódicos y devolvió al valle una paz ficticia.

Santiago miró de nuevo hacia el ventanal. Las luces traseras del Patrol ya no eran visibles; se habían disuelto por completo en la negrura de la pista forestal.

Había observado a la inspectora Montes esa tarde en la oficina de coordinación. Su andar rígido, favoreciendo la pierna herida, y esa fijeza en los ojos de quien busca una explicación lógica en mitad de la tormenta. Recordó haber visto también a la muchacha, Elena, dos semanas atrás, agachada junto a la valla de espino de los Alvia con su mochila y una paleta metálica. Había algo en el empeño de la joven que le recordaba al cabo del noventa y cuatro; la misma obstinación que siempre acababa chocando contra el muro de la Casona.

Las hayas de Aranzo hablan a quien sabe escucharlas; sus raíces, hundidas en el fango, guardaban secretos que la tierra no

asimilaba. Temía que si la inspectora profundizaba demasiado en ese mapa de ortigas y sombras, acabaría muerta, sepultada bajo el mismo dosel gris que ya se había tragado a las demás.

Santiago apretó la llave en el bolsillo hasta que el metal le mordió la yema del dedo. Hizo amago de levantarse, con los músculos de las piernas tensos por el impulso de salir a la plaza y entregarle el mapa anotado, pero el peso del silencio impuesto durante treinta años actuó como un cepo.

Miró al tabernero, que seguía limpiando la barra con el mismo trapo sucio, y dejó el vaso vacío sobre la mesa. Fuera, la lluvia seguía cayendo sobre el hayedo, borrando cualquier huella en las lomas del norte.

Santiago permaneció inmóvil en la silla de la taberna, bajo el siseo azul de la estufa de butano. En el bolsillo de la pelliza, sus dedos rozaban la llave fría del escritorio. Fuera, la lluvia borraba las huellas en las lomas del norte. Cerca de las tres de la madrugada, el rugido de un motor diésel quebró el temporal: el Patrol de la Guardia Civil cruzó la plaza vacía, con los faros amarillos cubiertos de barro, y se detuvo ante el ayuntamiento.

En la oficina de coordinación, en el piso superior, la puerta se abrió con un crujido de madera hinchada. Clara Montes entró primero. Apoyó el peso en el bastón de trekking para aliviar la rigidez de la rodilla derecha; un latido constante le castigaba las sienes. Arrojó la pala de mano sobre las baldosas. El metal goteaba greda líquida, la arcilla roja que el temporal arrastraba ladera abajo y que les había impedido clavar la herramienta en el fango de la loma norte.

Martín entró detrás y empujó la hoja con el hombro. Se quitó la gorra impermeable, sacudió el agua sobre el suelo y dejó en la mesa un rollo de papel grueso, rescatado del archivo de urbanismo.

—El mapa geológico del término municipal —dijo el sargento, con la voz tomada por la humedad—. Del setenta y seis. La piedra no cambia de sitio por mucha lluvia que caiga.

Clara se desabrochó el chubasquero mojado y lo colgó en el respaldo de una silla. Se sentó despacio, estirando la pierna con un leve gesto de dolor. Ayudó a Martín a extender el plano sobre la mesa de pino, mientras sujetaba las esquinas con el diario de Elena, una caja de grapas y un tintero de bronce. El papel viejo desprendía un olor rancio a polvo y celulosa húmeda.

Bajo la luz parpadeante del flexo, alimentado por el generador del patio, el mapa mostraba el relieve de Aranzo en manchas desvaídas: azul para las calizas, gris para las pizarras y estrechas franjas amarillas que seguían las torrenteras.

Clara abrió el cuaderno de tapas naranjas de Elena por la página de las coordenadas. Comparó los planos y buscó la relación entre las anomalías botánicas y el subsuelo.

—Mire aquí, sargento —señaló tres marcas rojas en la ladera este, en el límite de la propiedad de los Alvia—. Las ortigas gigantes y la decoloración del musgo no están sobre la pizarra gris. Coinciden con estas lenguas siena que entran en el hayedo.

Martín se inclinó y apoyó los puños en la mesa. Sus ojos recorrieron la leyenda del mapa.

—Depósitos coluviales —murmuró—. Suelos de acumulación.

—¿Qué había ahí antes de las plantaciones de hayas de los setenta? —preguntó Clara—. El terreno en esta cota debería ser pedregoso, pero Elena describe un horizonte orgánico profundo, sin fragmentos de roca.

Martín apretó la mandíbula, con la mirada fija en las curvas de nivel.

—Las paulinas —dijo al fin—. Así las llamaban los viejos. Pequeños humedales de montaña, turberas bajas que se alimentaban de las filtraciones de la caliza. En invierno eran trampas de lodo.

—¿Anduvo por allí en el noventa y cuatro?

—La guardería forestal nos prohibió meter las patrullas en esa zona durante las batidas —admitió Martín, mientras se frotaba los

ojos—. El barro se tragaba los todoterrenos hasta el chasis.

—¿Y a pie?

—Don Tomás —Martín señaló con el pulgar hacia el este, en dirección a la Casona—. A finales de los setenta, cuando heredó la explotación, metió excavadoras. Abrió zanjas de drenaje hacia el Barranco de las Sombras y desecó las paulinas para plantar haya industrial. Quería madera rápida, y el exceso de agua pudría las raíces.

Clara asintió. Las piezas encajaban. Se inclinó sobre el mapa y siguió con la yema del dedo el contorno de las antiguas turberas que el plano de 1976 aún registraba.

—Un humedal desecado conserva un suelo blando durante décadas —explicó Clara, con precisión técnica—. La arcilla acumulada en el fondo no ofrece la resistencia de la pizarra. No hay que picar la roca ni cortar raíces centenarias. ¿Cuánto se tardaría en cavar una fosa de metro y medio en la ladera de pizarra?

Martín resopló.

—Con esta lluvia y en esa roca, un hombre solo necesitaría tres o cuatro horas de esfuerzo extremo. El ruido del pico contra la piedra habría resonado en todo el barranco.

—¿Andando por las paulinas?

—Allí la tierra es como mantequilla vieja. La arcilla retiene la humedad pero no se compacta. Con una pala de monte, se abre una fosa en veinte minutos. Sin ruido. Sin dejar lascas de roca en la superficie.

—Y hay algo más —añadió Clara, señalando las notas de Elena—. El gigantismo de las ortigas. El suelo de las turberas desecadas es rico en materia orgánica, pero el nitrógeno de un cuerpo acelera el crecimiento de la vegetación. Las hayas jóvenes plantadas sobre las fosas crecen más rápido, cubriendo el terreno removido en pocas estaciones. El asesino no solo buscaba la facilidad física para cavar; utilizaba la propia dinámica del bosque para sepultar las fosas bajo un manto verde.

Martín se pasó la mano por la nuca húmeda.

—Utilizó el drenaje de Alvia para construir su cementerio. Sabía dónde la tierra cedería sin protestar.

—Y Elena lo descubrió analizando la química de esas paulinas —concluyó Clara—. Por eso su padre intentó detenerla. Sabía que si la investigación botánica salía a la luz, los geólogos señalarían esas anomalías.

Clara cogió el lápiz de carpintero y trazó un círculo grueso alrededor del punto de muestreo L-14, la coordenada donde la joven había registrado la marca reciente en la corteza y la mayor concentración de nitrógeno. El círculo quedó justo en el borde de la mayor de las antiguas turberas, a veintidós metros de la valla de espino de la Casona.

—Esta es nuestra primera coordenada de excavación —dijo Clara, mientras clavaba la punta del lápiz en el papel—. El punto L-14. El terreno es llano y las hayas jóvenes nos protegerán del viento del norte.

Martín miró el reloj de pared del ayuntamiento. Las manecillas de plástico avanzaban con un chasquido rítmico. Eran las tres de la madrugada.

—La tormenta dará una tregua antes del amanecer —dijo el sargento, mientras se ajustaba los tirantes—. Tendremos unas tres horas de luz gris antes de que el abogado de Alvia se presente con la orden de suspensión. Si vamos a meter la pala, tiene que ser en cuanto claree.

Clara guardó el diario de Elena en la bolsa estanca y lo metió en la mochila junto al plano geológico. Se puso en pie y apoyó el peso en la pierna izquierda para aliviar la articulación inflamada. El metal frío del reloj de su mentor pesaba contra su pecho, midiendo la cuenta atrás.

—Descanse dos horas, sargento —dijo Clara, mientras miraba hacia la negrura del hayedo a través del ventanal—. Al primer atisbo de claridad, subimos. Esta vez sabemos exactamente dónde cavar.

Martín asintió y apagó el flexo. La oficina quedó sumida en la penumbra, rota únicamente por el destello lejano de un relámpago que iluminó la silueta de las hayas en la loma norte.

Capítulo 8

La herida de los Pirineos

La cera derretida avanzaba por el plato de loza blanca, solidificándose en estrías opacas antes de tocar el borde. Clara observaba el hilo con la fijeza de un geólogo que mide la velocidad de un glaciar. La habitación del hostal, un rectángulo estrecho bajo la cubierta de pizarra, olía a pino viejo, a humedad retenida en el papel pintado y a la lana mojada que colgaba en el armario.

Fuera, la tormenta empujaba los muros de piedra sillar. Cada ráfaga del norte hacía temblar el marco de la ventana y arrancaba un silbido agudo a las rendijas mal selladas. La luz de Aranzo se había apagado tres horas antes; el zumbido del generador del ayuntamiento no alcanzaba este extremo del pueblo, dejando el callejón sumido en una negrura líquida.

Clara estiró la pierna derecha sobre la colcha de sarga. Un dolor sordo le nacía en el tendón rotuliano y se extendía hacia el muslo, herencia de la caída en la Hoya de la Vieja. Se presionó la rótula con ambas manos, aplicando una fuerza constante hasta apagar el latido de la articulación. El radiador de hierro fundido estaba tan frío como la piedra de la fachada.

Abrió el puño izquierdo. En la palma, el reloj de bolsillo de su mentor reflejaba la llama vacilante de la vela. El metal plateado, gastado por tres décadas de servicio, conservaba el calor de su pecho. El segundero avanzaba con un chasquido seco que la tormenta no conseguía amortiguar.

Cinco minutos para las cuatro de la madrugada.

El tic-tac del reloj se fundió con otro sonido lejano: el crujido de las cadenas de nieve sobre el asfalto congelado de Benasque.

Clara cerró los ojos, pero la negrura tras los párpados proyectó con nitidez las pantallas de la sala de crisis de los Pirineos.

El parpadeo azul del software de simulación térmica, las curvas de probabilidad sobre el mapa del macizo de la Maladeta y la rigidez de su propia voz al teléfono de campaña: «El protocolo desaconseja el despliegue pedestre con vientos superiores a los ochenta kilómetros por hora. Debemos esperar a la ventana de vuelo del helicóptero al amanecer. La tasa de supervivencia estimada en vivac técnico supera las setenta y dos horas».

Había defendido las cifras. Citó el manual de operaciones párrafo por párrafo frente a los guías locales que exigían salir con esquís de travesía y palas a medianoche. Ella era la norma, la distancia científica encargada de frenar la temeridad de los lugareños.

Pero la montaña no lee los manuales de la Dirección General.

Cuando el helicóptero despegó, dieciocho horas después, el viento había barrido la ladera este del pico de Paderna. El chasis de aluminio apenas vibraba en el aire limpio de la mañana. Localizaron al senderista a doscientos metros del refugio de la Renclusa. No había logrado entrar. Sus dedos, rígidos y ennegrecidos, seguían aferrados al sillar de la esquina bajo una capa de nieve de apenas treinta centímetros. Había muerto por hipotermia severa mientras ella analizaba tablas de probabilidad en una oficina con calefacción.

La Jefatura no tardó en tramitar el expediente. Sin sanción formal —el protocolo se había cumplido al milímetro—, el silencio administrativo posterior dolió más que una suspensión. Este traslado, camuflado de comisión de servicio para coordinar búsquedas forestales, era el límite invisible de su carrera. El castigo por preferir la exactitud de un algoritmo a la urgencia de la carne.

Un trueno rodó por el valle, sacudiendo el hostal desde los cimientos hasta las vigas de la buhardilla. La llama de la vela se inclinó casi hasta apagarse, dejando una estela de humo grisáceo antes de recuperar la vertical.

Clara abrió los ojos y miró la mesa de noche.

La bolsa estanca, de un naranja translúcido, contenía el diario de Elena Alvia. Las esquinas del cuaderno, combadas por la

humedad de la Hoya, presionaban el plástico contra el precinto. Al lado, el mapa geológico de 1976 mostraba el círculo rojo trazado sobre las antiguas turberas desecadas, las paulinas que Martín había identificado gracias a su memoria de patrullero.

En Aranzo, el tiempo no transcurría en horas administrativas, sino en el agua que bajaba por los barrancos y en la velocidad con la que la greda roja devoraba las huellas de la loma norte.

Elena Alvia llevaba más de cuarenta horas desaparecida. El plazo crítico de las setenta y dos horas se estrechaba con cada vibración del vidrio.

Clara se incorporó despacio, apoyando las manos en el colchón para no cargar el peso sobre la rodilla inflamada. El frío de las baldosas le atravesó los calcetines de lana. Se acercó a la mesa, cogió la bolsa estanca y palpó el relieve del cuaderno a través del plástico.

Elena no se había perdido. Las anotaciones botánicas, las mediciones de nitrógeno en el suelo y la marca de la gubia en la corteza de las hayas confirmaban que había entrado voluntariamente en el territorio del cazador. El captor no podía permitir que el mapa de las fosas llegara al ayuntamiento. Con cada hora, el hombre ganaba terreno al amparo de la tormenta y de la orden de suspensión que Tomás Alvia pretendía imponer al amanecer.

Clara miró hacia el ventanal. El reflejo de la vela en el vidrio empañado le devolvió un rostro cansado: las ojeras del insomnio, la línea tensa de la boca y la fijeza de sus ojos oscuros. Detrás de su imagen, en la negrura exterior, el hayedo de Aranzo se extendía como un mar de copas invisibles azotadas por el temporal.

«No esperes al helicóptero, Clara», se dijo a sí misma.

Si se sometía a la burocracia de la subdelegación y si permitía que el abogado Valdés bloqueara el acceso a la loma norte, el bosque devolvería a Elena como los Pirineos le habían devuelto al senderista de Paderna: rígida, sin vida, con la verdad sepultada bajo una capa de lodo arcilloso.

Se guardó el reloj de su mentor en el bolsillo del pantalón de montaña y abrochó el botón metálico. El frío de la habitación ya no importaba. Se inclinó sobre la mesa, cogió el mapa geológico y el lápiz de carpintero que Martín le había dejado, y repasó la línea roja que unía las antiguas turberas. El punto L-14 la esperaba al amanecer.

Sopló la vela. La habitación quedó sumida en una oscuridad instantánea, pero en su mente la ruta hacia la loma norte ya estaba trazada, libre de algoritmos y de protocolos de retirada.

El olor a mecha extinguida flotaba en la penumbra de la buhardilla cuando Clara terminó de ajustar las hebillas de las botas de montaña. No encendió la linterna; el fulgor azulado de los relámpagos, filtrado por el tragaluz, bastaba para recortar el contorno de la mochila técnica y el plano geológico doblado en el bolsillo del impermeable. Descendió las escaleras del hostal con lentitud, apoyando el talón izquierdo en cada peldaño para evitar la torsión de la rodilla derecha, que protestaba con un latido constante.

Al empujar el portalón de madera que daba al porche, el frío del exterior la recibió como un muro húmedo. La lluvia golpeaba con un fragor sordo la visera de pizarra del tejadillo, salpicando las losas de piedra. A pocos metros, el Nissan Patrol de la Guardia Civil permanecía al ralentí, exhalando un humo denso que el viento dispersaba de inmediato por el callejón.

Martín Olmedo esperaba apoyado en la barandilla de madera carcomida, con la gorra calada hasta las cejas y los hombros encogidos bajo el capote verde. Al oír el crujido de la puerta, se volvió despacio. La luz del cuadro de mandos del todoterreno, filtrada a través de los cristales, recortaba las ojeras profundas y la barba de dos días en su rostro curtido.

—No debería estar levantada, inspectora —dijo Martín, con la voz ronca por la humedad—. Quedan casi dos horas para que empiece a clarear.

—El dolor no me deja dormir, sargento —respondió Clara, acercándose al límite del porche, donde las gotas rebotaban contra

el cuero de sus botas—. Y el tiempo corre más rápido que la tormenta.

Martín no replicó. Buscó en el bolsillo del capote y extrajo un termo de acero abollado, sin pintura en los bordes por el roce de los años. Desenroscó la taza de plástico rojo y vertió un chorro de café espeso que desprendió una columna de vapor con olor a chicoria y metal caliente.

—Tome —dijo, ofreciéndole el vaso—. No es el de la capital, pero ayuda a mantener los dedos templados.

Clara aceptó el vaso. El calor atravesó el plástico de inmediato, aliviando el entumecimiento de las yemas. Dio un trago corto; el líquido era amargo y espeso, pero le devolvió una chispa de claridad al pecho.

—Gracias.

—He estado dando una vuelta por el camino de la central —comentó Martín, con la vista fija en el callejón oscuro—. La escorrentía está arrastrando lajas de pizarra de la loma media. Si el drenaje se tapona, la pista forestal se convertirá en un barranco antes de las seis. El monte está blando, inspectora. Demasiado blando.

Clara sostuvo la taza con ambas manos, atenta al latido de la rodilla que marcaba un ritmo molesto. Miró hacia las copas invisibles del hayedo, que gemían bajo el viento del norte.

—En el Paderna —comenzó, con una voz desprovista de su habitual distancia profesional—, los datos eran perfectos. Las estaciones meteorológicas registraban ráfagas de noventa kilómetros por hora en la cresta. El modelo de dispersión térmica indicaba que, con un saco de vivac y ropa técnica, el límite de supervivencia superaba las setenta y dos horas. El protocolo de Jefatura prohíbe el rescate pedestre nocturno bajo esas condiciones. Es una regla de seguridad básica para no perder más hombres de los necesarios.

Martín permaneció inmóvil, atento al siseo de la lluvia contra la pizarra.

—Seguí el manual —continuó Clara, apretando los dedos alrededor del plástico—. Esperé a que el viento cayera a sesenta. Esperé a que la visibilidad fuera de quinientos metros para autorizar el vuelo del helicóptero. Y cuando el equipo lo localizó, el hombre estaba a solo un centenar de metros de la puerta del refugio de la Renclusa. Había caminado a ciegas en la ventisca, sin GPS, sin mapas, guiándose únicamente por el tacto de la roca. Murió congelado intentando alcanzar el picaporte.

Dejó de hablar. El silencio se instaló entre ambos, roto únicamente por el traqueteo rítmico del motor del Patrol.

Martín se pasó la mano enguantada por la barbilla, haciendo crujir la barba de dos días. Dio un paso hacia ella, acortando la distancia en el porche húmedo.

—Aquí abajo no tenemos pantallas de plasma, Clara —dijo, con una gravedad serena—. Pero tenemos esto.

Señaló con la bota el fango rojizo acumulado en el borde de la losa de piedra.

—El monte no sabe de protocolos, es verdad. Se mueve cuando quiere y se traga lo que le estorba. Pero pensar que su método es el problema... es un error. Si saliéramos ahí arriba a buscar a esa chica confiando solo en el instinto o en que conocemos el terreno, ya habríamos pisado tres desprendimientos. Estaríamos dando vueltas en la Hoya de la Vieja sin saber si vamos al norte o al sur.

Se apoyó de nuevo en la barandilla, con la vista fija en la negrura del bosque.

—Su meticulosidad no es debilidad, inspectora. Es lo único que nos separa de volvernos locos ahí dentro. El diario de Elena, esas ortigas que usted vio en el mapa, los miligramos de nitrógeno... no son solo números. Es el hilo que nos dice dónde clavar la pala. Sin ese hilo, solo somos dos ciegos dando tumbos en mitad de la niebla.

Clara miró al sargento. El café amargo le asentó la tensión que le atenazaba el estómago desde que sopló la vela en la

buhardilla.

—Si subimos al amanecer —dijo Clara, devolviéndole la taza de plástico vacía—, el abogado de Alvia estará en el ayuntamiento con la orden de suspensión antes de que podamos confirmar el hallazgo.

Martín cogió la taza y la enroscó en el termo con un giro seco de la muñeca.

—Valdés no estará aquí antes de las siete. Y para entonces, nosotros ya habremos metido la pala en el punto L-14. Si encontramos lo que el cuaderno dice que hay allí abajo, a la subdelegación no le va a quedar más remedio que tragarse su orden de suspensión.

El sargento le tendió la mano para ayudarla a descender el escalón del porche hacia el todoterreno.

Clara aceptó la mano de Martín, sintió la firmeza del guante de cuero húmedo y subió al asiento del copiloto. El motor del Patrol rugió con más fuerza cuando el sargento engranó la primera marcha, encarando la pista forestal que ascendía hacia el hayedo de Aranzo bajo el azote incansable de la lluvia.

El rugido del motor diésel del Patrol, que se abría paso por las roderas de la pista forestal bajo la tromba de agua, se propagó ladera abajo como una vibración sorda a través de las capas de pizarra y greda roja. El temblor mecánico, transmitido por la roca, sacudió los párpados de Elena Alvia.

Abrió los ojos. La negrura presionaba sus globos oculares con la misma fuerza que el frío del suelo le mordía la mejilla izquierda. Parpadeó para limpiar la película de sudor y arcilla que le pegaba las pestañas. No había transiciones ni perfiles; solo una penumbra densa que borraba cualquier noción de distancia.

Un olor químico se le coló por las fosas nasales en la primera inhalación profunda, lo que le provocó una tos ronca que rasgó el silencio. No era la descomposición orgánica del mantillo del hayedo, sino un rastro estancado y artificial: brea de hulla, madera vieja tratada con conservantes para resistir la podredumbre del subsuelo.

Creosota. El destilado de alquitrán utilizado para impermeabilizar las vigas de carga en las antiguas explotaciones mineras. El aroma, denso y persistente, dejaba una textura amarga en el paladar.

Intentó moverse, pero un latigazo de dolor le recorrió la columna desde la base del cráneo. Al apoyar las palmas para incorporarse, sus dedos resbalaron sobre losas de piedra sillar cubiertas por una fina capa de lodo arcilloso. Se llevó la mano derecha a la nuca, sorteando el temblor de los dedos. El pelo estaba apelmazado, adherido al cuero cabelludo por una costra de sangre seca. El golpe la había alcanzado por la espalda, justo cuando sus botas se hundían en el fango de la loma norte.

El recuerdo del claro de las hayas jóvenes regresó en ráfagas: la lluvia golpeando las hojas de las ortigas, el olor a amoníaco de la tierra removida, el crujido de una rama a su espalda y, justo al volverse con el cuaderno de campo en la mano, aquella silueta recortada contra la niebla. Después, la pérdida absoluta de conciencia que ahora se fragmentaba en este espacio confinado.

Plip.

El impacto metálico de una gota rompió la inmovilidad. Elena contuvo la respiración para medir la acústica del lugar.

Plip. Uno. Dos. Plip.

El intervalo era regular, de apenas segundo y medio. La reverberación no moría de inmediato; viajaba hacia los lados y rebotaba en superficies paralelas antes de perderse en un eco profundo. Era la firma acústica de una galería artificial. En las cuevas naturales de caliza, las paredes rugosas absorbían el sonido de manera irregular; este eco, en cambio, era limpio, canalizado por planos rectos de mampostería y placas de pizarra cortada.

Se apoyó sobre las rodillas, pero la rigidez del frío le entorpeció las articulaciones. Un escalofrío violento la obligó a encorvarse bajo el chubasquero naranja, que goteaba sobre sus muslos. Los pantalones de sarga estaban empapados desde los tobillos hasta la pantorrilla. El agua subía desde el suelo, fría y real.

Estiró el brazo izquierdo en la oscuridad hasta que sus yemas tropezaron con un obstáculo vertical: un puntal de madera escuadrada. Al deslizar los dedos por la superficie, notó las astillas y una costra grasienta que le manchó la piel. Presionó la palma contra la veta. La madera estaba saturada de agua, pero no cedía bajo su peso; era un soporte estructural del techo invisible, impregnado de la misma creosota que saturaba el aire.

Bajo el goteo constante, comenzó a percibirse un rumor más grave, un siseo líquido que corría por debajo del silencio. Elena inclinó la cabeza y apoyó la oreja contra la madera del puntal. La viga actuaba como un diapasón, transmitiendo una vibración constante y pesada. El agua fluía con fuerza en algún punto cercano, buscando salida a través de las grietas de la roca.

La tormenta exterior seguía activa. Las últimas mediciones de su diario de campo registraban la saturación del horizonte orgánico en la loma norte y una escorrentía que ya desbordaba las zanjas de drenaje de la ladera. Toda esa masa de agua, filtrada a través de las dolinas y los sumideros de pizarra de la superficie, descendía por gravedad hacia las entrañas de la montaña. Las galerías de la mina abandonada eran el único vaso de expansión posible para el torrente.

El frío le alcanzó los empeines. Bajó la mano libre hacia el suelo de piedra; la lámina de agua ya cubría las botas por completo. La temperatura del líquido, cercana a los cuatro grados de la escorrentía de alta montaña, le entumeció los metatarsos. El nivel subía a un ritmo constante, empujado por la presión hidráulica de la loma alta que seguía recibiendo el castigo del temporal en el exterior.

Retuvo el aire en los pulmones para ralentizar las pulsaciones y contener el temblor del pecho. Cerró los puños contra la viga de madera tratada, hundiendo las uñas en la corteza húmeda hasta sentir el dolor de las astillas clavándose en la dermis.

Si el nivel del agua continuaba ascendiendo a esa velocidad, el espacio de aire bajo la mampostería desaparecería mucho antes

de que el temporal amainara en la superficie de Aranzo.

Apretó los dientes para frenar el castañeteo de la mandíbula. Deslizó las manos por la viga de pino hacia arriba, buscando un saliente, una traviesa o cualquier elemento estructural que le permitiera ganar altura sobre la corriente helada que ya le lamía las pantorrillas en la penumbra.

Capítulo 9

Tierra removida

La luz del alba no trajo claridad a Aranzo, sino una disolución grisácea del contorno de las cosas. La niebla se arrastraba a la altura de los muslos, fría, como un sudario que borraba el suelo del hayedo y convertía los troncos en columnas suspendidas. El aire pesaba, cargado de un olor a hojarasca en descomposición y agua estancada que la tormenta de la noche había removido desde las capas profundas del suelo.

Clara Montes avanzaba en tercer lugar, marcando el ritmo con el golpe seco de su bastón de trekking sobre la roca oculta. Cada flexión de la rodilla derecha le devolvía un latido agudo, secuela de la caída en la Hoya de la Vieja que el frío del amanecer intensificaba. Mantuvo el torso erguido y contuvo la respiración cuando el pie resbalaba sobre la greda arcillosa que ya cubría las punteras de sus botas.

Delante, Martín Olmedo abría la marcha. El sargento se movía con una pesadez constante, los hombros encogidos bajo el capote de la Guardia Civil y la cabeza gacha, atento a las variaciones de la pendiente. Detrás de Clara, los guardias Peña y Bautista portaban el equipo: las palas de trinchera de mango corto y el maletín estanco del georradar, que golpeaba rítmicamente contra la pernera de Bautista. Nadie hablaba. En el bosque, el único sonido era el goteo incesante de las copas y el crujido del barro saturado bajo las suelas.

—Estamos cerca del límite —dijo Martín, deteniéndose junto a un afloramiento de pizarra que emergía de la niebla como un lomo oscuro—. Veinte metros más allá del talud empieza la linde este de la Casona. La valla de espino corre paralela a esta cota.

Clara se detuvo a su lado, apoyando el peso en la pierna izquierda. Su aliento se condensaba en vaho antes de desaparecer

en la humedad. Sacó del bolsillo interior del chubasquero el plano geológico de 1976, protegido por una funda de plástico. Las esquinas del papel se abarquillaban por la condensación.

—El punto L-14 debería estar en esa vaguada —señaló Clara con el bastón, apuntando hacia una depresión donde la niebla se acumulaba con mayor densidad—. Las coordenadas del cuaderno de Elena sitúan el muestreo de nitrógeno en la base del haya centenaria que marca el cambio de pendiente.

—Las paulinas —murmuró Martín, escudriñando la penumbra —. El terreno baja aquí. El drenaje que hizo Alvia en los setenta vierte directamente en este embudo. Con la acumulación de arcilla y la escorrentía de la noche, esto será una ciénaga.

Peña y Bautista se adelantaron, colocándose a los flancos. El silencio del bosque era absoluto, roto únicamente por el rumor sordo del Barranco de las Sombras, que arrastraba el agua del temporal ladera abajo.

Clara reanudó la marcha y descendió por la rampa de lodo. El suelo perdió la rigidez de la pizarra subyacente. Las botas se hundían en un mantillo esponjoso que desprendía un rastro amoniacal, un matiz químico que el frío de la mañana no lograba enmascarar.

En el fondo de la vaguada, a escasos veintidós metros de la propiedad de Tomás Alvia, se alzaba el haya centenaria. Clara desvió la mirada del tronco, de corteza grisácea y agrietada por el musgo, hacia la vegetación de la base.

Un cinturón de ortigas gigantescas, de un verde oscuro, crecía apretado entre las raíces expuestas. Las hojas, cubiertas de filamentos urticantes que retenían gotas de lluvia, presentaban un tamaño desproporcionado para la época del año. Su vigor resultaba anómalo en mitad del letargo otoñal del sotobosque.

—Mire esto, sargento —dijo Clara, señalando las plantas con la contera del bastón—. *Urtica dioica*. Es una especie nitrófila estricta. Necesita una concentración de nitrógeno orgánico que este

suelo de hayedo, por sí solo, no puede generar. Elena tenía razón. La alteración química es evidente.

Martín se inclinó. Con la punta de la bota, removió una capa de hojas muertas. Bajo el manto descompuesto apareció una tierra arcillosa, casi negra, sin la estructura granular del horizonte forestal típico.

—Está removida —dijo el sargento, con la voz baja—. No hay horizonte de humus. Es todo tierra de fondo traída a la superficie.

—Traiga el maletín, Peña —ordenó Clara, mientras se arrodillaba sobre la lona que Bautista había extendido sobre el barro.

Una punzada en la rodilla le contrajo la boca. Ignoró el dolor, abrió los cierres metálicos del maletín y extrajo el georradar portátil, con su antena blindada de alta frecuencia.

La pantalla monocroma parpadeó bajo el frío; el indicador de batería cayó al último tercio de carga. Clara conectó el cable de datos de la antena al receptor y ajustó la ganancia manual.

—La arcilla saturada es el peor escenario para el georradar —dijo Clara, con los dedos enguantados sobre el teclado de membrana —. La alta conductividad eléctrica del agua retenida en el lodo atenúa la señal electromagnética. Si hay pizarra debajo, la dispersión será enorme. Tengo que calibrar la velocidad de propagación a ochenta metros por microsegundo para filtrar el ruido del agua.

Martín la observaba en silencio, con los brazos cruzados. Los dos guardias permanecían un paso atrás, sosteniendo las palas por el mango, fijos en la pantalla y su leve zumbido electrónico.

Clara apoyó la base plana de la antena sobre el suelo desbrozado, entre dos de las raíces principales del haya. Deslizó el aparato en línea recta, alejándose del tronco hacia el centro de la vaguada.

El primer barrido mostró un patrón caótico de bandas horizontales continuas que reflejaban la saturación de agua de los primeros veinte centímetros. La arcilla actuaba como un espejo, devolviendo la señal antes de penetrar en el subsuelo.

—No da profundidad —murmuró Martín, inclinándose sobre su hombro.

—Espera. Estoy aumentando la ganancia en la ventana de tiempo medio —respondió Clara, sin desviar la vista del monitor—. Necesito que la señal ignore el primer horizonte húmedo.

Deslizó de nuevo la antena por la misma trayectoria, con lentitud milimétrica.

Esta vez, la pantalla dibujó un perfil diferente. A los sesenta centímetros de profundidad, las bandas de interferencia se quebraron. Surgió una serie de hipérbolas de difracción superpuestas: las ondas chocaban contra una discontinuidad ajena a la matriz geológica del terreno.

Clara detuvo la antena sobre el punto de mayor nitidez.

—Ahí hay algo —señaló con el dedo enguantado—. No es una laja de pizarra ni el perfil difuso de una raíz. Es una alteración geométrica de la densidad del subsuelo.

—¿A qué profundidad? —preguntó Martín, con la mandíbula tensa.

—Un metro —respondió Clara, midiendo la distancia en la escala lateral del gráfico—. La compactación aquí es menor. Alguien abrió una fosa, retiró la pizarra y rellenó el hueco con la arcilla de la paulina. Por eso la densidad es tan baja en comparación con el suelo colindante.

Se incorporó despacio, apoyándose en el hombro de Martín para proteger la articulación. La niebla se cerró sobre ellos, reduciendo la visibilidad a tres metros y sumiendo la base del haya en una penumbra húmeda.

Clara miró a los guardias. El metal de las palas brillaba bajo la luz gris, cubierto por una fina película de condensación.

—Peña, Bautista —ordenó Clara—. Desbrocen las ortigas y retiren la primera capa de tierra. Sin pico; el terreno está blando y no queremos dañar lo que haya abajo.

Los agentes dieron un paso al frente. El metal se hundió en la arcilla con un golpe húmedo que rompió el silencio del hayedo.

El primer terrón de arcilla y raíces deshilachadas saltó sobre el plástico protector que Bautista había desplegado a los pies del haya. El golpe de la pala de Peña resonó en la vaguada, amortiguado por la niebla que trepaba por sus rodillas.

—Despacio, Peña —indicó Clara, bajando la mano para detener el siguiente avance de la herramienta—. No hunda la hoja recta. Al bies, retire solo tres o cuatro centímetros en cada pasada. El agua está ablandando el perfil de la fosa y no sabemos dónde termina la alteración del suelo.

Martín se acercó con un trozo de lona de campaña de tres metros de ancho, cuyos extremos ya goteaban. Bautista le ayudó a tensar las esquinas superiores, atando los cabos de nailon a las ramas bajas del haya centenaria y a un brote grueso de avellano. La lona se combó bajo el peso del agua que descendía de las copas, creando un porche improvisado. El golpeteo del temporal contra el tejido sintético llenó el espacio con un tableteo constante que obligaba a alzar la voz.

Bajo la lona, el aire se volvió denso, reteniendo el vaho de los cuatro y el olor a tierra removida que ascendía del pozo.

Clara se arrodilló sobre la plancha de neopreno que Bautista había colocado al borde del área de excavación. Su rodilla derecha protestó con una punzada aguda. Apoyó el peso en el fémur izquierdo, apretó los dientes y acomodó el maletín de campo junto a su muslo. Encendió la linterna frontal y ajustó el haz para que incidiera directamente sobre la cuadrícula que Peña limpiaba.

—Sargento, mantenga el nivel del drenaje en el flanco exterior —dijo Clara, sin desviar la mirada de la tierra—. Si el agua de la ladera se filtra en la fosa, perderemos la estratigrafía.

Martín asintió y, utilizando una pala de mango largo, comenzó a abrir una pequeña zanja de desviación a dos metros de la lona, canalizando la escorrentía arcillosa hacia el fondo de la vaguada.

Peña continuó retirando el barro de manera sistemática. La greda roja, plástica por la saturación de agua, se adhería al metal de la pala de trinchera con una tenacidad que obligaba al guardia a raspar el filo con una espátula de madera después de cada descarga. A los cuarenta centímetros de profundidad, el color de la tierra cambió. La arcilla ferruginosa dio paso a una capa de sedimento grisáceo, casi negro, con un fuerte olor rancio que no procedía de la descomposición de las hojas de haya.

—Es el antiguo horizonte de la turbera —murmuró Martín, deteniendo su trabajo de drenaje para observar el fondo del pozo—. La tierra que Alvia desecó en los setenta.

—Es suelo orgánico anaeróbico —precisó Clara, inclinándose sobre el borde—. La falta de oxígeno en estas capas conserva la materia orgánica mucho mejor que el suelo forestal común. Siga, Peña, pero cambie a la paleta de mano.

El guardia se puso de rodillas junto a ella y comenzó a raspar el centro de la cuadrícula. El silencio bajo la lona solo era quebrado por el rasgueo del metal contra el barro compacto y el azote del viento en el plástico superior.

A los sesenta centímetros, la paleta de Peña tropezó con una resistencia rígida. El sonido no fue el chasquido de una lasca de pizarra ni el crujido elástico de una raíz de haya. Fue un impacto sordo que transmitió una vibración corta al brazo del guardia.

Peña se quedó inmóvil, con la paleta suspendida a ras de suelo, y miró a Clara.

Clara abrió su maletín, extrajo un juego de brochas de nailon y una espátula de boj de extremos romos. Se deslizó sobre la esterilla hasta quedar suspendida sobre el reborde del pozo. El frío del barro le traspasó el pantalón impermeable en el muslo derecho. No se movió.

Con la espátula de madera, comenzó a retirar el lodo grisáceo alrededor del punto de impacto. Sus movimientos eran cortos, precisos, siguiendo una trayectoria tangencial para no presionar el

objeto oculto. La arcilla negra se desprendía en terrones húmedos, revelando una textura fibrosa debajo.

—Alumbre aquí, Bautista —pidió, sin levantar la cabeza.

El haz de la linterna de Bautista se unió al suyo, concentrando una luz blanca y fría sobre el fondo de la fosa.

Entre la greda oscura surgió una superficie cilíndrica, de un tono amarillento que contrastaba con el gris del sedimento. Clara utilizó la brocha para barrer las partículas sueltas. La cerda húmeda limpió los surcos de la pieza, revelando una serie de relieves transversales y una cabeza articular doble, redondeada por el desgaste.

Era un radio humano.

—Tenemos un resto —dijo Clara. Su voz sonó plana, desprovista de énfasis.

Martín se agachó al borde de la lona, con la mirada fija en el fondo del pozo. Su respiración se condensaba en ráfagas rápidas que se mezclaban con la niebla.

—Es una de ellas —dijo el sargento, con la voz baja, casi un susurro que el tableteo de la lluvia intentó borrar—. En el noventa y cuatro... nos quedamos a menos de cincuenta metros de este punto antes de que llegara la orden de retirada de la capital.

Clara no respondió. Continuó trabajando con la brocha, descendiendo por el eje del hueso hacia lo que debía ser el extremo distal. La conservación del tejido óseo era notable; la acidez de la turbera desecada había curtido la superficie externa, otorgándole un color de cera vieja pero manteniendo la integridad estructural del córtex.

A medida que despejaba la zona adyacente al radio, aparecieron las estructuras del carpo. Los pequeños huesos de la muñeca se mantenían en una posición anatómica casi perfecta, sostenidos por la red de raíces finas de las ortigas que habían colonizado la fosa. Las raicillas se entrelazaban entre las falanges como hilos oscuros, abrazando la estructura ósea.

Justo debajo de la palma de la mano ósea, encajado entre el metacarpo del pulgar y el índice, la brocha de Clara tropezó con un volumen geométrico que no correspondía a la anatomía humana.

Era un bloque alargado, de unos diez centímetros de longitud.

Clara dejó la brocha a un lado y utilizó las pinzas de punta plana de su maletín para limpiar el contorno del objeto. No era piedra. Al retirar la costra de arcilla húmeda con la espátula de madera, la textura de la veta vegetal se hizo evidente bajo la luz de las linternas.

—Madera —murmuró Peña, inclinándose un poco más.

—Boj —corrigió Clara, observando el tono ocre que emergía bajo el lodo—. Pero está colonizado por microhongos. El agua de la turbera ha hinchado la fibra exterior.

Con extrema delicadeza, Clara introdujo los dedos enguantados bajo la pieza de madera, liberándola de la presión de las raíces que la sujetaban contra los huesos de la mano. Al levantarla, el peso del objeto le pareció inusualmente bajo; la humedad había carcomido el núcleo de la pieza, dejando una estructura porosa y frágil que amenazaba con deshacerse entre sus dedos.

La colocó sobre la bandeja de acero inoxidable de su maletín.

Bajo la luz directa de su frontal, la figura reveló su identidad. Era una silueta femenina esquemática, idéntica en proporciones y diseño a la que había encontrado en la loma norte. Sin embargo, esta presentaba un desgaste profundo: los bordes de los cortes estaban redondeados por la acción del tiempo y la humedad del subsuelo, y la superficie antes lisa aparecía agrietada por tensiones internas de la madera que se habían producido durante las casi tres décadas de enterramiento.

A pesar del deterioro, en la zona del cuello de la figura, tres incisiones paralelas hechas con una gubia curva de cuatro milímetros seguían siendo visibles, como cicatrices oscuras grabadas a contraveta en la madera vieja.

Clara contempló la talla en la bandeja. El segundero de su reloj de bolsillo, que guardaba en el chaleco, marcó un ritmo sordo en su pecho, un latido metálico que competía con el fragor del temporal exterior.

—La tesis de Elena es dolorosamente correcta, sargento —dijo Clara, levantándose despacio y apoyando la mano en el hombro de Martín para aliviar la rodilla—. El patrón de los noventa no terminó con la detención del carbonero. El cementerio estaba aquí, justo donde ella calculó las anomalías químicas.

Martín contempló la figura carcomida sobre el metal brillante de la bandeja. Sus ojos cansados reflejaban la luz de la linterna, fijos en la madera que había permanecido oculta en el fango de Aranzo durante treinta años.

—Marta Beltrán —dijo el sargento, con el rostro endurecido por una mezcla de rabia contenida y cansancio acumulado—. Su madre murió esperando que el bosque devolviera algo que poder enterrar en el cementerio del pueblo.

Clara cerró la tapa del maletín de campo, asegurando los cierres de presión con dos chasquidos metálicos que cortaron el aire húmedo bajo la lona.

—Bautista, mantenga la custodia de la fosa. Nadie entra en este perímetro —ordenó Clara, ajustándose la capucha del chubasquero—. Sargento, tenemos que volver al retén. Si el abogado de Alvia se presenta con la orden de suspensión, ya no tendrá importancia. La prueba forense es irrefutable.

Salió de la protección de la lona y recibió el impacto directo del viento y la lluvia gélida de la loma norte. La niebla la envolvió de inmediato. Clara caminó sin consultar mapas ni brújulas; el sendero bajo sus botas estaba marcado por la misma greda roja que ocultaba la verdad de Aranzo.

El lodo arcilloso, arrastrado desde la vaguada del hayedo por las escorrentías de la loma norte, se acumulaba contra los sillares del muro del cementerio de Aranzo. Santiago mantenía la mano apoyada en la piedra húmeda; el frío mineral traspasaba el cuero

gastado del guante. Con los ojos entornados ante la llovizna que el viento del norte empujaba en ráfagas, sostenía la mirada en la negrura del bosque.

Ladera arriba, el bosque había dejado de ser un muro uniforme de sombras.

Destellos azules e intermitentes cortaban la niebla estancada a ras de suelo. Las patrullas de la comandancia y los furgones de la policía científica se abrían paso por las pistas forestales superiores. Bajo lonas tensadas para protegerlos del temporal, los focos halógenos recortaban las siluetas de los troncos y proyectaban sombras gigantescas que se balanceaban sobre la maleza.

Santiago exhaló un vaho espeso que el viento desintegró al instante. El rumor de los generadores diésel y el tintineo de las herramientas metálicas descendían por la pendiente, amortiguados por la espesura del hayedo. Para él, habituado al silencio del valle, cada vibración resultaba nítida. El golpe seco del metal contra la piedra del subsuelo ascendía por el barranco con una cadencia regular, obstinada.

La iluminación de la científica se concentraba en un punto preciso, junto al límite de las antiguas paulinas, a escasos metros de la alambrada que cercaba los terrenos de la Casona.

Santiago encogió los hombros bajo la pelliza y avanzó por el sendero de grava, mientras esquivaba los charcos que devolvían el parpadeo azul de la ladera. Sus botas, cubiertas de arcilla hasta los cordones, crujían sobre las piedras sueltas. Se detuvo ante una de las sepulturas de la zona vieja: un cenotafio delimitado por bordillos de granito desportillado y coronado por una cruz de piedra gris.

Se inclinó con lentitud, acusando la rigidez de las lumbares, y deslizó los dedos enguantados sobre la inscripción de la losa. El musgo casi había colmado el surco del cincel, pero el relieve seguía siendo reconocible bajo la película de agua. Retiró una hoja deshecha de haya adherida a la piedra húmeda y dejó al descubierto el nombre y las fechas: Marta Beltrán. 1976 - 1994.

Al enderezarse, volvió los ojos hacia el resplandor de la montaña. Las luces estroboscópicas generaban un halo difuso en la niebla, una corona fría que oscilaba con el movimiento de los operarios en la fosa. La llovizna se transformó en un aguacero denso que repicaba sobre las lápidas de pizarra y arrancaba un siseo seco a las coronas de flores de plástico acumuladas junto al muro.

El zumbido de un motor diésel ascendió desde la carretera de la central. Un todoterreno de la Guardia Civil bajaba a velocidad mínima y proyectaba faros amarillos sobre los charcos del camino. Santiago retrocedió hasta la sombra del cobertizo de herramientas, donde las palas y los rastrillos alineados exhalaban un olor a óxido y madera mojada.

El Patrol pasó balanceándose sobre las roderas de arcilla. A través del cristal empañado por la calefacción, se recortaba la silueta de la inspectora Clara Montes en el asiento del copiloto. Mantenía la espalda erguida, con la cabeza inclinada hacia los folios que sostenía sobre las rodillas, ajena a la presencia de Santiago en la penumbra del camposanto.

El vehículo continuó su descenso hacia el casco urbano, dejando un rastro de humo denso y el golpeteo rítmico de las cadenas contra los guardabarros.

Santiago metió la mano en el bolsillo de la pelliza. Sus dedos buscaron la llave de hierro que guardaba en el fondo, un objeto pesado y frío. Apretó el puño hasta sentir el relieve de los dientes contra el cuero del guante. Miró la fosa recién abierta en la loma y luego la inscripción de la tumba de Marta. El metal frío en su mano era el peso de tres décadas de secretos que ya no cabían en Aranzo.

Observó por última vez la loma norte, donde los destellos azules de la científica seguían barriendo la ladera e iluminando la tierra removida que el bosque ya no lograría ocultar.

Se ajustó el cuello de la pelliza, empujó la verja de hierro del camposanto, que se cerró con un chasquido metálico, y comenzó el descenso hacia las primeras casas de Aranzo. Sus pasos ganaron

firmeza en la pendiente, internándose en la oscuridad del callejón, lejos del parpadeo de las luces de la montaña.

Capítulo 10

La autopsia del tiempo

Clara Montes

El zumbido del sistema de ventilación forzada del depósito provincial era un tono sostenido, casi eléctrico, ajeno a las fluctuaciones del viento en el hayedo. En aquella sala de paredes alicatadas de blanco y suelo de terrazo gris, el olor a formaldehído y desinfectante clorado había sustituido por completo a la humedad amoniacal de la turbera de Aranzo. El frío, sin embargo, calaba igual. Un rigor seco y artificial ascendía por los bajos de su pantalón y hacía protestar la articulación de su rodilla derecha con cada cambio de apoyo.

Permaneció rígida junto a la mesa de acero inoxidable número tres. Sus botas de montaña, con restos de arcilla roja incrustados en el relieve de la suela, desentonaban como una costra de barro en mitad de aquella pulcritud quirúrgica.

Bajo la luz cruda de dos focos halógenos que anulaban las sombras, reposaban los restos recuperados en el punto L-14. El equipo forense había limpiado la matriz de lodo grisáceo que cubría el esqueleto; ahora, las piezas óseas aparecían ordenadas sobre una lámina de silicona azul en una disposición anatómica aproximada. La acidez de la turbera desecada no las había dejado con el blanco tiza de los manuales de osteología, sino con un ocre oscuro, similar al roble viejo expuesto a la intemperie.

El doctor Arrieta, de hombros caídos y mirada cansada tras unas gafas de montura metálica, sostenía una pinza de disección sobre la bandeja de las vértebras. Su bata verde mostraba salpicaduras de agua destilada.

—La conservación es excepcional para llevar casi treinta años bajo tierra —dijo Arrieta, sin levantar la vista del conjunto—. La ausencia de oxígeno en el estrato arcilloso y la saturación de taninos

de la antigua balsa han ralentizado la lisis celular de los restos de colágeno. El córtex óseo apenas presenta descalcificación superficial. Es un esqueleto femenino, de entre dieciocho y veintidós años, coherente con la ficha de Marta Beltrán.

Clara dio un paso al frente.

—¿Hay marcas de presión o fracturas de defensa en las extremidades superiores? —Su voz, reseca por el aire del sótano, rebotó contra los azulejos.

—Nada en el cúbito ni en el radio —Arrieta desplazó la pinza hacia el extremo superior de la mesa, donde reposaba la columna reconstruida—. Tampoco hay impactos romos en el cráneo. La causa de la muerte no está en las extremidades ni en el tórax. Está aquí.

Señaló la tercera y la cuarta vértebra cervical, unidas por un soporte de espuma negra que mantenía su relación espacial.

—Observe el arco anterior del atlas y, sobre todo, el cuerpo de C3.

Clara se inclinó. Le llegó el olor del hueso húmedo, un aroma rancio que recordaba al yeso mojado. Ajustó sus gafas de lectura y observó la zona a través de la lente de aumento dispuesta sobre el brazo articulado.

En la cara anterolateral de la tercera vértebra cervical, bajo el proceso transverso, el hueso mostraba una muesca profunda. La incisión, de apenas cuatro milímetros de ancho, seccionaba el tejido compacto con una limpieza geométrica y antinatural. El fondo del corte no terminaba en el ángulo agudo de una hoja recta, sino que dibujaba una curva suave, un canal cóncavo de radio constante.

—No hay reacción perióstica ni remodelación ósea en los márgenes —explicó Arrieta mientras deslizaba una aguja de exploración por el surco—. Eso sitúa la lesión en el intervalo perimortem. El hueso estaba fresco y conservaba su elasticidad cuando recibió el impacto.

—Un corte limpio —murmuró Clara, con la vista fija en la incisión—. Sin astillamiento.

—Exacto. Un hacha o un machete habrían provocado una fractura por compresión, cuarteando las placas del cuerpo vertebral. Esto es diferente. No hubo percusión; se aplicó una presión constante y direccional, deslizando un filo curvo con un ángulo de ataque muy bajo. Un corte de cizalla. El instrumento penetró por el plano lateral izquierdo y se detuvo contra la columna, dejando esta impronta en C3.

Clara estiró los dedos enguantados, deteniéndose a un milímetro de la vértebra. Ante ella se dibujó el taller de Braulio: el suelo cubierto de virutas elásticas, el olor a resina y aquella gubia de cañón de punta curva que el artesano guardaba en el panel. Una herramienta diseñada para vaciar la madera noble mediante pasadas largas y uniformes, cortando a contraveta para evitar que la fibra se quebrara.

—¿Es compatible con una herramienta de carpintería? —preguntó Clara.

Arrieta asintió despacio, ajustando el enfoque de la lente.

—Totalmente. Un formón plano habría dejado una base recta. Una gubia de talla tiene exactamente esta sección semicircular. El grosor del bisel les otorga una rigidez estructural enorme; el filo no se desvía ni se dobla al chocar contra el córtex óseo. Quien empuñaba el instrumento sabía cómo deslizarlo entre los músculos escalenos para alcanzar la vía aérea y los grandes vasos de una sola pasada.

Clara enderezó el torso. El asesino aplicaba la misma técnica de talla sobre la madera que sobre el hueso.

Sacó la libreta del bolsillo del chubasquero. El papel, lacio por la humedad absorbida durante la noche en Aranzo, se resistía al trazo del bolígrafo. Anotó las dimensiones: cuatro milímetros de arco, profundidad de un milímetro y medio en el córtex anterior de C3.

—¿La segunda figura del pozo de L-14 presentaba las mismas marcas en el cuello? —preguntó, sin levantar la vista.

—Tres incisiones paralelas —Arrieta retiró la lente—. Con el mismo radio de curvatura que esta marca. El autor ejecutó el mismo patrón en la madera que en el cuerpo de Marta Beltrán. Una proyección de su oficio.

Clara guardó el bolígrafo y contempló el cráneo de la joven, orientado hacia el techo. Los alvéolos vacíos y las órbitas oscuras sostenían la luz fría de los halógenos. Treinta años de silencio bajo la arcilla gris de la turbera, reducidos a una marca milimétrica en una vértebra cervical que el bosque no había logrado borrar.

Se volvió hacia Arrieta y le estrechó la mano.

—Necesito el informe preliminar antes de esta tarde, doctor. El juzgado de instrucción va a recibir presiones para archivar las actuaciones. La compatibilidad física de la herida con instrumental de talla debe quedar registrada como indicio criminalístico preferente.

—Lo tendrá en su correo en dos horas, inspectora —Arrieta volvió a cubrir los restos con una sábana de plástico translúcido que desdibujó los contornos del esqueleto.

Clara salió al pasillo de terrazo, donde los fluorescentes parpadeaban con un zumbido sordo, y apresuró el paso a pesar de la rigidez de su rodilla. Al cruzar el umbral del edificio, el viento frío de la tarde la golpeó con la misma intensidad que en el hayedo. Caminó hacia el Patrol aparcado junto a la acera, donde el sargento Olmedo apuraba un cigarrillo bajo la visera de su gorra húmeda. Subió al asiento del copiloto, cerró la puerta con un golpe seco que aisló el habitáculo y extendió sobre el salpicadero el mapa catastral de 1976.

El papel crujió bajo la yema de sus dedos cuando Clara terminó de aplanar el mapa de 1976 sobre la guantera del Patrol. Martín, con el cigarrillo encendido entre los labios, la observó de reojo antes de engranar la marcha. El motor diésel vibró, transmitiendo un temblor regular al salpicadero que hacía oscilar la aguja del velocímetro.

—A la comandancia provincial, sargento —dijo Clara, mientras doblaba el plano en la carpeta de plástico—. El laboratorio de balística tiene el microscopio comparativo. Necesito que preparen las muestras de inmediato.

—La tormenta no va a dar tregua —Martín soltó una bocanada de humo gris hacia la rendija de la ventanilla—. Con esta agua, la visibilidad es nula incluso aquí abajo.

—No hay tiempo. Si el juzgado cede a la presión de los Alvia antes de registrar la coincidencia física, nos quedaremos sin caso.

El trayecto por las calles de la capital provincial, bajo un aguacero constante, transcurrió en silencio, marcado por el barrido rítmico de los limpiaparabrisas. El laboratorio de criminalística de la comandancia los recibió con una atmósfera estéril que contrastaba con el fragor del viento del hayedo.

Clara se despojó del chubasquero húmedo y lo colgó en el perchero del pasillo. Su rodilla derecha, inflamada tras la caminata por la Hoya de la Vieja, emitió un chasquido sordo al apoyarse sobre el pie izquierdo para colocarse los protectores de plástico azul. Martín se quedó junto a la puerta, apoyado contra el marco, con el sombrero entre las manos y la mirada fija en el linóleo gris.

En el centro de la sala, sobre una mesa antivibración de granito pulido, se alzaba el microscopio de comparación de doble platina. Dos brazos articulados de fibra óptica proyectaban sendos haces de luz fría sobre los soportes circulares.

Clara abrió el maletín de campo y extrajo las dos cajas de muestras. Las colocó sobre la mesa de trabajo con cuidado. A la izquierda, la figura recuperada hace apenas unas horas en la loma norte: limpia, de un tono pajizo, con las aristas de los cortes tan definidas que parecían cortar la luz. A la derecha, la talla rescatada del fango grisáceo del punto L-14: una silueta oscurecida por tres décadas de humedad, con la superficie colonizada por hifas de microhongos de aspecto aterciopelado.

—El boj es una madera de una densidad excepcional —explicó Clara mientras se colocaba los guantes de nitrilo—. *Buxus

sempervirens*. Su crecimiento lento genera anillos tan estrechos que apenas se distinguen a simple vista. Es idónea para la talla de precisión porque carece de vetas blandas que desvíen el filo. Y conserva las marcas de corte como si fuera cera.

Ajustó la altura del taburete giratorio y se inclinó sobre los oculares del microscopio. La punzada de la rodilla remitió al sentarse, aunque la tensión persistía en los hombros.

Con unas pinzas de punta de teflón, situó la figura reciente en la platina izquierda. Manipuló los tornillos micrométricos hasta que la zona del cuello quedó enfocada bajo el objetivo de diez aumentos. La pantalla digital del monitor auxiliar mostró la imagen ampliada: un relieve tridimensional donde las incisiones de la gubia se abrían como valles en la madera ocre.

Clara señaló la pantalla con el extremo de un bolígrafo técnico.

—Esta es la marca del captor de Elena. Observe el fondo del canal. No es liso; presenta estrías longitudinales microscópicas, paralelas al sentido del corte.

Martín dio un paso al frente, con los ojos fijos en el monitor.

—¿Imperfecciones en el filo?

—Exacto. Ninguna herramienta tiene un filo perfecto a escala microscópica. El afilado deja microdentados en el acero. Al deslizarse por la madera, actúan como un troquel que graba un código de barras único en la fibra. Es la firma mecánica de la herramienta.

Clara colocó la talla recuperada de la fosa de Marta Beltrán en la platina derecha. Bajo la luz halógena, el contraste era evidente: la degradación biológica había redondeado los bordes y la presión del sedimento arcilloso deformaba la geometría de la pieza.

—La madera antigua sufrió imbibición de agua y una contracción posterior al secarse —explicó Clara mientras ajustaba el enfoque—. Además, los hongos han digerido parte de la hemicelulosa superficial. A simple vista, la comparación parece imposible.

Desplazó la platina derecha hasta que la incisión del cuello apareció en la pantalla dividida. El software unió ambas imágenes en una sola línea de corte central.

Clara contuvo la respiración. Sus dedos se movieron con precisión milimétrica sobre los mandos coaxiales para alinear la sección transversal. En el monitor, las dos mitades comenzaron a encajar.

—Increíble —murmuró Martín.

A pesar de la erosión fúngica y la distorsión de la pieza de 1994, el fondo del canal conservaba la impronta del acero. Las estrías longitudinales se alineaban con precisión matemática. Tres muescas más profundas en el flanco izquierdo del bisel coincidían en grosor y espaciado.

Pasó al objetivo de veinte aumentos.

—Mire la inclinación del corte —señaló en el perfil tridimensional generado por el software—. El ángulo de entrada de la gubia es de veintidós grados en ambas piezas. La presión al final de la pasada, justo donde el artesano frena el avance para levantar la viruta, muestra el mismo vector de fuerza descendente. No solo es la misma herramienta, sargento. Es la misma biomecánica.

—¿La misma persona? —preguntó Martín.

—O un discípulo que heredó hasta los vicios posturales del maestro —Clara se enderezó y se retiró las gafas—. Pero la coincidencia en las microestrías sugiere algo más directo. Es la misma gubia de cuatro milímetros. El acero que cortó la vértebra de Marta Beltrán en 1994 es el que talló la figura de la loma norte.

Clara apoyó las manos sobre la mesa de granito. La frialdad del material le templó el pulso. El hallazgo no dejaba margen a la duda; la conexión entre ambos crímenes estaba grabada en la fibra del boj.

—Esto descarta un imitador casual —añadió Clara—. Quien tiene a Elena posee la herramienta original y domina la talla a contraveta con la misma precisión que el asesino de 1994.

Martín se pasó la mano por la barbilla áspera.

—El viejo carbonero murió en Herrera de la Mancha. Si él fue el único responsable entonces...

—El carbonero está muerto, pero la gubia sigue activa —interrumpió Clara—. Y quien la empuña sabe dónde enterró a sus víctimas hace treinta años y dónde oculta a Elena ahora.

La pantalla del monitor seguía mostrando la unión perfecta de las dos imágenes, una línea divisoria que unía las cicatrices de la madera. Al lado de las muestras, el segundero de su reloj de bolsillo marcaba el avance de una cuenta atrás ajena al rigor del laboratorio.

Clara guardó el reloj de bolsillo de latón en el chaleco; el tic-tac que acompasaba el silencio del laboratorio cesó de golpe.

—Sargento —dijo, apartándose de los oculares del microscopio—, baje al archivo de la comandancia. Necesito la caja original del caso de 1994. Todo: el historial médico penitenciario de Nemesio Silva, el acta de detención y los partes médicos del hospital provincial.

Martín asintió. Sus botas pesadas resonaron en el linóleo estéril mientras se dirigía a la puerta. Clara se quedó sola frente al monitor auxiliar, que aún mostraba la coincidencia exacta de las microestrías en el boj. El dolor de su rodilla derecha, un latido caliente, la obligó a cambiar de postura en el taburete. Apoyó los codos en la mesa de granito y se presionó las sienes. Treinta años grabados en una gubia de cuatro milímetros. El frío del aire acondicionado le erizaba el vello de los brazos; la tensión le agarrotaba los músculos del cuello, con los ojos fijos en el rompecabezas de las paulinas.

Cuando la puerta volvió a abrirse, el sargento traía una caja de cartón grisáceo, de bordes gastados por la fricción y atada con una cuerda de cáñamo que soltaba briznas secas. El rótulo, escrito con tinta negra desvaída, indicaba: *Sumario 412/1994. Imputado: Nemesio Silva*.

—Ha costado encontrarlo —dijo Martín, depositando la caja sobre el extremo libre de la mesa de trabajo—. Estaba en el fondo

del sótano tres, bajo las carpetas de la antigua policía judicial de zona. Nadie ha tocado esto en veinticinco años.

Clara tiró del nudo de cáñamo. El polvo acumulado en las juntas del cartón ascendió en una nube minúscula que desprendió un olor rancio, a celulosa degradada y sótanos sin ventilación. Extrajo el primer fajo de folios, sujetos por una grapa oxidada que había teñido de marrón las esquinas del papel. Eran las copias de carbón de las actas de inspección ocular, redactadas con una tipografía de máquina de escribir donde la letra «e» aparecía siempre ligeramente elevada sobre la línea.

Deslizó las hojas con cuidado para no rasgar los bordes debilitados por la acidez del papel antiguo. Buscó la sección correspondiente a los informes médicos de Nemesio Silva.

—¿Qué busca exactamente, inspectora? —preguntó Martín, inclinándose sobre la mesa.

—La capacidad física del sospechoso —respondió Clara, sin desviar la vista de los documentos—. Para ejecutar un corte limpio en la tercera vértebra cervical de Marta Beltrán, atravesando los tejidos blandos del cuello de una sola pasada y deteniendo el bisel de la gubia contra el hueso sin astillarlo, se requiere una fuerza de prensión y una coordinación neuromuscular sobresalientes. No es un golpe ciego. Es un trabajo de precisión quirúrgica bajo resistencia.

Encontró la carpeta azul que contenía el historial médico penitenciario y la anamnesis de ingreso en el hospital provincial de la capital, fechada en noviembre de 1994.

Clara leyó las primeras líneas del informe de ingreso del doctor Garmendia, neumólogo de guardia del hospital el 3 de noviembre de 1994. Las palabras técnicas se sucedían en la hoja mecanografiada: «Varón de 64 años. Silicosis nodular simple complicada (grado III) diagnosticada en 1989. Disnea de esfuerzo grado IV. Insuficiencia respiratoria parcial con necesidad de oxigenoterapia domiciliaria intermitente».

Pasó la página. Sus dedos enguantados de nitrilo se detuvieron sobre el papel.

—Sargento, mire esto —dijo Clara, señalando con el extremo del bolígrafo una anotación fechada el 28 de octubre de 1994, dos semanas antes de la desaparición de Marta Beltrán—. El informe del médico de cabecera de Aranzo detalla que Nemesio Silva sufrió un accidente cerebrovascular isquémico de perfil lacunar que afectó a la arteria cerebral media derecha.

Martín se ajustó las gafas de lectura y leyó en voz alta, con la voz cada vez más baja:

—«Presenta hemiparesia izquierda severa, con pérdida de la fuerza de prensión en el miembro superior izquierdo de un ochenta por ciento y marcha inestable que requiere el uso de andador o asistencia física constante para la deambulación».

El silencio cayó sobre el laboratorio, roto únicamente por el zumbido monótono de la ventilación.

—Marta Beltrán desapareció el 12 de noviembre de 1994 —murmuró Clara, midiendo cada palabra—. Para esa fecha, Nemesio Silva apenas podía sostener una cuchara con la mano izquierda y necesitaba ayuda para levantarse de la cama de su cabaña. Tenía los pulmones colmatados de polvo de carbón y dependía de bombonas de oxígeno que el camión de la central le servía cada quince días.

—Nosotros lo detuvimos en su cama —dijo Martín, con los ojos fijos en el informe médico. Su rostro, habitualmente curtido, había adquirido una palidez cenicienta—. Recuerdo que cuando lo subimos al furgón, no podía mantenerse en pie. El cabo nos dijo que estaba fingiendo. Que los asesinos se hacían los enfermos para inspirar lástima. El juez de instrucción de entonces ni siquiera solicitó un examen forense independiente sobre su movilidad; se limitó a aceptar el informe de la detención que redactó la comandancia.

Clara pasó las páginas del sumario hasta llegar al acta de detención, firmada por el entonces capitán de la zona. No había una sola mención a la parálisis de Silva, ni a su andador, ni a las bombonas de oxígeno que los agentes debieron retirar de la cabaña. El documento describía al detenido como «un sujeto de constitución

recia, habituado al trabajo forestal y con capacidad para deambular por el monte».

—Falsificaron el perfil físico —dijo Clara.

—El pueblo quería un culpable, inspectora —dijo Martín, apoyando las manos en la mesa de granito—. Las familias estaban aterrorizadas. La central amenazaba con cerrar si las protestas por la inseguridad continuaban. Y Tomás Alvia presionaba todos los días en el gobierno civil para que el asunto se resolviera antes de la campaña de tala de invierno.

—No fue solo prisa por cerrar el caso, sargento —Clara se enderezó—. Nemesio Silva era la cabeza de turco perfecta. Un ermitaño, analfabeto, sin familia que lo defendiera y con antecedentes por disputas de lindes en los setenta. Lo encerraron en Herrera de la Mancha sabiendo que no sobreviviría dos años en el módulo de enfermería. Andaba con una mitad del cuerpo inútil mientras el verdadero asesino, el hombre que manejaba la gubia con la mano derecha libre de parálisis y arrastraba los cuerpos hasta las paulinas, se quedaba en Aranzo.

Miró las dos figuras de madera sobre la mesa de granito. La antigua y la nueva. Dos piezas idénticas que compartían el mismo bisel, las mismas estrías microscópicas y el mismo odio meticuloso grabado en el boj.

—El asesino nunca se fue —añadió Clara, con la voz firme—. Estuvo allí en el noventa y cuatro, observando cómo nos llevábamos al viejo carbonero, y sigue allí ahora, vigilando el hayedo. Y tiene a Elena.

Martín contempló la firma del capitán en el acta de detención, un trazo grueso que selló el destino de un inocente y garantizó la libertad de un depredador durante tres décadas.

—Treinta años —murmuró el sargento—. Treinta años de silencio.

Clara cerró el expediente de Nemesio Silva con un golpe seco que levantó una última brizna de polvo.

—No hay tiempo para lamentarse por el pasado, sargento —dijo Clara, guardando las carpetas en la caja de cartón—. Ahora sabemos a qué nos enfrentamos. El asesino no es un fantasma del pasado ni un imitador. Es el mismo hombre. Y si Elena ha descubierto sus enterramientos, no la mantendrá con vida mucho más tiempo. Tenemos que regresar a Aranzo.

Clara cogió su chubasquero del perchero del pasillo, ignorando la punzada que le recorrió la pierna al calzarse de nuevo las botas húmedas. Al salir al patio de la comandancia, el aguacero seguía cayendo sobre el asfalto, y el viento del norte traía el aroma lejano del hayedo, un olor a tierra removida y secretos que el bosque ya no podía retener. El motor del Patrol rugió de nuevo en la penumbra, listo para adentrarse una vez más en la niebla que aguardaba en la carretera de la montaña.

Capítulo 11

El peso del apellido

El agua del parachoques del Patrol goteaba sobre la grava, sumándose al rumor de la tormenta que asolaba el valle de Aranzo. Al apoyar el pie derecho en el suelo, una punzada ardiente subió por la espinilla de Clara. Apretó los dientes ante el temblor de la articulación, se ajustó el cuello del chubasquero y rodeó el capó del vehículo. Martín la seguía a un par de pasos, con la cabeza gacha bajo el ala del sombrero y una carpeta de plástico rígido protegida bajo la axila.

Los jardines de la Casona de los Alvia eran un laberinto de parterres inundados. La arcilla roja de la loma superior se había deslizado por la pendiente, tiñendo de un tono cobrizo los senderos de piedra caliza.

En la base de la escalinata de sillería gris, dos guardas de la finca, con impermeables oscuros que lucían el emblema de la explotación maderera, les salieron al paso. Uno de ellos, un hombre de hombros anchos y barba rala a quien Clara reconoció de la primera batida, cruzó los brazos sobre el pecho.

—La propiedad está cerrada, inspectora —dijo el guarda, elevando la voz sobre el repiqueteo de la lluvia—. El señor Alvia está con sus abogados y ha dado órdenes claras. Nadie pasa sin una autorización firmada por el juzgado de la capital.

Clara no se detuvo. Siguió avanzando hasta obligar al hombre a retroceder para no chocar con ella. La rodilla le imponía una marcha rígida, casi mecánica.

—Tengo una notificación formal de aseguramiento de la escena de un crimen en el punto L-14 —dijo Clara, señalando la carpeta de Martín—. Los restos localizados pertenecen, con una probabilidad médica del noventa por ciento, a Marta Beltrán,

desaparecida en este municipio en noviembre de 1994. Si interfiere con una investigación por homicidio en curso, el sargento Olmedo procederá a su detención inmediata por obstrucción a la justicia. ¿Quiere que lo hagamos aquí fuera, bajo el agua?

El guarda miró a Martín. El sargento no se movió; su mano derecha descansaba cerca de la cartuchera del cinturón de servicio. El segundo vigilante dio un paso atrás, buscando con la mirada la ventana del piso superior de la Casona. Tras una breve vacilación, el primer guarda apartó el brazo de la barandilla de hierro.

—Está bajo su responsabilidad —masculló.

Clara subió los peldaños de piedra, empujó la pesada hoja de roble de la entrada y accedió al vestíbulo.

El interior de la Casona tenía techos altos, vigas de castaño oscurecidas por el tiempo y un suelo de losas de pizarra negra que devolvía un reflejo apagado de la luz exterior. El aire olía a cera de abejas, humedad estancada y madera vieja. En el centro de la estancia, la escalera de caracol de nogal subía hacia las plantas superiores, perdiéndose en la penumbra que la tormenta proyectaba sobre las cristaleras.

Tomás Alvia esperaba al pie de los escalones. Vestía una chaqueta de caza de lana verde y pantalones de pana oscuros, impecables a pesar de las circunstancias. Sostenía un vaso corto con un dedo de líquido ámbar en la mano derecha. Su rostro, surcado por arrugas profundas alrededor de los ojos gélidos, mantenía una tensión contenida, como un resorte templado al límite.

—Inspectora Montes —dijo Tomás, con voz profunda, sin eco contra las paredes de piedra—. Creía que mi abogado había sido lo bastante claro esta mañana. Sus competencias no abarcan mis propiedades forestales.

—La fosa común no está en sus propiedades, señor Alvia —respondió Clara, deteniéndose a tres metros de él. El agua de su chubasquero goteaba sobre la pizarra del suelo, formando un charco limpio al lado de las manchas de barro de sus botas—. Está en la

vaguada comunal, a veintidós metros de su alambrada perimetral. Justo en el límite de la loma norte.

Tomás no se movió. No hubo un parpadeo ni la menor alteración en la línea de sus labios. Su mano, firme alrededor del vaso, no tembló. Sostuvo la mirada de Clara con una gélida anticipación, sin el menor rastro de sorpresa.

—Ese terreno pertenece al municipio —dijo Tomás, dando un sorbo corto—. Lo que encuentren en el monte público no es asunto mío. El ayuntamiento cedió esas parcelas para el pastoreo en los ochenta. Si un vagabundo o el viejo carbonero decidieron esconder allí sus porquerías, hable con el alcalde.

—El suelo de esa vaguada es arcilla gris de turbera, una paulina —replicó Clara, dando un paso al frente que le arrancó un leve rictus de dolor—. Es el mismo estrato que su hija Elena estaba muestreando antes de que alguien la interceptara en la pista forestal. Y no hemos encontrado solo huesos, señor Alvia.

Clara metió la mano en el bolsillo interior del chubasquero y extrajo la bolsa de plástico translúcido que contenía la figura de boj recuperada de la fosa de Marta Beltrán. La madera, ennegrecida por la humedad y los hongos, mostraba las tres incisiones paralelas en la zona del cuello, visibles a través del plástico.

—Esto estaba junto al cráneo de Marta —dijo Clara, sosteniendo la bolsa a la altura de los ojos de Tomás—. La misma técnica de talla a contraveta que la figura que localizamos en el saliente rocoso de la loma norte. El mismo grosor de bisel, la misma gubia de cuatro milímetros. Quien enterró a Marta Beltrán en 1994 es quien colocó el indicador en el sendero de su hija. El asesino sigue activo, señor Alvia. Y Elena sabía qué buscar en esas paulinas.

Tomás fijó la mirada en la figura de madera. Por primera vez, los músculos de su mandíbula se tensaron, dibujando dos líneas duras bajo la piel curtida. Dejó el vaso sobre una mesa de arrimo de caoba con un golpe seco que hizo vibrar el cristal.

—Esa figura no demuestra nada —dijo, con la voz un tono más baja—. El carbonero tallaba decenas de esas piezas para

venderlas a los turistas en la carretera de la central. Cualquiera del pueblo podría haber guardado una de ellas en un cajón.

—El carbonero estaba hemipléjico desde dos semanas antes de la desaparición de Marta Beltrán —intervino Clara, manteniendo la voz firme—. La parálisis en el lado izquierdo le impedía sostener herramientas de precisión. El informe médico de su ingreso en prisión detalla que requería asistencia incluso para deambular. No pudo arrastrar un cuerpo por la loma norte, ni excavar una fosa en la arcilla saturada, ni ejecutar un corte de precisión en la tercera vértebra cervical de la víctima.

Tomás desvió la mirada hacia la cristalera, donde las ramas de las hayas del jardín se batían contra el vidrio bajo el azote del viento.

—Eso es una conjetura forense de hace treinta años —dijo Tomás—. El caso se cerró. El juzgado lo declaró culpable.

—Se cerró porque alguien presionó para que no se cruzara el límite de su alambrada —dijo Clara, señalando el plano catastral que Martín sostenía—. Elena descubrió las anomalías de nitrógeno orgánico que forman un arco perfecto alrededor de su finca. Alguien usó la línea de su propiedad como guía física para enterrar los cuerpos en el bosque municipal. ¿Por qué precisamente ahí, señor Alvia? ¿Por qué el asesino conocía tan bien la composición de ese suelo?

Tomás permaneció en silencio. El rumor de la tormenta llenó la estancia. Martín dio un paso adelante, colocándose al lado de Clara, con la carpeta abierta que mostraba las firmas de las actas de inspección del 94.

—La loma norte era diferente antes de la concentración parcelaria del setenta y ocho —dijo Tomás, volviéndose hacia ellos con lentitud deliberada—. Esas paulinas de las que habla no eran suelo público.

Clara memorizó la expresión del hombre.

—El catastro de 1976 las registra como comunales —señaló.

—Lo eran para el pastoreo, pero el subsuelo y el vuelo forestal estaban sujetos a una concesión —Tomás apoyó ambas manos en el pasamanos de nogal de la escalera—. Mi abuelo, don Manuel Alvia, obtuvo la concesión de explotación forestal de esa ladera y de la cuenca alta en 1932. Necesitaban madera de roble y haya para las traviesas de la línea de vía estrecha de la central y para los puntales de soporte de las galerías de la mina de carbón que operaba bajo el hayedo.

Una vibración fría recorrió la nuca de Clara.

—¿La mina de San José? —preguntó.

—Esa misma —Tomás asintió, con una sonrisa amarga—. Mi familia explotó esas tierras durante sesenta años. Los límites de la Casona se trazaron sobre las antiguas bocas de ventilación y las zanjas de drenaje que mi abuelo mandó abrir para secar las paulinas y permitir que los camiones bajaran la madera. Quien conozca ese bosque sabe que lo que hay bajo la tierra y lo que hay encima se conecta en cada pozo. Esos terrenos que ustedes llaman municipales eran nuestros caminos de saca. El carbonero trabajó en ellos como hachero en los sesenta. Por eso conocía cada rincón de la loma.

—Pero el carbonero está muerto —insistió Clara, dando un paso más, ignorando el dolor de la rodilla—. Y las marcas microscópicas en la figura de boj demuestran que la herramienta utilizada en 1994 es la misma que se ha usado esta semana para marcar el camino de su hija. La misma gubia, el mismo acero.

Tomás miró la bolsa de plástico que Clara aún sostenía. Su rostro recuperó la rigidez de piedra, una máscara que lo aislaba del frío del vestíbulo.

—Busque su herramienta, inspectora —dijo Tomás, dándose la vuelta para iniciar el ascenso por la escalera—. Pero hágalo fuera de mis lindes. Si mi hija cometió la imprudencia de meterse en los pozos viejos por seguir sus fantasías científicas, es asunto de la Guardia Civil encontrarla en el monte. Mi familia ya le ha dado a este pueblo más de lo que merece.

Clara observó cómo la silueta del patriarca ascendía por los peldaños de nogal, recortándose contra la luz plomiza de la cristalera superior. El crujido de la madera bajo sus botas era el único sonido que competía con el fragor del agua en los aleros.

Martín cerró la carpeta con un golpe seco.

—La concesión forestal —murmuró el sargento, con la voz ronca—. Las traviesas y los puntales de las minas. El viejo carbonero no era el único que sabía cómo se movía la madera en esa época.

Clara guardó la figura de boj en el bolsillo del chubasquero. La rigidez de Tomás delataba al hombre que sabe que los cimientos de su casa descansan sobre un suelo que empieza a ceder. Miró las losas de pizarra del vestíbulo, donde el lodo de sus botas se secaba en un cerco grisáceo, idéntico al de las balsas de decantación del hayedo alto.

La huella grisácea que la inspectora Montes había dejado sobre la pizarra del vestíbulo ya se había transformado en un rastro de polvo mate que perfilaba el contorno de las suelas. Desde la penumbra del pasillo de servicio, Adela observó la marca antes de levantar la bandeja de plata. El roce del metal frío contra las yemas de sus dedos frenó el temblor de sus manos mientras acomodaba la cafetera de cobre y las tazas de porcelana.

La escalera de servicio, oculta tras el tabique de la cocina, olía a madera húmeda y a la cera rancia acumulada en las esquinas de los peldaños de pino. Con cada escalón, el peso de la bandeja tiraba de sus brazos. Al llegar al descansillo del primer piso, el rumor de las voces llegó amortiguado por la doble hoja de roble del despacho principal, revestida de cuero tachonado.

Adela se detuvo y contuvo la respiración; el tintineo de la loza no debía delatarla. Sostuvo la bandeja con una sola mano y llamó con el dorso de los dedos. Al no recibir respuesta, empujó la hoja con el hombro y cruzó el umbral con la cabeza baja, fija en la alfombra de lana oscura para evitar la mirada del patrón.

Tomás Alvia permanecía junto a la cristalera, de espaldas a la estancia, con las manos cruzadas bajo los faldones de su chaqueta

de caza. Al otro lado de los cristales, la silueta del invernadero de Elena se desdibujaba bajo el agua que el viento del norte empujaba contra el jardín. El abogado Valdés, sentado al borde de uno de los sillones de cuero, sostenía una carpeta de piel con el escudo de la junta de montes; el golpeteo rítmico de su bolígrafo sobre el papel competía con el azote de la lluvia.

Adela se acercó a la mesa de arrimo de caoba con pasos cortos y silenciosos. Al inclinar la cafetera, el pulso le flaqueó y una gota oscura manchó la madera pulida. Sacó el paño del delantal para limpiarla, pero la voz de Tomás la detuvo antes de que el lino rozara la superficie.

—Déjalo y sal, Adela.

La orden llegó sin que él se volviera, áspera y seca. Adela asintió ante su espalda, estrechó la bandeja contra el pecho y retrocedió hacia el corredor. Al salir, entornó la hoja de madera sin encajar el pestillo de bronce. Se apoyó en el tabique de mampostería, inmóvil en la penumbra.

A través de la rendija, la voz de Valdés sonó nítida, desprovista de la pomposidad habitual de sus comparecencias en la capital.

—Esa inspectora no va a detenerse con una simple notificación de la subdelegación, Tomás. Si el juzgado valida la compatibilidad de las figuras de boj antes de que logremos bloquear el expediente, la científica entrará en la loma alta con equipos de excavación.

—La loma alta está bajo régimen de concesión privada —respondió Tomás. Se dio la vuelta con lentitud, con el rostro rígido—. El subdelegado me debe la última campaña de la comarca. Llama a Valenzuela ahora mismo.

—¿Al subdelegado? —Valdés se enderezó en el sillón, arrugando los folios de la carpeta—. Dejar un registro de llamada directa en mitad de una búsqueda activa es una imprudencia, Tomás. Si la policía judicial rastrea las comunicaciones...

—Me importa un demonio el rastreo —siseó el patrón, apoyando los puños sobre la mesa de caoba—. Dile que la tormenta está a punto de colapsar el paso de la central y que la prioridad del gobierno civil debe ser la seguridad de la carretera inferior. Que ordene desviar las patrullas al control de desprendimientos. Esa mujer no moverá un solo terrón de arcilla en el hayedo si no tiene agentes locales que le aseguren el perímetro. Haz que la llamen de Jefatura por un defecto de forma en el acta de L-14. Que paralicen la excavación.

El sonido metálico del teléfono de baquelita al ser descolgado resonó en el despacho.

En la oscuridad del pasillo, Adela apretó la bandeja contra el pecho, sintiendo el frío del metal a través de la tela del delantal. El aroma a greda húmeda que exhalaba la ropa de los hombres en el despacho trajo un olor antiguo, frío.

Noviembre de 1994.

Aquella madrugada de tormenta, recién incorporada al servicio de la Casona, vio al hermano menor de Tomás cruzar la puerta trasera del cobertizo. El muchacho, que moriría años después en la carretera nacional, tiritaba bajo un chubasquero desgarrado. Lodo y lluvia cubrían sus botas con una costra densa, de un tono grisáceo y rojo ferruginoso que solo se encontraba en las balsas de decantación del hayedo alto, donde la tierra se saturaba con el agua de las escorrentías mineras. Tomás, inmóvil en la penumbra del vestíbulo, le arrebató el calzado para meterlo en un saco de arpillera antes de ordenarle subir sin encender una sola luz. Al amanecer, el silencio se había extendido por el pueblo y las patrullas subían hacia la cabaña de Nemesio Silva.

La misma arcilla grisácea y ferruginosa que el hermano menor de Tomás traía en las suelas en 1994 era la que ahora cubría las botas de la inspectora Montes; la misma que Elena había recogido en la Hoya de la Vieja antes de desaparecer. El secreto de los Alvia no era una cuestión de heráldica o tierras, sino de prisión. Un

escalofrío le recorrió la espalda, más frío que el viento que azotaba los cristales.

En el despacho, la voz del abogado Valdés se alzó, dócil.

—Sí, buenas tardes... Con el despacho del señor subdelegado, por favor. Es una llamada de urgencia de la alcaldía de Aranzo... Sí, aguardo.

Adela se apartó de la rendija de la puerta con movimientos lentos, mientras evitaba que la bandeja de plata rozara el picaporte de hierro. Retrocedió por el pasillo de servicio, tanteó la pared con los dedos fríos hasta encontrar la escalera de pino y descendió hacia la cocina en silencio, con el eco del disco metálico del teléfono girando a sus espaldas.

El golpe sordo de la bandeja de plata sobre la encimera de la cocina resonó a través del ventanuco entornado, justo cuando Clara Montes se deslizaba bajo el voladizo del tejado trasero. A su espalda, semioculto por la cortina de agua que se vertía desde los canalones de plomo, el sargento Olmedo permanecía inmóvil junto a la esquina del cobertizo de herramientas, con la mano en la culata de su arma y la vista fija en la vereda que conducía a las cocheras. Su silueta, desdibujada por la niebla que ascendía desde el fondo del valle, vigilaba el acceso para evitar que los guardas de Tomás Alvia doblaran la esquina antes de tiempo.

Clara inspiró despacio. Al dar un paso hacia el sendero lateral, su rodilla derecha cedió un milímetro y una punzada ardiente recorrió el tendón rotuliano. Apretó los dientes, se aferró al asa metálica del maletín de campo para mantener el equilibrio y avanzó hacia la estructura de hierro y vidrio que se alzaba en el límite posterior de los jardines.

El invernadero de Elena Alvia se erigía como una excrecencia industrial injertada en el linde del hayedo. Sus perfiles de fundición, oxidados por la humedad de la montaña, sostenían centenares de placas de vidrio templado que la tormenta golpeaba con un repiqueteo sordo. La puerta de acceso, una hoja de hierro con

herrajes de latón desgastados, cedió al empuje de Clara con un gemido seco que la lluvia ahogó al instante.

Al cruzar el umbral, el fragor del temporal se replegó y se transformó en un murmullo rítmico sobre la cúpula acristalada. El aire interior era denso, tibio y saturado de un olor complejo que Clara descompuso al instante: turba húmeda, detritus vegetal en descomposición, el toque ácido del sulfato de cobre y un rastro volátil de alcohol isopropílico.

Clara dejó el maletín sobre el suelo de grava y se enderezó con lentitud, mientras apoyaba la mano en una de las mesas de cultivo para descargar el peso de su pierna lesionada. Las superficies de pizarra gris, dispuestas en hileras paralelas bajo la luz plomiza que se filtraba por el techo, estaban ordenadas con la disciplina de un laboratorio forense.

En la primera mesa, bajo una batería de lámparas de espectro completo apagadas por el corte de suministro, se alineaban varias hileras de macetas de plástico negro con brotes jóvenes de *Urtica dioica*. Las ortigas, que en el exterior crecían de forma caótica en las cunetas, mostraban aquí un desarrollo inusual: tallos gruesos como dedos, hojas de un verde oscuro casi azulado y una densidad de tricomas que delataba una sobrealimentación sistemática.

Al lado de las macetas, un soporte de madera sostenía una serie de tubos de ensayo taponados con cera. Cada uno llevaba una etiqueta autoadhesiva con coordenadas manuscritas en tinta negra, correspondientes a parcelas de la propiedad privada de los Alvia. Clara extrajo su libreta del bolsillo del chubasquero; el papel, lacio por la humedad que impregnaba sus ropas, absorbió el trazo del lápiz de carpintero mientras cotejaba las anotaciones de los tubos con las páginas del diario recuperado en la Hoya de la Vieja.

—L-14 —murmuró, con la vista fija en el primer tubo—. Loma norte. Veintidós metros del límite. Y estas otras... —deslizó los dedos por los tubos contiguos—, directamente dentro de la propiedad de su padre.

La tierra contenida en el fondo del cristal no era el mantillo marrón que cubría los parterres de la Casona. Era una arcilla grisácea, compacta, con vetas de un rojo ferruginoso que brillaban bajo la luz mortecina del invernadero. Era greda de las balsas de decantación de la mina San José.

En el extremo de la mesa de trabajo, junto a una balanza de precisión digital apagada, reposaba un maletín de análisis químico de suelos de la marca Merck. Estaba abierto. En los compartimentos de espuma de alta densidad se alojaban frascos cuentagotas de vidrio ámbar, probetas graduadas y un juego de tiras reactivas colorimétricas.

Tomó uno de los frascos de reactivo con la punta de los dedos enguantados. La etiqueta técnica indicaba: *Reactivo de Nessler / Ácido sulfosalicílico*. Era el compuesto utilizado para la determinación cuantitativa de nitrógeno amoniacal y nitratos en muestras orgánicas. Al lado de las gradillas, una placa de porcelana con cavidades circulares mostraba restos de un sedimento seco, teñido de un color violeta tan intenso que rozaba el negro.

En la policía científica, esos análisis colorimétricos de suelo se utilizaban para acotar el área de lixiviación en fosas clandestinas. El nitrógeno liberado por la descomposición de un cuerpo altera el pH de la arcilla circundante durante décadas, saturándola con una concentración química que las raíces de las plantas nitrófilas, como las ortigas que Elena cultivaba, absorben con avidez.

—No estabas haciendo una tesis —dijo Clara en voz baja, mientras contemplaba la placa de porcelana—. Estabas midiendo el volumen del enterramiento.

Elena había sometido la tierra de las paulinas a pruebas de saturación, aislando las muestras de la escorrentía de la lluvia para demostrar que el pico de nitrógeno orgánico no procedía de filtraciones de abonos agrícolas, sino de un foco estático y profundo. Un desafío científico directo a la prohibición expresa de su padre.

Clara se acercó a la cristalera este del invernadero, donde la condensación corría en hilos limpios que desdibujaban el exterior.

Limpió el vaho con la manga de su chaqueta técnica. A través del vidrio, la ladera del hayedo se elevaba como un muro sombrío, engullendo la luz de la tarde. En el límite inferior de la pendiente, justo donde la vegetación se espesaba antes de alcanzar los jardines traseros de la propiedad, la silueta de un cobertizo de piedra en ruinas se recortaba contra la maleza. Las hiedras trepaban por sus muros desportillados, ocultando una estructura que Clara registró en su mapa mental del terreno.

Un crujido de grava en el exterior la obligó a agacharse; la flexión de la rodilla le arrancó un sudor frío que le perló la frente. Se mantuvo inmóvil, oculta tras el borde de la mesa de pizarra, mientras su mano buscaba el reloj de bolsillo de su mentor en el chaleco táctico. El latido metálico del latón, amortiguado por la tela, marcaba el tiempo contra la tormenta.

A través del cristal inferior de la puerta, vio pasar la silueta de uno de los guardas de Alvia. El cañón de su escopeta de repetición apuntaba hacia el suelo y el agua escurría por su impermeable verde mientras se dirigía hacia el cobertizo de herramientas donde Martín aguardaba. El hombre no se detuvo; continuó su ronda con paso pesado, hundiéndose en la penumbra del sendero que rodeaba las caballerizas.

Clara exhaló el aire y se incorporó, apoyándose de nuevo en la mesa. Elena Alvia no se había perdido en la niebla. Su secuestro era una medida de contención desesperada. Alguien en Aranzo sabía que la joven bióloga estaba a un solo paso de desenterrar las pruebas que el barro de las paulinas custodiaba desde 1994.

Guardó las anotaciones en el bolsillo de su chubasquero y cerró el maletín de análisis con un chasquido metálico. Miró por última vez los brotes de ortiga que crecían en las macetas negras, mudos testigos de la verdad, y se dirigió hacia la puerta, lista para adentrarse de nuevo en la tormenta.

Capítulo 12

La orden de retirada

El zumbido del generador diésel transmitía un temblor constante a las tablas de pino y a la mesa de trabajo donde Clara tenía desplegados los planos catastrales y las copias del sumario de 1994. La bombilla de bajo consumo oscilaba levemente, proyectando sombras erráticas sobre las bolsas de pruebas con las figuras de madera de boj. El olor a gasoil mal quemado, a papel viejo y a lana húmeda se concentraba en el despacho improvisado del ayuntamiento, un espacio estrecho donde el frío se colaba por las rendijas de los ventanales de madera mal ajustados.

Clara se presionó la rótula derecha con ambas manos. La inflamación bajo la tela del pantalón técnico pulsaba con un latido sordo y constante, secuela de la caída en la Hoya de la Vieja que la humedad de los muros de piedra agudizaba. En la pantalla del portátil, que parpadeaba por las fluctuaciones de tensión, el mapa de cuadrículas de la loma norte mostraba el punto L-14 marcado con un círculo rojo. Apenas tres kilómetros de bosque espeso los separaban de la vaguada donde el fango acababa de entregar los restos de Marta Beltrán, pero la distancia real se medía ahora en folios oficiales, recursos jurídicos y llamadas de despacho.

El teléfono de baquelita negra, conectado a la línea de emergencia del retén, restalló con un timbre metálico que cortó el murmullo de la tormenta.

Clara descolgó antes del tercer tono y sostuvo el auricular frío contra el oído.

—Inspectora Montes —dijo, irguiéndose sobre el taburete para aliviar la presión en la rodilla.

Al otro lado, la voz del comisario provincial llegó amortiguada por la estática, como si la señal tuviera que abrirse paso a través del

muro de agua que anegaba el valle.

—Montes, soy yo. ¿Me recibe? —La voz era seca, desprovista del tono protocolario de las reuniones de Jefatura—. Tengo sobre mi mesa un requerimiento de la Subdelegación del Gobierno y una queja formal del gabinete jurídico de la familia Alvia. ¿Qué está pasando en esa loma?

—Comisario, acabamos de asegurar una fosa clandestina en el punto L-14, en el límite exterior de la finca —respondió Clara, manteniendo el tono firme—. Hemos recuperado restos óseos compatibles con Marta Beltrán y una talla de madera de boj idéntica a las de 1994. El análisis microscópico de las marcas de la herramienta confirma que el asesino sigue activo y que el rapto de Elena Alvia es una acción de cobertura. Necesito ampliar el perímetro de excavación de inmediato hacia las parcelas del subsuelo minero, dentro de la propiedad privada de los Alvia.

—No va a haber más excavaciones, Montes —la interrumpió el comisario, tajante—. Queda suspendida cualquier actuación física en el sector norte de la finca de los Alvia de manera inmediata.

Clara apretó el auricular contra la sien. El plástico frío le hundió la piel.

—¿Suspendida? Comisario, la ventana de supervivencia de Elena Alvia está por debajo de las treinta horas. El diario de campo de la víctima demuestra que medía los niveles de nitrógeno orgánico que el propio asesino generó al enterrar los cuerpos. Si detenemos el rastreo ahora, le damos tiempo para limpiar la escena o deshacerse de ella.

—Escúcheme bien, inspectora —la voz del comisario se elevó, cortando la argumentación—. El letrado de los Alvia ha presentado un recurso de urgencia ante el juzgado de instrucción número tres. Alegan un defecto de forma grave en la orden de entrada y aseguramiento del punto L-14. El catastro de 1976 que han utilizado para justificar que el terreno era público está en conflicto con una concesión forestal y minera vigente desde 1932. Legalmente, esa franja es de explotación privada exclusiva. No tenemos autorización

del juez para remover un solo metro de tierra allí sin una validación topográfica oficial del Ministerio de Transición Ecológica.

—Es un tecnicismo burocrático, comisario. En 1994, la investigación se detuvo justo al llegar a la alambrada de los Alvia. Si volvemos a frenar la búsqueda por respetar un linde privado, le estamos dando al captor el santuario perfecto para ocultar a Elena. Quienquiera que maneje esa gubia conoce los límites de la propiedad y se sirve de ellos para bloquearnos.

—La justicia se rige por procedimientos, Montes, no por interpretaciones históricas —el comisario hizo una pausa; al otro lado de la línea se escuchaba el rumor de los teletipos de la central —. Además, tengo un informe de Protección Civil. La tormenta supera los cien litros por metro cuadrado en el valle medio. Hay riesgo inminente de desprendimiento de ladera en la carretera de la central y el río Aranzo está a punto de desbordarse a la altura del puente de sillería. La orden de la Subdelegación es prioritaria: todos los efectivos de la Guardia Civil y de la Policía Nacional deben replegarse para tareas de auxilio en carretera y control de escorrentías. No voy a mantener a cuatro agentes cavando en una paulina bajo peligro de alud de lodo por un caso cerrado hace treinta años.

La palabra «procedimiento» cortó el aire del despacho. La luz amarilla del retén pareció apagarse y Clara se vio de nuevo en la ladera del pico de Paderna, rodeada por la ventisca de los Pirineos, con la pantalla de su terminal mostrando un mapa de probabilidades térmicas mientras un hombre moría congelado a menos de un kilómetro. Todo por no haber autorizado la salida de los guías de montaña sin el visado de la comandancia de zona. El mismo rigor estricto. La misma parálisis vestida de prudencia legal.

—Un retraso de doce horas por una verificación de firmas ya costó una vida en el Paderna, comisario —dijo Clara, con la voz baja, casi un susurro que la estática apenas respetó—. Si retiramos a los agentes de la loma norte, la escorrentía arrastrará las últimas marcas físicas del terreno. Elena Alvia no está perdida en el monte.

Está retenida. Y el agua de esta tormenta está entrando en el mismo subsuelo donde la tiene oculta.

—Lo de los Pirineos fue un accidente fortuito por causas climatológicas, Montes, y el expediente quedó archivado sin responsabilidad para usted. No confunda los escenarios —la voz del comisario recuperó su frialdad administrativa—. Esto no es negociable. El sargento Olmedo ya ha sido notificado a través de la comandancia de la Guardia Civil. Deben recoger la carpa de campaña de la pista forestal y replegarse al casco urbano. Si el juzgado de guardia valida la titularidad del suelo el lunes por la mañana, reanudaremos la búsqueda con el equipo de la científica. Hasta entonces, la orden es de retirada inmediata.

—El lunes por la mañana Elena Alvia será solo un informe forense más en su mesa, comisario.

—Suficiente, inspectora. Cumpla la orden.

La línea se cortó con un chasquido seco. El tono de ocupado, un zumbido monótono e ininterrumpido, llenó el pequeño despacho. Clara sostuvo el auricular de baquelita unos segundos más, con la mirada fija en el mapa catastral donde el punto L-14 se desdibujaba bajo las sombras de la bombilla oscilante.

Dejó el teléfono sobre la horquilla con un movimiento lento, mecánico. El silencio que siguió al corte de la comunicación solo era interrumpido por el ronquido del generador en el patio trasero y el repiqueteo incesante del granizo contra los cristales.

Clara se apoyó en el borde de la mesa, cerrando los puños sobre los planos de papel lacio. Las yemas de sus dedos rozaron la bolsa de plástico que contenía la figura de madera degradada de Marta Beltrán. A través del plástico protector, la silueta sin rostro de la talla parecía devolverle la gélida indiferencia de las oficinas de la capital.

Ese roce de las yemas contra el plástico y el temblor del generador diésel que Clara sentía en el despacho se propagaban colina arriba, hundiéndose en la arcilla de la loma norte hasta

transformarse, tres kilómetros más allá y cincuenta metros bajo la tierra, en una vibración sorda que sacudió la nuca de Elena Alvia.

La consciencia regresó envuelta en dolor. Un latido afilado le recorría el occipital izquierdo y se expandía hacia las sienes con la cadencia de una maza de madera sobre piedra blanda. Elena intentó parpadear, pero la oscuridad que la rodeaba era tan densa que no había diferencia alguna entre mantener los párpados abiertos o cerrados. La negrura tenía una cualidad líquida, un peso húmedo asentado sobre su rostro que dificultaba cada inspiración.

Inspiró hondo. El aire frío arrastraba un olor familiar y fuera de lugar: un rastro químico que se le adhirió a la garganta y le provocó una sacudida de tos. El eco de su propia respiración entrecortada murió de inmediato, absorbido por la proximidad de unos límites invisibles que devolvieron una resonancia plana, desprovista de la amplitud del hayedo.

Intentó levantar la mano derecha, pero los músculos pesaban como el plomo, entumecidos por una rigidez que nacía en las articulaciones y se extendía por las extremidades. Al rozar la base del cráneo, sus dedos tropezaron con una costra fría. Tenía el cabello apelmazado por un fluido espeso que adhería el cuello del chubasquero a la piel. Apretó los dientes; el menor movimiento de la cabeza amenazaba con devolverla a la inconsciencia.

Apoyó las palmas en el suelo para incorporarse, pero la superficie cedió con una consistencia resbaladiza. Sus dedos se hundieron en un lodo fino y plástico que se coló bajo las uñas. Deslizó la mano lateralmente: greda saturada. Aquel sedimento no era el mantillo de hojas descompuestas del bosque, sino la arcilla grisácea y ferruginosa de las escorrentías profundas, el mismo material de las muestras de su invernadero.

Extendió el brazo izquierdo en busca de un apoyo firme. A menos de medio metro, sus dedos chocaron contra un plano vertical. No era la caliza de las simas de la Hoya de la Vieja. Sus yemas recorrieron bloques rectangulares de pizarra dispuestos en hiladas

horizontales. Al presionar las juntas, el mortero antiguo se deshizo en una arena gruesa que cayó sobre el dorso de su mano.

Mampostería antigua.

Deslizó los dedos hacia arriba por la piedra húmeda hasta que el tacto mineral cesó, sustituido por la fibra rugosa de un puntal de madera escuadrada. El madero, que sostenía la presión del techo, estaba cubierto por una película viscosa que desprendía un hedor penetrante a brea y alquitrán de hulla.

Creosota. El compuesto, utilizado para proteger los soportes de las galerías contra la pudrición, se evaporaba con lentitud en el aire confinado. Mampostería de pizarra, greda ferruginosa y vigas impregnadas de alquitrán. Las piezas encajaban con la precisión de un mapa de campo: se encontraba en una de las galerías de la mina San José, el laberinto de carbón clausurado en los noventa que corría bajo la loma norte.

Un rumor lejano, un silbido agudo que destacaba en el silencio, comenzó a filtrarse desde el techo. No era un sonido constante, sino un lamento intermitente de aire comprimido que hacía vibrar las vigas y desprendía gotas de condensación sobre sus hombros. Elena inclinó la cabeza hacia atrás, orientando el oído hacia la corriente.

El aire frío que le rozaba la frente traía olor a tierra mojada y ozono. Descendía por un conducto vertical, una chimenea de ventilación o un antiguo pozo de saca que conectaba la galería con el exterior. A través de ese tubo de piedra, amortiguado por la distancia y los recodos, llegaba el fragor de la tormenta. El retumbar de los truenos se traducía allí abajo en una vibración física que sacudía el armazón de madera; el rugido del agua, que arriba anegaba las pistas forestales, se transformaba en un murmullo constante que corría por las venas de la montaña.

Elena intentó estirar las piernas para aliviar el calambre de los muslos, pero el movimiento provocó un chapoteo sordo.

Un frío punzante le atenazó los tobillos. Se inclinó hacia delante, hundiendo las manos. El agua ya no era una fina película

sobre el lodo; era una balsa estancada que cubría la caña de sus botas y empapaba los calcetines de lana a través de las costuras. Se llevó los dedos mojados a los labios. El agua sabía a hierro, a sulfuros y a madera vieja en descomposición: agua de escorrentía cargada con los sedimentos de la loma.

Las paulinas, los humedales que su padre había desecado en los setenta, se asentaban directamente sobre las cámaras superiores de la mina. Con una tormenta de más de cien litros por metro cuadrado, las dolinas y sumideros del hayedo funcionaban como embudos gigantescos que canalizaban el torrente hacia los pozos de ventilación. Si las galerías de desagüe inferiores estaban obstruidas por los derrumbes de los últimos treinta años, el agua no encontraría salida. Llenaría los niveles inferiores y ascendería por las chimeneas, transformando cada galería en un conducto de presión cerrado.

La inundación de la galería avanzaba sin freno. No había forma de calcular cuánto tiempo tardaría el agua en alcanzar el techo de pizarra.

Un escalofrío violento la sacudió, un temblor espasmódico que le hizo castañetear los dientes y caer de rodillas. La hipotermia le restaba la poca fuerza que le quedaba en los brazos. Miró hacia la negrura absoluta, estirando las manos hacia arriba a lo largo del puntal grasiento de creosota. La madera se elevaba en la oscuridad hacia un techo inaccesible, mientras el agua helada continuaba su ascenso silencioso, centímetro a centímetro, devorando el escaso aire que le quedaba en su prisión de piedra.

El torrente de la loma norte, cargado de lodo, repiqueteaba contra los capós de los todoterrenos que los agentes locales cargaban en la plaza de Aranzo. Desde el ventanal del retén municipal, Clara observaba el vaivén de las chaquetas impermeables amarillas y verdes bajo la luz mortecina de las farolas. Peña y Bautista arrojaban las palas de trinchera y los rollos de cinta policial en el cajón de un Patrol. Sus movimientos, mecánicos, se aceleraban bajo las ráfagas de viento que cimbraban los plátanos de la avenida. El metal de las herramientas chocaba con un tintineo agudo que el viento dispersaba de inmediato.

Clara apoyó la frente contra el vidrio frío. La migraña, iniciada como un pinchazo tras los ojos durante el trayecto desde la comandancia, latía ahora en su sien izquierda con un ritmo constante. Bajo la mesa de pino, su rodilla derecha protestó con una punzada al desplazar el peso del cuerpo. Se presionó la rótula sobre el pantalón técnico; la inflamación irradiaba un calor que contrastaba con el aire gélido filtrado por la holgura del marco de madera.

Detrás, el sargento Martín Olmedo permanecía junto a la mesa de trabajo, donde los planos catastrales se curvaban por la humedad. Sostenía el sombrero entre las manos nudosas y apretaba el fieltro mojado hasta que sus nudillos se tornaron blancos. El agua escurría por sus patillas grises hacia el cuello de la camisa de servicio. Su mirada, fija en la espalda de Clara, destilaba una fatiga ajena al simple cansancio físico de las últimas treinta horas de búsqueda.

—La orden de la comandancia de zona ha entrado por el canal prioritario, inspectora —dijo Martín. Su voz, habitualmente ronca, carecía de la firmeza rústica de las primeras horas—. Suspenden el apoyo de Protección Civil. A las siete de la mañana, las patrullas deben estar en los accesos de la carretera inferior para el control de escorrentías.

Clara no se volvió. Observó a Bautista asegurar la lona del todoterreno con un pulpo elástico que restalló contra la chapa.

«Procedimiento», había dicho el comisario. La palabra flotaba en el aire viciado con el mismo peso estéril que tres años atrás en la subdelegación de Huesca. El pico de Paderna emergió con la nitidez de una placa forense: la pantalla del terminal parpadeando, las tablas de probabilidad de supervivencia térmica desaconsejando el despegue del helicóptero por riesgo de alud, y su propia mano firmando el aplazamiento de los guías de montaña. Cumplió el manual. Protegió al equipo. Catorce horas después, la camilla de rescate solo sirvió para trasladar un cuerpo rígido, cubierto por una costra de escarcha, que había dejado de respirar a escasos metros de la senda balizada. El protocolo evitó la sanción administrativa,

pero le dejó aquel tic-tac de latón en el bolsillo como un reproche constante.

Se volvió despacio, obligando a la pierna derecha a un giro rígido. Apoyó las palmas sobre la mesa de pino, encima del plano geológico de 1976 donde el punto L-14 destacaba bajo el trazo rojo del lápiz de carpintero.

—Si retiramos el retén ahora, sargento, la corriente colmatará la vaguada —dijo Clara, midiendo la distancia que la separaba de él —. Las marcas de corte en el haya y la composición de nitrógeno del suelo quedarán bajo el lodo antes del lunes. Y Elena no tiene hasta el lunes.

Martín dio un paso adelante y dejó caer el sombrero sobre una silla plegable. Su rostro curtido se contrajo, revelando las líneas profundas grabadas por la desconfianza y los años de silencio local.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó en un siseo tenso—. ¿Que desobedezca una orden directa del coronel? En este valle, si un guardia civil se salta el protocolo sin el respaldo de un juez, no solo pierde el uniforme, inspectora. Tomás Alvia tiene hilos en la delegación que pueden dejar a mi familia en la calle antes de que amaine la tormenta. He visto cómo funciona esto durante treinta años. Sé cómo acabaron los que hicieron preguntas de más en el noventa y cuatro.

Clara metió la mano en el chaleco táctico. Sus dedos rozaron la superficie lisa y fría del reloj de bolsillo de su mentor. No lo extrajo; apretó el metal contra la palma, buscando la fijeza de su peso.

—El noventa y cuatro ya pasó, Martín —dijo, usando su nombre de pila por primera vez. El sargento detuvo su ademán defensivo ante la sobriedad de su tono—. En aquel entonces, permitieron que se llevaran a un hombre hemipléjico en una camilla para cerrar un expediente y proteger una concesión forestal. Dejaron que el verdadero asesino se quedara con la gubia en la mano. Yo no voy a firmar otra acta de defunción por esperar un visado de la capital.

Se inclinó sobre la mesa, dobló el plano geológico en tres secciones y lo introdujo en la funda impermeable de su maletín de campo. Luego, cogió la caja de plástico transparente con la figura de boj recuperada de la fosa de Marta Beltrán.

—La orden de retirada es para la fuerza pública —continuó Clara, con una calma que contrastaba con el fragor del granizo contra los cristales—. A partir de este momento, mi participación en la búsqueda de Elena Alvia deja de ser una actuación oficial. Voy a seguir rastreando esa loma a título personal.

Martín la miró fijamente. El silencio en el despacho solo lo rompían el zumbido monótono del generador en el patio trasero y el goteo constante de su chubasquero sobre las losas.

—Está loca —murmuró el sargento, sin hostilidad, como quien constata un abismo—. Si entra en los terrenos de la Casona sin escolta ni autorización, los guardas de Alvia la tratarán como a una intrusa. Y si encuentra algo, ningún tribunal admitirá esa prueba. Su carrera habrá terminado.

—Mi carrera empezó a terminarse en el Paderna, Martín —respondió Clara, cerrando el maletín con un doble chasquido metálico—. Prefiero un tribunal de disciplina por allanamiento que quedarme en un despacho esperando firmas.

Se colgó la correa del maletín al hombro, conteniendo la punzada de la rodilla, y miró directamente a los ojos cansados del sargento.

—Tú vas a salir ahí fuera, vas a firmar el parte de repliegue de los voluntarios y vas a ordenar a Peña y Bautista que regresen a la comandancia. Si alguien pregunta por mí, dirás la verdad: que la inspectora Montes se negó a acatar la suspensión, que confiscó el diario de campo y el material de análisis, y que se adentró en el monte desoyendo tus advertencias. Tienes mi declaración firmada si la necesitas para salvar tu expediente.

Martín no respondió. Permaneció inmóvil, con los brazos caídos, observando cómo Clara recogía la linterna de alta potencia y se ajustaba el cuello del chubasquero negro. En el exterior, el motor

del Patrol rugió mientras los agentes iniciaban un repliegue que dejaba el hayedo a merced de la inundación subterránea.

Capítulo 13

Pacto en la penumbra

El viento del norte embistió las tablas del cobertizo con un crujido seco; vibraron las gubias y azuelas colgadas de la pared de pizarra. En el interior de la antigua estación forestal, el aire era un bloque de frío estancado, impregnado de creosota, herrumbre y serrín húmedo. El agua de la tormenta se filtraba por una rendija del tejado de chapa y golpeaba con una cadencia metálica sobre el lomo de un yunque de forja.

Clara Montes apoyó el peso en el borde de un banco de trabajo cubierto de serrín grasiento. Su rodilla derecha, inflamada tras la caída en la Hoya de la Vieja, protestó con una punzada que le recorrió el muslo. Apretó los dientes, extrajo del bolsillo interior del chubasquero la linterna táctica y la apoyó sobre la madera, orientando el haz hacia la pared opuesta para que la luz rebotara, difusa, sobre la penumbra.

La puerta del cobertizo se abrió unos centímetros, dejando entrar una ráfaga gélida antes de que el sargento Martín Olmedo la cerrara de golpe y asegurara el pasador de hierro. Martín se quitó el sombrero de fieltro, sacudió el agua contra las losas y se pasó una mano por las patillas encanecidas. La humedad brillaba en su rostro curtido; los hombros caían bajo el peso del uniforme empapado.

—El Patrol de Peña y Bautista ya ha enfilado la pista inferior —dijo Martín con voz ronca—. Les he ordenado que informen de que nos hemos quedado retrasados asegurando el linde de la loma norte. En dos horas, la comandancia exigirá mi posición por radio. Y la tuya ya la conocen en Jefatura. Estás fuera del caso, inspectora.

Clara no respondió de inmediato. Despacio, extrajo de su maletín de campo la bolsa estanca con el diario de Elena y el mapa geológico de 1976. Extendió el papel lacio sobre la madera mugrienta y alisó los pliegues con la palma de la mano.

—Oficialmente, la búsqueda se ha suspendido por riesgo de corrimiento de tierras —dijo Clara—. Oficialmente, debo entregar este diario y personarme en la comisaría provincial el lunes por la mañana. Pero tú y yo sabemos lo que pasará con estas páginas si entran en el conducto ordinario de la Subdelegación. El abogado de Alvia las archivará bajo tres llaves antes de que un geólogo certifique las coordenadas.

Martín se acercó al banco. Sus botas de caña alta dejaron un rastro de lodo grisáceo sobre las losas. Miró el mapa, donde el trazo rojo de un lápiz de carpintero unía las paulinas con el punto L-14.

—¿Cuál es el plan, Montes? —preguntó Martín de brazos cruzados—. No tenemos agentes ni perros para batir la loma. Si entramos en la finca de los Alvia de noche y bajo este temporal, estaremos solos. Si nos despeñamos en una grieta de la mina, nadie vendrá a buscarnos.

—No necesitamos batir la loma —Clara señaló una anotación manuscrita de Elena—. Ella no se desorientó. Estaba siguiendo los picos de nitrógeno orgánico que el propio asesino generó al enterrar los cuerpos. El lodo ferruginoso de las minas San José en el pedal de su coche demuestra que el captor la interceptó cuando iba a vincular las fosas con el subsuelo. No la ha llevado al bosque alto. La tiene abajo.

Martín frunció el ceño, fijo en la red de líneas discontinuas del mapa.

—Esas galerías llevan clausuradas desde el noventa y seis —murmuró—. Las entradas principales están cegadas con bloques de hormigón. Lo sé porque yo mismo estuve en el retén de seguridad cuando las sellaron.

—Las bocas de saca principales sí —dijo Clara, inclinándose—. Pero Elena anotó que detectó corrientes de aire con olor a alquitrán cerca del cobertizo de piedra de los Alvia. Las chimeneas de ventilación y los pozos de drenaje siguen abiertos. Él conoce el subsuelo; se ha movido por él durante treinta años, usando los

límites de la propiedad privada como un escudo legal que la policía de 1994 no se atrevió a cruzar.

El silencio regresó, roto solo por el viento contra la pizarra. Martín desvió la mirada hacia la linterna. La luz lateral esculpía las arrugas de su rostro y la sombra de sus párpados.

—En el noventa y cuatro yo era un agente en prácticas —dijo Martín en un susurro que competía con el agua—. Había prisa por cerrar el caso de Marta Beltrán. La comarca necesitaba normalidad, la comandancia exigía resultados y, cuando detuvieron a Silva, preferimos creer que la pesadilla había terminado. Yo me limité a firmar los informes que me ponían delante, sin preguntar qué nos dejábamos en el hayedo. El silencio era el camino fácil.

Apretó los puños dentro de los bolsillos del chubasquero.

—Si sigo adelante contigo, perderé la jubilación. Mi familia lleva tres generaciones en este valle. Si Tomás Alvia me señala, no habrá rincón en Aranzo donde podamos mirar a la cara a los vecinos.

Clara metió la mano en el chaleco táctico; sus dedos tropezaron con el reloj de bolsillo de su mentor. El latido metálico de la maquinaria contra su yema le devolvió la fijeza.

—El silencio de Aranzo ya ha costado la vida de Marta Beltrán y la de Nemesio Silva. Y ahora mismo, el agua de esta tormenta entra en las galerías donde Elena está retenida. Si esperamos a que el juzgado valide las firmas el lunes, lo que sacaremos de ahí no será una superviviente, sino otro informe forense.

Clara dio un paso hacia él en el estrecho cobertizo.

—No voy a cargar con otra muerte por esperar un visado de la comandancia. Si te retiras ahora, lo entenderé. Firmaré el parte para eximirte. Pero yo voy a entrar en esa loma esta noche. Con placa o sin ella.

Martín sostuvo la mirada de la inspectora. Clara no pestañeó; sus ojos reflejaban la misma fijeza con la que analizaba un informe pericial.

El sargento exhaló un suspiro largo, un vaho que se disolvió en el frío. Extendió su mano derecha, grande, de nudillos marcados.

—Treinta años de silencio son demasiados para un pueblo tan pequeño, inspectora —dijo Martín con gravedad—. Terminemos lo que se empezó en el noventa y cuatro.

Clara estrechó su mano. El agarre fue firme, bajo la luz difusa de la linterna.

—Necesitamos saber por dónde entrar sin que nos vean los guardas de Alvia —dijo Clara, y volvió la vista al mapa—. Las entradas que figuran en el catastro de 1976 están demasiado expuestas.

Martín asintió.

—Hay alguien que conoce los caminos del hayedo mejor que nadie. Alguien que estuvo allí antes de que Alvia levantara las cercas de alambre.

—¿Santiago? —preguntó Clara.

—Santiago —confirmó Martín, ajustándose el sombrero—. Sabe qué bocaminas se quedaron fuera de los planos oficiales para evitar las tasas de explotación. Está en su casa del pueblo. Vamos a verle antes de que la niebla cierre la carretera inferior.

Santiago aún sostenía la llave de hierro de su portal cuando el rumor ahogado del Nissan Patrol de la Guardia Civil resonó al final de la callejuela, justo antes de que la bruma terminara de clausurar la vía. El anciano se encogió bajo el porche, ocultando el cilindro de hule negro bajo el brazo, mientras el todoterreno se detenía con un chirrido de frenos húmedos. La ventanilla del conductor bajó apenas tres dedos, revelando los ojos cansados del sargento Olmedo y, a su lado, la silueta rígida de la inspectora Montes.

—Santiago —susurró Martín, con el motor al ralentí vibrando contra las paredes de piedra—. Sube. Tenemos que hablar.

El anciano miró a ambos lados de la calle oscura y tragó saliva con dificultad.

—Aquí no, Martín —siseó, mientras daba un paso atrás hacia la sombra del quicio—. Los guardas de Alvia patrullan la loma y hay ojos en cada ventana. Si nos ven juntos, mañana estaré fuera de mi casa.

—Santiago, es por la chica —insistió Martín.

La inspectora Montes intervino, apoyando una mano en el salpicadero:

—¿Dónde, entonces?

—En la taberna de la encrucijada —respondió Santiago, apretando el cilindro contra el costado—. Lleva clausurada desde que cerraron las minas. Nadie va por allí con este temporal. Id por la pista trasera, sin luces. Yo cruzaré a pie por el atajo de las hayas.

El Patrol retrocedió en silencio y se perdió en la cortina gris del valle. Santiago esperó a que el eco del motor se extinguiera antes de echar la llave y adentrarse en la tormenta.

El viento del norte, cargado de aguanieve, le golpeó el rostro al doblar la esquina de la iglesia, lo que le obligó a hundir la barbilla en el cuello de paño de su abrigo de guarda. En el bolsillo, el peso de la llave de la taberna le golpeaba el muslo con cada paso sobre el barro. Bajo el brazo, resguardado por la doble capa de hule negro, el cilindro de cartón parecía pesar más que cuando permanecía oculto tras la viga del desván.

El camino hacia la encrucijada era una ascensión entre hayas muertas y canchales de pizarra. El agua corría por las roderas de los tractores como riachuelos grises que arrastraban hojas podridas y greda. Santiago respiraba con dificultad; el aire gélido le quemaba los bronquios. A lo lejos, la silueta de la Casona de los Alvia se recortaba como un bloque opaco entre los jirones de niebla, con las luces de los pisos superiores parpadeando por los fallos del tendido eléctrico.

Empujó la puerta de la taberna con el hombro. La madera hinchada por la humedad cedió con un crujido sordo, mientras arrastraba hojas secas y tierra acumulada en el umbral. El interior olía a ceniza, a moho de bodega y a la resina rancia de las barricas

vacías alineadas tras el mostrador de zinc. Aquí se reunía la patrulla de búsqueda en 1994, cuando el cabo Ortiz aún creía que el bosque devolvería a Marta Beltrán con vida. Santiago se sentó en una de las banquetas y apoyó el cilindro de hule sobre la mesa carcomida. Sus manos, nudosas y temblorosas, apenas tenían fuerza para deshacer el nudo de bramante.

Un destello de luz barrió los ventanales desconchados. Santiago se tensó y aferró la llave de hierro en el bolsillo hasta que el metal le dolió en la palma. Dos siluetas cruzaron el umbral. Martín Olmedo entró primero, con la mano apoyada en el cinturón de servicio; detrás, la inspectora Clara Montes avanzaba con paso rígido, pues acusaba la lesión de su rodilla. El agua escurría de sus chubasqueros negros y golpeaba las losas con un repiqueteo rítmico.

—Pensé que te habías arrepentido, Santiago —dijo Martín, mientras bajaba el haz de la linterna hacia el suelo. Su voz sonó apagada en el espacio vacío.

—He vivido treinta años con esto, Martín. Unos minutos más no iban a cambiar nada —respondió el anciano—. Pero no quería que nos viesen cerca del ayuntamiento.

Clara Montes se acercó a la mesa y apoyó la mano en el borde de madera para descargar el peso de la pierna. Sus ojos se fijaron en el cilindro de hule.

—Martín dice que guardas algo que no figura en los archivos municipales —dijo Clara.

Santiago asintió. Retiró el hule negro y extrajo un pliego de papel amarillento, cuarteado y reforzado con cinta de carrocero oscurecida por el tiempo. Lo extendió sobre la mesa. Martín proyectó la luz sobre el papel, lo que reveló un plano topográfico de la loma norte, con curvas de nivel trazadas a tiralíneas y anotaciones en tinta roja y negra.

—Es de Ortiz —dijo Santiago, mientras acariciaba el borde del papel—. El cabo. No se conformó con lo que la Jefatura quería firmar. Sabía que Nemesio Silva apenas podía sostener la gubia tras el derrame. Aquella noche, antes de que lo metieran en el coche de

traslado a León, vino a mi casa. Estaba asustado. Me dijo que el asesino seguía arriba, que conocía las entrañas del monte mejor que cualquier ingeniero de minas.

Clara se inclinó sobre el plano. Sus dedos enguantados recorrieron las líneas rojas que serpenteaban por la ladera, cruzando la alambrada de los Alvia.

—Estas marcas... —señaló una serie de aspas rojas numeradas que no coincidían con el catastro oficial—. No son senderos.

—Bocaminas de saca —explicó Santiago—. Pozos auxiliares que la empresa de los Alvia abrió a finales de los sesenta para extraer carbón sin declarar el tonelaje. Cuando la mina San José cerró, el ministerio selló las entradas que figuraban en los libros de industria. Pero estas se quedaron abiertas, ocultas bajo capas de pizarra y taludes de desmonte. Ortiz localizó tres antes de que lo apartaran. Dijo que alguien las usaba para moverse bajo el hayedo, cruzando de la zona comunal a las tierras privadas sin dejar huellas en el barro.

Martín se pasó la mano por el rostro mojado y soltó un juramento.

—Treinta años, Santiago —dijo el sargento—. Has tenido esto guardado treinta años mientras Silva moría en Herrera de la Mancha.

—¿Andas tú libre de culpa, Martín? —replicó el anciano, con una chispa de rabia en los ojos hundidos—. Ortiz era el cabo y acabó vigilando un garaje en León. Silva era un pobre diablo sin familia. Si yo hubiera hablado entonces, mi hijo no habría entrado en las madereras de la Casona y hoy estaríamos mendigando en la carretera general. En este valle, el que no aprende a callar acaba bajo la pizarra.

Clara intervino con un ademán firme. No había juicio en su rostro, solo la concentración de quien encaja una pieza forense.

—El pasado no va a salvar a Elena Alvia, Martín. Pero este mapa sí.

Extrajo del bolsillo el diario de campo de Elena, protegido en la bolsa estanca. Sin sacarlo del plástico, lo colocó junto al plano de Ortiz. Sus ojos se movieron de las coordenadas anotadas por la bióloga a las aspas rojas del papel amarillento.

El viento del norte azotó de nuevo el tejado de pizarra y desprendió un cascote que se estrelló contra las losas del exterior con un estallido seco. El agua se filtraba por las rendijas de los ventanales, pero ninguno pareció notar el frío. La inspectora Montes mantenía el dedo índice apoyado sobre el papel, justo en la intersección donde las anotaciones botánicas de la víctima coincidían con una de las bocaminas ocultas de los Alvia.

La yema de su dedo, entumecida por el aire helado que se colaba por las rendijas de la taberna, se desplazó por el papel amarillento hasta detenerse en el aspa roja que el cabo Ortiz había trazado en 1994. Abajo, la madera de la mesa parecía absorber el frío de la tormenta.

—En el Patrol tendremos luz constante —dijo Martín en voz baja, para no levantar eco en la oquedad de la taberna—. Y calefacción. Aquí la humedad nos va a calar el plano antes de que podamos ver nada.

Santiago asintió en silencio, comenzó a recoger el hule negro que protegía el cilindro y se despidió con un leve gesto de cabeza antes de hundirse en la penumbra exterior que batía el porche, arrastrando los pies bajo la lluvia como si el mapa le hubiera robado las últimas fuerzas.

Clara se enderezó, conteniendo un quejido cuando la rótula derecha le dio un latigazo bajo el pantalón técnico. Apretó el maletín de campo contra su costado y siguió a Martín hacia la salida.

Al abrir la puerta, el aguanieve les dio de frente, empañando las gafas de Martín y obligando a Clara a entornar los ojos. Subieron al Nissan Patrol. El habitáculo olía a gasoil, a lana mojada y al plástico caliente de la calefacción, que el sargento encendió al máximo en cuanto el motor diésel arrancó con un traqueteo sordo.

Clara no esperó a que se desempañaran los cristales. Encendió la luz de cortesía del techo, una bombilla mortecina que apenas disipaba las sombras de la cabina, y desplegó el plano de Ortiz sobre el salpicadero, sujetándolo con el borde del volante. Al lado, extrajo la hoja de plástico transparente donde había transcrito las anotaciones químicas del diario de Elena.

—Sujeta esto —pidió Clara, pasándole el mapa geológico de 1976 para que sirviera de soporte.

Clara superpuso la transparencia sobre el plano de Ortiz, absorbiendo la vibración que el motor transmitía al salpicadero. Alineó el trazado del río Aranzo y la línea de alta tensión que cruzaba el valle de este a oeste. Sus ojos recorrieron la retícula.

La coincidencia no fue aproximada; fue matemática.

Las tres zonas donde Elena Alvia había registrado los picos más altos de nitrógeno orgánico y la presencia de ortigas gigantes coincidían, milímetro a milímetro, con las tres aspas rojas que Ortiz había dibujado fuera del catastro oficial. Aquellas marcas representaban las bocaminas de saca auxiliares, los pozos ciegos que la empresa de los Alvia había ocultado para eludir el control de tonelaje de la mina San José.

—No las enterraba en el bosque —murmuró Clara. Su voz sonó plana, casi ahogada por el ventilador de la calefacción—. Las enterraba junto a los accesos subterráneos.

Martín se inclinó sobre el salpicadero, con los ojos fijos en la transparencia.

—Las paulinas... —dijo el sargento, señalando el sector L-14 —. El suelo allí es blando, greda de decantación. Pero si miras el plano de sección de las galerías, esos pozos bajan en vertical hasta el nivel principal de la mina.

—Exacto. El asesino no necesitaba cargar con un cuerpo durante kilómetros bajo la lluvia, exponiéndose a que algún guarda forestal lo viera desde las pistas altas. Se movía por abajo. Entraba en las galerías desde la propiedad privada de los Alvia, recorría el subsuelo seco y salía por estas chimeneas de ventilación justo en el

límite comunal. Depositaba el cuerpo en las fosas excavadas en la arcilla blanda y volvía a desaparecer bajo tierra sin dejar una sola pisada en el barro exterior.

Clara apretó los dedos contra el borde del salpicadero. La reconstrucción encajaba con la precisión de un engranaje forense. La mina San José no era una explotación clausurada; era el pasadizo privado del captor, un laberinto de pizarra que corría bajo los pies de todo el pueblo de Aranzo.

—Por eso el coche de Elena tenía greda ferruginosa en los pedales —continuó Clara, señalando el mapa—. Alguien la interceptó en la loma norte, movió su vehículo para simular el accidente y luego la introdujo en el subsuelo por una de estas bocas. Está allí abajo, Martín. En algún punto de esta red de túneles.

Martín soltó un juramento y golpeó el volante con la palma de la mano.

—Si está ahí abajo, la tormenta la está ahogando. Esas galerías se inundan cada vez que el Aranzo sube de nivel. Las bombas de achique se retiraron en el noventa y seis.

Clara no respondió. Abrió el maletín de campo y extrajo las dos cajas de muestras de plástico transparente. En una reposaba la talla de boj recuperada en la fosa de Marta Beltrán, carcomida por treinta años de humedad anaeróbica; en la otra, la figura reciente hallada bajo el saliente rocoso de la loma norte.

Colocó ambas piezas bajo la luz del techo del Patrol.

—Hay algo que no encaja en la madera, Martín —dijo Clara, inclinándose para observar el grano de la figura más reciente.

—¿El corte? Braulio dijo que era a contraveta.

—No, no es el corte. Es la densidad. Y el color.

Clara extrajo la figura nueva con las pinzas de plástico. El boj recién cortado es una madera pesada, de color amarillo pálido, casi marfileño. Sin embargo, la base de esta pieza mostraba un tono ceniciento que se infiltraba en las fibras más profundas, como si hubiera sufrido una exposición química prolongada.

Se acercó la figura a la nariz. El habitáculo estaba saturado de gasoil, pero al expirar suavemente sobre la madera para templarla, percibió un rastro volátil. Un olor amargo, fenólico, similar al alquitrán de hulla.

—Esto no es boj silvestre del hayedo —dijo Clara, fija en la veta—. El boj del bosque no huele así, ni de lejos. Esta madera fue tratada para resistir la putrefacción en un ambiente saturado de agua.

Martín la miró mientras el limpiaparabrisas barría con un chirrido rítmico el aguanieve acumulado en el cristal.

—¿Braulio sabrá distinguirlo? —preguntó el sargento.

—Lleva cincuenta años trabajando la madera de este valle. Conoce la procedencia de cada tronco por el olor de la viruta al entrar la gubia. Si el asesino usa madera recuperada o tratada, él lo sabrá. Y eso nos dirá exactamente de dónde procede la materia prima de las tallas.

Clara guardó la figura con un chasquido del cierre de plástico y cerró el maletín. Con un lápiz de carpintero, trazó una línea gruesa sobre el mapa de Ortiz, uniendo la taberna de la encrucijada con la cabaña de Braulio en la loma alta.

La ruta no seguía la pista forestal principal, impracticable ahora por el fango y los desprendimientos de pizarra, sino un sendero de herradura que ascendía por el flanco oeste de la Hoya de la Vieja, esquivando los lindes de la Casona de los Alvia.

—Tenemos que subir al taller del tallador —dijo Clara, ajustándose el cinturón de seguridad—. Ahora mismo.

Martín metió la primera marcha. El Patrol dio un tirón y se hundió en el barro de la pista lateral. Los faros apenas perforaban la cortina de agua sobre el hayedo de Aranzo. Su rodilla derecha latió con una punzada sorda en el primer bache, pero Clara mantuvo la vista fija en la línea de lápiz que se internaba en el monte. El tiempo de Elena Alvia se medía ya en el agua que subía por las galerías, y la verdad estaba escrita en la madera.

Capítulo 14

La veta tratada

El Nissan Patrol avanzaba a ciegas por la pista forestal, con los faros apagados. Martín conducía con la ventanilla bajada tres dedos, guiándose por el susurro del viento en las copas de las hayas y la silueta del barranco recortada contra el cielo de tormenta. El aguanieve golpeaba el parabrisas con un repiqueteo seco; el sargento mantenía los limpiaparabrisas apagados para evitar el chirrido de las escobillas sobre el cristal.

Clara sujetaba el asa del salpicadero. Su rodilla derecha, rígida por la inflamación, protestaba con un pinchazo agudo cada vez que una rueda se hundía en las roderas de arcilla. Apretó los dientes, con la vista fija en la penumbra. La brújula digital cabeceaba sin rumbo, perturbada por las vetas de hierro de la loma alta. Sin luces ni GPS, el ascenso dependía de la memoria de Martín y de la tracción del viejo motor diésel.

El todoterreno se detuvo con un balanceo en el rellano calizo. La cabaña de Braulio emergía de la niebla como una sombra informe. No había luz en las ventanas, solo el brillo del agua al resbalar por las planchas de zinc del tejado.

Clara abrió la portezuela. El aire helado la golpeó en el rostro, aliviando la migraña. Apoyó el pie izquierdo en el barro y bajó la pierna derecha con lentitud para evitar el espasmo en la rótula. Cogió el maletín de campo y caminó hacia la puerta del taller, protegiendo el cierre metálico bajo la solapa del chubasquero. Martín la siguió a un paso, con la mano apoyada en el cinturón de servicio.

Clara golpeó la madera de roble tres veces. El sonido se perdió en el rugido del viento. Ante el silencio, Martín dio un paso al frente y aporreó la hoja con el talón de la mano.

—¡Braulio! Abre. Guardia Civil.

Un pestillo de hierro crujió. La puerta se abrió apenas una cuarta, revelando la silueta enjuta del artesano. Braulio vestía el abrigo de lana impregnado de resina; en la mano derecha sostenía una gubia de desbaste cuyo filo de acero reflejaba la luz plomiza. Sus ojos hundidos se movieron de la inspectora al sargento, fijos, cansados.

—Os dije que no volvierais —masculló—. No tengo más madera que mostraros ni más que decir sobre esas figuritas. El bosque está cerrado. Deberíais estar abajo, con los vuestros.

—No hay un abajo al que volver, Braulio —Clara dio un paso hacia el umbral—. La tormenta está inundando las galerías inferiores y Elena Alvia sigue allí. Necesitamos tu taller y tu experiencia.

Braulio hizo amago de cerrar, pero Martín interpuso la bota entre la hoja de madera y el marco.

—No venimos a interrogarte, viejo. Venimos a que hagas tu trabajo. El de verdad.

El artesano miró la bota de Martín, el rostro tenso de Clara y el maletín de aluminio. Cedió con un resoplido, retiró el pasador y se hizo a un lado.

El taller estaba a oscuras, frío y saturado de un olor denso a madera cortada, aceite de linaza y viruta húmeda. El agua golpeaba el tejado de zinc con un estrépito constante que hacía tintinear las gubias colgadas de los tableros.

Braulio no encendió la luz eléctrica. Caminó hacia el banco de trabajo, apartó de un manotazo un cuenco a medio tallar y prendió una lámpara de queroseno. La llama anaranjada perfiló las herramientas de corte y los tarros de barniz.

Clara apoyó el maletín sobre la madera carcomida, soltó los cierres con dos chasquidos secos y extrajo las cajas de plástico transparente. Las colocó una al lado de la otra bajo la lámpara.

En la primera reposaba la figura de boj recuperada en la fosa del punto L-14, ennegrecida por los hongos del suelo anaeróbico, con el grano cuarteado por treinta años de humedad subterránea.

En la segunda, la pieza reciente de la loma norte, limpia, de bordes afilados y con un tono ceniciento en las incisiones más profundas.

Braulio dio un paso atrás al ver la primera figura. Sus manos nudosas se cerraron en puños dentro de los bolsillos del abrigo.

—¿De dónde habéis sacado eso? —carraspeó para ocultar el temblor de la voz.

—De la loma norte. A un metro de profundidad, junto a los restos de Marta Beltrán —Clara sostuvo la mirada del artesano—. Quien talló esta pieza hace treinta años es el mismo que dejó la otra ayer en el bosque. La misma gubia, la misma mano. Necesito que actúes como perito independiente, Braulio. Elena Alvia está con él y el agua sube.

Braulio miró la figura degradada, con la vista fija en las vetas oscurecidas por el tiempo.

—Quieren que sea su perito —murmuró el viejo con una mueca rígida—. No soy un policía de ciudad, inspectora. Solo corto madera.

—Nadie en este valle conoce la madera como tú, Braulio —Clara se inclinó sobre el banco—. Necesito saber de dónde procede la pieza de la loma norte. No es boj común. No huele a boj y su densidad no coincide con la madera fresca de tu cobertizo. Necesito que analices ambas piezas bajo la lupa. Ahora.

Braulio guardó silencio, atento al rugido del viento contra las planchas de zinc. Se quitó el abrigo de lana despacio y lo colgó de un clavo. Tras acercarse al banco, abrió un cajón y extrajo una pesada lupa de aumentos con montura de latón y flexo articulado de hierro fundido. La fijó al borde de la mesa y arrastró la lámpara de queroseno hasta que la llama quedó bajo la lente.

—Trae las pinzas —ordenó, sin mirar a Clara.

Clara abrió el compartimento superior del maletín, extrajo unas pinzas de disección de acero inoxidable y se las entregó.

Braulio cogió la figura reciente. La sostuvo bajo la lupa, girándola despacio bajo la luz anaranjada. El metal de las pinzas

reflejaba los destellos de la lámpara mientras el viejo ajustaba la distancia focal con la mano izquierda, apoyando el antebrazo en la mesa para estabilizar el temblor de los dedos.

—El corte de la gubia es limpio —murmuró—. El acero entró con un ángulo de veinte grados, rompiendo la fibra a contraveta sin astillar los bordes. Quien hizo esto sabía que la madera no iba a ceder. Pero mirad aquí...

Ajustó el flexo de la lupa, acercando la lente a la base de la figura.

—El boj natural, cuando se corta en verde, tiene un color amarillo marfil, casi blanco en el duramen —señaló con la punta de un punzón las estrías de la base—. Pero esta pieza tiene un tono grisáceo, ceniciento, que penetra hacia el centro de la veta. No es suciedad superficial. Es algo que la madera ha absorbido desde dentro.

Dejó la figura reciente sobre un trozo de fieltro verde y, con extremo cuidado, extrajo la pieza degradada de 1994 de su caja. Al contacto con el aire del taller, un olor rancio a lodo estancado y hongos se desprendió de la madera carcomida.

Braulio la colocó bajo la lupa. Sus ojos recorrieron las tres marcas paralelas del cuello, idénticas a las que Clara había analizado en el microscopio de comparación de la comandancia.

—Esta madera ha estado en un entorno sin aire, saturada de agua ferruginosa —explicó el artesano, rozando la superficie con la yema del dedo—. Pero el núcleo sigue rígido. No se ha deshecho como lo habría hecho el boj silvestre tras treinta años en la arcilla húmeda.

El viejo se enderezó, se pasó la mano por la barba descuidada y miró a Clara.

—No es solo que las tallas compartan la misma gubia, inspectora. Es que la madera de ambas piezas comparte el mismo origen. Y no viene del hayedo.

Braulio cogió un formón de hoja estrecha del estante, lo asentó sobre la mesa y miró a Clara. Ella asintió.

El artesano sujetó la figura reciente con un sargento de madera y, con pulso firme, realizó una incisión milimétrica en la base para extraer una viruta delgada como un cabello. Repitió la operación en una zona no expuesta de la figura de 1994.

Acercó ambas virutas a la llama de la lámpara de queroseno con las pinzas metálicas. Las fibras chisporrotearon y desprendieron un humo denso, de un tono azulado, que ascendió hacia las vigas.

El olor amargo, fenólico, a alquitrán de hulla inundó el espacio, imponiéndose sobre el aroma a serrín y resina del taller.

—Huele esto, inspectora —Braulio apartó las pinzas de la llama—. Y dime si el bosque de Aranzo huele así en alguna de sus lomas.

Braulio sostuvo las pinzas de metal a la altura del rostro de la inspectora, firme a pesar del temblor sordo que la artrosis le devolvía desde la muñeca. El humo azulado, denso como un hilo de grasa, trepó entre ambos y empañó el cristal de la lámpara de queroseno antes de disiparse en la penumbra del taller.

Clara se inclinó hacia delante. Sus ojos, fijos en la brasa minúscula que agonizaba en el extremo de la viruta, se entornaron bajo el influjo del olor. No se apartó; inspiró despacio y buscó en su memoria forense la etiqueta precisa para la agresión química que le raspaba la garganta.

—No es resina —dijo ella, con una voz que el aire frío del cobertizo volvía más seca—. Tampoco tanino de corteza húmeda.

—Es veneno, inspectora. —Braulio sopló sobre las pinzas. La astilla se apagó con un último destello rojizo y dejó un residuo negro y pegajoso sobre el acero—. Creosota de hulla destilada. Un aceite pesado que los ingenieros traían en bidones de hierro desde las factorías de la costa. Huele a brea, a asfalto caliente bajo el sol, pero esto es más denso. Se mete en la piel y no sale en semanas.

Martín dio un paso hacia el banco de trabajo; las virutas de pino crujieron bajo sus botas embarradas. Observó la figura cenicienta y luego el rostro arrugado del artesano.

—La creosota se prohibió en los noventa, Braulio —dijo el sargento, mientras se ajustaba el cuello del chubasquero mojado—. Las normas de la cuenca minera obligaron a retirar los depósitos por riesgo de filtración a los acuíferos. Ya nadie trata la madera con eso.

—Nadie que trabaje a la luz del día —Braulio dejó las pinzas sobre el tablero de roble y se frotó las manos nudosas cerca de la lámpara—. Pero las entrañas de la loma norte están llenas de ese lodo negro. Las minas de San José eran un colador de agua ácida. El azufre y la humedad se comían los puntales de pino en tres inviernos. Por eso, todo lo que bajaba a las galerías de arrastre pasaba por el autoclave. Se inyectaba el aceite a presión, caliente, hasta saturar el duramen de la madera. Hasta que el corazón del tronco quedaba ciego de química.

El artesano acercó la lupa de latón a la base de la figura reciente, la que Clara había rescatado de la loma alta. Con la punta del punzón, presionó una de las hendiduras grises.

—Mirad el corte —Braulio no levantó la vista—. El boj es una madera de fibra cerrada, tan apretada que carece de poros. Para que la creosota penetre así, hasta teñir el centro de la pieza con este tono de pizarra, ha tenido que pasar treinta o cuarenta años bajo una presión enorme. No la de una máquina, sino la de la montaña. Esta madera estuvo enterrada en el agua estancada de los niveles inferiores, absorbiendo el aceite que goteaba de los viejos entibados.

Clara apoyó las manos en el borde del banco; un latigazo de dolor le recorrió la rodilla derecha, pero no se movió.

—¿Me está diciendo que el asesino no cortó esta madera en el bosque?

—Te estoy diciendo que esta madera ya estaba tratada antes de que él le metiera la gubia —Braulio la miró de frente, con los ojos hundidos bajo la gorra de lana—. O que, al menos, la arrancó de donde nadie se atrevería a entrar. Los Alvia no gastaban un duro en

los setenta. Cuando abrieron las galerías de saca de la tercera planta, no compraron vigas de roble para los refuerzos; talaron los rodales de boj viejo de la solana, troncos gruesos como muslos de buey, y los mandaron al autoclave de la Casona antes de bajarlos al pozo. Eran puntales eternos. No se pudrían, no cedían bajo la pizarra.

El sargento Olmedo se pasó la mano por las patillas mojadas y se dejó un rastro de ceniza en la mejilla.

—Las vigas de soporte de la tercera planta... —murmuró Martín, con una voz que parecía emerger de la misma profundidad que describía el artesano—. Eso está por debajo del nivel freático de la Hoya. Toda esa zona se inundó cuando pararon las bombas de achique en el noventa y seis.

—No toda —replicó Braulio, señalando con el punzón el plano de Ortiz que asomaba por la solapa del maletín de Clara—. Las galerías de saca superiores, las que corren justo por debajo de la linde de la Casona, quedaron secas. El agua de escorrentía pasa de largo por los canales de drenaje y cae hacia el pozo principal, pero los túneles auxiliares siguen allí. Son kilómetros de galerías apuntaladas con ese boj negro. Quienquiera que haya hecho esto no necesita buscar árboles en el hayedo bajo la tormenta. Le basta con bajar, serrar un trozo de un puntal viejo y sentarse a tallar a la luz de una linterna.

Clara se enderezó despacio. La rigidez de su pierna la obligó a buscar el apoyo del poste del taller, pero su rostro permaneció impasible. La greda ferruginosa en los pedales del coche de Elena, el olor a alquitrán registrado en su diario, la inoperatividad de los GPS por el mineral de hierro del subsuelo; las piezas dispersas se alineaban bajo una luz nueva.

—Por eso las figuras están secas cuando las encontramos en el bosque —dijo Clara, con un hilo de voz que apenas superaba el ruido del aguanieve contra el zinc—. No es que las proteja de la lluvia tras colocarlas. La creosota repele el agua del suelo. Aunque la

fosa se inunde, la madera no se hincha. El aceite la mantiene intacta.

—Como si estuviera embalsamada —añadió Braulio, dejando caer el punzón sobre la mesa con un chasquido metálico—. Es el mismo truco que usaban los antiguos para los barcos. Solo que este tipo lo usa para sus santos sin cara.

Martín miró la figura degradada de Marta Beltrán, la pieza de 1994 que mostraba el mismo tono ceniciento bajo la costra de hongos secos.

—Nemesio Silva nunca bajó a la tercera planta de la mina —dijo el sargento, con la mirada fija en el suelo y las manos hundidas en los bolsillos—. Cuando se produjo el derrumbe del noventa y tres, él ya estaba tullido. No podía sostener una sierra de arco para cortar un puntal de boj, y mucho menos arrastrarlo fuera de las galerías.

—Silva no sabía distinguir la creosota del aceite de linaza, Martín —Braulio guardó la lupa en el cajón y cerró la tapa con un golpe seco—. Eso lo sabíais todos en el pueblo, pero era más fácil mirar hacia la Casona y callar.

El aroma fenólico flotaba en el aire del taller. Clara extrajo la figura reciente de la pinza, la depositó con cuidado en su cubeta de plástico y aseguró el cierre de presión. El chasquido del hermético resonó en la penumbra del cobertizo.

—El asesino no se esconde en el hayedo, Martín —Clara miró al sargento e ignoró al artesano, que ya se retiraba hacia la sombra de la estufa de leña—. Está bajo nuestros pies. En el único sitio donde la policía de Jefatura no puede entrar con un coche patrulla.

Se colgó la correa del maletín al hombro y caminó hacia la salida, conteniendo la cojera. Al abrir la puerta de roble, el viento del norte entró con violencia y arrastró jirones de niebla que se disolvieron en el calor del taller. Fuera, la tormenta seguía devorando la loma norte; el bosque se extendía ante ellos, ocultando la red de pizarra y agua que empezaba a crujir bajo la presión de la inundación.

Clara cruzó el umbral del taller y el aguanieve la golpeó de frente, helándole la piel del cuello donde el chubasquero no terminaba de ajustar. Bajó los tres peldaños de madera con lentitud; la rodilla derecha, entumecida por la humedad del patio, le dio un latigazo que la obligó a detenerse antes de apoyar el peso en el barro. A su espalda, Martín cerró la puerta de roble de un empujón y la siguió en silencio, con la cabeza hundida entre los hombros y los dedos aferrados a la linterna apagada.

Subieron al Patrol en silencio. El habitáculo conservaba el vaho templado de la calefacción, pero el olor a gasoil y a lana mojada era espeso, mezclado con el rastro fenólico de la viruta quemada que Clara aún llevaba en las yemas de los dedos.

Clara no se quitó los guantes técnicos. Abrió el maletín de aluminio sobre sus rodillas, extrajo la cubeta con la figura reciente y la colocó bajo la luz mortecina del techo. Bajo la bombilla, la base grisácea del boj no mostraba tierra del bosque, sino la pátina química de un letargo de décadas en el subsuelo.

—No es solo la materia prima, Martín —dijo Clara, con la vista fija en la veta cenicienta de la talla—. Es el entorno. El captor no corta la madera en el hayedo para luego esconderla. Talla allí abajo. Ese boj tratado con creosota procede de los puntales de soporte que los Alvia bajaron a la tercera planta antes del cierre.

Martín arrancó el motor. El traqueteo del diésel hizo vibrar el salpicadero y la aguja del combustible cabeceó antes de estabilizarse. El sargento metió primera, pero mantuvo el pie en el embrague mientras observaba el parabrisas, donde el aguanieve se acumulaba en los bordes.

—La tercera planta está por debajo del nivel del río, Clara —contestó Martín con voz ronca de fatiga—. Cuando pararon las bombas de achique en el noventa y seis, esa sección se convirtió en un pozo negro. Si hay madera allí abajo, está bajo diez metros de agua ácida. Nadie puede bajar a serrar un puntal.

—Braulio dijo que las galerías de saca superiores, las que corren bajo la linde de la Casona, quedaron secas —replicó ella,

extendiendo la transparencia sobre el plano—. El agua de lluvia pasa de largo por los canales de drenaje del monte hacia el pozo principal, pero los túneles auxiliares siguen despejados. Son kilómetros de galerías apuntaladas con ese boj negro. El captor se mueve por el único lugar donde nadie buscaría: la red que corre bajo el hayedo.

Martín soltó el embrague despacio. El todoterreno avanzó por la pista de herradura, balanceándose sobre las piedras sueltas que el agua de la tormenta arrastraba ladera abajo.

—Y Elena lo descubrió —murmuró el sargento, con los ojos en la rodera gris frente a los faros—. Su diario, las mediciones de nitrógeno... No hacía un estudio botánico sobre la flora del hayedo. Buscaba las alteraciones químicas que la descomposición de los cuerpos dejó en la tierra, alrededor de las chimeneas de ventilación.

—Y cuando se acercó demasiado a uno de los accesos, él la interceptó —concluyó Clara. Su mano derecha se cerró sobre el reloj de bolsillo de su mentor, apretando el metal contra el muslo—. No la ha llevado al bosque alto porque sabe que la batida terminaría por encontrarla. La tiene abajo, Martín. En la red de galerías secas. En su propio territorio.

Un trueno sordo, amortiguado por la niebla, hizo vibrar las chapas del Patrol. Clara miró por la ventanilla. En la ladera norte, una masa negra y desdibujada, el agua corría ya en láminas brillantes, inundando las cunetas y arrastrando ramas muertas hacia la vaguada.

La física del terreno no perdonaba. Lo había aprendido en el Paderna, midiendo el avance de la nieve milímetro a milímetro mientras el tiempo de supervivencia de un hombre se desvanecía en las tablas de probabilidad. Aquí el enemigo no era el frío seco de la altitud, sino el volumen de agua que la peor tormenta de la década descargaba sobre la montaña.

—Cien litros por metro cuadrado, Martín —dijo Clara, con la rigidez de un informe pericial—. La escorrentía de la Hoya de la Vieja no se queda en la superficie. El suelo de arcilla está saturado y el

agua busca las fisuras de la caliza. Todo ese caudal drena ahora mismo hacia los pozos de ventilación de la mina San José.

Martín detuvo el vehículo en la bifurcación que descendía hacia el pueblo. El limpiaparabrisas barrió el aguanieve con un chirrido seco, revelando la cortina gris que ocultaba el fondo del valle.

—Si las galerías principales se colmatan, el agua subirá por los pozos de drenaje —dijo el sargento, con una urgencia que borró la habitual desconfianza de su rostro—. Las cámaras de saca superiores son lo último en inundarse, pero si el río Aranzo se desborda, la presión hidráulica reventará los tapones de hormigón del noventa y seis. Esas galerías se convertirán en una chimenea de presión. No quedará una sola cámara con aire en cuestión de horas.

—El captor conoce esa estructura —añadió Clara, inclinándose sobre el mapa—. Sabe qué sectores resisten la presión y cuáles se anegan primero. No es un aficionado que ha encontrado una cueva; es alguien que comprende la ingeniería de la mina, la ventilación de los pozos y el curso de la corriente subterránea. Un minero. O alguien que trabajó en el mantenimiento de esos entibados antes de que clausuraran la explotación.

—Todos los hombres de Aranzo de más de cincuenta años han trabajado en la San José en algún momento, Clara. Mi padre, el de Santos, los guardas de Alvia...

—Pero no todos sabían tallar boj a contraveta con una gubia de cuatro milímetros, ni todos tenían acceso a los archivos de la empresa —Clara cerró el maletín con un doble chasquido metálico—. Necesitamos los planos de sección de la mina San José. Los de verdad. No el mapa catastral que Tomás Alvia modificó a su antojo, sino los planos de ingeniería de los años setenta, donde figuran las cotas de inundación, los diámetros de las chimeneas de saca y las conexiones con las propiedades privadas.

Martín tragó saliva. Sus manos nudosas apretaron el volante de cuero gastado.

—La empresa minera destruyó la mayor parte del archivo técnico al declararse en quiebra —dijo, mirando hacia la carretera inferior—. Pero en el sótano del antiguo retén municipal, detrás del calabozo viejo, hay tres archivadores metálicos con las copias de las concesiones para el control de tasas. Nadie ha bajado allí desde que el ayuntamiento unificó las oficinas en el noventa y ocho. Las llaves las tiene el secretario, pero hoy es sábado y el edificio está cerrado.

—No vamos a esperar al lunes para pedir un duplicado, Martín —Clara se ajustó la correa del maletín al hombro y miró al sargento —. La tormenta no va a respetar el horario de oficina de Aranzo, y el agua ya está entrando en las galerías. Si tenemos que reventar esos archivadores con una palanqueta, lo haremos esta noche.

Martín sostuvo la mirada de la inspectora un instante, bajo el golpeteo del granizo contra la chapa del capó. Luego, metió la marcha y enfiló la pista de descenso hacia el pueblo, acelerando hasta que el Patrol se hundió en la cortina de agua que ya cubría la carretera inferior.

Capítulo 15

El mapa de las sombras

El antiguo sindicato minero de Aranzo se alzaba en el límite sur del pueblo, una mole de ladrillo y vigas de hierro roblonado que la hiedra había devorado a medias. En los años setenta, allí se visaban los turnos de saca y se archivaban las concesiones de la mina San José. Ahora, bajo el aguanieve sesgada por el viento, no quedaba más que un esqueleto industrial de cristales rotos y planchas de zinc combadas por el peso de los inviernos.

Martín detuvo el Patrol a cincuenta metros de la entrada trasera. La claridad plomiza de la tormenta, rota por el destello de un relámpago, bastaba para recortar el porche de hormigón agrietado.

Clara abrió la portezuela. Al apoyar el pie, un pinchazo en la rodilla la obligó a aferrarse al marco de la cabina. Inspiró el aire gélido, saturado de tierra mojada y humo de leña, y forzó la articulación. Martín ya esperaba junto a la puerta de servicio con una palanqueta de acero bajo el brazo y la linterna de petaca en el cinturón.

—La última vez que el retén municipal usó este almacén fue para guardar sal de carretera —murmuró Martín, mientras esquivaba un charco donde flotaban agujas de pino—. El ayuntamiento perdió las llaves del sótano hace diez años. Si el plano de la San José sigue aquí, estará en el archivo de la tercera sección.

Clara se colocó detrás. Martín introdujo la palanqueta entre la jamba carcomida y el pestillo de hierro. Apoyó el hombro, hizo fuerza y la madera cedió con un chasquido seco que resonó en el callejón. La puerta se abrió hacia un pasillo oscuro, exhalando un aire denso, cargado de moho y papel descompuesto.

Clara encendió la linterna táctica. El haz blanco barrió las paredes de yeso desconchado, donde aún colgaban carteles de seguridad minera cubiertos de polvo. Sus botas crujieron sobre los cristales de una claraboya rota.

—Por aquí —señaló Martín hacia la escalera del sótano.

Descendieron despacio. Clara se apoyaba en el pasamanos de hierro para aliviar la rodilla. Abajo, el sótano se abría en una sala de techos bajos sostenida por pilares de fundición. Al fondo, contra el muro de mampostería, se alineaban tres archivadores metálicos de color verde oliva, descascarillados por el óxido.

Clara se acercó al primero. En la chapa de latón, oscurecida por el cardenillo, aún se leía: «Sección III. Concesiones y Planos. 1970-1985».

—Están cerrados —dijo Martín, mientras tanteaba la cerradura.

—Usa la palanqueta en el lateral, junto al pestillo —indicó Clara, mientras iluminaba el punto—. Si deformas la guía, el pasador saltará.

Martín encajó la herramienta en la ranura del cajón superior. La tela húmeda de su uniforme se tensó cuando empujó hacia abajo. El metal crujió con un chirrido agudo. Un segundo empuje y el mecanismo saltó con un golpe seco que rebotó en las paredes.

El cajón se abrió con un estrépito de guías oxidadas. Dentro, las carpetas de cartón marrón estaban apelmazadas por la humedad.

Clara se calzó los guantes de nitrilo y comenzó a pasar las pestañas de plástico.

—«San José. Sondeos loma este, 1974... San José. Inventario de maquinaria, 1976...» —su voz sonaba apagada bajo el rumor de la lluvia que golpeaba las rejillas de ventilación—. Necesitamos la loma norte. El sector que linda con la Hoya de la Vieja.

Un trueno hizo vibrar el suelo del sótano.

—Prueba con el segundo cajón, Martín —pidió ella, sin levantar la vista.

El sargento forzó el cierre inferior. Cedió con un chasquido, desprendiendo una lluvia de óxido rojo. El interior guardaba rollos de papel heliográfico en fundas de plástico, atados con gomas elásticas cuarteadas por el tiempo.

Clara extrajo el primer rollo. Al retirar el plástico, el olor a amoníaco inundó el espacio. Extendió el plano sobre el archivador, sujetando los extremos con la linterna y su maletín de campo.

—Este es de 1972 —dijo, mientras analizaba el trazado—. Demasiado alto. Aquí las chimeneas no conectan con la loma norte.

Buscó en el fondo del cajón hasta que sus dedos tropezaron con un tubo de cartón grueso, sellado con cera roja. En el lateral, una caligrafía técnica indicaba: «Mina San José. Planos de sección y galerías de saca auxiliares. Proyecto de drenaje de la casona. Octubre, 1978».

—Es este —murmuró.

Rompió el sello de cera con la navaja y extrajo el plano. El papel vegetal, de un tono azul de Prusia, crujió al abrirse. La escala era de 1:500.

Martín proyectó la luz sobre el papel. Clara deslizó los dedos por la red de líneas blancas que dibujaban la anatomía de la loma norte. El plano revelaba lo que el catastro de los Alvia omitía: la mina no era una simple sucesión de galerías horizontales, sino un sistema tridimensional que aprovechaba la pendiente del valle para evacuar el agua sin necesidad de bombeo.

—Mira aquí —Clara señaló la línea de puntos que cruzaba el límite de la Casona—. No son galerías de explotación. Son túneles de drenaje rápido. Corren por debajo del hayedo, a unos treinta metros de profundidad.

—Y estas chimeneas... —Martín se inclinó sobre el papel—. No figuran en el mapa del ayuntamiento.

—Porque son pozos de ventilación auxiliar. Se excavaron para dar salida al grisú durante la ampliación del setenta y ocho. —Clara siguió la línea vertical del Pozo Número 4—. Desemboca en la superficie, justo en el linde de las parcelas de Tomás Alvia. Y la galería de saca que corre por debajo está apuntalada con boj tratado.

La madera de boj impregnada de creosota que Braulio había identificado procedía de esa galería, diseñada para resistir el agua ácida. El captor no había necesitado excavar en el bosque; el subsuelo de Aranzo le ofrecía un laberinto ya construido, con accesos verticales ocultos por la vegetación.

Un relámpago iluminó las rendijas de las ventanas, seguido de un trueno que sacudió los pilares.

—El río está al límite, Clara —dijo Martín, con los ojos fijos en la cota de inundación—. Si el caudal supera el dique de la vieja central, el agua entrará por la galería de arrastre este. La corriente buscará las chimeneas más bajas para aliviar la presión.

Clara no desvió la vista del mapa. Sus dedos se detuvieron en la intersección del Pozo Número 4 con la galería inferior. Si el agua subía, ese sector se convertiría en una trampa hidráulica. Elena estaba allí abajo.

—Tenemos la ruta —dijo Clara, mientras doblaba el plano para guardarlo en el maletín—. El pozo de ventilación número 4 es el acceso más corto a la galería de la tercera planta. Olvídate de la entrada principal. Vamos al linde del hayedo.

Martín recogió la palanqueta y se dirigió a la escalera. Clara cerró el maletín con un doble chasquido y lo aseguró bajo el brazo. Al dar el primer paso, la rodilla protestó con una punzada que la obligó a apretar los dientes, pero no se detuvo.

La misma fragilidad física, el mismo avance lastrado por el dolor, se repetía treinta metros más abajo, en la absoluta negrura de la galería de saca, donde Elena Alvia intentaba asegurar el apoyo de su bota izquierda sobre una estrecha laja de pizarra. El agua helada le llegaba ya a las rodillas, una masa densa que empujaba contra

sus piernas con la fuerza de una corriente constante. Con cada centímetro que ganaba el caudal, el frío le mordía los muslos a través del pantalón técnico empapado, lo que le provocaba un estremecimiento físico que la hacía tambalearse sobre la piedra lisa.

Se aferró con ambas manos al puntal vertical que tenía delante. La madera de boj, saturada de creosota tras décadas de presión subterránea, se sentía grasienta bajo sus dedos entumecidos. El olor amargo del alquitrán de hulla, agudizado por la humedad estancada, le llenaba la garganta con cada bocanada de aire rancio. Aquel rastro de brea era la única constante física en mitad de la oscuridad.

Apretó la espalda contra la mampostería de pizarra del hastial. La repisa de piedra apenas tenía el ancho de sus palmas, un saliente tosco donde los antiguos mineros apoyaban las herramientas antes del abandono de la mina San José. El dolor en el occipital izquierdo, donde el impacto la había dejado inconsciente horas atrás, latía al ritmo de su propio pulso, una punzada caliente que le nublaba la vista al erguir el cuello. Deslizó la mano por el cabello apelmazado de sangre seca y arcilla; la herida seguía tirante, fría bajo el tacto del aire que corría por el techo de la galería.

El estrépito del agua era constante. Un rugido sordo ascendía desde los niveles inferiores, donde las galerías principales ya estaban colmatadas por el desbordamiento del río Aranzo. El agua de escorrentía, filtrada a través de las dolinas de la loma norte, caía en cascadas invisibles por los pozos de saca traseros y hacía vibrar la estructura de madera que la sostenía. Elena cerró los ojos; la diferencia entre mantenerlos abiertos o cerrados era inexistente en aquella negrura mineral. Su respiración se aceleraba y la obligaba a buscar apoyo en la rugosidad de la piedra para no perder el equilibrio.

Entonces, por encima del fragor del torrente, llegó un sonido distinto.

No era el crujido de la pizarra ni el borboteo de la corriente contra los escombros. Era un silbido agudo y limpio que cortaba la

pesadez del aire.

Elena contuvo el aliento. Apoyó la mejilla contra la viga húmeda, aguzando el oído. El silbido se repitió, ascendió de tono durante unos segundos y se estabilizó en un zumbido constante. No procedía del fondo de la galería, sino de lo alto, en una sección adyacente donde el techo parecía estrecharse.

Un chorro de aire gélido le golpeó la sien izquierda, acompañado de ese silbido que escapaba por una fisura entre la pizarra y el techo. Era aire comprimido por la inundación de las cámaras inferiores, que empujaba el oxígeno hacia arriba y lo forzaba a escapar por un pozo de ventilación o una chimenea de saca auxiliar que aún conectaba con la superficie. El conducto estaba cerca, oculto tras el derrumbe de mampostería que bloqueaba el fondo de la celda.

Intentó gritar, pero su voz no fue más que un susurro ronco, ahogado de inmediato por la humedad y el estrépito del agua. La garganta le ardió, reseca por el frío y la tensión.

La corriente seguía ganando altura con rapidez. El nivel ya superaba las rodillas por completo y el agua empezaba a lamer el borde inferior de su chaqueta. El fango ferruginoso ascendía por el pantalón, pesado, y arrastraba partículas de pizarra que golpeaban sus espinillas.

Buscó en el bolsillo de su chubasquero con los dedos rígidos. Sus articulaciones apenas respondían, entumecidas por el frío. Tras varios intentos, logró extraer la pesada linterna de aluminio que llevaba sujeta al ceñidor. Pulsó el interruptor trasero dos veces, pero el reflector permaneció apagado; el frío extremo del subsuelo había agotado la carga de las baterías de litio, dejándola con un cilindro de metal helado entre las manos.

No la tiró. La sopesó mientras sentía el frío del aluminio anodizado contra la palma de su mano húmeda.

Estiró el brazo hacia arriba para palpar la viga transversal de boj que corría justo sobre su cabeza, encajada a presión contra las lajas del techo. Los puntales de madera formaban una red

estructural interconectada que transmitía las tensiones de un extremo a otro de la explotación. La madera de boj, densa y saturada, era capaz de transmitir la vibración hacia arriba, a través de la red de entibados que conectaba la galería con el pozo de saca.

Elena inspiró hondo, estabilizó los pies en la repisa de pizarra y levantó el brazo derecho. El hombro le protestó con un pinchazo agudo, agarrotado por la postura forzada.

Sujetó la linterna por el cabezal y descargó el mango de metal contra la viga de boj.

—Tock.

El sonido fue sordo, casi absorbido por la capa de creosota superficial. Elena apretó los dientes. Golpeó de nuevo, esta vez aplicando todo el peso de su cuerpo en el impacto.

—Tock.

—Tock.

—Tock.

Tres golpes secos, espaciados por intervalos idénticos. Un compás mecánico, deliberado. El metal de la linterna deformó ligeramente la veta exterior del boj, liberando una ráfaga del olor fenólico que le impregnó el rostro.

Se detuvo para escuchar. El silbido del aire comprimido seguía sonando, ahora con un tono ligeramente más agudo, señal de que el nivel del agua de la inundación seguía reduciendo el espacio de la cámara de aire. El agua le rozaba ya el muslo derecho. La corriente la empujaba de lado, tratando de arrancarla de su apoyo en la piedra.

Elena apretó los párpados y volvió a levantar la linterna. Sus dedos apenas sentían el relieve del metal, pero se obligó a mantener el agarre. El equilibrio era precario; un resbalón la arrojaría a la corriente que corría veloz hacia las galerías de decantación inferiores.

Descargó el mango de la linterna tres veces más, con una cadencia más rápida, mientras la vibración del impacto le recorría el

antebrazo hasta el codo y despertaba el dolor de la herida de la nuca.

—Tock. Tock. Tock.

Apoyó la frente contra la madera húmeda, mientras jadeaba y sentía el frío del duramen contra su piel. El agua subía, implacable, pero ella continuó golpeando, marcando el compás de su propia supervivencia contra el corazón ceniciento del boj.

Tres impactos secos, espaciados por una regularidad monótona, se transformaron en el repiqueteo del aguanieve sobre el techo de chapa del Patrol en cuanto Clara parpadeó. El frío de la cabina la devolvió al salpicadero húmedo, donde la luz mortecina apenas perfilaba los contornos del papel. Tenía el plano azul de Prusia extendido ante ella, aplastando los bordes rizados con el cuerpo de su linterna táctica y la caja de plástico que resguardaba la figura de boj.

La rodilla derecha le latió con una punzada cuando intentó corregir la postura en el asiento del copiloto. Clara apretó los dientes mientras Martín regulaba la calefacción del todoterreno. El aire caliente, cargado de un olor a anticongelante y gasoil, empañaba el parabrisas a la misma velocidad con la que el sargento pasaba una bayeta por el cristal para mantener un mínimo de visibilidad hacia el exterior.

—Sujeta aquí —dijo Clara, señalando la esquina superior derecha del papel vegetal.

Martín apoyó el pulgar, agrietado por el frío de la loma, y mantuvo el papel tenso contra el salpicadero.

Clara extrajo de su carpeta la transparencia con las coordenadas químicas del diario de Elena y las anotaciones de Braulio sobre la procedencia del boj. Con parsimonia, superpuso la lámina plástica sobre el plano de sección de la mina de 1978. La escala era idéntica, trazada por los antiguos delineantes de la cuenca.

Los puntos de muestreo de Elena, marcados con pequeños círculos de tinta negra donde la concentración de nitrógeno

amoniacal rompía cualquier registro natural, se alinearon sobre el trazado azul de la galería de saca de la tercera planta. Justo al lado, el Pozo de Ventilación Número 4.

En el plano de ingeniería, el pozo figuraba como un círculo rayado en negro, una chimenea auxiliar de ladrillo y mampostería diseñada para evacuar el grisú y el agua de filtración. Su trayectoria ascendía en vertical, atravesando treinta metros de caliza y pizarra hasta la superficie.

Clara deslizó la yema del dedo por la transparencia, buscando la salida en el mapa catastral.

—El cobertizo —murmuró.

—¿Qué cobertizo? —Martín se inclinó bajo la bombilla de cortesía.

—El de piedra, detrás del invernadero de Elena. El que Tomás Alvia mantiene dentro del perímetro vallado de la Casona.

Martín soltó un silbido bajo que se perdió en el traqueteo del motor.

—Esa estructura lleva ahí desde antes de la reconversión de los setenta. Mi padre decía que los Alvia lo usaban para guardar la sal de las caballerizas y las herramientas de los guardas.

—No es un almacén de aperos, Martín. —Clara presionó el papel con el lápiz de carpintero y dejó una marca gris en el centro del círculo—. Es la bocamina del Pozo 4. El asesino no necesita cruzar la alambrada ni exponerse en el hayedo. Tiene el acceso dentro de la finca, bajo llave. Se mueve por el subsuelo y deposita los cuerpos a través de los pozos de ventilación.

El coche de Elena bloqueado en la loma, las botas manchadas de greda ferruginosa, el silencio de la familia Alvia. Todo apuntaba a la misma cerradura.

Un trueno sordo hizo vibrar los cristales. A través de la ventanilla, el río Aranzo bajaba convertido en una masa de lodo y ramas rotas contra los estribos del puente de piedra. El agua ya había devorado la linde de los sauces y lamía la base de la escollera.

—El río se está desbordando —dijo Martín, con la mano en la palanca de cambios—. Si supera la cota de la central vieja, entrará por la galería de arrastre este. Ese pozo será un desagüe a presión en menos de dos horas.

Clara miró la brújula digital del salpicadero. La pantalla parpadeaba con un error de calibración provocado por el mineral de hierro de la loma. Metió la mano en el bolsillo del chubasquero para tocar el relieve del reloj de su mentor. El tic-tac era imperceptible bajo el rugido exterior, pero el metal templado contra las yemas le asentó el pulso.

—No podemos esperar a que el juzgado resuelva la titularidad el lunes —dijo Clara—. Para entonces, la galería estará inundada. Elena no sobrevivirá a la hipotermia si el agua sigue subiendo.

—Si entramos sin orden, estamos fuera de la ley, inspectora. El subdelegado nos va a arrancar las placas antes de que amanezca si Tomás Alvia nos descubre.

Clara lo miró de frente, con los ojos teñidos por la luz anaranjada del cuadro de mandos.

—Yo ya estoy fuera, Martín. Tú todavía puedes dar la vuelta. Déjame en la linde del hayedo y regresa al retén. Di que te obligué.

Martín sostuvo la mirada. Sus dedos nudosos apretaron el volante de cuero gastado hasta que los nudillos se volvieron blancos.

—No he pasado treinta años tragando el barro de este pueblo para dejar que una inspectora de ciudad se ahogue sola en la San José. Olvídate de los refuerzos. No van a venir, y el río no dará tregua.

Engranó la primera marcha y soltó el embrague. El Patrol dio un sacudón y enfiló la pista ascendente, hundiéndose en la oscuridad del hayedo bajo el azote del temporal, directo hacia el límite de la propiedad de los Alvia.

Capítulo 16

La marca del capataz

El generador diésel en el patio trasero del ayuntamiento emitía un ronquido rítmico que hacía vibrar las tuberías de la calefacción apagada. La luz de los tubos fluorescentes de la oficina de coordinación parpadeaba, tiñendo las paredes de yeso de una claridad mortecina. Fuera, la tormenta azotaba el valle de Aranzo; el agua golpeaba los cristales como perdigones arrastrados por el viento.

Clara Montes mantenía la pierna derecha estirada para aliviar la rótula inflamada; el dolor sordo se agudizaba con el frío que se colaba por la rendija de la ventana. Sobre la mesa de pino, los expedientes de la mina San José, rescatados del sótano del sindicato antes del bloqueo de los Alvia, se extendían junto al plano de sección de 1978 y las transparencias de la loma norte. Las carpetas de cartón marrón exhalaban un olor denso a humedad, polvo de carbón y papel descompuesto.

—Buscamos un perfil muy específico, Martín —dijo Clara, mientras ajustaba el vendaje elástico sobre el pantalón de montaña —. Alguien que no solo conociera el laberinto subterráneo, sino que controlara la estructura de la tercera planta. Los barrenistas trabajaban en los frentes de avance de las rampas inferiores. El hombre que buscamos dominaba el soporte de las galerías.

Martín pasó las páginas de una de las carpetas con sus dedos gruesos, humedecidos por el vaho del café que compartían sobre la mesa.

—Aquí hay más de sesenta fichas de la sección de saca de los noventa. La mayoría eran muchachos del pueblo que apenas sabían manejar el pico antes de entrar en la galería. Cuando la mina cerró en el noventa y seis, la mitad se marchó a las cuencas de León o de Asturias.

Clara deslizó la yema del dedo por la lista de entibadores y descartó nombres bajo un criterio estrictamente físico. Un peón de rampa carecía de la precisión para realizar un corte a contraveta con un ángulo constante de veinte grados sobre madera de boj. Tampoco un electricista de superficie. El captor manejaba la gubia con la memoria muscular de quien ha pasado años moldeando la madera bajo la presión de la montaña.

—No es solo destreza con la madera, Martín —añadió Clara, mientras señalaba el trazado azul de Prusia del plano de drenaje—. Es el acceso a los autoclaves donde se trataban los puntales con creosota. El boj de las figuras procede de las vigas instaladas durante la reforma de ventilación del setenta y ocho. El culpable tenía que estar allí cuando se bajaron a la tercera planta, o ser el encargado de supervisar su conservación frente a las filtraciones ácidas.

Martín se detuvo en una carpeta de lomo reforzado con tela negra, con las esquinas comidas por el moho.

—Mantenimiento y entibado de la loma norte —murmuró el sargento al abrir el archivador—. Eran los encargados de asegurar que el techo de pizarra no se viniera abajo. Trabajaban con roble, pino y, en las zonas de mayor escorrentía, con ese boj tratado que traían de los talleres de la Casona.

Clara se inclinó hacia delante, ignorando el pinchazo en la rodilla. Sus ojos recorrieron las fichas de la subsección de carpintería minera. Siete nombres en total. Tres fallecidos en el accidente del pozo secundario en 1991. Dos emigrados tras el desmantelamiento de la maquinaria. Quedaban dos fichas activas en el registro de liquidación.

Una pertenecía a un carpintero de taller jubilado en el noventa y tres; su historial médico detallaba una artrosis severa en las manos, incompatible con la fuerza necesaria para tallar boj a contraveta.

La última ficha arrastraba un clip oxidado que había dejado una mancha naranja sobre el papel grueso.

—Julián Castro —leyó Clara en voz alta.

La fotografía en blanco y negro, grapada en la esquina superior derecha, mostraba a un hombre de unos treinta y cinco años en 1990. Tenía el pelo oscuro cortado al cepillo, pómulos marcados por el viento del norte y una mirada gélida que esquivaba la lente de la cámara.

—Castro —Martín frunció el ceño y usó el reflector de la linterna apagada como lupa improvisada—. Julián Castro. El capataz de mantenimiento de las galerías de la loma norte.

—Mira el historial de contratación, Martín —Clara señaló las firmas en la base de la ficha—. No entró por el canal del sindicato local. Hay una recomendación manuscrita de la dirección general, firmada por el padre de Tomás Alvia.

—Era su hombre de confianza en el subsuelo —añadió Martín, con la voz apagada por un trueno lejano—. Cuando los Alvia querían abrir una galería auxiliar sin registrar para evitar las tasas de saca, Castro organizaba el turno de noche con los hombres más leales. Conocía cada pozo de ventilación y cada zanja de drenaje mejor que los ingenieros que trazaron los planos de la San José.

Clara pasó la página del expediente. En el reverso de la hoja de servicios descubrió dos hojas de color rosa: amonestaciones disciplinarias internas que nunca llegaron a los tribunales de trabajo.

—«Octubre de 1992» —leyó Clara, con la precisión de quien analiza un informe de balística—. Sanción de empleo y sueldo por tres días. Motivo: uso no autorizado del taller de modelismo de la oficina técnica fuera de servicio. Se le incautaron gubias de acero rápido de importación y plantillas de escala ajenas al entibado de las galerías.

Su dedo descendió por el papel hasta la segunda amonestación, fechada en noviembre de 1994, el mismo mes en que Marta Beltrán desapareció del pueblo.

—«Noviembre de 1994. Amonestación grave por desobediencia y sustracción de material clasificado del almacén de autoclave. El operario fue localizado en la sección seca de la tercera

planta portando herramientas de corte de precisión y restos de boj tratado con creosota sin orden de trabajo asignada».

La habitación quedó en silencio, roto únicamente por el siseo del generador bajo la sobrecarga de la tormenta. Clara retiró la mano de la ficha. Sus dedos acariciaron el cristal del estuche donde reposaba la figura de boj reciente: las estrías longitudinales de cuatro milímetros, el ángulo de entrada de la herramienta, la pátina de creosota que impermeabilizaba la madera contra el agua ácida. Todo encajaba con una precisión geométrica que ningún protocolo de Jefatura podría rebatir.

—La herramienta con la que se talló esta figura y la que segó la tercera vértebra de Marta Beltrán pertenecía a las oficinas de precisión de la mina —dijo Clara, mientras fijaba la vista en el retrato de Castro—. Él tenía las llaves del taller, el material y la impunidad que le daba trabajar para la Casona.

Martín se pasó la mano por el rostro cansado, donde la barba de dos días mostraba hebras grises bajo el fluorescente.

—Si Castro era el capataz de mantenimiento, él mismo diseñó los cierres de hormigón de la tercera planta en el noventa y seis. Sabe qué tabiques son estructurales y cuáles se pueden sortear a través de las chimeneas de ventilación.

—Y por eso Elena no lo vio venir —concluyó Clara—. Ella buscaba anomalías químicas en la superficie, midiendo el nitrógeno que subía por las grietas de las paulinas. No sabía que el hombre que vigilaba sus pasos se movía bajo sus pies, utilizando las galerías de saca como pasadizos privados.

Clara cerró la carpeta de Julián Castro con un golpe seco que levantó una brizna de polvo de carbón. Un pinchazo agudo en la rodilla la obligó a contener el aliento cuando se incorporó, pero no se detuvo a presionar la articulación. Su mano buscó en el bolsillo del chubasquero el metal templado del reloj de su mentor. El tic-tac contra sus dedos medía el volumen de agua que en ese mismo instante descendía por las laderas de la loma norte hacia la red de galerías donde Elena seguía atrapada.

—Tenemos que encontrarlo, Martín —dijo Clara—. Necesitamos saber dónde se esconde.

—Castro no se mezcla con la gente del pueblo desde que cerró la San José —respondió el sargento mientras recogía los planos—. Pero hay alguien que conoce cada paso que dio antes de que el silencio cayera sobre el valle: Santiago. Si alguien sabe dónde terminó el capataz tras el juicio del noventa y cuatro, es él.

Clara asintió, guardó el expediente de Castro en el maletín de aluminio y se ajustó el cierre del chubasquero. Fuera, la tormenta seguía golpeando los cristales, pero el mapa sobre la mesa ya tenía un punto de partida definido.

Clara Montes apretó el maletín de aluminio contra el costado y empujó la puerta del retén; la ráfaga de aguanieve de la loma norte la golpeó de lleno en el rostro. La rodilla derecha protestó al bajar el escalón de piedra, pero sostuvo el peso sin detenerse y subió al Patrol antes de que Martín rodeara el capó.

Hicieron el trayecto en silencio. El todoterreno avanzó con dificultad por las calles empinadas de Aranzo, esquivando las escorrentías de barro que bajaban del hayedo. Cuando Martín detuvo el motor frente a la casa de Santiago, el silencio del habitáculo quedó a merced del azote rítmico del agua contra la chapa y el tintineo de los cristales de la planta baja.

Cruzaron el porche de piedra. Martín golpeó tres veces el portón; el pestillo de hierro vibró en el interior con un chasquido seco.

Santiago abrió despacio. Su silueta se recortó contra la luz de una vela en la cocina. Al verlos, dio un paso atrás, con los hombros hundidos y la mirada fija en el uniforme mojado de Martín.

Clara entró primero, arrastrando la bota derecha para aliviar la articulación. El aire olía a achicoria fría y a leña húmeda. Sin esperar invitación, avanzó hasta la mesa cubierta con un hule gastado y depositó el maletín. El doble chasquido de los cierres metálicos resonó en la estancia despojada.

Del compartimento superior extrajo la ficha de Julián Castro. Extendió el papel sobre el hule, bajo la oscilante luz de la vela.

—Santiago —dijo Clara—. Mire esto.

El anciano se acercó y apoyó una mano en el borde de la mesa. Se caló las gafas de alambre remendadas con hilo de pescar y clavó los ojos en la fotografía en blanco y negro.

Clara observó la rigidez que le tensó el cuello. Las pupilas del viejo se dilataron y los dedos se le encogieron contra el hule. El aire pareció faltarle; los labios se entreabrieron sin emitir sonido.

—Julián —susurró al fin, dejándose caer en la silla de anea, que crujió bajo su peso—. Julián Castro. El capataz.

Martín dio un paso al frente y apoyó las manos en el respaldo de la silla opuesta. Su sombra, agigantada por la vela, se proyectó sobre el techo de vigas.

—Dilo de una vez, Santiago —pidió el sargento, con la voz tensa—. El cabo Ortiz te hizo callar en el noventa y cuatro, pero Ortiz ya no está y la tormenta está colmatando las galerías inferiores. Elena está atrapada allí abajo. Si sabes dónde se ocultaba Castro, habla ahora.

Santiago hundió la cabeza entre los hombros y apretó las manos entre las rodillas.

—No era solo que se metiera en los túneles, Martín —dijo el anciano, con un silbido asmático en la garganta—. Julián era el dueño del subsuelo. Don Alejandro, el padre de Tomás Alvia, lo trajo de las minas del Bierzo porque necesitaba a un capataz que no hiciera preguntas. Un hombre capaz de abrir galerías auxiliares sin registrarlas en los planos oficiales. Si había que desviar un drenaje de agua ácida de noche, era Julián quien bajaba. Si había que apuntalar una sección prohibida bajo el linde de la Casona con madera de boj, Julián hacía el trabajo.

Clara se inclinó sobre la mesa, sosteniendo la mirada del viejo.

—¿Y las chicas, Santiago? ¿Qué relación tenía Castro con Marta Beltrán?

Santiago tragó saliva. Su mirada se perdió en la llama de la vela.

—Julián merodeaba por la linde del hayedo cuando las muchachas regresaban de la escuela —explicó, con la voz cada vez más baja—. No hablaba con nadie. Se sentaba en un tocón con la navaja y un trozo de boj entre los dedos, sacando virutas que caían al barro. A Marta le regaló una de esas figuras. Yo mismo la vi. Era una talla pequeña, pulida. Marta la llevaba en el bolsillo del abrigo y se la enseñaba a las otras niñas. Decía que el hombre del bosque se la había dado para que no se perdiera en la niebla.

—Una talla de cuatro milímetros —intervino Clara, recordando las microestrías analizadas en el laboratorio—. Hecha con una gubia de cañón.

—Sí —asintió el viejo—. Cuando Marta desapareció, fui al retén a ver al cabo Ortiz. Le hablé de las figuras, le dije que Julián pasaba las horas en las paulinas, donde la tierra estaba blanda por los trabajos de drenaje de los Alvia. Le rogué que registrara el taller de mantenimiento de la mina, donde Julián guardaba sus herramientas.

—¿Y qué hizo Ortiz? —preguntó Martín.

Santiago soltó una risa amarga que derivó en tos seca.

—Ortiz me recibió con la puerta cerrada. Tenía sobre la mesa una botella de coñac y un sobre que no procedía de la Comandancia. Me miró fijamente y me advirtió de que, si apreciaba mi puesto de guarda y la casa de mis hijos, me olvidara de Julián Castro. Me dijo que la mina San José pasaba por una situación delicada. Si un juez de la capital metía las narices en las galerías privadas de los Alvia para buscar a una cría, la empresa quebraría en tres días. «Medio pueblo vive de ese carbón, Santiago», me dijo. «¿Quieres ser tú quien deje sin pan a tus vecinos por una sospecha?».

Clara asintió despacio. Treinta años de impunidad sostenidos sobre la economía del valle.

—El encubrimiento vino desde la dirección —concluyó Clara—. Don Alejandro Alvia sacrificó la investigación para salvar la empresa.

—Y para salvar el apellido —añadió Santiago, alzando la vista hacia Clara—. Sacrificaron a Nemesio. El viejo carbonero era el culpable perfecto. Vivía aislado en la loma alta, apenas hablaba y tenía los pulmones deshechos por la silicosis. Cuando Julián dejó la última figura en el cobertizo de las caballerizas para indicar dónde estaba el cuerpo de Marta, los Alvia movieron sus hilos. Don Alejandro pagó las deudas del hermano de Nemesio en la taberna y prometió una pensión para su madre si no daban guerra. Nemesio estaba medio mudo por la embolia; no podía explicar que sus manos deformadas por la artrosis jamás habrían podido manejar una gubia para tallar boj a contraveta.

El anciano se llevó una mano al pecho y arrugó la franela de su camisa gastada.

—Todos en Aranzo sabíamos que Nemesio era inocente. Pero la mina seguía abierta, los jornales se pagaban los viernes y el miedo a los Alvia era más fuerte que la justicia. Callamos. Dejamos que se llevaran al carbonero para que muriera en Herrera de la Mancha mientras Julián Castro seguía paseando por el hayedo con la gubia en el bolsillo.

Martín se dio la vuelta y apoyó la frente contra el marco de la ventana. La lluvia siseaba contra el vidrio.

—¿Qué pasó con Castro tras el cierre del noventa y seis? —preguntó el sargento, sin girarse—. Su ficha de liquidación dice que abandonó el valle, pero no hay registros de contratación en ninguna otra cuenca.

Santiago miró la ventana empañada, donde la niebla se apretaba contra el cristal.

—Julián nunca se fue, Martín —dijo el anciano, reduciendo la voz a un susurro—. Los hombres como él no saben vivir donde no hay sombra. Los Alvia le dieron una paga de por vida para que guardara silencio y se quedara en el monte, vigilando que nadie se acercara a las chimeneas de ventilación de la loma norte. Sigue ahí

arriba. En la penumbra. Esperando a que el bosque devuelva lo que la tierra ha tardado treinta años en ocultar.

Clara Montes cerró la carpeta con un golpe seco. Guardó el expediente de Castro en el maletín de aluminio y aseguró los cierres con dos chasquidos precisos. Su rostro permaneció impasible; ya trazaba mentalmente la ruta.

Se ajustó la correa al hombro y miró a Martín, ignorando la punzada de la rodilla derecha al ponerse en pie.

—Ya tenemos el nombre, Martín —dijo Clara—. Ahora tenemos que averiguar exactamente dónde se esconde.

La correa de lona se tensó en el hombro de Clara al cruzar el umbral de la casa de Santiago. A su espalda, el anciano protegió la llama de la vela con la mano antes de cerrar. El aguanieve la recibió con la violencia de un impacto físico, colándose bajo el cuello del chubasquero mientras descendía los escalones de piedra mojada. Martín esperaba con la portezuela del Patrol abierta; el motor diésel traqueteaba al ralentí, exhalando un humo blanco que se disolvía de inmediato en la negrura del callejón.

Clara subió a la cabina apoyando el peso en la pierna izquierda para aliviar la rótula inflamada. El habitáculo conservaba el olor a gasoil y a lana húmeda de su anterior trayecto, un reducto tibio frente al aire cargado de ozono del exterior. Martín metió primera y el todoterreno avanzó a tumbos por la pista de salida de Aranzo, mientras esquivaba los hilos de agua que ya arrastraban piedras sueltas desde los taludes.

No recorrieron más de setecientos metros. El sargento desvió el Patrol hacia un arcén embarrado, bajo la masa negra de las primeras hayas, donde la inclinación de la ladera los protegía de las ráfagas directas del viento del norte. Apagó los faros. La oscuridad los envolvió de inmediato, rota solo por el destello de los relámpagos que recortaban las copas del bosque y arrancaban reflejos metálicos al capó cubierto de escarcha.

Clara contuvo una mueca al estirar la pierna derecha bajo el salpicadero. La rodilla rígida latía al compás de la vibración del

motor. Encendió la luz de cortesía del techo —un hilo amarillento que apenas disipaba la penumbra— y abrió el maletín de aluminio sobre sus rodillas. Extrajo el fajo de documentos del retén municipal que habían rescatado antes de la tormenta. Entre las carpetas de las concesiones mineras y los registros de personal de la San José, buscó el inventario de bienes de la cámara agraria y las copias de los padrones históricos de la década de los noventa.

—Si Castro no se marchó del valle tras el cierre del noventa y seis, tuvo que asentarse en algún lugar ajeno al censo actual —dijo Clara, mientras pasaba las hojas de papel timbrado con los dedos enguantados—. Los Alvia le pagaban para mantenerlo callado y cerca. Pero un hombre no sobrevive treinta años en este monte sin un techo firme y un punto de apoyo seco.

Martín se inclinó sobre el maletín, empañando el plástico de las fundas con su vaho denso. Sus ojos cansados siguieron el movimiento de los dedos de la inspectora.

—En el pueblo no vive, Clara. Aquí nos conocemos todos. Si Julián Castro bajara a por pan a la tienda de Santos, hasta los críos sabrían el color de sus botas. En los noventa ya era un tipo huraño, de los que prefieren la compañía de las alimañas a la de los vecinos.

Clara deslizó el dedo por el listado de propiedades municipales desafectadas. En 1997, un año después del cierre de la mina, el ayuntamiento realizó un inventario de las construcciones auxiliares en monte público. La mayoría eran apriscos, refugios de pastores y casetas de guardería forestal que habían quedado sin uso tras la retirada de las cuadrillas del ICONA. Se detuvo en una línea mecanografiada con tinta gastada, casi ilegible en el papel reblandecido por la humedad.

—Cabaña forestal número 3 —leyó Clara—. Ubicación: loma norte, linde este de la concesión San José. Estado: Ruina técnica por colapso parcial del tejado. Desafectada para uso público en agosto de 1997. ¿Dónde está exactamente esa cabaña, Martín?

El sargento acercó el mapa catastral a la bombilla del techo. Con la uña roma, trazó una línea ascendente que bordeaba la loma

norte, cruzando las curvas de nivel que se apretaban a medida que el terreno ganaba verticalidad hacia el desfiladero.

—Está justo al borde del Barranco de las Sombras —dijo Martín, con un tono más grave—. Es una zona de cortados de pizarra, muy inestable. Cuando el ayuntamiento la abandonó, retiraron las vigas utilizables y declararon el sector peligroso por desprendimientos. Nadie del pueblo sube allí. El sendero de herradura se lo tragó la maleza hace veinte años.

Clara extrajo la transparencia azul del plano de drenaje de la mina San José de 1978. Con los dedos entumecidos por el frío que se filtraba por las juntas de la portezuela, colocó la lámina plástica sobre el mapa catastral del ayuntamiento. Alineó las coordenadas de la Hoya de la Vieja y el trazado de la loma norte. El círculo rayado en negro que identificaba el Pozo de Ventilación Número 4 quedó exactamente debajo de la marca de la cabaña forestal en ruinas.

La coincidencia geométrica era absoluta.

—No es que la cabaña esté cerca del pozo, Martín —murmuró Clara, con las yemas frías sobre el papel vegetal—. La cabaña se construyó encima.

Martín guardó silencio. Su respiración se volvió pesada. El aguanieve golpeaba la chapa del Patrol al compás de los truenos lejanos.

—Tiene sentido —dijo al fin el sargento, señalando la sección vertical del plano de ingeniería minera—. El Pozo 4 se excavó para aliviar la presión de grisú de la galería de saca de la tercera planta. Para evitar que el ganado cayera por el tiro vertical, que tiene treinta metros de caída libre en roca viva, los Alvia levantaron una estructura de mampostería a modo de cobertizo protector. Cuando la administración forestal necesitó un retén en esa loma, simplemente aprovecharon las paredes de piedra y le pusieron un tejado de pizarra.

—La ruina fue declarada justo después del cierre de la mina —continuó Clara, mientras hilaba los datos—. Castro era el capataz de mantenimiento. Él mismo se encargó de sellar las entradas

principales con hormigón, pero dejó este acceso abierto. La cabaña en ruinas es su tapadera en la superficie. Vive allí, en mitad del abandono, porque nadie busca a un hombre en un edificio inhabitable y cercado por el peligro de derrumbe.

—Y desde esa cabaña tiene acceso directo al subsuelo —añadió Martín, con los ojos fijos en la intersección de los mapas—. Puede bajar a la tercera planta sin pisar el hayedo, sin que los guardas de la Casona lo vean desde el camino principal. Es su territorio privado. El lugar donde ha permanecido oculto durante tres décadas.

—Un territorio que corre por debajo de la propiedad de los Alvia —precisó Clara—. Por eso Elena no lo vio venir en la loma norte. Estaba midiendo el nitrógeno sobre las paulinas, justo donde las galerías de saca auxiliares pasan a pocos metros de la superficie. Castro la detectó desde abajo. Escuchó sus pisadas, o tal vez vio la luz de su linterna a través de alguna de las chimeneas de ventilación secundarias que conectan con el estrato de turbera.

Clara guardó los mapas en el maletín de aluminio con movimientos pausados. Cada pieza del rompecabezas físico estaba en su lugar: datos cruzados, cotas de nivel y xilología forense.

—Está allí abajo, Martín —dijo, mientras aseguraba los cierres metálicos con dos chasquidos secos—. Castro la tiene en la tercera planta, y el agua del río Aranzo está a punto de reventar los tapones de drenaje inferiores. Si no entramos por ese pozo ahora, la presión hidráulica no dejará aire en ninguna de las cámaras.

Martín miró hacia el parabrisas. Un relámpago iluminó la silueta del monte, revelando por un instante la cicatriz grisácea del Barranco de las Sombras, donde el agua de la tormenta descendía ya en cascadas de lodo hacia el fondo de la vaguada.

—El camino hacia el barranco está cortado para el Patrol —advirtió el sargento, mientras sacaba las llaves del contacto—. Tendremos que subir a pie la última loma. Y con este caudal, el paso sobre el río va a estar al límite de lo transitable.

Clara abrió la portezuela del copiloto. El aguanieve la golpeó de inmediato en el rostro, borrando el calor residual de la calefacción. Apoyó el pie derecho en el barro del arcén; la articulación de la rodilla protestó con una punzada aguda, pero mantuvo el equilibrio aferrándose al marco metálico de la ventanilla.

—Entonces no perdamos más tiempo, Martín —dijo Clara, mientras se ajustaba la linterna táctica al ceñidor—. Vamos a esa cabaña.

Capítulo 17

El barranco que ruge

El frío no entraba por la piel; se instalaba directamente en los huesos, como si el aire del hayedo tuviera la densidad del plomo húmedo. Clara dio un paso corto, apoyó el talón en la pizarra resbaladiza y arrastró la pierna derecha. La rodilla protestó con una punzada eléctrica, un latido caliente contra la escarcha que se le acumulaba en las pestañas. A su lado, la silueta de Martín Olmedo avanzaba inclinada contra las ráfagas de aguanieve, con el haz de su linterna barriendo el suelo para evitar las raíces desnudas que cruzaban el sendero como cepos oscuros.

El rugido comenzó mucho antes de que pudieran ver el agua. No era el rumor constante de la tormenta entre las copas de las hayas, sino una vibración sorda, un trueno continuo que ascendía desde la garganta de la loma y hacía temblar la piedra bajo las suelas de las botas. El aire olía a lodo fresco, a vegetación triturada y al azufre de la roca desmoronada.

—¡Está cerca! —gritó Martín. Su voz llegó amortiguada por el capuchón del impermeable.

Clara no respondió. Se limitó a apretar los dientes y a ajustar la correa del maletín de aluminio que llevaba cruzado sobre el pecho. El metal frío golpeaba rítmicamente su costado, cargado con el diario de Elena, la figura de boj impregnada de creosota y los mapas que los conducían hacia la cabaña forestal número tres. Hacia Julián Castro.

El sendero de herradura desembocó en una repisa de pizarra negra cortada en vertical sobre el Barranco de las Sombras. Clara se detuvo a un metro del borde. El haz de su linterna táctica chocó contra la niebla en movimiento, pero al inclinar el foco hacia el fondo de la brecha, la luz reveló la magnitud de la crecida.

El río Aranzo ya no era el cauce encajonado que dividía el valle. Se había convertido en una arteria desbocada de fango y espuma que ascendía por las paredes del desfiladero con la fuerza de un pistón hidráulico. El agua arrastraba troncos enteros de hayas centenarias; un ejemplar de más de diez metros, con las raíces todavía envueltas en fango, fue volteado y astillado contra las rocas del fondo como una cerilla. El impacto liberó un olor acre a madera fresca y savia rota que subió con el rocío helado.

Martín barrió con su linterna la zona donde debía estar el paso.

—Se ha ido —dijo el sargento. El haz se detuvo en los estribos de piedra de la orilla opuesta—. El puente de madera... lo ha arrancado de cuajo.

Clara siguió la línea de la luz. En su margen del barranco solo quedaban dos postes de roble astillados, sesgados por la mitad, con los restos de las cuerdas de guía flotando en el vacío como látigos deshilachados. La pasarela, el único acceso directo hacia la loma este donde se alzaba la cabaña de Castro, había desaparecido. El agua bramaba a menos de tres metros por debajo de donde habían estado los tablones, escupiendo salpicaduras que se congelaban al tocar la roca.

—No podemos cruzar, Clara —Martín dio un paso atrás, con el agua escurriendo por las arrugas de su rostro—. Con esta fuerza, si alguien cae ahí abajo, no llegará a los sauces del puente viejo. El impacto contra la pizarra lo matará antes de que el frío le pare el corazón. Tenemos que dar la vuelta, regresar a la Casona y buscar el tractor de los guardas.

—No hay vuelta atrás, Martín. —Clara extrajo el reloj de bolsillo de su mentor. El resorte se abrió con un clic metálico; la esfera brilló bajo la linterna—. Elena lleva más de cuarenta horas desaparecida. El agua del río está entrando en las galerías de saca por el este. Si retrocedemos ahora para rodear el barranco por la pista baja, tardaremos tres horas. Tres horas que ella no tiene.

—¡Es un suicidio! —insistió Martín, señalando el torrente—. Mira el caudal. El lecho del barranco se ha colmatado de pizarra suelta. El fondo cambia a cada segundo. No hay apoyo posible para un vadeo, ni siquiera con cuerdas de seguridad. La corriente nos arrastraría contra los salientes.

Clara no respondió. Ignoró la brasa encendida en su rodilla y proyectó el haz de la linterna hacia la parte alta del desfiladero, allí donde la roca caliza sustituía a la pizarra y las paredes se estrechaban en un embudo natural. Buscó los vestigios de la industria que había alimentado al pueblo durante un siglo. En Aranzo, el transporte de carbón exigía tendidos aéreos para salvar los desniveles antes de que existieran las pistas forestales.

El haz recorrió las copas de los pinos silvestres que coronaban el cortado. A unos quince metros por encima del nivel del río desbordado, un destello metálico devolvió el reflejo de la linterna.

—Ahí —señaló Clara con el dedo enguantado.

Entre dos salientes rocosos, semiocultos por las ramas de un pino inclinado, resistían los bloques de mampostería de un antiguo cargadero auxiliar. Dos cables de acero, oxidados pero tensos, cruzaban el abismo hasta perderse en la penumbra de la ladera opuesta, donde debían anclarse en un contrafuerte similar cerca de la cabaña forestal.

—El teleférico de carga de la San José —murmuró Martín—. Sigue ahí arriba. Esos cables deben de estar carcomidos por la corrosión interna. El viento del norte los lleva azotando treinta años.

Clara trepó por el terraplén de arcilla que se deshacía bajo sus botas. Apoyó la mano en la piedra húmeda para estabilizarse y examinó el anclaje del cable principal: una bita de hierro fundido empotrada en la roca mediante cuñas de plomo. El metal mostraba una costra de óxido, pero al golpear el cable con la palanqueta de su cinturón, el acero devolvió un zumbido agudo, limpio, sin el chasquido sordo de las hebras rotas.

—La tensión es constante —dijo Clara, deslizando los dedos por la superficie rugosa. La grasa de las antiguas vagonetas había

dejado una película protectora que preservaba el núcleo de la escorrentía ácida del bosque—. El anclaje opuesto debe de estar sobre caliza firme. Resiste.

—¿Piensas colgarte de ahí? —Martín la alcanzó con la respiración agitada—. No llevamos equipo de escalada. Solo las cuerdas de rescate del Patrol y los mosquetones de dotación. Si el cable cede a mitad de camino, caerás directa al río.

—El diámetro del cable es de veintidós milímetros —respondió ella, con la frialdad de quien lee un manual de balística—. Su límite de rotura nominal supera las diez toneladas, incluso con una pérdida de sección del cuarenta por ciento por oxidación. Nuestro peso combinado no llega a los doscientos kilos. Es la única ruta.

Clara extrajo de la mochila el arnés de lona ligera. Sus dedos, entumecidos por el aguanieve, se obligaron a una precisión lenta. Pasó las cintas por los muslos y ciñó la hebilla de doble paso sobre la cadera; la presión del tejido contuvo momentáneamente el dolor de la rodilla.

Miró el vacío bajo la plataforma. El Aranzo rugía, levantando una neblina helada que empañaba la otra orilla. Al otro lado, entre la maleza que colonizaba la antigua estación de descarga, la senda hacia la cabaña forestal se perdía en la penumbra.

Clara enganchó el mosquetón al cable de acero y probó el deslizamiento con un tirón seco. El metal chirrió contra el óxido, desprendiendo una lluvia de escamas rojas que el viento barrió hacia el abismo.

—Cruzo primero —dijo, sosteniendo la mirada de Martín—. Aseguraré la línea en el pino de la otra orilla. Cuando la cuerda esté tensa, pasarás el equipo.

El sargento la observó en silencio. Tras un instante, asintió con un gesto pausado y aferró el cabo de la cuerda de seguridad, afirmando las botas contra el suelo para asegurar el freno desde la bita de hierro.

Clara se encaramó al borde de la mampostería. El viento del norte la golpeó de costado, balanceando su cuerpo sobre el rugido

del barranco. No miró abajo. Con la vista fija en la orilla opuesta, calculó la trayectoria y, con un impulso de la pierna izquierda, se lanzó al vacío.

La vibración que sacudió el cable de acero en el exterior, bajo el impacto del salto de Clara treinta metros más arriba, se transmitió por la caliza húmeda hasta los entibados de la tercera planta de la mina San José. En la penumbra del subsuelo, el estremecimiento recorrió la mampostería y se tradujo en una lluvia de arenilla gris sobre el agua helada. El agua ya cubría los muslos de Elena Alvia.

El caudal empujaba contra su cadera con una corriente constante, cargada de lodo arcilloso y restos de hojas descompuestas de la loma norte. Cada oscilación del agua golpeaba el chubasquero naranja, empapando el jersey de lana bajo la goma del puño. El frío se asentaba como un peso físico que ralentizaba las pulsaciones y entumecía los tendones de las piernas, dejándolas rígidas como la madera de los puntales.

A su izquierda, el aire comprimido escapaba por la fisura de la mampostería con un siseo agudo que aumentaba de tono a medida que el espacio libre en la galería se reducía. La presión taponaba sus tímpanos, lo que la obligaba a tragar saliva para aliviar la tensión craneal. En el occipital izquierdo, la costra de sangre coagulada latía al compás de esa fuerza, provocándole ráfagas de náuseas que la forzaban a apoyar la sien contra la caliza para mantener el equilibrio.

Su mano derecha, rígida por el frío, mantenía los dedos cerrados en torno al cilindro de aluminio de la linterna apagada. La correa de nailon, enrollada con doble vuelta en la muñeca, aseguraba el metal contra los espasmos musculares. Alzó el brazo con un esfuerzo que le arrancó un gemido sordo. El hombro, agarrotado por la postura, protestó al golpear tres veces la viga de boj que cruzaba el techo.

Tres impactos secos, espaciados. Esperó con la respiración contenida, pero solo obtuvo el rumor del agua en los niveles inferiores y el silbido de la fisura.

Elena deslizó la palma izquierda por la pared de piedra a su espalda. El muro estaba cubierto de un limo resbaladizo que se desprendía bajo sus uñas en jirones pastosos. Debajo, el mortero viejo se desmoronaba al tacto, exponiendo los cantos afilados de la pizarra. Avanzó un paso lateral mientras arrastraba la bota por el lecho invisible del túnel. El agua, casi en la cintura, tiraba de ella hacia la corriente que descendía de la galería de arrastre este.

La linterna golpeó la roca con un tintineo sordo mientras tanteaba más arriba. Un metro por encima del agua, las yemas rozaron un saliente horizontal: una losa de pizarra empotrada entre los bloques de mampostería, antigua repisa donde los mineros depositaban herramientas y latas de carburo. La superficie acumulaba una costra de polvo de carbón húmedo, pero el soporte de piedra resistió cuando cargó su peso.

Apoyó los antebrazos sobre la losa y buscó adherencia con el tejido rugoso del chubasquero. Trató de flexionar las rodillas para impulsarse, pero las piernas no respondieron, insensibles y pesadas. Los pies resbalaron en el fondo de arcilla ferruginosa y el cuerpo cayó de golpe en el canal, levantando una salpicadura helada que le azotó el cuello y la barbilla.

La sacudida fría en el pecho le contrajo el diafragma. El aire escapó de sus pulmones en un jadeo ruidoso. Permaneció inmóvil, con la espalda apoyada en el muro y la corriente lamiéndole la base del esternón. Los temblores se volvieron violentos; sacudidas que hacían chocar sus dientes con un tableteo constante bajo la bóveda de piedra.

—*Fagus sylvatica* —susurró, forzando la mandíbula rígida—. *Urtica dioica*.

Articular las sílabas requería un esfuerzo consciente, una forma de aferrarse a la lógica frente a la negrura.

—*Hypnum cupressiforme*.

Fijó la vista en la penumbra, hacia la viga de boj tratada con creosota. El olor a alquitrán de hulla, denso y aceitoso, se le pegaba a la garganta con cada bocanada de aire húmedo.

Tanteó de nuevo con el pie izquierdo hasta que la puntera de la bota encajó en una junta vacía de la mampostería sumergida. Hundió el talón y forzó el caucho contra la piedra para asegurar el anclaje.

Apoyó los codos en la repisa de pizarra. Sin intentar un impulso limpio, se arrastró de costado utilizando la fuerza de los hombros y el empuje de la pierna izquierda desde el nicho del muro. El muslo se contrajo en un calambre agudo, un nudo ardiente que le arrancó un grito ahogado, pero no soltó la piedra. Apoyó la cadera en el borde de la losa, giró el torso con lentitud y logró izar la pierna derecha fuera del agua.

Quedó tendida sobre la estrecha repisa, con la mejilla aplastada contra el polvo de carbón y las rodillas encogidas contra el pecho para conservar el calor residual. El agua golpeaba la losa unos centímetros más abajo, un chapoteo constante que medía el ascenso de la inundación.

La linterna colgaba de su muñeca. Con movimientos lentos y mecánicos, alzó el brazo hasta tocar el entibado de boj. El frío le impedía sentir el relieve de la corteza, pero el olor a creosota era allí más denso, casi asfixiante.

Golpeó la madera tres veces con el cuerpo metálico de la linterna.

Clac. Clac. Clac.

El sonido sordo viajó por la madera tratada, propagándose por la red de vigas hacia el tiro vertical del pozo de ventilación. Elena cerró los ojos bajo el siseo del aire que escapaba por la fisura, un hilo gélido que soplaba contra su frente en la penumbra.

Tres golpes secos, una vibración sorda que ascendió por la estructura metálica del teleférico desde el fondo del desfiladero, se extinguieron en el cable de acero justo cuando Clara Montes se deslizaba suspendida en el vacío. No era el viento; era un impacto rítmico, estructural, propagado desde el subsuelo de la tercera planta que discurría bajo el cauce. Imaginar a Elena allí abajo, golpeando los entibados de boj contra la inundación, le asentó el

pulso mientras el impulso del salto la proyectaba a través de la negrura.

El vacío se abría bajo sus botas con un silbido violento. Durante un segundo, las ráfagas de viento la suspendieron en el aire y la empujaron de costado contra las eslingas del arnés de rescate. Clara apretó los guantes de cuero húmedo contra la cinta de seguridad y bloqueó los codos para estabilizar el torso. El frío del acero le caló los dedos a través de las costuras mientras la gravedad la obligaba a deslizarse por la pendiente del cable de veintidós milímetros.

Abajo, el río Aranzo bramaba en una masa oscura de fango y ramas trituradas; un rugido que ascendía por las paredes de pizarra y vibraba en su pecho. El aguanieve le azotaba el rostro como perdigones y la obligaba a entrecerrar los ojos para no perder la silueta de la orilla este.

La inercia la empujó hacia el centro del abismo. El mosquetón chirrió contra la costra de óxido de la guía y desprendió escamas rojizas que el temporal disolvió al instante. Clara encogió la pierna derecha para proteger la rodilla del balanceo lateral contra las rocas del cortado. Contuvo la respiración y tensó el torso para mantener bajo el centro de gravedad mientras la polea vibraba y transmitía un hormigueo a sus hombros.

La repisa caliza de la orilla opuesta emergió de la niebla. Clara divisó el tronco del pino silvestre que anclaba la plataforma de descarga y calculó la distancia. Un impacto directo sobre la pierna lesionada destrozaría la rótula contra la pizarra suelta.

—Izquierda —se ordenó en un susurro que el viento devoró.

Estiró la pierna sana y flexionó la cadera para absorber el choque. El impacto fue brutal. Las suelas resbalaron en el musgo húmedo y el cuerpo se proyectó hacia delante sobre la grava. El dolor en la rodilla derecha estalló en una línea de fuego que le nubló la vista. Por puro instinto, se aferró a una raíz expuesta del pino y clavó los dedos en la arcilla para evitar que el rebote del cable la arrastrara de vuelta al vacío.

Permaneció inmóvil, con el pecho pegado al suelo mojado, escuchando el bramido del agua. El aguanieve le corría por la nuca, bajo el cuello del chubasquero. Giró despacio sobre el costado izquierdo; la hebilla de doble paso del arnés seguía tensa y el mosquetón, libre de trabas.

Se incorporó sobre la rodilla sana y apoyó la espalda en el tronco del pino. El árbol, de un metro de diámetro, apenas vibraba bajo las ráfagas que azotaban la loma. Extrajo la linterna táctica del ceñidor y emitió tres destellos cortos hacia la otra orilla.

A través de la cortina de agua, el haz de Martín respondió con la misma señal. El sargento seguía junto a la bita de hierro, sosteniendo el cabo.

Clara desató la cuerda auxiliar de diez milímetros que llevaba en bandolera. Sus dedos, entumecidos por el frío, se negaban a obedecer. Exhaló aire caliente sobre los guantes antes de forzar los nudos. El nailon estaba rígido, endurecido por la escarcha que cubría los cabos.

Pasó el extremo alrededor del tronco, sobre la cruz de las raíces. Para asegurar una línea de vida capaz de resistir el peso de Martín y el equipo, confeccionó un nudo de ocho con doble gaza, reforzado con un nudo de tope en el chicote. Tensó cada vuelta con minuciosidad; un deslizamiento bajo la tracción del viento aflojaría la línea, dejando al sargento a merced de la corriente si el cable fallaba. El roce del nailon contra la corteza desprendió un olor a resina fresca que se mezcló con el vaho de su respiración.

Cargó su propio peso para apretar el nudo hasta que la cuerda mordió la madera. Enganchó el mosquetón de reenvío al cable de acero y tensó la línea guía mediante un sistema de poleas improvisado con dos mosquetones de dotación. El rozamiento del cabo húmedo produjo un siseo templado.

Tiró tres veces de la cuerda guía, la señal acordada.

Al otro lado, la silueta de Martín se movió. El sargento aseguró el maletín de aluminio en una mochila estanca y enganchó su arnés al cable. Clara lo observó comprobar los cierres dos veces,

repitiendo el protocolo que ella le había exigido. No había margen para el error.

Martín se lanzó. Su peso hizo que la línea de acero cediera, arqueándose hacia la cresta de espuma del río. El viento racheado lo golpeó de lleno y lo hizo girar sobre su propio eje a mitad del trayecto. El cable gimió bajo la sobrecarga con un chirrido agudo que cortó la tormenta.

Clara aferró la cuerda guía con ambas manos y plantó las botas en la pizarra. La tensión del cabo tiró de sus hombros, amenazando la rodilla lesionada, pero no cedió. Apretó los dientes y sostuvo el esfuerzo en la espalda para guiar el avance de Martín a través del vacío.

El sargento golpeó la repisa con un impacto seco que desprendió cascotes hacia el desfiladero. Clara lo sujetó del chaleco táctico y lo arrastró hacia la base del pino antes de que la inercia lo balanceara de nuevo hacia el vacío.

Martín cayó de rodillas sobre el musgo, jadeando, con el rostro cubierto de sudor y agua helada. Se soltó el mosquetón con manos temblorosas y contempló el abismo.

—Ese cable no aguantará otro viaje —dijo Martín, con la voz rota—. Dos hebras del núcleo se han cizallado al salir.

Clara desenganchó su arnés y guardó los mosquetones. La rodilla derecha le latía con un dolor sordo, pero la silueta de la cabaña forestal número tres ya se perfilaba entre la niebla, cincuenta metros ladera arriba. Observó el suelo de arcilla removida por encima de la plataforma; el temporal lavaba las trazas, pero bajo el abrigo de la roca se adivinaban surcos profundos, paralelos y recientes.

—No necesitaremos volver por aquí —dijo Clara, iluminando las huellas—. Buscaremos la salida por el subsuelo.

Se dio la vuelta y enfiló la senda ascendente hacia la ruina, donde el Pozo de Ventilación Número 4 esperaba bajo el rugido de la tormenta.

Capítulo 18

La boca del pozo

La ascensión desde la repisa de pizarra exigió pasos lentos y respiración contenida. La loma norte se erguía como una pared de arcilla resbaladiza donde cada raíz de haya ofrecía un asidero precario. Clara avanzaba con los dientes apretados y obligaba a su pierna derecha a arrastrarse sobre el lodo. La rodilla, inflamada tras la caída en la Hoya de la Vieja, latía con una regularidad implacable; era un dolor sordo que se agudizaba cada vez que el terreno cedía bajo su peso. A su espalda, Martín Olmedo la seguía en silencio, con la respiración acompasada al silbido del viento que ascendía desde el barranco.

La tormenta no daba tregua. El aguanieve se había transformado en una lluvia gélida que se filtraba por las costuras del chubasquero y enfriaba el sudor de la subida hasta volverlo una costra helada sobre la piel. La visibilidad apenas alcanzaba los cuatro metros. Las copas de las hayas, invisibles en la negrura, gemían bajo las ráfagas del norte como un maderamen a punto de colapsar.

A cincuenta metros de la plataforma de descarga del teleférico, el bosque se abrió. Entre la niebla densa y los troncos retorcidos emergió la silueta de la cabaña forestal número tres. Era una construcción baja, con el tejado de pizarra medio hundido en su extremo oeste y paredes de mampostería gris que la escorrentía del monte había teñido de negro. Las ventanas permanecían a oscuras; no había rastro de humo en la chimenea de hierro que sobresalía, torcida, entre las lajas del techo, abandonada desde el cierre de la mina en el noventa y seis.

Clara detuvo a Martín con un gesto seco. Apagó la linterna táctica y esperó a que sus ojos se adaptaran a la penumbra del claro. El sargento imitó el movimiento. Durante dos minutos, solo el rugido lejano del barranco y el golpeteo de las gotas sobre el

plástico de las capuchas rompieron el silencio. Nada se movía en el interior.

—Allí —murmuró Clara, mientras señalaba hacia el flanco derecho de la vivienda.

A unos diez metros de la estructura principal, semiculto por un denso cinturón de ortigas gigantes y zarzas que crecían con el vigor propio de los suelos nitrófilos, se alzaba un cobertizo de piedra. Era apenas un cubo de sillería tosca con una única puerta de tablas de roble reforzadas con pletinas de hierro. Su ubicación coincidía con la vertical del pozo de ventilación número cuatro que Clara recordaba del plano de 1978.

Se aproximaron con sigilo y bordearon el perímetro del claro para evitar las zonas descubiertas. Clara avanzaba apoyando el peso en el talón izquierdo y utilizaba el tronco de un haya joven como pivote para no forzar la articulación dañada. Al llegar al límite de la vegetación que rodeaba el cobertizo, se detuvo y proyectó un hilo de luz hacia el suelo.

La greda roja, la arcilla ferruginosa que caracterizaba las lomas altas de la mina, estaba removida. A pesar de la lluvia que lavaba la superficie, el terreno mostraba surcos profundos, paralelos, de bordes todavía definidos.

—Huellas de neumáticos —dijo Martín, mientras se agachaba para examinar el relieve en el lodo—. El dibujo es en espiga, muy ancho. No es un todoterreno.

—Es un tractor forestal —precisó Clara, al tiempo que se agachaba a su lado con una mueca de dolor—. Pesado. Las marcas tienen más de treinta centímetros de anchura y la profundidad indica que el vehículo iba cargado o ejercía una fuerza de arrastre considerable. Son recientes, Martín. La lluvia está redondeando los bordes del dibujo, pero aún no ha desmoronado las crestas de la arcilla. Pasó por aquí hace pocas horas.

El sargento asintió con la mirada fija en la trayectoria de las rodadas. Las huellas morían justo ante la puerta de roble del

cobertizo, donde el suelo de piedra lavada impedía el registro de más marcas.

Clara se incorporó y apoyó la mano en la mampostería fría del cobertizo. La piedra estaba cubierta de líquenes amarillentos y una película de agua que resbalaba desde el alero. Se acercó a la puerta de madera. Las tablas de roble, ennegrecidas por la humedad de tres décadas, mostraban marcas recientes de rozamiento cerca de la junta central, como si un objeto pesado hubiera golpeado el marco.

El sistema de cierre original, un pestillo de hierro forjado oxidado por el aire del norte, estaba roto. Alguien había sustituido el pasador por una cadena de eslabones gruesos que daba dos vueltas alrededor del montante de madera, pero la cadena colgaba suelta, sin candado que la asegurara.

—Está abierto —dijo Martín, mientras aferraba la palanqueta de su ceñidor.

—Cuidado —advirtió Clara—. Castro conoce este monte mejor que nosotros. Si ha bajado a las galerías, no habrá dejado el acceso desprotegido sin un motivo.

Martín empujó la hoja de roble con el extremo de la palanqueta. La madera chirrió sobre los goznes oxidados con un sonido agudo que se amplificó bajo la bóveda del hayedo. La puerta cedió unos centímetros y reveló una negrura absoluta y un olor denso que escapó del interior como una bocanada de aire estancado.

Clara contuvo la respiración. No era el olor a madera podrida y humedad de las ruinas, sino un aroma químico y penetrante que se le pegó a la garganta.

—Creosota —murmuró Clara, mientras dirigía el haz de la linterna hacia el interior—. Y alquitrán de hulla. Es el mismo componente que Braulio identificó en las figuras de boj.

Entraron en el cobertizo con las linternas en guardia. El espacio, de apenas tres metros cuadrados, tenía paredes de piedra desnudas que filtraban el agua en hilos constantes. El suelo de hormigón en masa, agrietado por el asentamiento del terreno,

estaba libre de la vegetación que colonizaba el exterior. En el centro, parcialmente cubierto por arpilleras podridas y trozos de lona impermeabilizada con manchas de grasa reciente, se recortaba un cuadrado perfecto de un metro de lado.

Clara retiró las lonas con el pie izquierdo y evitó flexionar la rodilla herida.

Bajo el tejido descompuesto apareció una trampilla de hierro industrial, encajada en un marco de acero angular embutido en el hormigón. La plancha metálica mostraba el logotipo en relieve de la fundición que había suministrado los materiales a la empresa de los Alvia en los años setenta. En el centro de la trampilla, cruzando una barra de cierre de hierro macizo que bloqueaba la apertura, brillaba un candado de acero templado.

Era un modelo moderno, de alta seguridad, con un cuerpo cilíndrico de aleación de boro que contrastaba con el óxido generalizado de la instalación. El metal grisáceo reflejó la luz de la linterna con una limpieza que delataba su reciente colocación.

Clara se arrodilló con lentitud e ignoró la punzada eléctrica que le recorrió el muslo desde la rótula. Apoyó la mano izquierda en el suelo frío y acercó el rostro al cierre.

—Mira esto, Martín —dijo, mientras señalaba el cuerpo del candado—. No hay ni una sola partícula de herrumbre en el arco. El acero está intacto.

Deslizó el dedo índice por la ranura de la llave y luego por la junta del pasador. Al retirar la mano, la yema del guante de nitrilo mostraba una película fina y brillante de un líquido espeso. Se acercó el dedo a la nariz.

—Aceite mineral —dijo—. Ha sido lubricado recientemente. No hace más de un día. El mecanismo interno está saturado para evitar que la humedad del pozo bloquee los bulones de seguridad.

—Este candado no es de los Alvia —añadió Martín, mientras iluminaba el marco de la trampilla—. Los guardas de la Casona utilizan cierres de latón estándar para las cancelas del monte. Esto

es material de obra civil, de los que se usan en subestaciones eléctricas o polvorines. Castro lo mantiene activo.

Clara examinó las bisagras de la trampilla de hierro. Eran dos pasadores cilíndricos de tres centímetros de diámetro, soldados directamente al marco de acero. No mostraban signos de haber sido forzados con radiales ni debilitados con ácidos. Las soldaduras estaban cubiertas por una capa de pintura bituminosa negra que protegía el metal de la corrosión que ascendía del subsuelo.

—No ha sido saboteada —dijo Clara, mientras pasaba la linterna por el contorno del marco de hormigón—. El sellado es hermético y el cierre funciona. Castro entra y sale por aquí de manera regular. Este es el punto de acceso que conecta la superficie con la tercera planta de la San José sin pasar por las bocaminas principales.

Se puso en pie con un esfuerzo que la obligó a apoyar el peso en el hombro de Martín. El sargento la sostuvo con firmeza mientras ella recuperaba el equilibrio sobre la losa de hormigón.

—Está ahí abajo, Martín —dijo Clara—. El tractor que vimos fuera trajo el material o al propio Castro antes de que la tormenta cerrara el paso del barranco. Elena está en la tercera planta, y este pozo es la única vía que nos queda antes de que el agua del río colmate los drenajes inferiores.

Martín miró el candado de acero templado y luego la palanqueta que llevaba en la mano. La herramienta de acero al carbono parecía inútil frente al grosor del arco de boro.

Clara no respondió. Se limitó a observar el brillo aceitoso del candado bajo la luz de su linterna. Al otro lado de esa chapa metálica, el aire de la mina comenzaba a agotarse.

Tres kilómetros ladera abajo de la loma norte, el agua resbalaba por el ventanal del despacho principal de la Casona. Frente al vidrio, Tomás Alvia permanecía inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda y la mirada fija en la masa oscura del hayedo. El viento del norte golpeaba los cristales emplomados con un crujido sordo que se colaba por las rendijas de la madera.

Santiago dio un paso hacia el centro de la alfombra. Dejó un rastro de barro gris y agua que el tejido de lana absorbió de inmediato. No se quitó la gorra de hule, empapada por la caminata desde el cementerio, ni la chaqueta de pana que olía a humo de leña y humedad. En el bolsillo derecho, sus dedos seguían aferrados a la vieja llave de hierro.

—Te he dicho que esperes abajo, Santiago —dijo Tomás, sin volverse. Su voz conservaba el tono seco del mando, pero los hombros se le habían tensado—. No es el momento para tus quejas sobre las lindes del monte o los derechos de paso. Tengo asuntos más urgentes con la subdelegación.

—Han encontrado a Marta —dijo Santiago.

El tictac metálico del reloj de pie y el azote de la lluvia contra el vidrio llenaron el silencio.

Tomás no se movió de inmediato. Sus manos se descruzaron despacio. Los dedos buscaron el borde de la mesa de caoba, apoyándose en ella para sostener el peso. Al girarse, la luz de la lámpara iluminó su rostro; la mandíbula apretada y la palidez de la piel desmentían la firmeza de sus últimas horas.

—¿De qué estás hablando? —Tomás entornó los ojos—. Marta Beltrán desapareció hace treinta años. El caso se cerró. Ese desgraciado de Nemesio murió en el penal. No vuelvas con las fantasías de los viejos del pueblo.

—A veintidós metros de tu alambrada, Tomás. En la paulina que tu abuelo mandó desecar —Santiago dio otro paso adelante. El agua de su abrigo goteaba sobre la madera—. Bajo el haya centenaria. La policía ha cavado. Tienen los huesos y tienen otra de esas figuras de boj.

Tomás apretó los dientes, pero el temblor de su labio inferior lo traicionó. Intentó mantener la barbilla alzada, pero sus ojos esquivaron la mirada del guarda.

—Eso no prueba nada —murmuró—. Cualquiera pudo enterrar eso allí. Son tierras comunales.

—Nemesio no podía sostener una gubia, Tomás. —Santiago sacó la mano del bolsillo y la extendió, mostrando las palmas agrietadas—. Tenía la mitad del cuerpo paralizada por la embolia semanas antes de que Marta faltara de su casa. Lo sabías tú, lo sabía tu hermano Alejandro y lo sabía el cabo Ortiz. Todos callasteis para que la mina San José no se cerrara bajo una orden judicial. Preferisteis que un pobre infeliz se pudriera en Herrera de la Mancha antes de que los inspectores metieran las narices en las galerías ilegales.

—¡Cállate! —siseó Tomás, dando un paso hacia él. El rostro se le encendió de rojo, pero dio un paso atrás cuando Santiago no se inmutó—. No sabes lo que dices. Eran otros tiempos. Había cientos de familias que vivían de esa mina. Si la paraban, el valle entero se moría de hambre.

—Y para salvar al valle dejasteis libre a una alimaña —dijo Santiago—. Julián Castro. El capataz que abría vuestras galerías de saca por la noche. El que tallaba muñecas para las muchachas antes de llevárselas al monte. Le pagasteis para que se fuera, pero nunca se marchó. Le disteis cobijo en la cabaña de la loma norte, dinero para que vigilara las chimeneas de ventilación y mantuviera la boca cerrada. Lo tuvisteis ahí arriba, como a un perro guardián, alimentando su locura durante treinta años.

Tomás retrocedió hasta chocar con el respaldo de su sillón de cuero. Se dejó caer en él. Su mano derecha ascendió mecánicamente hacia la corbata, aflojándola con dedos torpes.

—Él... Julián prometió que no volvería a ocurrir —susurró Tomás, con la mirada fija en la alfombra—. Dijo que aquello fue un accidente. Que Marta se cayó por el tiro de ventilación y él solo intentó...

—Le creíste porque te convenía —lo cortó Santiago—. Pero la tierra siempre devuelve lo que se le esconde. Tu hija Elena no se ha perdido por el temporal. Encontró las alteraciones de nitrógeno en el suelo de la loma. Encontró vuestras fosas. Y Castro la vio.

Tomás dio un respingo. Se inclinó sobre la mesa, con las manos temblando sobre los papeles oficiales que pretendían detener la búsqueda.

—No —dijo con un hilo de voz—. Julián no le haría daño. Sabe quién es ella. Sabe que es mi hija. Él... él me lo debe todo.

—¿Crees que a un asesino le importan tus apellidos cuando se siente acorralado? —Santiago se apoyó con ambas manos en el borde de la mesa, inclinándose hacia él. El olor a lluvia y a barro del monte invadió el espacio—. Castro la tiene en la tercera planta de la San José. Ha entrado por el cobertizo del pozo cuatro, el que usaba para bajar sin que nadie lo viera desde la pista. Y el río Aranzo está desbordándose, Tomás. El agua del barranco entra ya en las galerías de saca este. Si la policía no llega a ella con los planos correctos de las compuertas y los drenajes de 1978, tu hija se va a ahogar en el fango que ayudaste a tapar para proteger tu dinero.

Tomás se llevó las manos a la cabeza, hundiéndolas en el cabello canoso. Un gemido sordo escapó de su garganta. El reloj de la esquina dio las seis con un tañido grave.

—Las compuertas... —balbuceó, con los ojos empañados—. Las compuertas de la tercera planta se cerraron con pasadores de seguridad cuando la administración forestal nos obligó a sellar las bocaminas. El agua no tiene salida por el este si no se abren desde la cámara de control del pozo de saca.

—La inspectora Montes está arriba, en la boca del pozo, pero no puede bajar sin saber dónde pisar —dijo Santiago—. Los planos del ayuntamiento son copias censuradas. No muestran las galerías auxiliares que usabais para el carbón de contrabando. Necesitamos los mapas de ingeniería originales de la San José. Los que tienen las cotas de inundación y las llaves de las esclusas. Sé que los guardas tú.

Tomás permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada mientras el rugido de la tormenta se intensificaba. Abrió el cajón lateral del escritorio de caoba. Su mano se introdujo en el fondo, tanteando bajo un doble fondo que cedió con un clic seco.

Extrajo una caja de madera de nogal. La abrió y sacó una llave de bronce de paletón ancho, grabada con las iniciales de la antigua compañía minera.

—La caja fuerte de la biblioteca —dijo Tomás, entregándole la llave. Sus ojos buscaron los del guarda—. Detrás del panel de roble, junto a los volúmenes de la junta de obras. Ahí están los planos originales de drenaje de 1978. Los que muestran las secciones verticales de la tercera planta y el mecanismo de las esclusas. Llévaselos, Santiago. Saca a mi hija de allí.

Santiago tomó la llave de bronce. El metal frío contrastaba con la piel febril de Tomás. No dijo nada más.

Se dio la vuelta y cruzó el umbral del despacho. Atrás quedó Tomás Alvia, hundido en el sillón de cuero, con la mirada perdida en la lluvia que borraba los caminos del monte.

A tres kilómetros de la Casona, bajo el azote de la tormenta en la loma norte, el metal de la cizalla de Martín golpeó contra el herraje del cobertizo. En el interior de la estructura de mampostería, el sargento apoyó la pesada herramienta de doble articulación sobre el hormigón agrietado. El impacto sordo resonó contra los muros de piedra, amortiguado por el golpeteo constante del agua sobre las lajas de pizarra del techo.

Clara mantuvo el haz de la linterna táctica clavado en el arco del candado de acero templado. La luz blanca perfilaba la fina película de aceite mineral que goteaba por el pasador; un brillo denso, rastro del mantenimiento reciente de Julián Castro.

Martín se inclinó con dificultad. Su espalda se curvó bajo el impermeable empapado mientras abría los brazos de la cizalla; las mandíbulas de acero al carbono mordieron el arco de boro.

—Sujeta la base, Clara —dijo Martín. Su aliento se condensó en una nube gris bajo el haz de luz—. Si resbala, doblaremos el pasador de la trampilla.

Clara hincó la rodilla izquierda en el suelo húmedo. Apoyó el peso en la espinilla para evitar que la rótula derecha, rígida por la inflamación, tocara el hormigón. La articulación latía con un dolor

sordo mientras aferraba el cuerpo cilíndrico del candado con la mano protegida por el guante de nitrilo. El metal estaba helado, impregnado de una viscosidad aceitosa que resbaló por el látex.

Martín cargó su peso sobre los mangos de la cizalla. Sus botas de caucho buscaron adherencia en la solera húmeda. Las venas de sus sienes se tensaron bajo la luz de la linterna; el acero de la herramienta gimió por la presión.

Un chasquido seco y violento resonó en el espacio confinado como una detonación amortiguada. El candado se partió y liberó el arco. Los trozos de metal templado cayeron sobre el hormigón con un tintineo agudo. Martín exhaló un suspiro y dejó caer la cizalla, frotándose las muñecas.

Clara retiró la cadena de eslabones gruesos que rodeaba el montante. El hierro oxidado raspó la madera al deslizarse.

—Ahora la placa —dijo.

Martín introdujo el extremo plano de la palanqueta en la holgura entre la trampilla y el marco de acero. Hizo palanca con un movimiento firme. Con un crujido de mampostería vieja, la pesada placa de hierro comenzó a ceder. El sargento metió los dedos bajo el borde y tiró hacia arriba. La trampilla pivotó sobre sus ejes con un chirrido prolongado hasta quedar apoyada contra el muro.

De inmediato, una corriente de aire ascendió desde la boca del pozo.

No era el viento helado del exterior, sino una ráfaga densa, cargada de una humedad estancada que parecía adherirse a la piel. Clara arrugó la nariz al percibir el olor: un vaho químico y pesado. Creosota pura, alquitrán de hulla destilado y el aroma ferroso de la arcilla mojada que dominaba el subsuelo de la mina San José. La concentración del gas le provocó un leve picor en la garganta.

—Es la tercera planta —murmuró Martín mientras se limpiaba el agua de la frente con la manga—. Ese tiro de ventilación conecta directo con la galería de saca. El aire sube templado por la temperatura de la roca, pero está saturado.

Clara se inclinó sobre el borde. El haz de su linterna barrió la vertical de la chimenea. Las paredes, de sillares de pizarra negra en hiladas regulares, descendían en una geometría que se perdía en la oscuridad. Treinta metros abajo, el rumor del agua ya no era un eco lejano, sino el discurrir sordo de una corriente que empujaba contra los obstáculos del subsuelo.

Soldada a la pizarra, la escalera de servicio de hierro forjado descendía hacia la profundidad. Los peldaños, redondos y cubiertos por una pátina de óxido rojizo, mostraban el desgaste del abandono, aunque las fijaciones a la piedra resistían la humedad ácida de la mina.

Clara deslizó el foco de la linterna centímetro a centímetro por el primer tramo. Buscaba marcas, rozaduras, cualquier anomalía que indicara un tránsito reciente. En el primer peldaño, justo donde el hierro se curvaba para unirse al anclaje del marco superior, algo devolvió un destello diferente. No era el reflejo del agua sobre la pizarra.

Clara contuvo la respiración. Se inclinó un poco más, manteniendo la linterna a escasos centímetros del metal.

—Martín, alumbra aquí.

Enganchada en una rebaba astillada del primer peldaño, allí donde el óxido había levantado una lasca afilada, flotaba una pequeña hebra. Era un hilo sintético, de apenas un centímetro de longitud. Bajo la luz blanca de las dos linternas, el filamento brillaba con un tono naranja de alta visibilidad, limpio de fango, destacando sobre el fondo marrón de la herrumbre.

Clara extrajo las pinzas de su maletín de campo con movimientos pausados. Su pulso era firme, a pesar del frío. Aferró la hebra por el extremo libre y tiró con suavidad; el filamento de nailon se desprendió del hierro con una leve resistencia elástica.

Lo sostuvo frente al haz de la linterna. La textura era áspera, típica de las fibras de cordura ripstop utilizadas en prendas técnicas de montaña. El mismo tejido, el mismo tinte naranja que vestía Elena Alvia en la fotografía de la ficha de búsqueda.

—Es de su chubasquero —dijo.

Martín observó la hebra dentro de la pinza. Sus ojos se fijaron en el destello naranja.

—La bajó por aquí —dijo el sargento con la mandíbula rígida —. Un cuerpo inconsciente o forzado habría rozado contra este peldaño al iniciar el descenso. Castro la introdujo en el pozo.

—No cayó, Martín. La hebra está en la cara interna del peldaño, donde se apoyan las manos o se roza con el pecho al descender de espaldas. Castro la cargó o la obligó a bajar delante de él.

Clara depositó el hilo naranja en un sobre de papel cristal y lo selló dentro de una bolsa de autocierre. Anotó la referencia con su lápiz de carpintero. Elena Alvia había sido introducida por este pozo; ahora estaba atrapada en la red de galerías que se inundaba a contrarreloj.

Clara guardó la muestra en el maletín de aluminio y aseguró el cierre metálico con un chasquido. Se incorporó con lentitud, apoyando la mano en el hombro de Martín para aliviar la tensión de su rodilla derecha. Luego, miró hacia la boca abierta del pozo, donde el siseo del agua subterránea ascendía con una fuerza que hacía vibrar el aire del cobertizo.

Capítulo 19

El agua en los talones

El aire que ascendía por el tiro del pozo de ventilación número cuatro golpeó el rostro de Clara. Era una corriente densa, cargada con el olor aceitoso de la creosota y el rastro metálico de la arcilla mojada. Bajo el brocal de piedra, la negrura absorbía la luz de su linterna táctica; el haz apenas perfilaba las primeras hiladas de pizarra antes de disolverse en la bruma.

Clara se apoyó en el marco de acero de la trampilla. Un pinchazo agudo en la rodilla derecha la obligó a corregir la postura y a distribuir el peso hacia la izquierda. A su lado, Martín sostenía la lona impermeable que protegía el interior del cobertizo del aguanieve que se colaba por la puerta rota.

—El río empuja con fuerza abajo —dijo Martín; su voz devolvió un eco hueco en el cubículo de piedra—. Ese ruido no es normal. La galería de saca actúa como un embudo.

Clara no respondió. Cerró los ojos para aislar el temporal exterior y concentrarse en el rumor que ascendía del pozo. No era el goteo de las filtraciones, sino el bramido sordo de una masa de agua que chocaba contra los entibados de madera y las esquinas de mampostería. Cada pocos segundos, el tiro escupía una ráfaga templada, un siseo neumático provocado por el aire desplazado a presión en el subsuelo.

—Necesitamos saber cuánto tiempo nos queda —dijo Clara, con un tono seco, desprovisto de urgencia—. Los planos de 1978 sitúan la cota de la tercera planta a veintiocho metros de profundidad respecto a esta boca. Si el agua ha cubierto los ramales de saca, Elena no tendrá espacio para respirar.

Se arrodilló sobre el hormigón agrietado, conteniendo la punzada que le subía por el muslo. Abrió el maletín de aluminio de la

científica apoyado en las arpilleras. Apartó los reactivos y el georradar, inservibles por la humedad, y extrajo un carrete de cinta métrica de acero de cincuenta metros. En el extremo, en lugar del gancho estándar, había fijado una sonda acústica de latón: un cilindro hueco de tres centímetros de diámetro con una base cóncava para emitir un chasquido al impactar contra el líquido. Era un instrumento analógico de topografía minera, inmune a las interferencias electromagnéticas del mineral de hierro de la loma.

—Sostén la linterna sobre el eje del pozo, Martín —ordenó—. No pierdas de vista la marca.

El sargento inclinó el foco. El haz blanco cortó la bruma en una columna limpia.

Clara liberó el freno del carrete. El cilindro de latón descendió por la vertical del pozo con un siseo metálico mientras la cinta de acero se deslizaba entre sus dedos enguantados. Los números pasaban bajo la luz: diez, quince, dieciocho metros.

A los veintidós metros, templó el descenso. Movió la mano con suavidad para que la sonda oscilara en el centro de la chimenea, evitando los salientes de pizarra y las fijaciones oxidadas de la escalera de servicio.

A los veinticuatro metros y medio, el siseo cesó. Un golpe sordo, similar al latido de un tambor húmedo, ascendió por el cañón del pozo.

—Contacto —murmuró Clara.

Bloqueó el carrete con el pulgar, llevó la cinta de acero al ras del marco de la trampilla y fijó la vista en la marca grabada en el metal.

—Veinticuatro metros con sesenta centímetros —leyó—. El agua ya ha superado la galería de transporte inferior. Sube por el tiro de ventilación.

Extrajo el reloj de bolsillo de su mentor del chubasquero. La esfera de plata devolvió un reflejo frío bajo la linterna. Lo colocó sobre la losa de hormigón, junto al plano de ingeniería de 1978, y

esperó. El segundero avanzaba con un tictac metálico contra el rumor del agua en las profundidades.

—Esperaremos diez minutos —dijo Clara, con la mirada fija en las manecillas—. Necesitamos la tasa de ascenso real. La escorrentía del Barranco de las Sombras se filtra por las dolinas de la Hoya de la Vieja. Si las esclusas de drenaje este están cerradas, como sugerían las notas de Elena, el pozo funciona como un vaso de expansión.

Martín se agachó a su lado. El olor a tabaco rancio y sudor frío de su uniforme se mezcló con el vaho de la mina.

—Si el río rompió el dique de la antigua balsa de decantación, el caudal se habrá triplicado —advirtió el sargento, con los ojos fijos en la negrura—. Estas galerías no se diseñaron para soportar una carga hidrostática completa. Las vigas de boj de la tercera planta aguantan la presión de la roca, pero si el agua ablanda la arcilla de la base, el suelo cederá.

Clara no contestó. Repasó la sección transversal de la mina San José detallada en el plano de 1978: un laberinto de tres niveles conectados por planos inclinados y chimeneas de saca. La tercera planta era un ramal plano, una galería de arrastre de dos metros de altura apuntalada con viejos puntales de boj tratados con creosota. Si el agua alcanzaba la cota de los veintidós metros respecto a la superficie, el volumen de aire en la bóveda de la galería se reduciría a cero.

El segundero del reloj completó la décima vuelta.

Clara aferró la cinta de acero. Recogió dos metros de línea con movimientos rápidos, sintiendo el frío del metal a través del nitrilo, y volvió a dejar caer la sonda con lentitud. Su mano buscó la tensión del cable, esperando el impacto.

Un nuevo golpe ahogado resonó en el pozo. Más nítido. Más cercano.

Clara detuvo la cinta contra el borde de acero. Sus dedos buscaron la graduación bajo el haz de luz.

—Veinticuatro metros con cuarenta y tres centímetros —dijo. Su voz se mantuvo firme, pero apretó el carrete hasta que los nudillos se le tornaron blancos—. Diecisiete centímetros en diez minutos.

Martín tensó la mandíbula; su rostro, curtido por el viento del norte, perdió el poco color que le quedaba.

—Eso es un metro y dos centímetros por hora —dijo—. El agua está entrando a chorro por las esclusas de saca.

—No —corregió Clara, siguiendo con el dedo la línea azul del canal de drenaje en el plano de 1978—. La tasa de ascenso no es lineal. A medida que el agua inunda las galerías laterales y los talleres de vagonetas, el volumen de recepción aumenta. Pero la presión del aire se incrementa dentro del pozo. Mira la oscilación de la lona.

La arpillera que cubría el suelo se elevaba y caía levemente, empujada por una pulsación constante de aire húmedo que escapaba por los bordes de la trampilla. El pozo respiraba como un fuelle, desalojando el aire a medida que el agua ocupaba las cámaras inferiores.

—La tercera planta tiene una sección transversal de cuatro metros cuadrados —explicó Clara, trazando con el lápiz de carpintero sobre el papel vegetal—. Al calcular el tiempo de retorno del eco y la presión del aire que expulsa la trampilla, el nivel en las galerías principales subirá a un ritmo de veinte centímetros por hora cuando se llenen las cámaras de decantación. Eso nos da un margen.

Se puso en pie con un esfuerzo que le arrancó un leve quejido. Apoyó la espalda contra la mampostería del cobertizo y miró a Martín. El sargento sostenía la linterna con pulso firme, pero la rigidez de sus hombros delataba la gravedad del diagnóstico.

—Disponemos de menos de dos horas, Martín —dijo Clara—. Dos horas antes de que la mina San José quede completamente anegada. Si Elena está atrapada en la repisa de mampostería o detrás del desprendimiento del pozo cuatro, se quedará sin aire mucho antes de que el río termine de inundar las galerías bajas.

Un crujido sordo sacudió el suelo de hormigón, una vibración profunda que ascendió desde las suelas de sus botas. No era un trueno exterior, sino el asentamiento de la piedra abajo, el gemido de la madera cediendo ante el peso del agua ácida. El aire expulsado por el pozo trajo una ráfaga fría, cargada de una llovizna fina que humedeció las mejillas de Clara.

El agua seguía subiendo, centímetro a centímetro, en la oscuridad de la San José. El tiempo, medido por el segundero del reloj de plata sobre el hormigón, se agotaba en la loma norte.

La crecida que inundaba los niveles inferiores presionaba ya contra el pecho de Elena Alvia. Veinticuatro metros bajo la superficie, la corriente neumática que ascendía por el tiro de ventilación arrastraba un siseo constante a través de las fisuras de la pizarra, empujando ráfagas templadas contra la humedad de la galería de saca. El aire, denso de creosota y arcilla mojada, pesaba en sus pulmones con cada inspiración.

Elena permanecía encajada en la repisa de mampostería, con la espalda apoyada en los sillares de la pared. El agua negra le cubría el esternón, restándole calor con cada oscilación del caudal. Respirar requería un esfuerzo deliberado; el frío le encogía los músculos intercostales, lo que la forzaba a realizar exhalaciones cortas que generaban bocanadas de vaho en la penumbra. En la nuca, el dolor en el occipital izquierdo latía con regularidad eléctrica. La costra de sangre, ablandada por el goteo constante del techo, se disolvía en un hilo tibio que le corría por el cuello.

—*Urtica dioica*... —susurró. Las palabras salieron ásperas, apenas un soplo entre el castañeteo de sus dientes—. *Hypnum cupressiforme*... *Fagus sylvatica*.

La mandíbula le temblaba con tanta fuerza que la lengua tropezaba con los incisivos. Intentó estirar los brazos para buscar un asidero en la junta de los sillares superiores, pero las yemas de sus dedos, insensibles, resbalaron sobre el limo sin encontrar adherencia. La linterna de aluminio, apagada desde que el agua anegó el compartimento de las pilas, colgaba de su muñeca por la

correa de nailon y golpeaba la mampostería con un sonido seco cada vez que el oleaje la balanceaba.

Un golpe suave contra el muslo izquierdo alteró la cadencia de la corriente. Algo cilíndrico cabeceaba entre el agua estancada y el tirante de su mochila. Elena bajó la mano izquierda, la hundió en la superficie y sus dedos rodearon el contorno áspero del objeto.

Era una lata de aceite mineral de un litro, de las que los antiguos operarios dejaban en las hornacinas de los hastiales para el mantenimiento de las vagonetas. El metal estaba cubierto de escamas de herrumbre y una película de grasa que desprendía un olor rancio bajo el agua. El recipiente flotaba de costado, vacío, con la boca de rosca abierta y sin el tapón de plástico.

Elena alzó la mano derecha hacia el cuello del chubasquero. Bajo la solapa de la capucha, sus dedos rozaron el cordón de nailon del que colgaba el silbato de geóloga. El latón niquelado estaba helado contra su piel. Tanteó el nudo de seguridad, pero la rigidez de las falanges le impidió coordinar la pinza de los dedos. Con un movimiento brusco de la cabeza hacia atrás, tensó la cuerda hasta que el lazo cedió con un chasquido seco.

Sostuvo el silbato entre las palmas. El cilindro metálico, de apenas cinco centímetros, resbaló dos veces antes de que lograra alinearlo con la boca de la lata. Lo dejó caer. El latón chocó contra el fondo de chapa con un tintineo agudo, un sonido limpio que reverberó en la bóveda de la galería y se extinguió bajo el rumor sordo del torrente que discurría por el canal central.

Elena giró el rostro hacia el hombro izquierdo. Con los dientes, atrapó el tirador de goma de la cremallera del bolsillo lateral de su mochila y tiró hacia abajo. El cierre metálico resistió por el lodo arcilloso acumulado en los dientes, pero cedió con un desgarro áspero. Introdujo los dedos en la ranura hasta palpar el tacto rugoso de un retazo de lona impermeable gris, un sobrante de las carpetas de muestreo que utilizaba en sus salidas de campo.

Extendió la lona sobre la abertura de la lata. Intentó anudar el cordón de nailon alrededor del cuello del cilindro para asegurar el

tejido, pero sus manos no respondían. Apoyó la base de la lata contra su pecho, sobre el esternón, y presionó la parte superior contra un saliente afilado de la roca caliza que sobresalía del muro.

Inclinó el peso del torso hacia delante y empujó con fuerza. El metal de la boquilla se dobló hacia dentro bajo la presión, aprisionando los bordes de la lona contra la rosca de hierro. El borde cortante de la chapa rasgó el tejido del chubasquero y le rozó la piel, pero el sello quedó firme, reteniendo el aire y el silbato en el interior del cilindro.

Sostuvo la lata con ambas palmas. En el centro de la galería, la corriente se aceleraba debido al agua del barranco que entraba por los coladeros del este. Ramas astilladas, hojas de haya podridas y coágulos de arcilla roja pasaban a gran velocidad a escasos centímetros de su repisa, arrastrados hacia los pozos de ventilación inferiores.

Estiró los brazos con un movimiento lento, sumergió los codos en el agua helada y depositó la lata en el flujo principal.

La corriente la absorbió al instante. El cilindro de chapa cabeceó en el agua turbia, giró sobre sí mismo al superar el borde de la mampostería y avanzó hacia la negrura de la tercera planta. A los pocos metros, el flujo lo proyectó contra un puntal de boj tratado con creosota. El impacto del hierro contra la madera produjo un tañido seco, una vibración metálica que se transmitió por la estructura de la galería antes de que la corriente arrastrara la lata hacia la oscuridad del subsuelo.

La resonancia en el hierro, un pulso lejano que ascendió por la escala de servicio, hizo que Clara Montes apretara los dedos contra el primer peldaño oxidado. El eco, apenas un murmullo amortiguado por el rugido del agua abajo, vibró en el metal helado a través del guante de nitrilo. No era el crujido de la madera al ceder ni el golpe ciego de una rama arrastrada por la corriente. Había una cadencia artificial en el sonido, un timbre limpio que chocaba contra la mampostería de pizarra.

Antes de que pudiera inclinarse sobre el brocal, un chasquido agudo cortó la penumbra del cobertizo. La radio en el arnés de Martín escupió estática y una voz distorsionada por la tormenta y la mineralización de la loma.

—...central a patrulla Delta-Dos. Martín, ¿me recibes? Cambio.

Martín descolgó el aparato sin apartar los ojos de la boca del pozo.

—Aquí Delta-Dos. Adelante, central.

—Orden directa de la Jefatura Provincial y la Subdelegación —la voz del operador llegó fragmentada por los siseos de la frecuencia —. El caudal del río Aranzo ha superado la cota de seguridad en el Barranco de las Sombras. Riesgo inminente de colapso geológico y corrimientos de tierras en la ladera norte. Se suspenden todas las operaciones de búsqueda y rescate. Repito, evacuación inmediata de todo el personal hacia el casco urbano. Martín, debéis replegaros ya. Confirmad recepción. Cambio.

Clara miró a Martín. Bajo la luz sesgada de la linterna táctica, el rostro del sargento parecía tallado en la misma pizarra gris que las paredes del cobertizo. El agua le escurría por las sienes y se perdía en las costuras del cuello del uniforme. El silencio posterior solo lo quebraba el silbido neumático del pozo cada vez que el agua ganaba terreno abajo.

—Si nos vamos ahora, Martín —dijo Clara en voz baja—, esa galería será una fosa sellada en menos de dos horas. El agua ya sube por el tiro.

—La orden viene firmada por el subdelegado, Clara —respondió Martín, sopesando el transceptor—. Si entramos ahí abajo desobedeciendo una alerta de colapso, estamos fuera. No habrá equipo de apoyo, ni buzos, ni extracción de emergencia. Si nos atrapa el derrumbe, no vendrá nadie.

—Elena está ahí abajo. —Clara señaló el primer peldaño, donde el hilo naranja del chubasquero seguía atrapado en la lasca de óxido—. Ese golpe no ha sido un desprendimiento. Ha sido ella.

Martín miró la pantalla digital de la radio, que parpadeaba con el indicador de batería baja. La señal de la central volvió a rasgar el aire, más imperativa.

—¡Delta-Dos, confirmad repliegue! El puente del barranco ha cedido por completo. Si no salís de la loma norte en diez minutos, quedaréis aislados. Martín, responde.

Clara no esperó a que contestara. Deslizó la mano hacia su propio transceptor de dotación, acoplado al hombro del chubasquero. Con un movimiento seco del pulgar, giró el potenciómetro de volumen hasta el tope izquierdo. El clic del apagado murió bajo el impermeable húmedo.

Luego, extendió la mano hacia el aparato de Martín.

El sargento la observó. La fatiga en sus ojos era la misma de quien arrastra treinta años de silencio en Aranzo, la sombra de los Alvia y la fosa de Marta Beltrán en la que nunca le permitieron excavar. Miró el pozo, luego la mano de Clara y, finalmente, el cable de boro partido del candado que yacía en el suelo.

Despacio, Martín subió la mano y apagó su propia radio. El silencio volvió a cerrarse sobre el cobertizo, quebrado únicamente por el latido del agua subterránea.

—No tengo intención de jubilarme sabiendo que dejé a otra muchacha bajo la tierra —dijo Martín. Habló sin épica, con la sobriedad del que asume lo inevitable—. Pero tu rodilla no va a aguantar la escala si tienes que cargar con el equipo.

—Aseguraremos el maletín de la científica aquí arriba, bajo las arpilleras —dijo Clara mientras se ajustaba las correas del arnés—. Solo bajaremos las linternas, el plano de 1978 y la cuerda de seguridad. Si el nivel sube demasiado rápido, necesitaremos ligereza para alcanzar los planos inclinados superiores.

Se arrodilló para ocultar el maletín de aluminio bajo las lonas impregnadas de creosota, mientras una punzada le recorría el tendón rotuliano de la pierna derecha. La articulación, rígida y caliente bajo el pantalón técnico húmedo, protestó al flexionarse. Se

colocó la linterna frontal sobre el casco de escalada y ajustó la cinta elástica hasta que el plástico le mordió la frente.

Martín enganchó un mosquetón de seguridad al cable de vida que habían tendido desde el exterior y pasó el cabo por el mosquetón de Clara, creando un sistema de retención para el descenso.

—Yo iré delante —indicó Martín—. Mis botas tienen mejor agarre en el hierro oxidado. Si resbalas, cárgate sobre la cuerda. Yo sostendré el peso.

Clara asintió. El orgullo metodológico y los protocolos de la academia quedaban fuera. En el subsuelo de Aranzo, las reglas las dictaban la resistencia del hierro y la velocidad de la crecida.

Se acercó al borde de la trampilla abierta. El vaho templado y químico de la galería le golpeó la cara, humedeciéndole las pestañas. El haz de su linterna frontal cortó la negrura de la chimenea vertical, revelando las hiladas de pizarra que descendían hacia el agua. A unos veinticuatro metros de profundidad, la superficie del líquido devolvía un reflejo aceitoso, una lente oscura que subía despacio, tragándose los peldaños de la escalera uno a uno.

Martín pasó las piernas por el hueco. Apoyó las botas de caucho en el primer travesaño y probó la resistencia del anclaje cargando su peso con dos sacudidas secas. El hierro emitió un gemido sordo, pero no cedió.

—La roca es firme aquí arriba —dijo Martín, con la voz apagada por el cañón del pozo—. Pero abajo la pizarra está deshojada por la humedad. Ten cuidado con los apoyos laterales.

Martín comenzó el descenso hasta desaparecer bajo el nivel del hormigón. Su silueta quedó reducida a una sombra recortada por el haz de su propia linterna, que barría las paredes húmedas.

Clara se sentó en el borde de la losa. El frío de la piedra le traspasó el pantalón. Flexionó la rodilla derecha; los ligamentos protestaron con una vibración interna que le ascendió hasta la cadera. Clavó los dedos enguantados en el borde del marco de

acero, giró el cuerpo y buscó con la punta de la bota izquierda el primer peldaño.

El metal, cubierto de limo fino y condensación ácida, resbalaba. Aseguró el apoyo, bajó el pie derecho con precaución extrema y dejó que la cuerda de seguridad se tensara ligeramente a través del mosquetón de su arnés.

El aire exterior y el aguanieve del cobertizo quedaron atrás. Al descender los primeros tres metros, la abertura de la trampilla se convirtió en un cuadrado de luz grisácea que se encogía sobre su cabeza. El rugido de la tormenta en el hayedo se apagó, sustituido por el rumor sordo del río Aranzo abriéndose paso por las entrañas de la mina.

Clara soltó una mano del hierro para recolocarse la linterna frontal. Abajo, en la inmensidad de la tercera planta, la negrura la esperaba con el agua en los talones.

Capítulo 20

Descenso al olvido

El primer peldaño de hierro forjado cedió un milímetro bajo el peso de Clara y se asentó contra la pizarra con un crujido sordo que vibró a través de la suela de su bota izquierda. La rodilla derecha, rígida por la inflamación, protestó con un latido agudo al flexionar la pierna en busca del siguiente apoyo. Por encima, la trampilla del pozo de ventilación número cuatro quedaba reducida a un cuadrado de penumbra gris, recortado por el aguanieve que caía en diagonal; abajo, la chimenea vertical descendía hacia una negrura que el haz de su linterna frontal apenas lograba arañar.

Una ráfaga de agua de escorrentía, canalizada desde las laderas de la loma norte por las grietas de la mampostería, le golpeó el rostro. El impacto helado le cortó la respiración y le provocó un espasmo en la glotis. El líquido, cargado de sedimentos de arcilla y un regusto amargo a óxido de hierro, le resbaló por el cuello del chubasquero hasta empapar la camiseta térmica bajo el arnés de lona.

Clara cerró los ojos un instante. El frío le atenazó las sienes con la fuerza de una prensa metálica.

—¡Clara! —La voz de Martín ascendió desde el pozo, amortiguada por el siseo del agua y el eco de la piedra—. ¡Cuidado en el metro doce! Falta un perno en la sujeción izquierda. El montante se desplaza hacia fuera.

—Recibido —respondió ella. Su voz sonó extraña, devuelta por el cañón de pizarra como un murmullo ajeno—. Mantén la tensión en la línea.

Aferró el montante derecho con la mano enguantada. El nitrilo, lubricado por la grasa de creosota que rezumaba de las juntas de las vigas superiores, resbalaba sobre el hierro oxidado.

Apretó los dedos hasta sentir la presión de las rebabas metálicas contra las falanges para asegurar el agarre.

Descendió un peldaño más. El agua de escorrentía ya no era un goteo disperso, sino una cascada continua que se vertía sobre la escala y golpeaba su casco con un tableteo rítmico. La vibración del hierro era constante, un temblor de alta frecuencia provocado por la masa de agua que empujaba contra la estructura en los niveles inferiores y por el aire comprimido que el pozo expulsaba a intervalos regulares, como un fuelle cansado.

Al llegar al metro doce, el haz de la linterna frontal reveló el sillar de pizarra deshojado por la humedad ácida; el perno de anclaje colgaba inútil, rodeado de un polvo grisáceo que el agua arrastraba al instante. Cuando apoyó el pie izquierdo, todo el tramo de la escala osciló cinco centímetros hacia la derecha y la alejó de la pared de roca.

El vacío tiró de sus hombros. Su cuerpo quedó suspendido sobre la vertical, sostenido por la fuerza de sus brazos y la cuerda de seguridad que corría a través del mosquetón del arnés. La garganta se le cerró; el tubo de piedra de dos metros de diámetro pareció estrecharse sobre su pecho mientras el agua subía a su encuentro. El frío del pozo amenazaba con bloquearle los músculos.

Inhala. Uno, dos, tres, cuatro.

Clara recurrió a la técnica de control que había ensayado en los meses posteriores al desastre del pico de Paderna, cuando el recuerdo de la ventisca la despertaba por las noches con la sensación de no tener aire en los pulmones. Ignoró la profundidad del pozo, la fragilidad del hierro y la orden de retirada que pesaba sobre su placa. Concentró su atención en el ciclo del aire dentro de su pecho.

Retén. Uno, dos, tres, cuatro.

La respiración diafragmática ralentizó las pulsaciones. El temblor de sus manos disminuyó.

Exhala. Uno, dos, tres, cuatro.

Con un movimiento pausado, estiró la pierna izquierda hacia el hastial del pozo. Su bota buscó apoyo en las juntas de los sillares de pizarra para esquivar la escala inestable. El caucho encontró adherencia en una ranura estrecha entre dos bloques de piedra. Apoyó el peso allí, aliviando la carga sobre la rodilla lesionada, y deslizó las manos por los montantes hasta superar el tramo dañado. El mosquetón de seguridad corrió por la cuerda guía con un roce metálico seco.

A medida que descendía, el olor de la mina se volvía más denso. El vaho químico de la creosota, que arriba era un rastro sutil, se transformó en una atmósfera pesada que se le pegaba a la garganta con cada inspiración. Era el aroma del alquitrán de hulla destilado, el conservante que había protegido las vigas de boj de la tercera planta durante tres décadas y que ahora, con la inundación, se desprendía de la madera saturada.

La luz de la linterna de Martín, situada unos seis metros por debajo, se movía en círculos y barría la superficie del agua que cubría el fondo de la chimenea.

—¡Suelo! —gritó el sargento—. El nivel está más alto de lo que indicaba la sonda, Clara. La corriente entra limpia desde el ramal este.

Clara miró hacia abajo. El haz de su frontal cortó la bruma y se reflejó en una superficie oscura que hervía en la base del pozo. El agua se retorcía en un remolino violento alrededor de la escala de servicio y arrastraba astillas de madera, hojas muertas y una espuma amarillenta que se acumulaba en los rincones de la mampostería.

Faltaban tres peldaños para alcanzar el final de la escala. Estiró la pierna izquierda para sumergir la bota en la corriente. El frío del agua, que rondaba los cuatro grados debido al origen de deshielo de la escorrentía del barranco, le atravesó el cuero y el calcetín de lana como una descarga eléctrica. El músculo de la pantorrilla se contrajo en un amago de calambre.

Apretó los dientes, soltó el último peldaño y se dejó caer.

El agua le llegó a las rodillas y la empujó con una fuerza lateral que casi le hizo perder el equilibrio. El fondo de la galería era un suelo de arcilla grisácea, mezclada con detritos de carbón que crujían bajo sus suelas. Se tambaleó dos pasos hacia atrás mientras buscaba el apoyo de la pared de pizarra húmeda. Su mano derecha se cerró sobre un saliente de roca cubierto de un limo frío y resbaladizo.

Estabilizó la postura y barrió el entorno con la linterna.

Estaban en la tercera planta de la mina San José. La galería de saca se abría ante ellos como un pasillo de geometría rectilínea, de apenas dos metros de altura, apuntalado por colosales marcos de madera de boj que se sucedían cada metro y medio. Las vigas, ennegrecidas por el tiempo y la creosota, goteaban bajo la presión de la montaña. El agua corría por el canal central con un murmullo sordo, un fluir constante que avanzaba hacia el oeste en busca de los pozos de decantación inferiores.

Martín estaba a su lado, con el agua a la altura de los muslos. Sostenía el plano de ingeniería de 1978 dentro de una funda de plástico transparente, aunque las gotas que caían del techo ya dificultaban la lectura de las líneas de nivel.

—La corriente es demasiado fuerte para venir de simples filtraciones —dijo Martín, alzando la voz sobre el rugido del agua—. El río ha tenido que romper en la galería de arrastre superior. Si esa compuerta cede por completo, este nivel se llenará en quince minutos.

Clara no respondió. Ajustó la correa de su casco y clavó la mirada en la negrura del corredor que se extendía ante ellos.

La oscilación sorda de la escala de servicio, que vibraba con el descenso de los rescatadores pozo abajo, se transmitió a lo largo de la red de entibados de la tercera planta. Encajada en la repisa de mampostería, con la espalda soldada a los sillares de pizarra, Elena recibió el temblor en el esternón, justo donde el agua helada ya alcanzaba su límite de flotación. No era una oscilación de la corriente ni el golpe ciego de los detritos que el río arrastraba desde el este;

era un pulso seco, metálico, que viajaba por las entrañas de la mina San José, una vibración que se propagaba por las fibras saturadas del boj.

La crecida no daba tregua. El agua negra, saturada de arcilla ferruginosa y partículas de hulla en suspensión, ganaba milímetros sobre su pecho, presionaba los pulmones y dificultaba cada inspiración. El frío de la corriente, procedente del desbordamiento del Barranco de las Sombras, le contraía los músculos intercostales en espasmos involuntarios que la obligaban a tomar bocanadas cortas y ruidosas. Al rebasar la línea del esternón, la fuerza del caudal comenzó a restarle peso y despegó su cadera de la losa húmeda de la repisa de mampostería. Sin estabilidad en las piernas, que colgaban inertes en la corriente helada, Elena dependía por completo del anclaje de sus brazos para no ser arrastrada hacia el canal central del túnel.

Estiró los brazos hacia el techo de la galería y buscó a ciegas en la negrura absoluta. Las yemas de sus dedos, desprovistas de sensibilidad por el frío, tantearon la superficie del entibado superior. El tacto del lodo resbaladizo dio paso a la textura fibrosa y densa de una viga de boj tratada. La madera, impregnada de creosota industrial bajo presión para resistir la putrefacción en el subsuelo, se sentía viscosa y helada, pero ofrecía el único relieve sólido entre las lajas de piedra caliza. Sus dedos se curvaron sobre la arista superior del madero. Su cuerpo flotaba, suspendido en el caudal, balanceado por el empuje constante del agua que avanzaba hacia las galerías de decantación del oeste.

La distancia entre la superficie del agua y las lajas de pizarra del techo se había estrechado. El espacio de aire utilizable apenas alcanzaba los quince centímetros. Para mantener las fosas nasales fuera del agua, Elena inclinó la cabeza hacia atrás y presionó el occipital contra la piedra húmeda del techo. El contacto helado adormeció por un momento el latido punzante de la herida de la nuca, pero el aire que lograba inhalar en esa estrecha franja estaba saturado de un vaho químico y espeso. La creosota evaporada y el alquitrán de hulla desprendidos por la inundación le irritaban la

laringe, lo que le provocaba una tos seca que debía sofocar mediante contracciones del diafragma para evitar tragar el líquido lodoso que le lamía la barbilla.

Los dientes le castañeteaban con una vibración constante que le resonaba en los huesos del cráneo, un traqueteo incontrolable que le impedía cerrar la mandíbula. La rigidez facial era ya un calambre continuo, y la lengua, hinchada y fría, apenas obedecía. Una pesadez plomiza le adormecía las sienes, una somnolencia dulce y peligrosa que difuminaba la frontera entre la vigilia y el desmayo. La calidez engañosa de la hipotermia la invitaba a relajar la tensión de los brazos, soltar la viga de boj y dejarse llevar por el flujo silencioso de la corriente.

Contra el sopor, el cálculo mental funcionó como un cabo de guía. Elena movió los labios y buscó en la articulación de las palabras un estímulo físico que mantuviera su cerebro conectado a la realidad. No formulaba pensamientos abstractos, sino la repetición sistemática de las coordenadas y los datos botánicos de sus mapas de campo, pronunciados en un susurro áspero que chocaba contra la piedra a escasísimos centímetros de sus ojos.

—Cuarenta y dos... cincuenta y uno... —Las sílabas salieron rotas por el temblor de la boca—. Treinta y dos... sector L. *Urtica dioica*... —murmuró, forzando a sus cuerdas vocales a emitir sonido —. Indicador nitrófilo... pH de seis con cinco. Anomalía en el horizonte A... acumulación de fósforo orgánico.

Se obligó a visualizar las hayas jóvenes que crecían sobre el arco de las paulinas, el verdor desproporcionado de las hojas que delataba la presencia de las fosas bajo el humus. Visualizó el mapa, las líneas rojas que trazaban la linde de los Alvia, la verja de alambre que su padre le había prohibido cruzar. Cada dato científico era un peldaño que la alejaba de la inconsciencia.

Sin embargo, una nueva pulsación de la corriente, empujada por la colmatación de los drenajes inferiores de la mina, elevó el nivel otros dos centímetros. El agua lamió sus mejillas y cubrió sus lóbulos auriculares, sumergiendo su audición en un silencio denso,

subacuático, roto únicamente por los latidos de su propio corazón, que latía lento, pesado, como un tambor húmedo. Su mano derecha, incapaz de sostenerse sobre la película aceitosa de la creosota, perdió adherencia y cayó inerte en el agua con un chapoteo sordo.

Elena concentró la fuerza restante en la mano izquierda. Deslizó los dedos entumecidos sobre el duramen de la viga de boj hasta que la yema del índice tropezó con una irregularidad en el plano de la madera: la cabeza oxidada de un clavo de sujeción que sobresalía dos milímetros de la veta tratada. Introdujo la uña en la ranura del hierro y presionó la queratina del dedo contra el metal afilado hasta que un dolor agudo y limpio le recorrió el antebrazo.

El dolor disipó la calidez engañosa de la somnolencia. Clavó la uña con más fuerza y buscó en ese foco de sufrimiento el anclaje necesario para no deslizarse hacia la oscuridad.

Con el cuerpo suspendido en la corriente helada y la mano izquierda anclada al clavo mediante un espasmo rígido, Elena Alvia mantuvo la punta de la nariz en la delgada franja de aire que quedaba bajo el techo de pizarra, respirando el vaho fenólico en la oscuridad absoluta de la San José.

En el tramo principal de la galería de saca, Clara Montes hundió la bota en el fango gris, buscando un apoyo firme contra la corriente. El agua gélida ya le rebasaba las rodillas, empujando con una fuerza sorda que hacía vibrar el tejido de su pantalón técnico. A su lado, Martín sostenía la cuerda de seguridad con una mano mientras barría el túnel con el foco de su linterna, cuya luz blanca se fragmentaba en la niebla de condensación suspendida sobre el flujo.

La rodilla de Clara protestó con un pinchazo agudo que le recorrió el muslo hasta la cadera al arrastrar el pie. El frío del agua, filtrada desde el Barranco de las Sombras, entumecía la articulación. Apretó los dientes y se obligó a dar otro paso, apoyando el talón contra una de las traviesas de madera semisumergidas que jalonaban la antigua vía de las vagonetas.

—La pendiente asciende hacia el este —dijo Martín, con la voz apagada por el siseo del agua en las cunetas de drenaje—. Si

seguimos el flujo, llegaremos al sector de la tercera planta, bajo la linde de la Casona. Pero el fango se espesa.

Clara se limpió las gotas de la visera del casco. El haz de su frontal iluminó el techo. Las lajas de pizarra negra, dispuestas en hiladas regulares pero agrietadas por la presión de las décadas, goteaban sin pausa. Entre ellas, los marcos de boj tratados con creosota y las vigas de pino de los hastiales crujían bajo la carga de la montaña saturada. Un chirrido sordo y prolongado recorría la madera de un extremo a otro del túnel. El pino, blando por la humedad, se astillaba en algunos puntos y dejaba caer finas lascas sobre la corriente.

—No es solo fango, Martín —dijo Clara, mientras sumergía los dedos enguantados para recoger una muestra del sedimento—. Es greda ferruginosa. Mira el color.

Bajo la luz de las linternas, el agua mostraba un tono ocre denso, un matiz arcilloso que no pertenecía a la pizarra gris del pozo de ventilación. Era el residuo de las balsas de decantación superiores, el mismo barro que Elena Alvia había identificado en sus notas y que Clara había recuperado de los pedales de su vehículo. La inundación lavaba los niveles superiores, arrastrando la arcilla hacia el canal de saca.

Clara extrajo del bolsillo estanco el plano de ingeniería de 1978. El papel, protegido por una funda plástica, mostraba una retícula de líneas negras y acotaciones manuscritas en tinta descolorida. Intentó orientarse con la brújula acoplada a la correa de su reloj de bolsillo, pero la aguja oscilaba de manera errática, describiendo giros perezosos antes de apuntar sin firmeza hacia el hastial de pizarra.

—La mineralización de hierro afecta al limbo —dijo Clara, mientras guardaba la brújula con un movimiento seco—. No podemos fiarnos del rumbo magnético. El mapa sitúa una bifurcación a unos cincuenta metros. El ramal izquierdo desciende hacia las esclusas del oeste; el derecho, el canal de drenaje este,

sube hacia la cámara de recepción que colinda con el cobertizo de los Alvia. Debemos tomar el derecho.

—Si el río ha roto el dique arriba, el ramal derecho será un cañón de agua —advirtió Martín, quien se adelantó para abrir paso —. Esas vigas no han tenido mantenimiento en treinta años. Si el pino cede, la galería se cerrará detrás de nosotros.

—No hay otra opción. Si Elena buscaba las anomalías de nitrógeno de las fosas, tuvo que acceder por las chimeneas conectadas a ese sector. Es el único punto por encima de la cota de inundación.

Avanzaron en silencio contra la resistencia del agua. El olor a creosota se volvió insoportable, un vaho químico que irritaba los ojos y obligaba a respirar de forma superficial. A cada paso, el crujido del pino se tornaba más frecuente. La montaña, ablandada por la tormenta, empujaba los entibados con una fuerza hidrostática que ya deformaba los puntales.

Llegaron a la bifurcación. A la izquierda, la galería descendía en un ángulo pronunciado, convertida en un torrente de agua negra que desaparecía en la oscuridad con un rugido sordo; a la derecha, el túnel mantenía una pendiente suave, con el caudal arcilloso frenado por la acumulación de detritos y maderos caídos.

Clara se detuvo junto al pilar central que dividía los caminos. Apoyó la mano en la madera húmeda para aliviar la rodilla; la vibración del agua se transmitía a través de las fibras del boj. Barrió con la linterna el suelo del ramal derecho, buscando alguna marca o huella que el flujo aún no hubiera borrado en la arcilla.

La luz pasó de largo sobre un remolino de espuma amarillenta detrás del pilar, pero regresó ante un reflejo anómalo. No era la refracción del agua sobre la pizarra ni el brillo de la pirita. Un destello metálico, cilíndrico y regular, cabeceaba junto a un puntal de pino astillado.

Clara se detuvo.

—Martín, alumbra aquí abajo —dijo, mientras señalaba el remolino junto a la base del puntal.

Se inclinó con dificultad y sumergió el brazo casi por completo en el agua helada. Sus dedos rozaron la superficie fría de un objeto que cabeceaba entre hojas de haya podridas y astillas de boj. Lo aferró por el cuerpo cilíndrico y tiró hacia arriba.

Era una lata de aceite mineral de un litro, de las utilizadas para las vagonetas. El metal estaba cubierto de escamas de óxido y una pátina de grasa rancia que se adhirió al látex de sus guantes. En el extremo superior, el cierre rompía la simetría del desgaste.

Un retazo de lona impermeable gris cubría la boca de rosca, aprisionado contra el hierro por el propio metal de la boquilla, doblado hacia dentro con un impacto preciso. El sello rudimentario mantenía el interior a salvo del agua.

—Esto no es un desecho antiguo —dijo Clara, mientras sostenía la lata bajo el foco de Martín—. Esta lona coincide con las carpetas de muestreo de Elena. El corte es limpio, reciente.

—¿La ha usado como boya? —preguntó Martín, mientras se acercaba.

Clara no respondió. Desenvainó la navaja multiusos y, con la hoja pequeña, apalancó el borde doblado de la chapa. El metal oxidado resistió antes de ceder con un chasquido. Retiró la lona gris, revelando la cavidad seca del envase.

Volcó la lata sobre la palma de su mano izquierda.

Un objeto pequeño se deslizó por el cuello del envase y cayó sobre el guante con un tintineo agudo. Era un silbato de geóloga de latón niquelado. El metal brillaba, limpio de lodo, reflejando la luz de las linternas en mitad de la penumbra. Del extremo colgaba un fragmento de cordón de nailon con el cabo deshilachado por un tirón violento.

Clara sostuvo el silbato entre el índice y el pulgar. El latón conservaba la frialdad de la mina.

—Es de Elena —dijo. Su voz, habitualmente neutra, vibró—. Lo arrojó a la corriente aguas arriba para que el flujo lo transportara

por la tercera planta. Sabía que buscaríamos en los puntos de drenaje inferiores.

Martín observó el metal y luego miró hacia la negrura del ramal derecho, de donde provenía el agua arcillosa.

—Si la lata flotaba aquí, la corriente la trajo desde la cámara de drenaje adyacente —dijo el sargento, mientras se ajustaba la correa del hombro—. Sigue viva. Y está cerca.

Clara guardó el silbato en el bolsillo interior de su chubasquero, junto al reloj de su mentor. El metal frío se asentó contra su pecho. La trayectoria de la lata validaba el plano de 1978; la lógica del flujo hidráulico de la mina San José acababa de entregarles la coordenada exacta.

—El agua sube a ritmo constante —dijo Clara, mientras señalaba la marca húmeda que ganaba terreno en los puntales de boj—. El margen de Elena se reduce. Debemos avanzar por el ramal derecho antes de que la corriente colmate el acceso.

Martín asintió y hundió las botas en el flujo del túnel de la derecha. Clara lo siguió, ignorando el latido sordo de su rodilla con cada flexión, con el silbato de latón resguardado en el pecho, guiándolos en la oscuridad del subsuelo.

Capítulo 21

La corriente del laberinto

La galería de drenaje este los recibió con un tramo angosto donde el agua, encajonada entre hastiales de pizarra viva, subía ya por encima de los muslos. Avanzaron cincuenta metros contra la corriente que embestía a ráfagas y obligaba a Clara Montes a clavar las puntas de las botas en las traviesas sumergidas para no perder adherencia. A cada paso, el dolor de su rodilla derecha se agudizaba, un latido caliente y sordo que se dilataba bajo la presión gélida del agua.

El haz de la linterna de Martín barrió el final de la galería y se detuvo ante un caos de vigas astilladas y lajas caídas. Un desprendimiento reciente, provocado por la saturación de la loma superior, había sepultado el corredor principal. El plano de 1978 dibujaba una línea recta y expedita hacia las cámaras de saca, pero el entramado de la mina San José se desmoronaba bajo el peso de la tormenta. A los lados del derrumbe, la presión del terreno había reventado la roca, abriendo dos estrechas chimeneas que se perdían en la negrura. Dos gargantas de piedra que dividían la corriente.

—El plano no sirve aquí, Clara —dijo Martín, alzando la voz para vencer el estruendo del agua—. Este desprendimiento es nuevo. Si tomamos el ramal equivocado y el techo cede, nos quedaremos sin aire en diez minutos. El nivel en la galería de saca sube demasiado rápido; el camino de vuelta ya debe de estar cubierto.

Clara extrajo la brújula de su bolsillo táctico. La aguja, alterada por las vetas de magnetita que cruzaban la pizarra, giraba de manera errática y buscaba rumbos imposibles antes de quedar temblando en una posición inútil. El mapa, húmedo y arrugado dentro de su funda de plástico, era una reliquia inservible frente a la mutación del subsuelo. Los protocolos de rescate y la tecnología que

tanto había defendido en los Pirineos se reducían a plástico mojado y metal desorientado en mitad de la oscuridad.

Apoyó la espalda contra un puntal de boj que vibraba bajo la tensión hidrostática. El olor rancio de la creosota se mezclaba con el de la arcilla húmeda. En el silencio de su memoria resonaron las palabras ásperas de Braulio en el taller de la loma alta: «El agua no sabe de planos, inspectora. La montaña tiene sus venas, y el agua siempre busca la que está abierta al cielo. Si quiere saber adónde va un túnel, no mire las paredes; mire lo que el río arrastra».

Clara guardó la brújula con un movimiento seco. Se despojó del guante de nitrilo derecho, rasgado por el roce con la mampostería, y sumergió la mano desnuda en el agua helada, justo en la confluencia donde el caudal se dividía para alimentar las dos chimeneas del derrumbe.

El frío le atenazó los dedos con la fuerza de un calambre, pero mantuvo la mano inmóvil mientras se concentraba en la textura del flujo.

En la chimenea de la izquierda, el agua corría pesada, casi viscosa al tacto. Al frotar las yemas, detectó un sedimento finísimo, un hollín negro de hulla vieja que se le adhirió a la piel. Agua de reflujo; un caudal estancado que subía a presión desde los niveles inferiores por el desbordamiento de los pozos de decantación del oeste.

Desplazó la mano hacia la corriente que bajaba por la chimenea de la derecha. Allí, el tacto era distinto. El agua golpeaba con un latido vivo, limpio. Sus dedos no encontraron el hollín grasiento del carbón, sino partículas granulares de pizarra nueva y una textura arcillosa que reconoció de inmediato.

Sacó la mano y la aproximó al haz de su linterna frontal. Un hilo de greda roja, del color del óxido y la arcilla de las paulinas, corría entre los pliegues de su palma húmeda.

—Greda ferruginosa —murmuró Clara—. Viene de las balsas de decantación superiores. De las tierras que Elena estaba cartografiando.

—¿Segura? —Martín alumbró el lodo rojo que se disolvía en la palma de la inspectora.

—Es el mismo sedimento que encontramos en el coche de Elena y en las macetas del invernadero. Este conducto no es un desagüe ciego; es la vía de escape del agua limpia que se filtra desde la superficie.

Clara se quitó el casco de escalada. El frío de la galería le caló los cabellos húmedos. Inclinó la cabeza hacia la chimenea de la derecha y cerró los ojos.

Al principio solo escuchó el rugido sordo del río Aranzo en las profundidades, pero al aproximarse a la garganta de piedra, una corriente helada le rozó la frente. No era el vaho denso y caliente, cargado de fenoles y creosota, que exhalaba la mina inundada, sino un flujo de aire sutil pero constante, impregnado del olor a ozono de la tormenta y la frescura del aguanieve exterior.

—Hay tiro, Martín —dijo Clara, ajustándose el casco—. La montaña respira por este lado. La chimenea de la derecha conecta directamente con el Pozo de Ventilación Número 4. Elena tiene que estar en los planos inclinados superiores de este sector, por encima del nivel de la crecida.

Martín observó el angosto paso de la derecha. El agua se precipitaba por él con una violencia que hacía crujir los puntales de boj adyacentes.

—Subir por ahí va a ser un infierno para tu rodilla, Clara —advirtió el sargento, ajustándose la correa de la linterna—. La corriente viene de cara y el suelo es pura pizarra suelta. Si resbalamos, no hay segundo apoyo.

—No hay camino de vuelta, Martín —respondió Clara, señalando la marca del agua que ya cubría la mitad de las vigas del derrumbe—. Si nos quedamos aquí esperando a que el nivel se estabilice, nos ahogaremos en este embudo. Nuestra única salida está hacia arriba.

El sargento asintió despacio. Apretó los dientes, enganchó el mosquetón de seguridad al cable guía y dio el primer paso hacia la

chimenea de la derecha, hundiendo las botas en la corriente de greda roja.

Clara lo siguió. Al apoyar el pie derecho en la rampa de pizarra húmeda, la rodilla le envió una descarga de dolor tan intensa que le nubló la vista durante un segundo. Clavó los dedos en la corteza rugosa de una viga de boj tratada, respiró el aire frío que bajaba del exterior y se obligó a dar el siguiente paso, ascendiendo por la corriente del laberinto.

Ese paso, dado con la bota izquierda mientras buscaba una hendidura en la pizarra pulida por la corriente, hizo que el cuerpo de Clara Montes se inclinara hacia delante bajo el empuje del agua arcillosa. La rodilla derecha, inflamada tras la caída en la Hoya de la Vieja, protestó con un latido agudo que le nubló la vista durante un segundo. Martín, un paso por detrás, tensó la cuerda de seguridad desde su arnés y le ofreció un punto de apoyo firme mientras ella recuperaba el equilibrio en la rampa de pizarra suelta. El lodo acumulado en las suelas reducía la tracción a casi nada, lo que la obligaba a clavar la puntera de la bota en las grietas más estrechas.

La chimenea de la derecha ascendía en un ángulo de casi cuarenta grados, convertida en un canal de escorrentía por el que bajaba un flujo constante de greda roja. El agua, aunque helada, carecía del olor denso y químico a creosota de las galerías inferiores. Olía a tierra batida, a lluvia reciente y al ozono que se filtraba desde el exterior. El aire fresco que soplaba de cara, un chorro sutil que le golpeaba las mejillas húmedas, traía el aroma húmedo de la superficie.

—El terreno está cediendo por tramos —advirtió Martín, cuya linterna barría las lajas inestables que Clara acababa de pisar—. Si el caudal aumenta, la pizarra se convertirá en un tobogán de lodo. No tendremos tracción para subir.

—Tenemos que ganar la cota de la tercera planta antes de que el río colmate el acceso inferior —respondió Clara, con la voz entrecortada por el esfuerzo—. El plano de 1978 situaba una cámara de distribución de aire a unos veinte metros en vertical. Si la

estructura resiste, deberíamos encontrar allí las líneas de tuberías secundarias.

Apoyó la mano enguantada en un saliente calizo. El frío del agua le había insensibilizado los dedos, pero apretó los puños para forzar la circulación antes de reanudar el ascenso. Avanzó un metro más y arrastró la pierna derecha con una cojera evidente que Martín corregía manteniendo la tensión justa en la cuerda guía. A su alrededor, la mina San José emitía un quejido constante. No era el crujido seco de las vigas de pino que se astillaban en los niveles inferiores, sino un rumor sordo de fricción tectónica provocado por las miles de toneladas de tierra saturada que presionaban sobre las bóvedas de pizarra.

Clara se detuvo un instante para limpiar la condensación de su visera con el dorso del guante. La luz de su frontal reveló finas raíces de haya que colgaban de las grietas del techo, enredadas en filamentos de arcilla húmeda. Estaban cerca de la superficie, bajo la linde este de las propiedades de la familia Alvia. Las raíces, de un color pardo, vibraban levemente bajo el impacto de las gotas de agua.

Venas abiertas al cielo, pensó Clara al recordar la advertencia de Braulio. El agua seguía la línea de menor resistencia, y ellas estaban recorriendo ese mismo camino en sentido inverso.

A menos de cincuenta metros de allí, al otro lado del derrumbe de mampostería que sellaba la galería de saca, Elena Alvia permanecía inmóvil, encajonada en el espacio angosto donde el agua helada le cubría ya el pecho. La oscuridad era absoluta, un peso físico sobre los párpados.

Elena apretó los dientes para frenar el castañeo que le sacudía la mandíbula. El frío le atenazaba los músculos de los muslos y los brazos, y transformaba sus extremidades en apéndices pesados y ajenos. Para combatir el sopor que empezaba a nublarle los márgenes de la visión, se obligó a fijar la mente en una secuencia numérica rígida.

—Cuarenta y dos por sesenta y tres... dos mil seiscientos cuarenta y seis... —susurró. Las palabras salieron como un soplido ronco, desprovisto de vocales por la rigidez de los labios—. Cincuenta y uno... menos dieciocho... treinta y tres...

Una oleada de calor ficticio, un síntoma de la hipotermia avanzada, le recorrió el torso, invitándola a soltar la viga de boj tratada a la que se aferraba y a sumergir la cabeza en la corriente que empujaba hacia el oeste. Se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor metálico de la sangre. El dolor físico actuó como un interruptor provisional.

Tanteó a ciegas el hastial húmedo con la mano derecha. Sus dedos, entumecidos, resbalaron por la roca cubierta de limo hasta tropezar con una superficie cilíndrica y regular. No era la arista viva de la pizarra ni la fibra viscosa de la madera con creosota. Sus yemas recorrieron el contorno de una tubería de hierro fundido de tres pulgadas, una de las antiguas líneas de aire comprimido que descendían desde la superficie. El metal estaba cubierto de escamas de óxido que se desprendían al tacto, pero la estructura permanecía firme, anclada a la roca por abrazaderas de acero.

Elena hundió el brazo izquierdo en el lodo acumulado sobre la repisa de mampostería mientras buscaba a tientas un objeto sólido. Sus dedos tropezaron con un fragmento de pirita de hierro desprendido del techo. Lo aferró con un espasmo de los tendones y golpeó la tubería de hierro.

Tink.

El primer impacto fue débil, apenas un roce amortiguado por la corriente que ya le rozaba la barbilla. Se obligó a concentrar el resto de su energía en el antebrazo, ignorando el temblor descontrolado de sus hombros. Descargó la pirita con un movimiento seco, buscando el centro del tubo.

Clang.

El tañido, agudo y vibrante, resonó en el interior de la tubería y se propagó por la estructura de la galería. Esperó dos segundos, respirando el aire confinado que quedaba bajo la bóveda de pizarra,

y golpeó dos veces más, completando el patrón de tres llamadas que su padre le había enseñado para alertar a los guardas en el bosque.

Clang... Clang.

La piedra resbaló de sus dedos exhaustos y se hundió en el agua con un chapoteo sordo. Elena cerró los ojos, estirando el cuello al límite para ganar el último centímetro de aire bajo la pizarra, mientras la vibración acústica se alejaba a través del hierro hacia la negrura de los conductos adyacentes.

Ese último tañido, que viajó como un latido sordo a través de la tubería de tres pulgadas, vibró contra la palma de Clara Montes antes de perderse en la masa de pizarra húmeda. Con el agua por la cintura, la vibración se propagaba no solo por el metal, sino por la roca viva de la galería de drenaje. La corriente arrastraba un lodo espeso que se adhería a las perneras de su pantalón técnico, sumando un peso de plomo a cada avance. A su lado, Martín mantenía el foco de su linterna clavado en la pared del hastial, donde las lajas de pizarra comenzaban a separarse de la matriz geológica como las hojas de un libro húmedo.

—La pizarra está bufada —advirtió el sargento; su voz resonó metálica bajo la bóveda de piedra—. Está escupiendo el material por la presión hidráulica. Clara, este túnel trabaja al límite de su carga.

Clara ignoró la advertencia. Se aproximó a uno de los marcos de boj tratados con creosota que sostenían el techo a menos de dos metros de altura. Se despojó del casco de escalada y apoyó la sien derecha directamente contra la madera, buscando que el duramen actuara como caja de resonancia. El frío del madero, impregnado de ese vaho fenólico que le irritaba las mucosas, le entumeció la piel al instante.

Cerró los ojos y contuvo la respiración.

Detrás del murmullo continuo de la crecida que corría por el canal central, el patrón acústico se repitió. Tres golpes secos, espaciados por un intervalo regular de apenas dos segundos, seguidos de un silencio tenso y otros tres golpes idénticos. La cadencia no era el choque ciego de los detritos que la tormenta

arrastraba desde el exterior; era una llamada deliberada, un código de auxilio que utilizaba la propia estructura de la mina para propagarse por el subsuelo.

—Es ella —dijo Clara, al despegar la mejilla de la madera. La creosota le había dejado una mancha oscura y un olor acre en la piel —. Está golpeando la conducción de aire comprimido o una de las vigas maestras. El sonido viene de la sección superior, detrás del desprendimiento.

—Esa zona está colmatada, Clara. —Martín dio un paso hacia delante, tambaleándose en el fondo arcilloso—. El techo está cediendo debido a la saturación hidráulica del terreno. Si la clave del arco de mampostería se desplaza, toda la loma norte se nos vendrá encima. Escucha ese crujido.

Un chirrido agudo, como el desgarro de un tejido denso, recorrió las vigas de pino de los hastiales. El pino, blando por la humedad acumulada durante décadas, se astillaba bajo las miles de toneladas de tierra licuada que empujaban desde las galerías superiores. Una lluvia de arenilla y lascas de pizarra rompió el reflejo aceitoso de los frontales sobre el agua.

El protocolo de rescate en minas era taxativo: ante cualquier indicio de colapso estructural o deformación activa de los entibados, la dotación debía replegarse de inmediato hacia el último pozo de ventilación seguro. El riesgo de quedar atrapados por un tapón de lodo era absoluto.

Clara presionó el reloj de bolsillo de su mentor a través de la lona del chaleco táctico. El metal frío contra el pecho trajo el recuerdo del pico de Paderna. Aquella rigidez reglamentaria que la había salvado de un expediente administrativo mientras un hombre moría congelado a menos de un kilómetro de su posición, esperando una confirmación de cota que nunca llegó a tiempo. La meticulosidad del protocolo no volvería a ser una venda para sus ojos cuando la vida se medía en centímetros de aire.

—No nos vamos a retirar, Martín —dijo Clara. Su voz, firme, cortó el siseo del agua—. Si damos la vuelta ahora, el nivel del agua

alcanzará el techo de la cámara superior en menos de una hora. Elena no tiene ese tiempo.

—Si el túnel se cierra detrás de nosotros, no habrá equipo de extracción que pueda sacarnos —replicó el sargento, con la vista fija en la greda roja que teñía la corriente—. Perderemos el tiro de aire en cuanto el agua cubra las chimeneas inferiores.

—Entonces nos moveremos rápido. —Clara se ajustó la correa del casco—. Olvídate de los planos. No mires las paredes; sigue la vibración de las vigas.

Avanzó, forzando la rodilla derecha contra la resistencia del agua que ya le cubría la cintura. La articulación protestó con un pinchazo ardiente que le recorrió el tendón rotuliano hasta la cadera. Perdió el equilibrio un instante, pero Martín la sostuvo del arnés antes de que la corriente la arrastrara hacia el canal central.

—Apóyate en los montantes de la derecha —le indicó el sargento, ofreciéndole el hombro—. La pizarra es más compacta de ese lado.

Avanzaron en diagonal, esquivando las traviesas sumergidas de la antigua vía de vagonetas que se levantaban del fondo como costillas astilladas. A cada metro, Clara extendía la mano izquierda para tocar los marcos de boj. La madera tratada era su única brújula en mitad de la penumbra húmeda. La vibración de los golpes de Elena se volvía más nítida, un pulso físico transmitido por las fibras saturadas del entibado que ya no requería que apoyara la sien para ser percibido.

La galería de drenaje se estrechaba a medida que ascendían por la rampa de pizarra suelta. El espacio de aire bajo la bóveda se redujo a medio metro, obligándolos a avanzar con la cabeza inclinada entre las raíces de haya que goteaban arcilla roja sin descanso. El olor a ozono que antes bajaba de la chimenea se había disipado, sustituido por el vaho pesado de la creosota concentrado en la parte alta del túnel.

Un chasquido sordo retumbó a sus espaldas, seguido por el estrépito de las lajas al golpear el agua. Un puntal del ramal

izquierdo acababa de ceder, iniciando un desprendimiento secundario que sellaba la vía de escape hacia el pozo de ventilación número cuatro.

Martín se detuvo un instante. El vaho de su propia respiración quedó suspendido en el aire, inmóvil.

—El derrumbe ha taponado el conducto inferior. Lo que nos queda de oxígeno es lo que hay en esta cámara.

—La vibración viene de allí arriba —señaló Clara, apuntando con la linterna hacia un recodo donde la galería ascendía en un plano inclinado de mampostería de piedra seca—. El pulso es constante. No se ha detenido.

El haz de luz barrió los bloques de pizarra, dispuestos en un aparejo regular de mampostería tardía. Entre dos lajas, un hilo de agua limpia corría con fuerza, libre de la arcilla que enturbiaba el resto del túnel.

Clara avanzó arrastrando la pierna lesionada. Al aproximar los dedos a la junta de piedra de donde brotaba el hilo de agua, la vibración metálica hizo zumbar el látex de su guante. Menos de tres metros las separaban del origen del sonido, al otro lado del muro de contención donde Elena Alvia seguía golpeando la conducción de aire comprimido.

Capítulo 22

El eco de los noventa

El ascenso por el plano inclinado de mampostería exigió a Clara un esfuerzo extremo. Cada vez que apoyaba el pie derecho, la rodilla, inflamada por la caída en la Hoya de la Vieja, protestaba con un latido ardiente que trepaba por el tendón hasta la cadera. Martín la empujó desde atrás, sujetándola por la lona del arnés, hasta que las manos de la inspectora encontraron el borde de una repisa de roca seca. Con un último impulso, arrastró la pierna lesionada sobre la losa de pizarra y rodó hacia el interior de la cámara.

El aire cambió al instante. El vaho frío, cargado de creosota de las galerías inferiores, dio paso a una atmósfera estancada y templada, impregnada de un olor seco a serrín y aceite mineral. No se oía allí el siseo del agua desbordada, sino el goteo lejano e intermitente de alguna filtración menor en los hastiales de piedra.

Clara se incorporó despacio, apoyando la espalda contra la pared de ladrillo refractario que reforzaba la entrada. Martín trepó a su lado, con la respiración agitada y el uniforme cubierto de una costra de arcilla gris. Ambos mantuvieron las linternas apagadas durante unos segundos, mientras escuchaban la quietud de aquella cavidad elevada.

Frente a ellos, en mitad de la penumbra, la oscuridad no era absoluta.

Dos faroles de batería, de plástico amarillo desgastado, de los empleados en obras de carretera, permanecían encendidos sobre repisas de pizarra. Su luz mortecina, tamizada por el polvo en suspensión, recortaba las sombras de una estancia rectangular que en su día debió de servir como almacén de herramientas de la tercera planta. Las paredes de piedra viva, estables frente a las grietas que amenazaban con colapsar los niveles inferiores, configuraban un espacio de apenas veinte metros cuadrados.

Clara encendió su linterna táctica y redujo el haz al diámetro mínimo para no saturar la estancia. La luz barrió el suelo de pizarra seca antes de detenerse en el centro de la cámara.

Allí se alzaba un pesado banco de carpintería de madera de haya, con las patas de roble empotradas directamente en las juntas de la roca para evitar cualquier vibración. El tablón superior estaba surcado por miles de cicatrices de cortes antiguos, ennegrecidos por el tiempo, pero sobre esa superficie mugrienta destacaba un orden pulcro y reciente.

Clara se aproximó al banco, arrastrando la pierna derecha. Martín la siguió con la mano apoyada en la culata de su arma reglamentaria, mientras barría con la mirada los rincones oscuros de la cámara.

Sobre el tablón del banco, alineadas, reposaban las herramientas. Un rollo de lona verde albergaba una docena de gubias de precisión, con mangos de fresno pulidos por el uso y virolas de latón relucientes. Clara extrajo de su bolsillo táctico una regla metálica de tres decímetros y la aproximó a una de las gubias que destacaba en el centro del muestrario.

—Es una gubia de cañón —murmuró Clara, sin tocar el acero —. Cuatro milímetros de ancho. El ángulo de afilado del bisel es de veinte grados.

Se inclinó para observar el filo bajo la luz de su linterna. En la curvatura del metal, casi imperceptible a simple vista, se apreciaba una muesca diminuta, un mellado en el acero que interrumpía la simetría del corte. Era la microimperfección que el microscopio de comparación de la comandancia había revelado en las estrías de las figuras de boj y en la incisión perimortem de la tercera vértebra cervical de Marta Beltrán. La prueba forense estaba allí, expuesta con la fría naturalidad de un taller en activo.

Al lado del rollo de herramientas, un montón de virutas rizadas formaba una pequeña duna sobre el banco. Clara tomó una de las espirales de madera entre el índice y el pulgar. Aún elástica, conservaba la humedad de la savia.

—Boj fresco —dijo, aproximando la viruta a su rostro. El aroma limpio y vegetal de la madera recién cortada contrastaba con el vaho rancio de la mina—. Alguien ha estado trabajando aquí hoy mismo.

Junto a las virutas se alineaban cuatro figuras de madera. Dos de ellas eran simples cilindros con los extremos rebajados, apenas el esbozo de un volumen; la tercera mostraba ya la curvatura de las caderas y la inclinación de los hombros de una silueta femenina sin rostro; la cuarta estaba terminada. Era idéntica a la que Clara había rescatado de la vaguada del punto L-14. La madera, de un amarillo pálido, mostraba cortes limpios a contraveta, sin rastro de la colonización fúngica que había desgastado la pieza de los noventa. En la base del cuello, tres incisiones paralelas reflejaban la luz con una precisión geométrica.

Martín se detuvo al otro lado del banco. Su rostro curtido se había tensado bajo la luz blanca de los faroles. Señaló con el dedo hacia la pared de pizarra que quedaba a la espalda del mueble.

—Clara. Mira esto.

La inspectora desplazó el haz de su linterna hacia el hastial de piedra.

La roca estaba cubierta por decenas de recortes de prensa amarillentos, fijados a la pizarra con grasa de vagoneta y cera de vela. Las fechas de los diarios abarcaban desde octubre de 1992 hasta noviembre de 1994.

El Diario Montañés, *Alerta*, *El Correo*. Los titulares, devorados por la humedad del subsuelo pero aún legibles, componían una crónica minuciosa del terror que había paralizado al valle treinta años atrás. *"Desaparece una joven de diecinueve años en el hayedo de Aranzo"*, *"La Guardia Civil intensifica la búsqueda de Marta Beltrán"*, *"Detenido Nemesio Silva, el viejo carbonero"*.

Sobre algunos de los recortes, trazos gruesos de lápiz de carpintero rojo unían los nombres de las víctimas con anotaciones topográficas manuscritas. Pequeños croquis de las curvas de nivel

del hayedo, marcas en forma de cruz que coincidían con las chimeneas de ventilación y flechas que apuntaban hacia el subsuelo.

En el centro del mural de papel, una fotografía de Marta Beltrán extraída de un boletín de búsqueda permanecía enmarcada por un trozo de corteza de haya seca. Alguien había limpiado el polvo de la superficie del papel con regularidad; la imagen de la joven mostraba una nitidez casi insultante en comparación con la degradación de los textos colindantes.

—No era solo su escondite —dijo Clara, contemplando el ensamblaje de noticias—. Es su memoria. Su santuario. Ha vivido aquí abajo, alimentando la misma obsesión durante tres décadas mientras el pueblo culpaba a un hombre postrado en una cama.

—El viejo Nemesio no habría podido subir esa rampa ni con ayuda —comentó Martín, con la voz apagada por una mezcla de rabia y cansancio—. Todo el mundo quería un culpable rápido para abrir la mina. Y Tomás Alvia les dio lo que pedían.

Clara se inclinó sobre el suelo, esquivando el dolor de la rodilla, para examinar el espacio bajo el banco de carpintería. Entre el polvo de pizarra y las virutas de madera, distinguió una mancha oscura y húmeda sobre la roca. Se arrodilló con dificultad y presionó la yema de su dedo guarnecido de látex contra el lodo.

Era arcilla ferruginosa, de un ocre denso y brillante. Al levantar el dedo, el sedimento retuvo la forma de su huella.

—Martín —dijo Clara, alzando la vista hacia el sargento—. El barro de las suelas aún está blando. No ha tenido tiempo de secarse en este ambiente.

Martín barrió la estancia con el foco de su linterna, buscando alguna otra salida. En el extremo opuesto de la cámara, un estrecho túnel de saca, reforzado con mampostería de ladrillo y libre de entibados de madera, se internaba en la roca con una pendiente descendente. Del interior de la galería llegaba un murmullo sordo, el rumor del agua que corría por el canal de drenaje de la tercera planta.

Clara se puso en pie, apoyando el peso en la pierna izquierda. Su mano derecha buscó el farol de batería amarillo que descansaba sobre la repisa más cercana al banco. Al aferrar la carcasa de plástico para moverlo, detuvo el gesto.

El plástico del farol estaba caliente al tacto. El calor del circuito y de la bombilla LED vibraba bajo su palma, delatando que alguien había manipulado el interruptor pocos minutos antes.

Clara miró a Martín en silencio. El sargento asintió y dio un paso atrás, mientras orientaba la linterna hacia la boca del túnel descendente de donde provenía el sonido del agua.

Mientras tanto, en la superficie, ese mismo sonido del agua, filtrado desde las profundidades de la loma norte hasta convertirse en un retumbo sordo bajo las losas de la plaza de Aranzo, detuvo el paso de Santiago frente a la escalinata del ayuntamiento. Bajo la llovizna helada que ya clareaba en aguanieve, apretó contra el costado el fardo que llevaba oculto bajo el capote de lona y empujó la hoja de madera de la entrada.

El chirrido de las bisagras quedó sepultado por el silbido del viento que azotaba el porche. En el interior de la oficina provisional de la Guardia Civil, el aire estaba saturado de vaho a gasoil y café recalentado; el generador portátil, instalado en el patio trasero, mantenía un traqueteo constante que hacía vibrar los cristales.

Bajo la luz del fluorescente que zumbaba con desgana, el agente Peña apilaba carpetas de cartón en un cajón de plástico gris, mientras Bautista, con el chubasquero empapado y los hombros encogidos, forcejeaba con el dial del transceptor de radio de banda lateral. Solo obtenían un siseo seco, roto por el restallido de los truenos sobre la loma norte.

Santiago avanzó hacia el centro de la estancia sin quitarse la gorra de hule. El agua de la lluvia escurría por la visera y dibujaba hilos brillantes sobre los surcos de sus mejillas antes de perderse en el cuello de lana de su chaqueta. El fardo, envuelto en lona encerada verde oliva, desprendía un olor rancio a papel viejo y sótano.

Peña se detuvo con una carpeta a medio guardar. Sus ojos enrojecidos se fijaron en el recién llegado.

—Santiago, tienes que marcharte a casa —dijo el agente, señalando con el mentón hacia la ventana—. La carretera de la loma media está cediendo por tramos y tenemos orden de evacuar el retén en cuanto corten la línea secundaria. La búsqueda de la chica se ha suspendido oficialmente.

Santiago no dio un paso atrás. Se acercó a la mesa de pino donde la inspectora Montes organizaba las cuadrículas de búsqueda. Apartó los vasos de plástico usados y un mapa catastral arrugado, despejando la madera, y colocó el fardo en el centro con un golpe seco. Sus dedos, rígidos por la artrosis, desataron el cordel de cáñamo que aseguraba la lona.

—No os vais a ir —dijo Santiago. Su voz áspera hizo que Bautista soltara el dial de la radio y se girara despacio—. Ninguno de nosotros se va a mover de aquí.

Al retirar la lona, el papel vegetal se desplegó con un chasquido quebradizo. Era el plano original del sistema de esclusas y conductos de drenaje de la tercera planta de la mina San José, fechado en octubre de 1978. En los márgenes inferiores destacaban los sellos de la Dirección General de Minas y las firmas en tinta ferrogálica bajo la luz del fluorescente.

Peña se inclinó sobre la mesa, observando las líneas en tinta china que delimitaban las galerías subterráneas.

—La inspectora Montes ya llevaba los esquemas de saca de ese año —señaló el agente, frunciendo el ceño—. ¿Qué aporta esto?

—El plano de la inspectora no incluye el anexo de seguridad —explicó Santiago, golpeando el papel con el reverso de los dedos —. Tomás Alvia ordenó ocultar este documento para que nadie supiera cómo bloquear las galerías auxiliares. Si el caudal del barranco supera la cota de la tercera planta, la presión del agua activará los contrapesos de mampostería de las esclusas. Se cerrarán solas y quedarán bloqueadas por el fango. Nadie podrá abrirlas desde el interior.

Bautista se aproximó a la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho húmedo.

—La inspectora y el sargento Olmedo firmaron el acta de repliegue hace horas, Santiago. El Patrol de la comandancia no está fuera.

Santiago soltó una risa seca que derivó en tos asmática.

—¿De verdad creéis que Martín iba a dejar a esa muchacha ahí abajo por un papel firmado en la capital? Han bajado por el Pozo Cuatro. Lo sé yo, lo sabe Tomás Alvia y lo sabe el diablo que lleva treinta años esperando en las galerías de la loma norte.

La mención del pozo auxiliar y del nombre de Tomás Alvia silenció la estancia. Peña miró el plano de las esclusas y luego el rostro surcado del viejo guarda.

—Habla claro de una vez, Santiago —instó Peña.

Santiago apoyó los nudillos sobre la mesa, hundiendo el peso de su cuerpo en el papel vegetal.

—En el noventa y cuatro no fue el viejo Nemesio —dijo Santiago, con una ronquera que le cortó la respiración—. Nemesio apenas podía sostener la azuela con la mano derecha tras el ictus de aquel verano. No habría tenido fuerzas para arrastrar a Marta Beltrán por la arcilla de las paulinas. Pero Tomás Alvia necesitaba que la mina siguiera abierta. Si la Guardia Civil registraba las galerías de saca ilegales que cruzaban bajo la linde de la Casona, la explotación se habría clausurado y la familia habría perdido la concesión. Así que Tomás pagó al cabo Ortiz para que plantara la figura de boj en la cabaña de Nemesio. Y en el pueblo callamos porque la mina daba de comer a todos.

Bautista dio un paso atrás, rozando la estantería metálica.

—¿El viejo carbonero murió en el penal siendo inocente?

—Murió pagando por el capataz —dijo Santiago, mirando hacia la negrura exterior de la ventana—. Julián Castro era el que hacía el trabajo sucio para Alejandro Alvia y luego para Tomás. Un hombre que conocía cada viga de boj, cada rincón de la tercera

planta. Cuando la mina cerró en el noventa y seis, Tomás no lo echó del valle; le dio la cabaña de la loma norte y le pagaba un sueldo para que vigilara las chimeneas y mantuviera las esclusas cerradas. Treinta años oculto en el subsuelo, tallando esas figuras con la madera de los puntales.

El viejo guarda señaló con el índice una sección del plano de 1978 donde las líneas de drenaje se estrechaban hasta formar un embudo junto a una compuerta metálica.

—Elena Alvia encontró las fosas de las chicas de los noventa porque estaba midiendo la química del suelo sobre las chimeneas de ventilación. Julián la vio desde el subsuelo. La arrastró hacia abajo por el Pozo Cuatro. Y ahora el río Aranzo está rompiendo las defensas del barranco. Si el caudal colmata el canal de saca de la derecha, la galería se convertirá en una balsa cerrada. Elena está aquí, en la cámara de recepción de lodos.

Peña examinó el plano con urgencia. Sus dedos recorrieron las cotas de nivel y las acotaciones manuscritas que detallaban el sistema de esclusas de seguridad.

—Este sector se inunda por completo en cuanto el desbordamiento supere la cota veinticuatro —observó Peña, con la voz tensa—. La presión hidráulica bloqueará las compuertas de mampostería. No podrán abrirse desde dentro.

—Por eso estoy aquí —dijo Santiago, enderezando los hombros—. Fui un cobarde cuando enterramos a Marta Beltrán bajo el silencio del pueblo. No voy a dejar que ocurra lo mismo hoy.

Santiago dio un golpe con la palma de la mano sobre el plano de las esclusas.

—Llamad a los buzos de la Guardia Civil. Avisad a los GEAS de la comandancia provincial. Tienen que introducir los equipos de respiración y las cizallas hidráulicas por la chimenea del Pozo Cuatro antes de que el lodo selle la entrada. Si no lo hacéis, la inspectora Montes y Martín se ahogarán con ella en esa fosa.

Peña se volvió de inmediato hacia la mesa de comunicaciones, descolgó el transceptor de onda corta y, al

comprobar que la estática impedía el enlace directo, hizo una seña a Bautista.

—Ve al Patrol de la dotación —le ordenó—. Usa la radio de alta frecuencia del vehículo y pide prioridad absoluta para un rescate subacuático en la mina San José. Dales las coordenadas del Pozo Cuatro que figuran en este plano. ¡Muévete!

Bautista asintió, tomó su linterna y salió bajo el aguanieve que azotaba el patio. El portazo resonó en la madera vieja del ayuntamiento, seguido por el rugido del motor del todoterreno al arrancar en el barro.

Santiago permaneció inmóvil frente a la mesa de mapas. El fluorescente parpadeó una vez más, dibujando su sombra cansada sobre la retícula de la mina San José. Se volvió despacio, arrastrando las botas hacia la salida. Al salir al porche de piedra del ayuntamiento, las primeras sirenas de los equipos de rescate sonaron a lo lejos, recortando el viento mientras ascendían hacia la loma norte.

El eco sordo de las sirenas, filtrado por metros de pizarra y arcilla hasta convertirse en un zumbido apenas perceptible, no distrajo a Clara Montes. Mantenía las yemas sobre el plástico caliente del farol de batería, atenta a la vibración sutil de la energía remanente. A su lado, Martín sostenía la linterna enfocada hacia la boca del túnel descendente; sin embargo, un crujido seco, ajeno al siseo del agua, hizo que la inspectora girara la cabeza hacia la penumbra del fondo de la cámara.

Un paso pesado, arrastrado sobre las lajas de pizarra suelta. Luego, otro.

De la oscuridad, más allá del alcance de los faroles, emergió una silueta maciza, recortada contra los pilares de piedra seca. Vestía un capote de lona encerada, ennegrecido por la grasa de vagoneta y el polvo de hulla, que goteaba agua turbia sobre el suelo arcilloso. No llevaba casco; el cabello ralo, apelmazado por el aguanieve, se le pegaba a una frente surcada de cicatrices grises.

En su mano derecha, de nudillos deformados y uñas teñidas de un negro perenne, sostenía una gubia de gran tamaño. No era una de las herramientas alineadas sobre el banco de haya, sino un formón de desbaste curvo, con un mango largo de fresno y una hoja de acero templado de casi tres centímetros de ancho cuyo bisel brillaba, recién afilado, bajo la luz de las linternas.

Martín dio un paso lateral, interponiéndose a medias entre Clara y el recién llegado, con la mano derecha sobre la funda de su arma reglamentaria.

—¡Castro! —la voz del sargento rebotó en las lajas del techo, perdiendo fuerza en la atmósfera húmeda—. Alto ahí. Deja la herramienta en el suelo.

Julián Castro no miró al sargento. Sus ojos, pequeños y hundidos bajo cejas pobladas de vello canoso, permanecían fijos en Clara; el izquierdo mostraba la opacidad de una catarata incipiente. Sostenía la mirada con una calma densa, la paciencia mineral de quien ha pasado treinta años midiendo el tiempo por el goteo de las filtraciones.

—Ha tocado las figuras —dijo Castro. Su voz era un chirrido seco, el roce de dos maderas muertas—. No debería haberlas tocado con esos guantes. El plástico les quita el calor.

Clara no retrocedió. A pesar del pinchazo agudo que le recorría la rodilla derecha, enderezó la espalda y apoyó los dedos en el borde del banco de carpintería. Midió la distancia, la inclinación del suelo arcilloso y el peso de la gubia que el viejo capataz sostenía con una familiaridad anatómica.

—No es boj silvestre, Julián —dijo Clara, con tono neutro—. El boj del hayedo es blando, se agrieta con la helada si no se cura durante años. Este es duramen de las vigas de la tercera planta. Impregnado en autoclave con creosota de hulla antes del cierre de la mina.

Castro detuvo su avance a tres metros del banco. El viejo entornó los ojos y bajó levemente el extremo de la gubia, aunque sus dedos no relajaron la presión sobre el mango de fresno.

—El boj de fuera no sirve —respondió el viejo, inclinando la cabeza hacia el mural de recortes de prensa—. La lluvia lo deshace. Lo vuelve blando, como la carne. Pero la veta tratada aguanta la tierra gris. Treinta años ahí abajo y sigue limpia. Amarilla. Como el primer día.

—Como el cuerpo de Marta Beltrán —añadió Clara, sosteniendo la mirada del capataz—. Encontré su fosa en la vaguada del punto L-14, a veintidós metros de la alambrada de los Alvia. La greda gris conservó sus restos porque el drenaje de los setenta impidió que el oxígeno destruyera el colágeno de los huesos. Y junto a ella, la figura. La misma que tallaste con la muesca de tu gubia de cuatro milímetros.

Castro emitió un resoplido áspero, revelando unos dientes escasos y gastados.

—El cabo Ortiz era un necio. Buscaba marcas de hacha. Buscaba un monstruo con las manos llenas de sangre. Y Tomás... Tomás solo quería que las vagonetas siguieran saliendo. Me dieron al viejo Nemesio en bandeja. Un pobre diablo que no podía ni abrocharse la bragueta con la mano izquierda tras el ataque. ¿Cómo iba Nemesio a labrar el boj a contraveta? Se le habría astillado en el primer rebaje.

—Nemesio Silva sufrió un infarto cerebral tres semanas antes de la desaparición de Marta —dijo Clara—. Su sumario era una falsificación burda, pero servía para proteger la concesión minera de los Alvia. Y tú te quedaste aquí, vigilando las chimeneas para Tomás, cobrando un sueldo por mantener el silencio y el agua a raya.

—Yo no vigilo para Tomás —escupió Castro, y por primera vez la gubia osciló en su puño, trazando un arco corto en el aire húmedo —. Tomás es un cobarde que tiembla cuando el río ruge. Yo cuido del bosque. De lo que hay debajo. Ellas... ellas venían a buscar flores, a medir las hojas, a reírse del viejo de la loma. No sabían lo que es la montaña. No sabían que la tierra se lo traga todo si no le das algo que resista.

Se giró a medias, señalando con la hoja de acero hacia el mural de recortes de prensa.

—Marta era hermosa, pero la carne se pudre en una semana. Se vuelve lodo gris, como el fondo del canal. Yo le di un cuerpo que no se dobla. Un cuerpo de boj que la creosota protege de los gusanos y de la humedad. La salvé de este pueblo miserable. La sembré donde la loma no puede olvidarla.

—Por eso secuestraste a Elena —dijo Clara, deslizando la mano derecha milímetro a milímetro hacia el bolsillo de su chaleco, donde el reloj de bolsillo de su mentor seguía latiendo—. Porque sus muestras de suelo estaban midiendo el nitrógeno de tus siembras. Encontró el exceso de amoníaco que la tierra no podía digerir. Sabías que, si seguía cavando, llegaría a las fosas del noventa y cuatro.

—Ella era distinta —murmuró Castro, y su voz recuperó ese tono plano, casi melancólico, de las profundidades—. Entendía la tierra. Hablaba de las ortigas, de las paulinas, de cómo el suelo recuerda lo que se entierra. Pero quería airearlo todo. Quería que vinieran los camiones de la ciudad, las excavadoras, la gente con uniformes a remover la loma. Habría destrozado el jardín.

Bajo el capote de lona encerada de Castro, sujeto a una gruesa correa de cuero militar, un manojo de llaves de hierro oxidado tintineó levemente con su respiración agitada. Clara fijó la vista en el metal: tres llaves de paletón ancho, del tipo utilizado para los candados de saca y las compuertas de las esclusas.

—¿Dónde está, Julián? —preguntó Clara, dando un paso imperceptible hacia delante, ignorando el dolor que amenazaba con hacerle flaquear la rodilla—. El río ha roto el dique arriba. El ramal este se está inundando a un metro por hora. Si las esclusas de mampostería se cierran por la presión, el agua cubrirá el techo de la tercera planta en menos de una hora. No quedará aire.

Castro la miró con fijeza gélida. La gubia de desbaste volvió a apuntar hacia el pecho de Clara.

—Ya es tarde para ella —dijo el viejo, con una sonrisa sutil—. El agua ya debe de estar lavando el boj. Es el ciclo, inspectora. La

montaña vuelve a cerrarse. Y ustedes no debieron bajar.

El vaho a creosota subía del pozo, denso, enturbiando el aire de la cámara. Martín tensó los hombros, con el peso del cuerpo volcado hacia delante, listo para saltar. Clara sostuvo la mirada de Castro, midiendo el espacio que los separaba y el brillo del acero en la penumbra.

Capítulo 23

La última corriente

La tensión en la cámara de herramientas se quebró sin un solo grito. Julián Castro no vaciló; no había en sus ojos titubeo, sino la resolución fría de quien conoce cada ángulo muerto del subsuelo. Dio un paso corto, hundió la bota en la arcilla blanda y descargó el formón de desbaste en una diagonal descendente hacia el cuello de Clara. El acero templado, con su bisel afilado a espejo, cortó el aire húmedo con un silbido limpio.

Martín se lanzó hacia delante con los hombros bajos para interceptar el ataque, pero la película aceitosa de greda y agua de escorrentía anuló su tracción. Su bota derecha resbaló en las lajas de pizarra suelta. Perdió el equilibrio, su masa corporal batió el aire y cayó de costado contra la base del muro de mampostería. El crujido de su hombro al chocar contra la piedra seca coincidió con un juramento que la humedad del túnel apagó de inmediato.

Clara se quedó sola frente al acero.

Su rodilla derecha, inflamada tras la caída en la Hoya de la Vieja, protestó con un latido ardiente al intentar retrasar el pie. Un paso atrás la habría arrojado al suelo arcilloso, desarmada. La parálisis de los Pirineos se disolvió ante la inmediatez del metal que bajaba hacia ella. No calculó trayectorias; aplicó la memoria muscular del entrenamiento de defensa táctica.

Pivotó sobre el talón izquierdo, el único que mantenía un agarre firme en la roca.

Dejó que la hoja del formón pasara a escasos centímetros de su chaleco y sintió el vaho frío del acero cerca del rostro. Mientras la inercia arrastraba el cuerpo de Castro hacia delante, Clara alzó la mano izquierda y golpeó con el talón de la palma el antebrazo del capataz, desviando el arma hacia el exterior. Con la mano derecha,

ignorando el pinchazo que le recorría el tendón rotuliano hasta la cadera, aferró la muñeca de Castro.

La piel del viejo era áspera y fría como la corteza de un haya. Sus tendones, moldeados por décadas de empuñar la gubia, resistieron la presión con una fuerza mineral. Castro intentó recuperar la posición, giró el cuerpo para golpear a Clara con el codo libre, pero la inspectora utilizó el propio empuje del atacante.

Se deslizó hacia el interior de su guardia y anuló el alcance del brazo armado. Su hombro izquierdo impactó contra el pecho de Castro, impregnado de un olor rancio a grasa de vagoneta y sudor seco. Clara hundió el peso de su cuerpo y forzó una luxación de la muñeca mediante una palanca inversa sobre el cúbito.

La articulación cedió con un chasquido sordo. Los dedos del capataz, deformados por la artrosis, se abrieron de manera refleja. El pesado formón de desbaste resbaló de su mano y cayó sobre el suelo de pizarra; rebotó con un tintineo metálico antes de perderse por la pendiente del túnel.

Castro soltó un bufido ronco. Con la mano izquierda libre, aferró la solapa del chaleco de Clara para arrastrarla al suelo. El peso del viejo desestabilizó a la inspectora; su rodilla herida cedió por completo, lo que la obligó a apoyar la articulación directamente sobre el barro. El dolor fue una aguja al rojo vivo que le nubló la vista, pero la adrenalina contuvo la náusea.

Clara encajó el antebrazo derecho bajo la barbilla de Castro y empujó, utilizando el borde del banco de carpintería como cuña.

El cuerpo del viejo chocó contra el pesado tablón de haya. Las virutas de boj fresco volaron en una espiral pálida y las figuras talladas vibraron sobre la madera; una de ellas cayó al suelo, rodando hacia la oscuridad. Clara mantuvo la presión del antebrazo sobre la tráquea de Castro, bloqueando su movilidad contra el canto del banco, mientras aseguraba el brazo luxado contra la madera mugrienta.

—¡Martín! —consiguió articular, con la garganta seca por el esfuerzo.

El sargento, que ya se incorporaba presionando su hombro lastimado y con el rostro cubierto de arcilla gris, se arrojó sobre ellos. Su mano cayó sobre el hombro de Castro, aplastándolo contra el banco, mientras extraía los grilletes de su cinturón. Las esposas cerraron con tres clics rápidos sobre las muñecas del capataz, cuya resistencia se desinfló bajo la presión del acero.

Castro quedó inmóvil, con la mejilla apoyada sobre las cicatrices del banco de carpintería, respirando con dificultad. Sus ojos, fijos en la nada, conservaban una calma densa y mineral.

La inspectora dio un paso atrás, tambaleándose. Apoyó la mano en la pared de ladrillo refractario; su rodilla derecha temblaba bajo el pantalón técnico, caliente por la inflamación. El aire sabía a ozono, a polvo de hulla y a la creosota que goteaba de los entibados superiores.

El murmullo del agua en el túnel descendente se había convertido en un retumbo constante, un siseo sordo que indicaba que el caudal del río Aranzo ya colmataba las galerías de la tercera planta.

Clara se inclinó sobre Castro. Con dedos rápidos y precisos, apartó los pliegues de la lona húmeda de su capote hasta dar con la correa de cuero que cruzaba su cintura.

Allí colgaba el manojo de llaves de hierro.

Tiró del cordel de cáñamo que las unía al cinturón y lo rompió con un tirón seco. Las llaves tintinearon en su mano, pesadas, cubiertas de una pátina de grasa negra que le manchó los guantes de nitrilo.

Eran tres llaves de paletón ancho, de manufactura industrial antigua.

Clara las acercó al haz de luz de la linterna de Martín. Su mente comenzó a descartar opciones basándose en el desgaste del metal, aplicando el mismo rigor microscópico que había usado con las marcas de las gubias.

La primera llave, la más pequeña, de hierro corroído, presentaba un ojo cuadrado y un paletón simple, sin estrías de seguridad; era la llave de un candado común.

La segunda era larga, de hierro forjado, con los dientes del paletón obstruidos por una costra de óxido y arcilla seca. No se había utilizado en años.

La tercera llave era de idéntica factura, pero el óxido rojizo que cubría las otras dos había sido desgastado en los bordes de las guardas por la fricción mecánica. El metal expuesto, de un gris plomizo, delataba un uso constante y reciente que impedía que la corrosión volviera a asentarse a pesar de la humedad extrema del subsuelo. Además, en el ojo de la llave, alguien había realizado una muesca profunda con una lima de triángulo; un relieve táctil que permitía identificarla al tacto en la oscuridad de las galerías.

—Es esta —dijo Clara, mientras separaba la llave marcada con el índice—. El desgaste de las guardas coincide con los pasadores de seguridad del plano del setenta y ocho.

Martín asintió y se secó el lodo de la frente con el dorso de la mano. Su respiración se mantenía ruidosa, marcada por el dolor del hombro.

—La cámara de recepción de lodos está al final de la rampa —señaló el sargento, mientras apuntaba con su linterna hacia la boca del túnel descendente—. El agua está subiendo por el canal auxiliar. Si la escorrentía ha cerrado la esclusa, Elena estará atrapada detrás de la chapa de hierro. El nivel del agua ya debe de haber superado la cota del suelo de esa celda.

Clara guardó las otras dos llaves en el bolsillo estanco de su chaleco y apretó la llave desgastada. La vibración de los puntales de boj, que transmitía el latido de la tormenta exterior, parecía acelerarse. El reloj de bolsillo de su mentor, bajo el chaleco, marcaba un tiempo que ya no se medía en horas, sino en los centímetros de aire que le quedaban a Elena bajo la bóveda de pizarra.

—Muévete, Martín —ordenó Clara, mientras forzaba a su pierna lesionada a dar el primer paso hacia la negrura del túnel

descendente—. No nos queda aire.

La bota de Clara, al asentarse en la pendiente de saca, arrastró un aluvión de pizarras sueltas que rodaron rampa abajo y se perdieron en el murmullo de la corriente. Martín la sostuvo por el correaje del arnés para aliviar el peso sobre su rodilla derecha, que latía con un ardor sordo a cada flexión contra el barro. La galería descendente, abovedada con ladrillo refractario, canalizaba el agua con una violencia constante; el caudal les sobrepasaba las rodillas y los empujaba hacia el fondo del tercer nivel de la explotación. Al final de la rampa, el haz de la linterna de Martín recortó la silueta de la compuerta de hierro, encajada en un marco de mampostería hidráulica. Clara avanzó a tientas, estiró la mano izquierda para tantear el ojo de la cerradura y encajó la llave desgastada en la bocallave ciega. El metal no giró; el lodo arcilloso, compacto como el cemento, había colmatado el mecanismo interno de los pasadores de bronce. Martín alzó la palanqueta de acero y descargó un golpe seco contra el borde del batiente para desincrustar la costra de greda.

La vibración del impacto viajó por la chapa de hierro de la compuerta y se propagó por la red de entibados de la cámara, agitando la cabeza del clavo oxidado donde Elena Alvia mantenía aferrada la yema del dedo corazón izquierdo. Fue una oscilación mínima, pero en la oscuridad del habitáculo sellado, el roce del metal contra su uña rasgada interrumpió el sopor del frío que le trepaba por los brazos.

El agua ya no corría con el estrépito de una corriente libre; se había estancado bajo el techo de piedra seca, confinada en un espacio que trabajaba como un vaso de expansión. El nivel rozaba el borde inferior de su mentón, lo que la obligaba a mantener la cabeza inclinada hacia atrás, con la nuca presionada contra las lajas ásperas de la pizarra. Su cabello, apelmazado por la sangre de la herida occipital, se adhería a la piedra gélida. A cada intento de inspirar, el agua helada le rozaba el labio inferior y reducía el volumen de aire disponible a una franja de apenas tres centímetros de espesor. El aire en ese espacio residual era un vaho denso, saturado de los vapores fenólicos de la creosota que irritaban sus

bronquios y le provocaban espasmos reflejos en la garganta. El goteo de la filtración superior golpeaba la superficie del líquido con un ritmo monótono, un eco que se multiplicaba bajo la cúpula de roca.

Sus extremidades inferiores flotaban inertes en la masa líquida, dos bultos pesados que el vaivén del agua hacía chocar contra las lajas del fondo. El brazo derecho, rígido por la parálisis que le provocaba la temperatura extrema, colgaba sumergido y se balanceaba al ritmo del lodo que la tormenta seguía empujando por los conductos de drenaje inferiores. Se sostenía únicamente por la contracción de la mano izquierda, cuyos tendones se habían endurecido en una rigidez espasmódica alrededor del perno de hierro. La uña, hundida en la cabeza rugosa del clavo, era el único punto de tracción que impedía que el peso de su cuerpo la arrastrara hacia el fondo de la balsa negra. La aspereza del óxido contra la yema del dedo era el último límite físico frente a la corriente.

Los espasmos musculares que habían sacudido su tórax durante la última hora cesaron de golpe y dieron paso a una rigidez que le entumeció las mandíbulas. Una pesadez densa comenzó a extenderse por su pecho, adormeciendo las articulaciones. En la negrura absoluta de la cámara, sus pupilas dilatadas buscaron un punto de referencia, pero la retina, privada de estímulos, comenzó a proyectar formas erráticas. Manchas de un amarillo pálido, similares al follaje de las hayas jóvenes en otoño, flotaron en su campo visual. Intentó aferrarse a la clasificación botánica para no perderse en la oscuridad. *Fagus sylvatica*, repitió mentalmente, forzando a su cerebro a dibujar la estructura de las hojas, los nervios paralelos, el tacto de los brotes de primavera. Luego, *Urtica dioica*, la persistencia de las raíces en los suelos ricos, el nitrógeno que alimenta el verde oscuro de los tallos.

El olor penetrante a fenol y creosota pareció difuminarse bajo el recuerdo de la hojarasca seca del bosque. Una ráfaga imaginaria de viento tibio le acarició la frente y trajo el murmullo lejano de un riachuelo que corría sobre guijarros limpios, bajo un sol que se filtraba entre las copas de los árboles, lejos del subsuelo de Aranzo.

Los dedos de la mano izquierda comenzaron a aflojar la presión sobre el perno, deslizándose milímetro a milímetro por la madera aceitosa. La somnolencia le pesaba en los párpados, densa como un manto de hojas húmedas.

Un estruendo metálico rompió la penumbra. El impacto, seco, reverberó en la mampostería y levantó una onda de agua que le cubrió el rostro. Elena tosió de forma refleja y tragó una bocanada de agua arcillosa que le abrasó las vías respiratorias. El dolor la devolvió a la celda de mampostería. La sacudida la obligó a aferrar de nuevo el clavo con la yema de los dedos, buscando el agarre de la cabeza oxidada. El sabor a hierro y fango le llenó la boca.

Al otro lado del batiente, el sonido se repitió. Un crujido de hierro forzado por una palanca se transmitió por el marco de la compuerta, acompañado de un murmullo de voces ahogadas por el espesor del lodo y la chapa. El roce del metal contra las bisagras emitió un chirrido agudo que hizo vibrar el agua a la altura de sus oídos. Elena estiró el cuello al máximo, deslizando la piel de la nuca contra la pizarra, y presionó la nariz y los labios contra la ranura de ventilación de la compuerta.

La ranura, una hendidura de apenas dos centímetros en la parte superior del marco, dejaba pasar un hilo de aire frío que olía a lluvia exterior. El borde del hierro le cortó el labio superior, pero continuó empujando la cara contra el metal para inhalar ese flujo de oxígeno. Sus pulmones se expandieron con dificultad bajo la presión del agua que le oprimía el tórax. Cada bocanada de aire limpio disipaba la neblina que amenazaba con nublar su vista y le devolvía la nitidez de los sonidos que se producían en la galería de saca. Escuchó un jadear fatigado y el chapoteo de unas botas que buscaban apoyo en el umbral inundado.

La compuerta volvió a vibrar. El pasador exterior chirrió bajo la tracción de la barra de hierro. En el habitáculo, la viga de boj que sostenía el clavo emitió un chasquido sordo y se astilló bajo el peso suspendido de su cuerpo. Los dedos de Elena, cubiertos de fango y grasa de creosota, resbalaron un milímetro más por el perno oxidado. Mantuvo la nariz encajada en el borde de la ranura, con los

ojos cerrados, sosteniendo el último aliento de aire limpio mientras el metal crujía al otro lado del batiente.

El chirrido del pasador exterior, sometido a la torsión de la barra de hierro, vibró a través del acero de la palanqueta hasta los huesos de los brazos de Clara. El metal de la compuerta crujía bajo la presión del agua estancada al otro lado, un lamento sordo que se propagaba por los entibados de la galería de saca. No había margen para insistir con la llave marcada; el tapón de greda ferruginosa que colmataba el ojo de la cerradura había anulado el latón antes de que pudiera girar un solo grado, y forzarlo habría supuesto quebrar la única copia dentro del mecanismo ciego.

Martín, apoyado contra la mampostería húmeda del hastial para ganar tracción en el suelo inundado, empujaba el extremo del vástago con un jadeo rítmico. Cada vaivén de la barra arrancaba costras de óxido y lodo licuado que salpicaban el agua estancada a la altura de sus cinturas. El caudal ya rebosaba por las holguras del marco de piedra seca, proyectando finos chorros a presión que golpeaban la lona de sus chalecos tácticos con un siseo constante.

Clara acomodó las manos enguantadas sobre el metal frío de la palanqueta, buscando el punto de apoyo más cercano al sillar. Al flexionar las piernas para afianzar las botas en una de las traviesas de pino sumergidas, un pinchazo ardiente le cruzó la rótula derecha. El dolor le trepó por el tendón rotuliano hasta la cadera, cortándole la respiración. El vaho de su boca quedó suspendido un instante en el aire pesado, rancio por la creosota que goteaba de los marcos superiores. Tuvo que apoyar todo el peso en la pierna izquierda, encajando el talón contra la madera carcomida para no ser arrastrada por la corriente de la rampa.

—Está cediendo la pletina superior —advirtió Martín entre jadeos—. Pero el fango hace ventosa por dentro. Necesitamos un golpe seco, Clara.

El sargento se encajó detrás de ella, rodeando su torso con el brazo para sumar su masa a la palanca. Clara apretó los dientes y

tensó los cuádriceps para fijar la posición, ignorando el latido sordo de la rodilla.

—A la de tres —dijo Martín, y su aliento cálido empañó un instante la nuca de la inspectora—. Una... dos... ¡tres!

El vástago de acero se curvó bajo el empuje conjunto. Bajo la bóveda de ladrillo refractario, solo se escuchaba el siseo del agua que escapaba a presión, haciendo vibrar la chapa de hierro. Entonces, un chasquido metálico, seco como un disparo, retumbó en la cavidad.

La pletina del cerrojo se partió en dos secciones desiguales. El extremo de la palanqueta resbaló por la piedra caliza y arrancó una breve estela de chispas anaranjadas que se extinguió al instante en la humedad del aire.

La compuerta de hierro, liberada de su anclaje, cedió de golpe. Un torrente de agua turbia estalló hacia el exterior y arrastró consigo el cuerpo de Elena. Clara se arrojó hacia delante; sus brazos alcanzaron a Elena antes de que la corriente la proyectara contra el fondo del canal. El impacto contra las lajas de pizarra sumergidas la dejó sin aire, pero logró aferrar la ropa de la joven mientras caían juntas en el agua helada.

Martín, que había sido desplazado contra el muro por el golpe del batiente, se incorporó de inmediato para ayudar a Clara a izar a la joven hacia la plataforma de piedra seca que quedaba junto al plano inclinado de la tercera planta.

Elena pesaba con la inercia de la ropa empapada. Su cabeza cayó hacia atrás, dejando a la vista una herida en la nuca ya lavada por el agua. Estaba pálida, helada y casi sin respuesta, con las manos cerradas por el frío.

Clara la tendió sobre la losa de pizarra inclinada y se aseguró de que la cabeza quedara por encima del nivel del canal de drenaje. Con dedos entumecidos por el frío, apartó los mechones de cabello claro que se le adherían al rostro y comprobó si podía respirar.

El barro le cerraba parcialmente la boca. Clara retiró con cuidado la arcilla visible, la colocó de lado y ayudó a que recuperara

el paso del aire.

Elena reaccionó con una sacudida débil. Expulsó agua arcillosa y después tomó aire en jadeos cortos, todavía irregulares, dentro de la galería.

Clara buscó el pulso en el cuello de la joven. La piel de Elena estaba helada y resbaladiza por la película de creosota flotante.

Durante unos segundos, el único sonido en la galería fue el goteo constante sobre las losas de pizarra y la respiración fatigada de Martín.

Al fin encontró un latido tenue pero claro. Era débil y lento, pero seguía ahí.

—Tiene pulso —dijo Clara, soltando el aire contenido—. Está viva, Martín. El corazón resiste.

El sargento dejó caer la espalda contra el muro de ladrillo refractario y cerró los ojos un instante mientras se presionaba el hombro lastimado. La luz de su linterna frontal se proyectaba hacia el techo de la galería, donde las lajas de pizarra seguían desprendiendo finas lascas debido a la saturación del terreno.

—No podemos quedarnos aquí —advirtió Martín, señalando con el mentón hacia la rampa que ascendía hacia el pozo de ventilación número cuatro—. El tiro de aire está empezando a invertirse. La presión hidráulica va a colapsar los entibados inferiores en cualquier momento. Hay que subirla ya.

Clara asintió. Desabrochó el mosquetón de seguridad de su arnés y preparó la cuerda guía de diez milímetros para asegurar a Elena en la escala de servicio. Al palpar el metal gélido, rozó a través de la lona el contorno del reloj de bolsillo de su mentor. No había coordenadas oficiales esta vez, ni protocolos de espera; solo el latido débil de la joven bajo sus dedos, real y precario, en mitad del barro de Aranzo.

Capítulo 24

La luz de la superficie

El agua turbia, cargada de greda ferruginosa, superaba la línea de las rodillas y ejercía una resistencia viscosa a cada paso. Clara arrastró la bota izquierda por el fondo de la galería, buscando el relieve de una traviesa de pino para asegurar el apoyo antes de forzar la rodilla derecha. El dolor en la rótula era un clavo al rojo vivo que dictaba el ritmo de la marcha, un latido acompasado con el goteo de las juntas de ladrillo.

El regreso desde la celda de mampostería había sido lento. Al cruzar la cámara de herramientas, el agua ya lamía las patas del banco de carpintería donde aguardaba Julián Castro. Martín había soltado el grillete que anclaba al viejo capataz a la estructura de haya; dejarlo atrás habría sido firmar su sentencia de muerte bajo el caudal del Aranzo. Ahora, Castro avanzaba delante, con las muñecas esposadas a la espalda bajo el capote de lona encerada, custodiado por el sargento.

Clara y Martín sostenían el cuerpo de Elena Alvia, compartiendo el peso en mitad de la corriente. La joven se movía con la docilidad de un fardo húmedo, arrastrando las botas por el lodo del canal. Su respiración era un silbido débil, empañado por el vaho de la creosota.

—Aquí —jadeó Clara, señalando un rellano de pizarra elevado donde el hastial ofrecía resguardo—. Tenemos que estabilizarla antes de encarar el pozo.

Martín asintió. Con un movimiento de la linterna, indicó a Castro que se detuviera. El viejo obedeció en silencio, hundiendo los hombros contra el muro, con la mirada perdida en la corriente.

Clara ayudó a tender a Elena sobre la laja seca. La joven se desplomó de costado, tiritando con un castañeo de dientes metálico

y constante. Sus párpados entornados revelaban pupilas dilatadas que no enfocaban la luz de los frontales.

Clara se arrodilló, conteniendo una mueca cuando la rótula golpeó la piedra. Abrió la cremallera de la mochila y extrajo la manta térmica. El crujido del Mylar rasgó el murmullo del agua con un chirrido estridente. Con movimientos rápidos, moldeados por años de rescate en montaña, envolvió el torso y las extremidades de Elena, remetiendo los bordes plateados bajo su cuerpo para aislarla del aire gélido que soplaba desde las chimeneas superiores.

—Elena, mírame —Clara le tomó el rostro con las manos enguantadas. La piel de la joven estaba fría como la pizarra—. No cierres los ojos. Quédate conmigo.

La cabeza de Elena osciló, vencida por el letargo. El sopor del frío era un enemigo conocido; el mismo que se había llevado al senderista en el pico de Paderna mientras ella esperaba un informe de viabilidad. No cometería el mismo error.

—Háblame de las ortigas, Elena —insistió Clara, elevando la voz—. En tu diario escribiste sobre la *Urtica dioica*. ¿Por qué crecía en la loma norte? Dime qué necesita el suelo.

Los labios de Elena, agrietados y azulados, se movieron sin sonido.

—Dilo, Elena. El nitrógeno. ¿Qué compuesto altera el musgo?

—El... el amoníaco —susurró la joven—. Las... las sales de amonio. Modifican el pH... de la corteza.

—Eso es. Muy bien —Clara le frotó los brazos sobre la lámina plateada para estimular la circulación—. ¿Y el haya? *Fagus sylvatica*. ¿Cómo reacciona la raíz al exceso de materia orgánica?

—El... el micelio —la voz de Elena ganó un hilo de firmeza—. El hongo... no tolera la acidez libre. Se... se muere la micorriza. Las hojas... amarillean antes de tiempo. En... en agosto.

—En agosto —asintió Clara—. Piensa en el bosque, Elena. Piensa en el color de las hojas sobre la loma. Mantén la mente ahí.

Un crujido seco resonó en la mampostería del techo, unos metros atrás. Varias lascas de pizarra se desprendieron de la bóveda y golpearon el agua con un estruendo sordo, levantando una salpicadura de fango. El aire se llenó de un polvo grisáceo que enturbió el haz de las linternas.

Martín dio un paso al frente, empujando a Castro contra el hastial.

—La presión está rajando los arcos de descarga, Clara —advirtió el sargento, con la mirada fija en las grietas del ladrillo—. El agua de la balsa superior empuja el trasdós del muro. No nos quedan quince minutos aquí. Hay que sacarla ya.

Clara se incorporó apoyándose en el hombro de Martín. El dolor de la rodilla derecha la obligó a morderse el labio. El reloj de bolsillo de su mentor, bajo el chaleco, la presionó contra las costillas como un recordatorio del tiempo que se escurría entre las grietas de la mina.

—Arriba, Elena —dijo Clara, pasando el brazo de la joven sobre su hombro mientras Martín la sostenía por el otro—. Un pie delante del otro. No dejes de hablarme. ¿Qué más ponía en el cuaderno sobre el punto L-14?

—La... la conductividad —balbuceó Elena, buscando apoyo en el suelo inundado—. Era... demasiado alta para un suelo forestal. Había... sales libres. Mucho fósforo.

—El fósforo de los restos —murmuró Clara, ajustando el agarre.

La manta de Mylar crujía a cada paso, envolviendo a Elena en una campana plateada que reflejaba las linternas. Avanzaron por la galería de saca, con el agua a los muslos y la corriente empujándolos hacia la pendiente. A su lado, Julián Castro caminaba en silencio, con los ojos fijos en la oscuridad. Su respiración, un silbido asmático provocado por décadas de polvo de hulla, era el único sonido humano que competía con el rugido del río Aranzo.

—Ya veo la escala del Pozo Cuatro —anunció Martín, proyectando la luz hacia el fondo.

La luz recortó la estructura metálica de la escala, que descendía desde la chimenea superior. El agua caía por el hueco en una columna constante, un desagüe a presión que golpeaba los peldaños de hierro con un estrépito ensordecedor. La cuerda de seguridad que habían dejado anclada en el exterior colgaba en el centro del chorro, oscilando bajo la fuerza del caudal.

Clara apretó los dientes y forzó el paso, arrastrando la pierna derecha por el barro. La ascensión por la escala, con Elena semiinconsciente y su propia rodilla inflamada, rozaría el límite de sus fuerzas.

—Martín, asegura a Castro a la base de la escala —ordenó Clara, alcanzando el primer peldaño—. Yo subiré primero con Elena. La aseguraré con el arnés.

El sargento asintió, empujando al viejo capataz hacia el montante de la escala mientras extraía la cuerda auxiliar. Clara miró hacia arriba, hacia la negrura vertical del pozo de ventilación, donde el agua caía implacable, ocultando la luz de la superficie.

El abismo de la chimenea de ventilación, contemplado por Santiago desde el brocal del pozo número cuatro, retumbaba con un siseo metálico que subía desde las profundidades de la loma norte. El viejo guarda forestal mantenía los dedos aferrados al borde de la trampilla de hierro, sintiendo en las yemas la vibración del agua y de los pasos que ascendían peldaño a peldaño por la escala metálica. La lluvia golpeaba el tejado de pizarra del cobertizo de piedra con una fuerza ensordecedora, colándose por las vigas rotas en hilos gélidos que se mezclaban con el olor a creosota y fango.

Cuando la silueta de Clara Montes recortó la claridad del cobertizo, Santiago se inclinó con sus manos nudosas para aferrar la lona del chaleco de la inspectora. Tiró de ella con la fuerza acumulada de una larga espera en ese brocal. Clara emergió exhausta, con el rostro surcado por hilos de lodo y una palidez de tiza. Su rodilla derecha, rígida bajo el pantalón empapado, golpeó la losa de piedra; se mordió el labio por el dolor, pero no soltó la cuerda guía que aseguraba la camilla de Elena.

Bautista y Peña, los agentes que aguardaban junto a él, se arrojaron sobre el borde de la trampilla para dividir el peso. Izaron el bulto plateado de la manta térmica que envolvía el cuerpo de Elena Alvia. Santiago contempló el rostro de la muchacha. El cabello claro estaba apelmazado por una pasta de sangre y arcilla; tenía los ojos cerrados, las pestañas cubiertas de condensación y los labios grises. El subir y bajar débil de su pecho detuvo el temblor en las manos del viejo.

A la entrada del cobertizo, los sanitarios intervinieron de inmediato. Deslizaron la camilla de vacío bajo el cuerpo de Elena y aplicaron los electrodos del monitor con movimientos rápidos. El motor de la ambulancia todoterreno, estacionada entre las hayas, vibraba de fondo con un ronroneo constante que llenaba el espacio bajo los árboles.

—Saturación baja, pulso débil —anunció el médico sobre el rugido de la lluvia—. Preparad el suero caliente y la manta de aire forzado. Hay que moverla ya.

Santiago no apartó la vista de la camilla. No era Marta Beltrán. Treinta años atrás, el pozo se había tragado la verdad y el pueblo entero había sellado el silencio. Él mismo había guardado la llave, el recorte de prensa y las sospechas sobre Julián Castro y los Alvia, mientras Nemesio Silva pagaba la culpa en una celda lejana. El aire del valle, frío y húmedo, entró en sus pulmones con una ligereza desconocida. La losa de tres décadas se disolvía bajo la tormenta que se colaba por el tejado. El bosque, esta vez, no se la había quedado.

Clara Montes se incorporó con dificultad y apoyó la espalda contra el muro de mampostería. Su pierna derecha temblaba bajo la tela empapada. Depositó la mochila en el suelo, junto a sus botas, resguardando de las goteras las gubias y las maderas recuperadas. Se pasó el dorso de la mano por la frente, arrastrando el barro, y miró a Santiago con un asentimiento leve. En el bolsillo de su chaleco, el relieve del reloj de su mentor se marcaba contra el pecho.

Un nuevo chapoteo en la chimenea vertical anunció el ascenso del resto del grupo. El sargento Martín Olmedo emergió de la trampilla con el uniforme desgarrado y el rostro cubierto de hollín. Subía despacio, con el brazo izquierdo pegado al torso en un ángulo rígido. Cada tracción sobre los peldaños de hierro le arrancaba un jadeo ronco, mientras apretaba los dientes por el esfuerzo. Detrás de él, sujeto por la cuerda de seguridad y con las muñecas esposadas bajo el capote de lona encerada, ascendió Julián Castro.

El viejo capataz no ofreció resistencia. Sus botas, cubiertas de greda gris, resbalaron en el último peldaño, pero Martín lo sostuvo con un tirón seco del correaje que le arrancó un bufido de dolor. Castro levantó la cabeza. Su ojo sano, oscuro bajo las cejas canosas, recorrió el cobertizo hasta detenerse en Santiago.

Santiago sostuvo la mirada. No quedaba rastro del viejo temor, ni del respeto que los hombres de la Casona solían imponer. Solo la distancia de quien contempla un pedazo de madera muerta arrastrado por la corriente. Castro apretó los labios, mostró sus dientes gastados y bajó la cabeza, dejando que el aguanieve le empapara el cabello ralo.

—Lleváoslo al Patrol —ordenó Martín a Peña, mientras se presionaba el hombro herido con la mano libre—. Que quede bajo custodia en el retén hasta que llegue el furgón de la comandancia.

Los sanitarios transportaban a Elena hacia la ambulancia bajo una lona impermeable. Santiago dio un paso hacia el exterior del cobertizo y dejó que la lluvia le diera en el rostro. El viento soplaba del norte, agitando las copas de las hayas. La tormenta siseaba contra las hojas y el barro, pero el bosque parecía haber entregado por fin su carga. La luz de los destellos azules de las patrullas se reflejaba en los charcos de la pista forestal, abriendo caminos en la penumbra.

El destello de los rotativos policiales, refractado por el aguanieve contra la caliza del cobertizo, hería los ojos de Clara Montes. Apoyada todavía contra el muro de mampostería, el frío del granito le atravesaba la chaqueta empapada, pero no relajó la

presión de la mano izquierda sobre la mochila. Dentro, el metal de las gubias y el relieve áspero de las figuras de boj tratadas con creosota chocaban levemente con cada respiración.

A pocos metros, la camilla de Elena Alvia se deslizaba hacia el interior de la ambulancia todoterreno. El portón trasero se cerró con un golpe seco que apagó el siseo de la lluvia sobre la lona. Clara exhaló un vaho denso. En la rodilla derecha, un latido sordo, como una aguja caliente, cobraba factura por el esfuerzo del ascenso.

—Inspectora —el agente Bautista se detuvo ante ella con un maletín de plástico rígido de transporte forense y un rollo de etiquetas de cadena de custodia—. El sargento me ha dicho que tiene el material del taller.

Clara asintió. Se agachó despacio, conteniendo una mueca al flexionar la articulación inflamada, y abrió la cremallera de la mochila. Con las manos todavía entumecidas por el agua gélida de la tercera planta, extrajo el juego de gubias envuelto en un retazo de fieltro húmedo.

—Aquí están las herramientas de desbaste y perfilado —especificó Clara—. Presta atención a la gubia de cañón de cuatro milímetros. El filo presenta una mella microscópica en el tercio medio del bisel. Es la firma que dejó las marcas en la tercera vértebra cervical de Marta Beltrán y las microestrías en las figuras de boj. No la manipules sin guantes; conserva restos de aceite mineral reciente.

Bautista tomó el paquete y lo introdujo en una bolsa estanca antes de sellarla con la tira adhesiva numerada. Clara extrajo después las figuras de madera: las dos tallas recientes de la cámara elevada y la pieza degradada por la humedad rescatada de la fosa del punto L-14.

—La madera es duramen de boj tratado en autoclave con creosota de hulla —continuó Clara, mientras el plástico de las bolsas individuales empañaba las siluetas sin rostro—. Proviene de los puntales de la tercera planta de la mina San José. El tratamiento químico impidió la descomposición orgánica durante treinta años.

Regístralo en el acta como evidencia de la conexión material entre los crímenes de 1994 y la agresión a Elena Alvia.

—Entendido, inspectora —Bautista anotó los códigos con un rotulador permanente, con los dedos rígidos por el frío—. El equipo de la científica espera abajo, en la pista forestal. No tocarán nada hasta que firme el acta de transferencia.

—Estaré allí en cinco minutos. Asegura el maletín en el habitáculo. Que nadie se acerque.

El rigor del procedimiento era el único obstáculo que Tomás Alvia y su equipo legal no podrían sortear. Clara vio a Bautista alejarse hacia el todoterreno, protegiendo el maletín bajo el capote de agua. Cada paso del agente dejaba una huella profunda en la arcilla gris que la tormenta licuaba de inmediato.

Al girarse, fijó la vista en el Nissan Patrol estacionado junto al brocal. El agente Peña, bajo la mirada de Martín Olmedo, empujaba con firmeza la cabeza de Julián Castro para introducirlo en el asiento trasero. El sargento, con el rostro pálido y el brazo izquierdo en cabestrillo, vigilaba apoyado en la aleta del vehículo. El viejo capataz se movía sin prisa, con una docilidad mineral, como si el peso de las esposas fuera una prolongación de su cuerpo deformado por el trabajo subterráneo.

Antes de entrar, Castro giró la cabeza hacia Clara. Su ojo sano, oscuro bajo la ceja cubierta de aguanieve, la miró con la fría indiferencia de quien ha visto colapsar demasiadas galerías. Sin confesiones ni ademanes de arrepentimiento, se limitó a aspirar el aire frío de la superficie antes de que la puerta de chapa del Patrol se cerrara con un estruendo metálico que resonó bajo las hayas.

Martín apoyó la frente un instante contra la ventanilla empañada. Al enderezarse, vio a Clara e indicó con un leve movimiento de cabeza la linde del camino forestal.

Allí, recortado contra la penumbra del hayedo y bajo la luz intermitente de los rotativos, se alzaba Tomás Alvia.

El patriarca de la Casona estaba solo, sin el abogado Valdés ni sus guardas forestales. Vestía un abrigo de lana oscura, pesado por

el agua, y sostenía un paraguas de mango de asta que vibraba bajo las ráfagas del norte. Su rostro, habitualmente altivo, mostraba las líneas de un colapso silencioso: los ojos hundidos, la mandíbula caída y la mirada fija en la ambulancia que se alejaba por la pista.

Clara caminó hacia él. Cada paso sobre el barro arcilloso era un latigazo en la rodilla derecha, pero mantuvo la espalda recta y el mentón alzado.

Se detuvo a dos metros de él. El agua que goteaba del ala de su sombrero le resbalaba por las mejillas. Alvia no la miró de inmediato; siguió con la vista los destellos azules que se filtraban entre las ramas húmedas.

—Está viva —dijo. Su voz era un murmullo quebrado, sin rastro de la suficiencia con la que la había recibido en su despacho —. Santiago me dijo... me dijo que el río iba a cubrir la galería.

—Su hija ha sobrevivido porque poseía la disciplina científica de la que ustedes carecen —respondió Clara, con tono plano—. Registró las anomalías del suelo con precisión matemática. Utilizó la botánica para desenterrar lo que su familia pretendía ocultar bajo toneladas de pizarra.

Alvia bajó la mirada hacia las botas de Clara, manchadas con la greda gris y el fango ferruginoso de la mina. El mango del paraguas tembló en su puño enguantado.

—No lo entiende, inspectora —murmuró, dando un paso hacia ella—. En el noventa y cuatro la empresa estaba al borde de la quiebra. Si se detenían las vagonetas por una investigación por homicidio, el banco habría ejecutado los avales. Cientos de familias en Aranzo se habrían quedado sin pan. Mi hermano menor era débil; se dejó arrastrar por las deudas y la bebida. Pero Julián... Julián se encargaba de todo. Mantener el silencio era la única forma de que el pueblo siguiese vivo.

—Ustedes no salvaron al pueblo, señor Alvia —replicó Clara—. Salvaron su apellido y su patrimonio a costa de la vida de Marta Beltrán y de la libertad de Nemesio Silva. Fabricaron un culpable de paja para que cargara con los crímenes de un asesino al que

mantuvieron en nómina durante treinta años, vigilando sus secretos desde las galerías.

—Julián estaba loco —escupió Alvia, y un destello de soberbia cruzó sus ojos—. Nosotros no le ordenamos que hiciera eso. Él cuidaba de la propiedad. Se obsesionó con esas chicas, con la madera... con su jardín subterráneo. Nosotros solo pagamos por el silencio de las esclusas. Para que la mina no se convirtiera en un escándalo.

—El encubrimiento de un asesinato múltiple es un delito continuado que no prescribe mientras el autor siga activo —Clara dio un paso al frente, obligándolo a inclinar el paraguas—. Y la obstrucción deliberada mediante la falsificación de sumarios y la coacción a testigos tiene consecuencias penales inmediatas. Su abogado no podrá redactar un recurso para esto.

Alvia la miró. En la penumbra, sus hombros se hundieron bajo el abrigo empapado. El hombre que manejaba el valle mediante llamadas telefónicas al subdelegado guardó silencio. No quedaban influencias capaces de neutralizar el informe forense de los restos de Marta Beltrán ni las microestrías de la gubia de Castro.

—Esto destruirá la Casona —dijo, con una voz que el viento casi se llevó—. No quedará nada de nosotros en este valle.

—La tierra ya ha digerido bastante, señor Alvia —dijo Clara, tocando a través del chaleco el metal del reloj de bolsillo de su mentor, que marcaba el tiempo con regularidad—. Ahora le toca a la justicia.

Se dio la vuelta. Dejó atrás a Tomás Alvia bajo la lluvia gélida, una silueta oscura que se desdibujaba entre la niebla que volvía a descender desde la loma.

Martín la esperaba junto al Patrol con la puerta del copiloto abierta. Clara subió con dificultad y acomodó la pierna derecha sobre el suelo del habitáculo. El calor de la calefacción empezó a desempañar los cristales mientras el motor roncaba, listo para iniciar el descenso. A través del retrovisor, contempló por última vez el cobertizo del pozo número cuatro, cuyas maderas húmedas brillaban

bajo la primera luz gris del amanecer que se filtraba entre las copas del hayedo.

Capítulo 25

El hayedo en calma

El pasillo de la segunda planta del hospital comarcal olía a desinfectante y a café de máquina, un vaho tibio frente al recuerdo del aire rancio a creosota de la mina San José. Al apoyar el peso en la pierna derecha para doblar la esquina hacia medicina interna, la rótula de Clara protestó con un latido sordo. Se detuvo, fingiendo ajustar la correa de la bandolera, hasta que la articulación se enfrió bajo el pantalón limpio. Ya no llevaba el uniforme de faena ni el chaleco táctico; la gabardina azul marina y los zapatos de cordones le devolvían la sobriedad burocrática de la capital.

La tormenta había amainado cuarenta y ocho horas atrás, dejando un rastro de lodo y ramas que los operarios retiraban de las carreteras. A través del ventanal, el hayedo de Aranzo se recortaba contra un cielo azul lavado, libre de la bruma que lo había ocultado durante una semana. El sol de octubre, pálido y oblicuo, se proyectaba sobre el linóleo gris en rectángulos dorados que templaban la atmósfera del hospital.

Clara llamó con dos golpes secos en la puerta de la habitación 214.

—Adelante —respondió una voz suave, todavía ronca por la humedad de las galerías.

Elena Alvia estaba sentada en el borde de la cama, vestida con un pijama del centro y una bata de lana gris que le quedaba grande. El cabello claro, libre de la arcilla ferruginosa que lo había apelmazado en el subsuelo, caía sobre sus hombros. Un vendaje de gasa cubría el occipital izquierdo, pero sus ojos, claros y atentos, enfocaron a Clara con una fijeza ajena al sopor de la hipotermia.

Clara dejó la carpeta de cartón kraft con el membrete de la Jefatura sobre la mesa auxiliar, junto a un vaso de agua y un plato

con restos de manzana.

—Inspectora —Elena esbozó una leve sonrisa que no ocultaba la palidez de sus mejillas—. Me han dicho que venía de la comandancia.

—Tenía que entregar el acta de devolución de efectos en el juzgado —respondió Clara, dando un paso hacia el interior sin sentarse en la silla de skay verde—. Pensé que preferiría que se lo trajera yo misma.

Elena estiró el brazo izquierdo, que aún lucía la marca morada de la vía, y abrió la solapa. Dentro, protegido por una funda de plástico, estaba su cuaderno de campo de tapas de hule negro. Las esquinas, arqueadas por la humedad de la Hoya de la Vieja, conservaban legibles las anotaciones en tinta azul.

Elena pasó los dedos por el borde de las páginas con un gesto lento, casi reverente.

—La científica ha digitalizado las secciones sobre las variaciones de nitrógeno —explicó Clara, cruzando los brazos—. El juez las ha admitido como prueba pericial. Sus mediciones de conductividad y pH son el armazón técnico contra Julián Castro. Sin ese registro, la defensa de Tomás Alvia habría alegado que la fosa del punto L-14 era un enterramiento fortuito.

Elena guardó silencio, contemplando las columnas de números y las abreviaturas botánicas de la primera página.

—En el pueblo creían que estaba perdiendo el tiempo —murmuró, sin levantar la vista—. Mi padre decía que el bosque no necesitaba mediciones, que las hayas crecían igual sin mis muestras. Cuando encontré las marcas en los troncos y los picos de amoníaco en las paulinas, quise decírselo. Pensé que era un vertido antiguo de las balsas de decantación.

—Su padre sabía exactamente lo que la tierra asimilaba —dijo Clara, con tono neutro—. El silencio de la Casona no era ignorancia, Elena. Era una estrategia de amortización de treinta años.

Elena asintió despacio, sin inmutarse. El colapso de los Alvia ya era público; las patrullas de la Guardia Civil custodiaban la Casona mientras los secretarios judiciales inventariaban los archivos de la minera.

—Me dijeron que fue usted quien encontró la lata en el canal de saca —dijo Elena, alzando la mirada—. La del silbato.

—La corriente la arrastró hasta la bifurcación del ramal derecho —respondió Clara—. El metal golpeó contra un puntal de la tercera planta y el sargento Olmedo reconoció el sonido. Si usted no hubiera sellado esa boquilla con la lona de sus carpetas, el agua habría anegado el latón.

—Fue lo único que se me ocurrió al apagarse la linterna —Elena se encogió de hombros, contrayendo el rostro por el tirón en la nuca—. El frío anula las distancias. Solo recordaba que el agua busca el nivel más bajo y que los pozos de ventilación actuaban como chimeneas acústicas. Lo leí en un informe geológico de los setenta.

—La lógica física es lo único que no falla cuando la tecnología se apaga —dijo Clara, suavizando el tono—. Su diario demostró que la observación minuciosa vale más que cualquier posicionamiento GPS. No se limitó a sobrevivir; dejó un rastro científico para que la encontráramos.

Elena cerró la carpeta y la apretó contra su regazo.

—Gracias, inspectora. Por no detener la búsqueda cuando llegó la orden de la capital. Olmedo me contó que se arriesgó a perder el puesto.

—El protocolo guía, pero no sustituye a la realidad del suelo —dijo Clara, rozando a través de la gabardina el relieve circular del reloj de bolsillo en su pecho—. En los Pirineos tardé demasiado en comprender que las tablas de probabilidad no salvan vidas si el viento sopla a ochenta kilómetros por hora. No iba a dejar que el barro de Aranzo dictara las mismas reglas.

Elena la observó en silencio. No hacían falta explicaciones; compartían la certeza de haber medido el agua y el tiempo en

centímetros de aire libre bajo la loma norte.

—¿Cuándo le dan el alta? —preguntó Clara.

—Mañana por la mañana. Mi tía Adela me acompañará a la casa de la loma sur. No volveré a la Casona.

—Es una buena decisión. El juzgado requerirá su declaración la semana que viene; pediré que sea por videoconferencia para evitarle el traslado.

Clara dio un paso atrás. El latido de la rodilla se había estabilizado en una molestia sorda, perfectamente soportable.

—Inspectora —la llamó Elena cuando Clara ya tocaba el pomo de la puerta.

Clara se giró.

—El bosque volverá a crecer sobre las paulinas —dijo la joven, entornando los ojos hacia el ventanal—. Pero esta vez la tierra estará limpia.

Clara contempló la loma norte a través del cristal. El sol de otoño arrancaba destellos plateados a las hojas húmedas, perfilando una topografía limpia, despojada de la niebla que la había ocultado.

—La verdad siempre encuentra su drenaje, Elena —dijo Clara con un leve asentimiento—. Solo hay que saber buscarla.

La puerta se cerró con un chasquido suave. Clara inició el descenso por la escalera de servicio, midiendo cada paso con la precisión de quien conoce sus limitaciones, mientras el eco de sus pisadas sobre el granito limpio marcaba el final de la tregua.

A la mañana siguiente, el paso de Clara se adaptó a la pendiente de la loma norte, procurando no forzar la articulación en cada apoyo. La rodilla derecha protestaba con un pinchazo seco cada vez que la suela de sus botas resbalaba sobre la hojarasca húmeda, pero mantuvo el ritmo constante mientras apoyaba el talón para amortiguar el impacto. Ya no vestía el uniforme de faena ni el chaleco táctico; la gabardina azul marina, abrochada hasta el cuello, le ofrecía una protección sobria contra la brisa matinal.

La humedad residual de las lluvias, que habían amainado dos días atrás, se evaporaba en una calma transparente que el hayedo de Aranzo no recordaba. Bajo la luz oblicua de octubre, las copas de los árboles ya no formaban una techumbre opresiva. El sol pálido se filtraba entre las ramas desnudas, dibujando círculos sobre la corteza gris de los troncos y encendiendo el tapete espeso de hojas secas que cubría la arcilla.

Clara se detuvo al llegar al claro de la loma media. En el centro, junto al tronco de la haya centenaria, la cinta perimetral de la Guardia Civil pendía lacia, con los extremos embarrados rozando el suelo. La tierra removida de la fosa del punto L-14 permanecía oculta bajo una lona verde y varias tongadas de ramas que ella misma había ordenado colocar para proteger el perímetro hasta la llegada de la comisión judicial.

El crujido de una rama a su espalda la obligó a girarse despacio.

Santiago ascendía por la trocha mientras hundía el regatón de su bastón de avellano en el barro. Llevaba el abrigo de paño abierto y el sombrero de fieltro en la mano, dejando que el aire fresco le secara el sudor de la frente. Al verla, se detuvo a pocos metros de la cinta de plástico y apoyó ambas manos en el pomo del bastón.

—Inspectora —saludó, con una voz que apenas alteró la quietud del claro.

—Santiago —respondió Clara con un asentimiento—. Imaginé que andaría por aquí.

—Este monte ha sido mi oficina durante cuarenta años, inspectora. Cuesta perder la costumbre de revisar las lindes después de una tormenta. Además, vi el coche patrulla abajo, en la entrada de la pista.

Clara desvió la vista hacia el montículo protegido. El sol arrancaba destellos cobrizos a la lona.

—He venido a comprobar que el vallado provisional resistirá hasta que el juzgado envíe al equipo de arqueología forense —explicó—. La burocracia de la capital es lenta, pero esta vez no hay

prisa que pueda alterar las pruebas. Las muestras están a buen recaudo.

Santiago dio un paso más y contempló la cinta de plástico que delimitaba la fosa. Sus hombros, habitualmente encorvados, sostenían el abrigo con una firmeza nueva.

—Abajo, en el pueblo, las cosas han empezado a moverse —comentó—. Esta mañana ha llegado un furgón de la comandancia. Se han llevado los archivadores de la oficina técnica de la minera. El abogado Valdés intentó presentar un recurso por el registro del sótano, pero el juez de guardia lo rechazó antes de que terminaran de redactarlo.

—Tomás Alvia ya no tiene resortes que pulsar en la subdelegación, Santiago —dijo Clara, cruzando los brazos—. El informe pericial de la gubia de Julián Castro y las anotaciones del diario de Elena forman un armazón técnico sin fisuras. El encubrimiento de los años noventa ha quedado expuesto en el mismo sumario que ahora los incrimina a ambos.

El viejo asintió con la mirada fija en las vetas de la corteza de la gran haya. Durante tres décadas, aquella madera había permanecido ajena al silencio que envenenaba al pueblo.

—Nemesio murió en el penal de Herrera creyendo que el mundo lo había olvidado —murmuró Santiago. Su voz se volvió más ronca—. Ayer llamé a su hermano mayor. Vive en un pueblo de la meseta, retirado de todo. Cuando le dije que la Guardia Civil había encontrado a Marta y que las marcas en el hueso limpiaban el nombre de su familia, estuvo callado un minuto entero. Luego solo me dio las gracias y colgó. No le quedaban lágrimas.

—La justicia a veces llega con el paso cambiado, Santiago —respondió Clara, tocando el relieve del reloj de bolsillo bajo la gabardina—. Pero cuando es meticulosa, no deja margen para que la mentira vuelva a brotar. El nombre de Silva quedará limpio en el registro oficial. Es lo único que podemos devolverle.

El viento sopló del norte y agitó las copas altas del hayedo. Una lluvia de hojas ocres se desprendió de las ramas, flotando en el

aire luminoso antes de posarse sobre la lona y las botas de Clara. Una de las hojas doradas cayó sobre su mano, apoyada en el poste que sostenía la cinta policial. No la apartó; contempló la estructura de los nervios antes de que el viento la arrastrara de nuevo hacia el suelo.

—Elena Alvia sale hoy del hospital —dijo Santiago, con una leve sonrisa que estiró las arrugas de sus ojos—. Su tía Adela ha ido a recogerla para llevarla a la casa de la loma sur. Dice la muchacha que quiere volver al monte en cuanto la nuca le deje de doler. Quiere terminar el catálogo de las paulinas.

—Es una científica excelente —admitió Clara, con un gesto más suave—. Tiene la disciplina necesaria para interrogar a la tierra y la paciencia para escuchar las respuestas. Este bosque necesita gente que lo mire con esa claridad, no con el miedo de los últimos treinta años.

—El miedo se está yendo, inspectora —Santiago enderezó la espalda y clavó el bastón con fuerza en la hojarasca—. Hoy he cruzado el puente provisional sobre el barranco y los vecinos se saludaban sin mirar de reojo hacia la Casona. Es como si el aire del valle pesara menos. El hayedo ya no es un cementerio de secretos; ahora solo son árboles, madera y tierra húmeda.

Clara contempló la inmensidad del bosque. El laberinto que la había desafiado bajo la tormenta parecía haberse replegado, mostrando sus límites reales bajo un cielo limpio.

Dio un paso al frente y contuvo una mueca cuando la rodilla protestó ante el desnivel. Se detuvo ante Santiago y le tendió la mano desprovista de guante.

—Gracias, Santiago. Su memoria y el mapa del cabo Ortiz fueron la brújula que impidió que nos perdiéramos en la niebla. Sin su ayuda, la tecnología nos habría dejado desamparados bajo la loma.

El viejo estrechó la mano de Clara con sus dedos curtidos por la resina. Su agarre era firme, sin la vacilación de su primer encuentro en el pueblo.

—Solo le devolví al bosque lo que era suyo, inspectora. Usted trajo la luz que nos hacía falta para ver lo que teníamos delante. Que tenga un buen viaje de vuelta.

Clara asintió en silencio, sosteniendo la mirada del viejo un instante antes de soltar su mano. Se dio la vuelta y comenzó el descenso hacia la pista forestal. A través de la red de troncos plateados, la silueta de Santiago permaneció inmóvil junto a la cinta perimetral, recortada contra la luz dorada que inundaba el claro, mientras el murmullo del hayedo en calma la acompañaba de regreso al camino.

El rumor de las ramas se apagó cuando sus botas pisaron la grava de la pista forestal. Clara apoyó el peso en la pierna izquierda para salvar el talud de tierra arcillosa que la separaba del arcén, donde el todoterreno gris de la Jefatura aguardaba con el capó cubierto por una capa de acículas y hojas secas. Abrió la puerta, dejó la carpeta de cartón kraft con las actas de transferencia en el asiento del copiloto y se acomodó en el habitáculo.

La rodilla derecha, rígida por el frío y el esfuerzo acumulado, protestó con un pinchazo sordo cuando la flexionó para pisar el embrague. Giró la llave. El motor arrancó con un ronroneo uniforme que inundó el habitáculo, apagando el goteo constante de las ramas altas sobre el techo de chapa. No se apresuró a iniciar la marcha; esperó a que la calefacción templara el aire mientras el parabrisas se desempañaba despacio, revelando la hilera de troncos plateados que bordeaban el camino.

Engranó la primera marcha y avanzó por la pista, dejando atrás la linde del bosque. El vehículo ascendió con suavidad por la carretera de montaña que trepaba hacia el puerto, la misma ruta que una semana atrás la había recibido entre desprendimientos de pizarra y una tormenta cerrada. Ahora el asfalto estaba libre de obstáculos, aunque los márgenes aún mostraban las cicatrices del temporal en las ramas desgajadas y las cunetas colmatadas por la escorrentía arcillosa.

A mitad del ascenso, justo antes de coronar el puerto para abrirse a la meseta, redujo la marcha y desvió el todoterreno hacia el apartadero de un mirador. Detuvo el motor. El silencio se instaló de golpe, interrumpido solo por el crujido del metal caliente bajo el capó y el silbido del viento del norte contra los cristales.

Bajó del vehículo y se abrochó la gabardina azul hasta el cuello. El aire del puerto era gélido, limpio de la humedad rancia que impregnaba las galerías de la mina San José. Se apoyó en la barandilla de madera tratada, atenta al tacto áspero de la fibra bajo las yemas de sus dedos.

Abajo, encajonado en el valle, se extendía el hayedo de Aranzo. El bosque, que durante días había sido un laberinto ciego bajo una masa de vapor gris, se mostraba ahora con nitidez. La niebla se batía en retirada y se deshilachaba en jirones blancos sobre las copas de los árboles antes de disolverse en el aire de la mañana. Bajo el sol pálido de octubre, las laderas se desplegaban en un tapiz de tonos dorados y verdes oscuros que descendían hacia el cauce del río, cuyo curso brillaba como una cinta de plata vieja entre la vegetación limpia.

Clara introdujo la mano en el bolsillo de la gabardina. Sus dedos buscaron el contorno circular del reloj de su mentor. Lo extrajo despacio y dejó colgar la cadena de plata. La esfera de latón reflejó la luz oblicua del sol. El tictac, amortiguado por el viento, marcaba el avance de los segundos con una regularidad ajena a la urgencia humana.

Durante dos años, aquel latón había marcado el frío del pico de Paderna. En los Pirineos, Clara se había aferrado a las tablas de probabilidad y a la rigidez de un protocolo que consideraba su única salvaguarda contra el error. El resultado de aquella espera técnica fue un cuerpo congelado bajo la nieve y una culpa instalada en la base del cuello, pesada como el granito.

En Aranzo, sin embargo, el hayedo le había arrebatado el control tecnológico. Los GPS se habían apagado, las brújulas oscilaban por la mineralización del subsuelo y las radios enmudecían

en la profundidad de las galerías. Para encontrar a Elena, tuvo que descifrar el terreno de otro modo: integró las mediciones de acidez de la botánica, el conocimiento rústico de Martín sobre las corrientes de agua, la cartografía obsoleta del cabo Ortiz y el peritaje de Braulio sobre el boj. Su método deductivo seguía siendo la herramienta principal, pero ya no como una armadura rígida, sino como una disciplina flexible, capaz de escuchar la lógica del bosque.

Las tallas de boj ya no estaban en su mochila ni en el taller de Braulio. Desde la pieza degradada del punto L-14 hasta las figuras del santuario subterráneo, todas descansaban en el laboratorio de la comandancia provincial, selladas en bolsas de polietileno con sus etiquetas de cadena de custodia. Clara se había asegurado de registrar cada corte a contraveta y de firmar el acta de transferencia antes de que el equipo de Valdés sugiriera cualquier contaminación. Aquel rigor era un muro legal que la Casona no podría derribar, la garantía de que el proceso seguiría adelante sin fisuras.

Miró hacia la loma norte, donde la lona verde que protegía la fosa del punto L-14 apenas se distinguía entre las hayas centenarias. Marta Beltrán estaba fuera de la turbera. El nombre de Nemesio Silva quedaba limpio. Elena Alvia descansaba en la casa de la loma sur junto a su tía Adela, con el cuaderno de hule negro listo para continuar el catálogo de las paulinas.

Clara exhaló un vaho denso que el viento del norte arrastró hacia el abismo. Dejó caer los hombros, liberando la tensión acumulada durante meses en las cervicales. La herida de los Pirineos no iba a desaparecer, pero ya no se presentaba como una condena; era el límite exacto donde terminan los manuales y empieza la realidad de la tierra.

Guardó el reloj en el bolsillo y aseguró el pasador. Al retirar la mano, rozó la superficie lisa de su vieja brújula de latón, inútil bajo el suelo de Aranzo, pero con la aguja apuntando de nuevo con firmeza hacia el norte.

Una leve sonrisa le relajó las facciones. Se dio la vuelta y caminó hacia el todoterreno, midiendo el apoyo de la rodilla derecha con una paciencia exenta de prisa. Subió al vehículo, cerró la puerta y giró la llave de contacto. El motor respondió al instante.

Antes de iniciar la marcha, miró una última vez por el espejo retrovisor. El hayedo de Aranzo quedaba atrás, sereno y despojado de sombras bajo el cielo limpio del norte. Soltó el freno de mano y dirigió el vehículo hacia la carretera que descendía a la llanura, lista para el próximo destino.

AGRADECIMIENTOS

Escribir La última sombra del bosque ha sido un proceso de aprendizaje profundo, y no habría sido posible sin el apoyo de quienes me rodearon durante el camino. Mi mayor gratitud a los profesionales de la criminología y expertos en rastreo de montaña que, con su paciencia y rigor, me ayudaron a dotar de veracidad técnica cada escena del libro. Gracias a mi familia y amigos cercanos, por comprender las largas horas de aislamiento necesarias para construir este laberinto de niebla y secretos. A los lectores de las primeras versiones, cuyos comentarios fueron esenciales para pulir la atmósfera de Aranzo. Finalmente, gracias a usted, por dedicar su tiempo a recorrer este bosque conmigo y permitir que esta historia encuentre su lugar en su biblioteca personal. Su interés es el motor que da sentido a este oficio.

SOBRE EL AUTOR

Hugo Sanz es un escritor español apasionado por la investigación policial y la geografía del norte de España. Combina su fascinación por la criminología forense con el poder evocador de los bosques y acantilados cantábricos para tejer thrillers donde el método deductivo y la atmósfera natural son protagonistas. La creación de este relato nace de su interés por la botánica y la geología como herramientas fundamentales para la resolución de enigmas. La última sombra del bosque es su esperada novela debut, una obra donde la meticulosidad es la única respuesta ante el caos. Con este primer volumen, Hugo busca invitar al lector a observar el entorno con mirada crítica, estableciendo un vínculo basado en la curiosidad compartida por la verdad.

Gracias por acompañar a la inspectora Clara Montes en esta compleja investigación.

Si ha disfrutado de la lectura, le agradecería sinceramente que compartiera su opinión mediante una reseña en Amazon.